

“ PELIGROSO. PODEROSO. PERVERSO ”

NO PODRÁS ESCAPAR...

# EL SEÑOR DE LA MANSIÓN

E L E N A M A R T I N

El Señor de la Mansión

*Saga "El señor de la mansión"*

Elena Martín

Derechos de autor © 2021 Elena Martin

Copyright © 2021 Elena Martin Copyright © 2021 Elena Martin Derechos de autor © 2020 Elena Martin Todos los derechos reservados Copyright © Elena Martin. Todos los derechos reservados. Aviso legal: reservado todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Titulo original: El señor de la mansión  
Saga: El señor de la mansión  
Autora: Elena Martin © 2021 Elena Martin

Portada: Like My Book – Isabel de Campos Obra registrada en Safe Creative – Identificador de Registro:

2102216989587  
Primeira Edición: Enero de 2021  
Diseño de la portada de: Like My Book – Isabel de Campos

*Para todos aquellos que creen que nuestro mundo no sería lo mismo sin el reino de la fantasía*

# Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Libros de este autor](#)



## Capítulo 1

La casa que los clientes iban a habitar era preciosa. Espacio, luz y comodidad era todo lo que una nueva familia podría pedir. La pareja que estaba atendiendo se había casado hace un año y ahora buscaban una casa mayor, visto que, aguardaban la llegada de su primer hijo. No pude dejar de sentir alguna envidia de ellos. En los últimos tiempos, me pasaba siempre que encontraba parejas y familias felices.

Recogí todos los papeles para entregar en la agencia. Más una venta. Este mes iba lanzada y con suerte, antes de terminar el año, lograría mi objetivo. Pasar unas merecidas vacaciones, bien lejos de aquí, en algún lugar paradisíaco del mediterráneo. Soñaba con ello, tanto como sus clientes con su nueva casa.

—Gracias por todo, Jane. La casa es maravillosa —dijo mi clienta.

—Es mi trabajo. No tenéis que agradecerme. Espero que vaya todo muy bien y que disfruten de vuestro nuevo hogar. Ah... y por cierto, espero que el bebé nazca bien y que prontamente pueda estar corriendo por todas las instancias.

—¿No tienes hijos? —No sé por qué a la gente le gustaba hacer estas preguntas. Me parecía tan invasivo preguntar a alguien algo tan privado y personal.

—No. Afortunadamente no. Además, primero tendría que encontrar un padre para eso y no tengo mucho tiempo. —No quería dar mucho más detalle, aunque eso era solo la verdad pura y dura.

Había llegado a mis 29 años sin hijos, sin marido, y sin atisbo de novio en camino. No por falta de intento.

No podía decir que no había tenido mi oportunidad. Conocía a James de toda la vida; fue mi novio desde el instituto. Teníamos todo planeado. Ir a la universidad, casar, viajar. Mil historias. Pero la muerte de mis padres y mi hermano menor, en un accidente de coche, llevará mi vida a otro rumbo.

James y yo seguimos juntos durante mucho tiempo. Él quiso ir a la universidad cerca de donde vivíamos: para poder estar la mayor parte del tiempo conmigo, tras el sucedido. Como yo ya era mayor de edad y podía hacerme cargo de todas las responsabilidades, decidí que no quería estudiar un curso académico. Empecé a trabajar en la agencia inmobiliaria donde mi madre trabajaba, antes de fallecer. Conocía a los jefes y me dieron trabajo inmediato, al haber quedado sin su mejor trabajadora.

Y fue así como acabé siendo consultora inmobiliaria. Con el paso del tiempo, James empezó a hablar del futuro y de familia: quería casarse conmigo y tener hijos, como siempre habíamos planeado. Pero eso no estaba en mis objetivos. El trabajo pasó a ser mi gran prioridad tras la tragedia que me dejó sin familia. Y dedicaba mucho tiempo a ello. Aparte, no quería tener hijos. Nunca fue una cosa que me llamara a la atención. Me encantaban los niños, pero no para tenerlos míos.

Cuando expliqué a James que, quizás, sería mejor esperar algún tiempo hasta acabar su curso

y después podríamos pensar en viajar, noté que no estaba contento. Yo quería juntar dinero suficiente para tener mi propio negocio. Me había quedado con la casa de mis padres y alguna otra propiedad que tenían. Así que, no necesitaba buscar casa; la que teníamos era enorme, incluso para mí sola. Pero era ideal para vivir con James si quisiera.

Me di cuenta de que para James, nuestra relación había cambiado mucho en los últimos años y mis planes para el futuro no eran los mismos que los suyos.

En efecto, no eran. Porque, un día, quise sorprenderle en el campus universitario y lo encontré besándose con otra chica. Resultó que esa chica era la novia que tenía en la universidad y que no sabía de mi existencia.

Terminamos en ese día casi 8 años de relación. Pero fue mejor así: James terminó el curso y el mismo año se casó con la misma chica que encontré en sus brazos.

Sé, por amigos cercanos y comunes, que fue padre hace poco tiempo. No mantuvimos contacto. Era obvio. Por ambas partes.

Y de esta forma, James logró cumplir sus planes y sueños, mientras yo seguía construyendo, día tras día, los míos. Me sumergí tanto en el trabajo, que aunque posiblemente ya hubiera podido abrir mi propia agencia, nunca lo hice. Siempre tenía miedo a arriesgar y posponía acciones.

Mi vida era siempre igual. Eso me permitía superar el dolor, o mejor, no dejarme ahogarme en eso.

Pero ahora ya había puesto fecha. En el final del año, tras unas buenas vacaciones, iba a dejar la agencia y abrir la mía.

La venta de esta casa era un paso más. Tenía un colchón financiero importante y eso me daba la tranquilidad de seguir con mi nueva etapa.

Cuando llegué a la agencia, mis compañeros ya estaban con la Champaña abierta.

—Enhorabuena, Jane. Más una casita. Vas sobrada este mes —dijo Martha.

—Nunca se va sobrado. Especialmente cuando hablamos de dinero. —Martha no solo era compañera de trabajo, como se había transformado en una grande amiga. Al vivir para trabajar, las personas de aquella oficina se convirtieron en mi familia, prácticamente.

—Jane, ¿puedes llegar a mi despacho, por favor? —mi jefe llamó.

—Voy. —Dejé mi taza de celebración a medio terminar sobre la mesa y hablé para Martha—. Seguro que ya tiene trabajo para mí. A veces me gustaba tener un poco de respiro. Soy sincera.

Martha rio meneando la cabeza negativamente. Sabía perfectamente que, aunque pudiera, no me tomaba descansos.

Entré en el despacho de Joseph.

—Querías hablar conmigo, aquí me tienes. —Me fui sentando en la silla.

—Antes de nada, enhorabuena por tu venta. Aunque eso significa que estás a un paso menos para conseguir salir de esta agencia. —Hizo una mueca de desagrado. Joseph era el hijo de los primeros jefes. Era poco mayor que yo y nos dábamos bastante bien. Pero claramente no estaba feliz, sabiendo que, una de sus mejores consultoras iba a salir para abrir negocio propio.

—Jo... sabes que aún queda para eso. Y además, no tienes que preocuparte. Ya te he dicho que no voy a ser tu competencia: podemos hasta colaborar. Me encantaría. Pero yo necesito cumplir este reto, necesito tener algo que sea mío.

—Eso es otra cosa que no tienes, porque eres cabezota. —Me hablaba de él. Jo decía estar enamorado de mí. Varias veces me propuso citas y que tuviésemos una oportunidad, pero yo no mezclaba trabajo con placer y mucho menos vida personal. Era un chico encantador, pero yo no

quería hombres en mi vida. Tras algunas citas falladas, llevaba casi un año sin salir con nadie. Y no estaba en mis planes conocer nuevas personas.

—Aparte de otra consultora muy buena, seguro que encontrarás alguien que realmente te merezca. —Él esbozó una sonrisa.

—Vale, vale. No insisto más —hizo un gesto de derrotado—, no te llamé aquí para hablarte de eso. Te llamé, porque necesito que seas tú a trabajar un cliente muy especial.

—Hum... especial, ¿cómo especial? ¿Quieres decir un buen negocio? ¿O un cliente aburrido que nadie quiera llevar?

—Digamos que este cliente es alguien muy importante. Mi padre me pidió que hiciésemos el favor de vender esta casa. Está en un pueblo cerca de aquí. Es una mansión gigante. Varias hectáreas y una excelente oportunidad para consiguiéres tu pasaporte de salida, en grande, de aquí.

—Jo, entiendo que me quieras ayudar, a pesar de todo, pero ¿por qué me darías a mí este cliente y no a cualquier otra persona del equipo? No es justo.

—En primer lugar: eres mi mejor vendedora. De lejos. En segundo: no creas que es favoritismo. He hablado con tus compañeros antes de llegares y todos se han puesto de acuerdo de que tú deberías llevar este cliente. —Jo estaba siendo redundante en aquella atribución.

—Muy bien, entonces, ¿qué tiene de especial el cliente? ¡¿Solo eso, que es una mansión?! Bueno, no será fácil, tendré que buscar mi cartera de inversores, hablar con algunas personas...

—No pude continuar, porque Joseph me interrumpió.

—Jane, el propietario de esa vivienda es Kyril Petrakis —soltó.

—¿Ese no es el magnate griego dueño del conglomerado industrial más poderoso del mediterráneo? O me lo estoy confundiendo con otra persona ¿quizás?

—Ese mismo. —Bajó los ojos a los papeles que tenía en la mesa.

—¡No me jodas, Jo! Me estás pidiendo que sea yo la que tenga que vender su mansión, cuando sabes perfectamente que ese hombre es un arrogante y engreído. Por favor, todos lo conocemos por los medios de comunicación. Es broma. —Querer ganar dinero era una cosa, pero trabajar con personas como aquella era venderse y no estaba dispuesta a llegar tan bajo.

—No, no es broma. Ese es el motivo por el cual nadie ha querido hacer el trabajo, pero imaginé que eso no sería un problema para ti. Jane, piénsatelo, sé que es mucho trabajo e imagino que hablar con una persona así sea muy complicado, pero ¿tienes idea de la comisión que vamos a recibir por este negocio? —Odiaba cuando Jo pensaba en el dinero. Por otro lado, sabía que eso era lo correcto. Prontamente iba a ser dueña de mi propia agencia y no podía desperdiciar clientes, solamente por lo que decían por ahí de ellos.

—¿Sabes qué? Me da exactamente igual, es un cliente como cualquiera. Puedes contar conmigo. Pero, solo por curiosidad, ¿cómo un cliente como ese quiere trabajar con nosotros? Con certeza tendrá hasta sus propias agencias para hacerlo.

—Como te he dicho, mi padre conoce a su tío; al parecer se conocieron en un viaje. No me preguntes. Y creo que se siguen hablando. Mi padre deberá haber dicho algo de la agencia y bueno, una cosa llevó a la otra... sinceramente Jane, no sé muy bien los motivos, pero la cosa es que ahora tenemos esto en manos. —Se levantó, rodeó la secretaria y paró delante de mí—. Hay una cosita más. Esta mañana recibí un correo del propio señor Petrakis. Me dijo que la persona que enviase para hacer el trabajo tendría que hablar directamente con él y que se iba a encargar de estar presente en todas las visitas. Dice que la casa tiene mucho valor y que no confía en nadie.

—¡Genial! Empezamos bien. Entonces el señor ese ya está dudando de nuestro trabajo y confianza. Perfecto. Anteveo que esto va a ser un final de año realmente interesante. Quizás, si logro vender su casa, pasaré no quince días de vacaciones, sino un mes. En una playa paradisiaco-



griega.

Empecé a ironizar, porque este trabajo ya prometía ser un grano en el culo.

## Capítulo 2

Me quedaban pocos kilómetros para llegar a la dichosa mansión Petrakis. Salí temprano de casa, porque no quería llegar tarde en el primer encuentro con el propietario. Imaginaba que cualquier cosa sería un buen motivo para que el estúpido enseñase los dientes, como los perros rabiosos.

Kyryl Petrakis tenía 36 años y era dueño de un enorme imperio de empresas, propiedades y negocios. Aparecía en algunos eventos de celebridades y gente famosa y yo había leído, a lo largo de los tiempos, algún cotilleo sobre su persona. Resultaba ser arrogante y despiadado. Siempre hablaba con altivez y era muy desagradable con toda la gente. Tenía una postura muy selecta y se veía una persona inalcanzable.

¿Mujeres? Las justas y necesarias para acudir a sus antojos. Era conocido por ser un mujeriego. Sin embargo, había muy pocas informaciones sobre su vida personal. Actualmente no tenía novia. A veces lo veían acompañado de modelos y poco más.

La única cosa buena que tenía Petrakis, ¿aparte de su dinero? Era simple. El hombre era, no solo, un magnate griego, como también era un Dios griego. Era guapísimo y tenía un cuerpo, a juzgar por las fotos en redes y ciber mundo, de un verdadero Adonis. Confieso que no estaba muy comfortable por estar en una presencia masculina conocida por ser tal como la descripción que hice de él. Me daba escalofríos.

La entrada de la propiedad estaba enmarcada por una puerta enorme, que en esos momentos estaba abierta, en la totalidad: de esa forma pude pasar sin problema. Seguía por los caminitos de arena que estaban marcados por el paso de los coches. No llevó mucho tiempo hasta dar con la fachada principal de la mansión. Era realmente exuberante e imponente. Como el propio dueño.

Aparqué el coche en una lateral y me dispuse a salir en dirección a la casa. Cogí mi bolso, mi carpeta y mi cuaderno de apuntes.

Toqué al timbre de la puerta principal, que era de una madera maciza con paneles laterales claveteados y tres partes fijas superiores con cristales, rejas, mirilla y postigo. En suma, todo lo que una puerta típica de la edad media podría tener, pero más sofisticada. Tras unos segundos esperando, un hombre me abrió la puerta. Vestía como mayordomo. Le dije a lo que venía y que tenía hora marcada con el señor Petrakis.

Me dejó pasar. Me enseñó como llegar a un despacho que sería la oficina del dueño y que una vez llegada ahí, me hiciese anunciar.

Y eso lo hice. Antes de dar con los nudillos de mi mano en la puerta que daba a la oficina casera del señor Petrakis, me arreglé un poco. Llevaba un traje de pantalón y americana negros. Una camisa de seda amarillo pastel. Contrastaba perfectamente con mi tono pelirrojo de cabello. Estaba presentable y me sentía segura y confiada, lo que para mí resultaba ser lo más importante.

Golpeé tres veces la puerta, con los dedos. Cuando iba a tocar por la cuarta vez, esta se abrió y la imagen que surgió delante de mí era avasalladora.

Ahí estaba él. Kyryl Petrakis en su esplendor. Vestido con un traje perfecto y con una apariencia mucho más imponente de la que cualquier revista podría fotografiar. Tragué en seco. Por algún motivo, mi seguridad me abandonó y lo que sentía era un pequeño nerviosismo en todas

mis terminaciones.

Kyryl me miró con una seriedad neutra y serena y sin soltar una sola palabra, hizo un gesto para que pasara para dentro del salón. Cuando crucé la puerta podía sentir su mirada en cada movimiento que hacía. Era alto, muy alto y sus ojos estrechos como los de un felino, le daba un aspecto peligroso y astuto.

—Buenos días, señor Petrakis —dije, girándome para su figura, una vez dentro. Él pasó a mi lado para recolocarse en la silla de su secretaria.

—Vamos a lo que importa, señorita... Perdóneme usted, pero no tuve tiempo de memorizar su nombre.

La arrogancia y la altivez con la que hablaba no me sorprendían para nada. Es más, estaba justa a la espera de aquella actitud.

—Mi nombre es Jane Meyer. Seré la consultora inmobiliaria que trabajará en la venta de su casa, supongo. —No pude dejar de entonar la ironía y me quedé contenta cuando vi que estrechaba los ojos más aún, si es que podía ser.

—Mi tío me recomendó vuestra agencia, así que, ciertamente si la enviaron a usted es porque será buena en su trabajo. —No esperaba aquella frase tan halagadora, pero imaginé que sería la última que escucharía. Y no estaba errada.

—Así es, señor Petrakis. Tengo una vasta experiencia en este tipo de inmuebles y una cartera de inversores que podrán estar interesados en su propiedad. Ahora, todo esto va a depender del precio de venta, entre otras cosas más. —Siempre fui una persona asertiva y me gustaba ir al grano.

—Veo que es usted una persona muy directa, señora... señorita... —dejó la frase a medio esperando a que yo contestase.

—Señorita, si es tan amable —contesté con una ligera sonrisa de simpatía.

—No soy amable. De hecho, todos los que me conocen saben que soy todo menos amable, señorita Meyer —su voz era tan ronca que el primer escalofrío subió por toda mi espalda—, pero intentaré abrir una pequeña excepción. Por cierto, puede usted sentarse.

Todo aquel tiempo ni me había dado cuenta de que me había dejado colgada de pie en el medio de la habitación, con total indelicadeza.

—Muchas gracias por la consideración, señor Petrakis —dije, nuevamente con alguna acidez en la voz—. Yo preferiría no sentarme. Quizás podríamos pasar adelante las presentaciones y pasar a enseñarme la propiedad. Me gustaría tomar unas fotos y apuntes para la ficha del inmueble.

Petrakis me miró por un largo rato sin hablar, de una forma tan profunda que me sentí poco confortable. Tenía la impresión de que me estaba intentando intimidar. Pero se equivocaba conmigo.

Se levantó, cogió unos papeles y unas llaves de un cajón de la secretaria y se acercó a mi lado de paso a la puerta, casi sin detenerse.

—Vamos, entonces, no perdamos tiempo. Qué es algo que no tengo.

Confieso que no estaba preparada para lo que me esperó a la continuación. Tras dos horas de visita a la mansión aún no habíamos ni pasado del edificio principal. Aquel local tenía innúmeras habitaciones, cada una singular y con un estilo propio, pero todas muy elegantes. Él me fue guiando con la información necesaria para conseguir un buen registro de todo. Iba sacando fotos. Varias veces me di cuenta de que Petrakis me miraba con sus ojos misteriosos y depredadores. Ciertamente me estaba estudiando e indagando la confianza que podía colocar en mí o no.

Cuando llegamos a la puerta que daba acceso al jardín, él se detuvo y llamó al mayordomo. Le indicó que yo iba a ser la consultora encargada de vender el inmueble y que cuando visitase la casa, me diera el visto bueno para pasar. Me pareció casi monárquica tanta formalidad. Era realmente un ambiente y una forma de vivir completamente dispar de la mía.

—Señorita Meyer, creo que, por hoy, ya la retuve más que la cuenta. Imagino que esté cansada y con mucha información. Le sugería que continuásemos mañana, temprano. Así podré enseñarle los jardines y otras partes de la casa con una luz más adecuada. En especial, porque se hará de noche brevemente. Y no me gustaría que una señorita como usted circulase sola por ahí. Es peligroso.

El tono que usó al decir aquella frase me dejó otro escalofrío. Aquel hombre era raro; todo en él indicaba peligro y arrogancia.

—Me siento muy agradecida por su gentileza, pero sé cuidarme, señor Petrakis. Mejor nos vemos mañana, como dijo.

Sus ojos adquirieron un brillo maquiavélico con mi observación. Me encaminó hasta la puerta principal de entrada. Quería salir de aquel lugar siniestro lo más rápido posible, pero tenía que despedirme.

—Hasta mañana, entonces, señor Petrakis. Estaré aquí sobre las nueve, si le parece bien —forcé una sonrisa.

Él se acercó tanto a mí que casi di un paso atrás con la sorpresa de la invasión de espacio. Abrí bastante los ojos.

—Tenga usted un buen viaje. Ve con cuidado, esta zona es muy aislada. No iba a querer perderse. —Habló tan despacio y melodioso que cerré los ojos por un instante y suspiré profundamente, sintiendo los pelos del cuerpo como escarpas. En definitiva, había algo en él que me desconcertaba. Y no era solamente lo atractivo que tenía y su belleza, sino que había algo extraño en aquel hombre que me indicaba que no debería estar allí. Aquellos ojos de un azul tan claro que casi parecía hielo eran algo sobrenatural.

Di un paso atrás y salí por la puerta sin decir nada más. Entré en el coche a toda prisa y me fui de allí.

## Capítulo 3

Cuando salí de la ducha, tenía la sensación de que el peso en mis hombros se multiplicaba por diez. La tensión del día se acumulaba en mis músculos. Sentía una energía pesada en el pecho. Cambié de ropa y vestí algo confortable.

Más tarde, para cenar, calenté un poco de comida que me restaba en la nevera. Y comí, mientras asistía a una serie en la televisión.

Más tarde, mi teléfono sonó y pillé un brinco en el sofá, porque ya estaba casi dormida. Era Joseph.

—Hola. Buenas noches —le saludé adormilada.

—Hola, Jane, ¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? —preguntó cordialmente.

—Jo, déjate de formalismos. Quieres saber cómo fue la visita a la casa de Petrakis hoy, ¿cierto? —Lo conocía bien y sabía que me iba a controlar en aquella venta lo más cerca que pudiera. Era simple. La comisión en juego era jugosa. Una mansión como aquella no se vendía por menos y nada.

—Que insensible, Jane. Me preocupo por ti. ¿Cómo te fue la visita, entonces?

—Lo sé, Jo, no me hagas caso. Pues, que quieres que te diga, bien. Estoy cansada. Cuarenta y cinco minutos de conducción hasta el destierro más apartado del centro de la tierra. La mansión es impresionante. Nunca había visto nada así. Señorial, imponente y elegante. Una pieza de arte en belleza. —Por un breve momento no sabía que estaba describiendo en concreto, si la casa si el dueño.

—No quiero ni imaginar el precio que pedirá. ¿Has podido conocer Petrakis? ¿Qué tal? —Jo estaba curioso.

—No hablamos de precio, todavía. Y sí, con esto te acabo de contestar. Lo conocí. Me enseñó la casa o mejor, parte de ella. Mañana seguiremos la visita. —No estaba dispuesta a dar muchos detalles de lo que pasó.

—A título de curiosidad y entre nosotros, ¿es tan estúpido como se ve en los medios de comunicación? —La voz sonaba burlona. Me reí.

—No, Joseph. —dejé un breve momento de pausa y podía escuchar su respiración acelerada, esperando el cotilleo—. Es peor de lo que puedes imaginar. Más engreído, arrogante y estúpido no creo que se pueda ser.

Cuando terminé de decir la frase una breve corriente de aire me pasó por los brazos y la nuca. Qué raro, no tenía ventanas abiertas. Miré a mi alrededor, pero no había nada de aire corriendo por lado alguno. Una sensación rara, que por suerte, Joseph interrumpió.

—Jane, sabes que te tengo mucho aprecio, nunca te hubiera dicho para hacer este negocio si no supiera la buena profesional que eres. Pero quiero que sepas que, si en algún momento, no estás confortable con esto, solo tienes que decirme. Yo mismo me encargo del tema.

—¡Gracias! Quédate tranquilo, Jo. He pasado peores cosas en mi vida, no va a ser un tipo metido a idiota que me va a distraer de mis objetivos. Descuida. Sé cuidarme. —Llevaba tantos años ya defendiéndome sola de la vida y de todo que, no iba a dejarme intimidar por un hombre como Petrakis.

—Eso espero. Bueno, te dejo, que es tarde. Suerte mañana para la visita.

Nos despedimos y colgué el teléfono. Volví a sentir el aire pasar por mi nuca. Como si alguien hubiera pasado muy rápido por detrás. Miré hace atrás desconcertada, pero no había nada. El cansancio me estaba pasando factura. Me iba a dormir. El día siguiente iba a ser largo.

Cuando llegué a la mansión, faltaban cinco minutos para las nueve. La carretera no era la mejor, para ser sincera; había unos tramos que necesitaba casi un jipe, cuanto más mi pequeño coche utilitario que estaba apropiado para circular dentro de la ciudad.

De esta vez, el mayordomo fue bastante más rápido en saludarme y a dejarme entrar.

—Siento decirlo, pero ayer no creo que tuve la oportunidad de preguntarle su nombre — esperé su contestación, pero simplemente me miraba en silencio y me sentí un poco incomoda.

—¡Gracias, Alfred! Puedes retirarte. —La voz de Kyril sonaba al fondo del gigante salón, mientras avanzaba a pasos lentos hacia mí. El mayordomo salió haciendo una reverencia a ambos, la cual yo retribuí, a pesar de no haberme contestado.

Kyril paró delante y no pude dejar de notar que llevaba una ropa bastante más coloquial que la del día anterior. Unos pantalones y camiseta negra hacían de su aspecto una siniestra y monocromática figura. Si no estuviera tan atractivo, podría más parecerse al diablo escenificado.

Él no tuvo ningún reparo en mirarme de arriba abajo con total descaro. Y una ligera sonrisa apareció en su rostro.

—Buenos días, señorita Meyer. ¿Ha podido descansar bien? Espero que el viaje no le haya sido pesado. —Aquella manera formal de hablar, me dejaba confusa. Podría ser la persona más caballerosa como la más idiota en un microsegundo. Quizás, estaba delante de un caso obvio de bipolaridad.

—Buenos días, señor Petrakis. ¿Empezamos nuestra visita? —Una vez más no quería entrar en simpatía con él. Intentaría ser lo más profesional que pudiese. Él irguió las cejas un poco desapuntado, pero esbozó su típica sonrisa, tan sutil que casi no era perceptible.

—Por supuesto. —hizo un gesto con la mano para que yo avanzase —. Después de usted, señorita.

Cuando pasé por él, volví a sentir el aire en la nuca. Eso me provocó un escalofrío. Desde que había entrado en aquella casa que no paraba de sentir cosas extrañas.

Hicimos la visita a algunas divisiones que se habían quedado en falta y nos acercamos a los jardines, como me había dicho. Ni por asombro he podido ver toda la magnitud de la propiedad, porque había muchas partes distintas. Zonas de paseo y rodeadas por flores de varias especies y variedades. Zonas de caminos con árboles majestuosos que se adentraban en lo que parecía ser un bosque cuya vista no alcanzaba fin.

Nos limitamos a dar una vuelta por algunas zonas más abiertas. Varias fuentes y esculturas de piedra adornaban el área verde. Era una propiedad preciosa.

Estábamos en la parte trasera de la mansión y ahora nos encontrábamos con un jardín de invierno acristalado. Petrakis quise que entrásemos para ver aquella área. Dentro había muchas plantas perfectamente dispuestas y que hacían de aquel lugar una verdadera tela para cualquier pintor impresionista.

En el centro había una mesa colocada con dos sillas y completamente adornada con todo lo necesario para dos comensales. Ahora era yo la que estaba impresionada. Él se colocó frente a mis ojos.

—Señorita Meyer, como le he dicho, no suelo ser una persona amable. Mejor dicho, me suelen llamar de engreído, arrogante y estúpido. —Acababa de describir las mismas palabras que yo había dicho a Joseph, anoche. Hice una mueca de desconcierto y una sonrisa un poco nerviosa.

Que coincidencia que sepa exactamente lo que la gente pensaba de él. No era difícil. Aun así, me sentí incomoda con la observación. Era como si pudiera leerme la mente. Tenía que trabajar mejor mi inteligencia emocional—. Pero me gustaría empezar con mejor pie con usted, ya que vamos a trabajar con un mismo objetivo. Así que he tenido la idea de pedir que nos trajesen el desayuno. De esta forma, podemos hablar un poco sobre cualquier tema que le cause duda. Y conocernos mejor.

No sabía cómo interpretar aquel discurso. Me limité a asentir con la cabeza y ofrecer una sonrisa.

Nos acercamos a la mesa, que estaba preciosa. En cualquier otra ocasión aquello me parecería una cita romántica salida de una película de amor. Para dar más fantasía a mi pensamiento distópico, él sujetó la silla para que me sentara. El perfecto caballero. Todavía no iba a bajar la guardia, porque las serpientes también se presentaban encantadoras y todos sabemos cuáles eran sus intenciones.

Tras servir el café por las tazas y los platos con huevos, tostadas, tomate y algunos ingredientes más, empezamos a desayunar. Comenzamos a charlar sobre detalles de la propiedad y Petrakis contestaba con seriedad.

—Señor Petrakis, ¿puedo hacerle una pregunta? —me miró serio y tomó un sorbo del café, antes de contestar. Pasó la lengua por los labios y ese gesto me dio una punzada en el estómago. Un calor subió por mis adentros para acumularse en mis mejillas.

—Puede hacerme las preguntas que desee, señorita Meyer. Eso no significa que las vaya a contestar. Pero prometo escucharla con atención. Y lo que le conteste será con honestidad.

Tragué en seco. No esperaba aquella respuesta. Pero una vez más, con aquel hombre no era posible saber lo que esperar.

—¿Por qué quiere usted vender la casa? Parece una propiedad muy valiosa y única. No quiero hacer especulaciones, pero imagino que será para invertir el algo más rentable. —La curiosidad era simplemente profesional, aunque confeso que tenía un morbo de saber cómo pensaba aquel hombre que parecía tan inteligente como despiadado.

Él me miró durante algún tiempo sin contestar. Volvió a servirse de más café, me rellenó la taza y solamente después habló.

—Esta mansión fue construida para ser un regalo. Un regalo para alguien que ya no podrá disfrutar de ello. Por eso, tras mucho tiempo, decidí que era momento de deshacerme del pasado.

Su rostro proyectaba nostalgia y casi podría percibir un atisbo de dolor. O podría ser solamente mi imaginación. Pensé un poco en lo que me dijo. Acababa de decir que la mansión fue construida para ser un regalo. Estaría hablando de algo hecho por un ancestral. Porque se veía muy antigua.

—Imagino que heredar una historia tan triste sea algo avasallador. ¿Cuándo fue construida al cierto?

Él esbozó una sonrisa muy abierta. Sus ojos se estrecharon.

—En 1885. En el siglo XIX. Buenas construcciones.

Abrí los ojos como platos. La mansión tenía más de un siglo. La vía bastante antigua, pero estaba tan bien conservada y modernizada que no era fácil adivinar. Había muchos trazos arquitectónicos del siglo que él mencionó, pero no solía estar acostumbrada a ver casas tan antiguas en la región.

—Es una verdadera obra de arte. Como dije, tuvo mucha suerte en heredar un lugar tan precioso. —No sabía bien que decir.

—No fue heredada.

—Perdón, señor Petrakis. Asumí que sería heredada. No sabía que la había adquirido usted.

—Exacto, señorita Meyer, no debería asumir ciertas cosas en los negocios. Porque en este caso, ninguna de ellas es correcta.

Dicho esto se levantó y me sujetó la silla nuevamente, para que me levantara también. Me sentí un poco boba por haber dicho aquello y haber sido intrusa. Pero me dejó completamente atónica con lo que dijo. Si ninguna de las cosas era cierta, ¿cómo era él el propietario de la mansión? Un misterio que no estaba dispuesta a averiguar, de momento.

—¿Seguimos nuestra visita? Nos queda un día... ¿cómo podría decirlo? ¡Ah... sí! Revelador. —volvió a hacer el gesto de siempre para que lo siguiese. Me resumí a quedar callada.

#### Capítulo 4.

A la hora de la comida ya habíamos visitado casi todas las partes principales de la mansión, tenía inmensas fotos y muchos detalles. Petrakis me invitó a comer. Aunque se disculpó que tenía que hacer unas llamadas de trabajo, pero que Alfred me serviría la comida en el salón. Toda la casa era tan majestuosa que una persona se sentía perdida allí dentro. Y sola. Me he dado cuenta de que durante toda la visita no he visto nadie en la casa, ni empleados, ni habitantes, nadie; solamente Alfred cuando llegué y ahora que me colocaba la comida.

Era extraño, porque una casa de aquel tamaño y que estaba sumamente limpia y perfecta tendría que ser una pesadilla de trabajo. Diez personas serían poco para mantenerla en aquel estado, a diario. Pero no logré ver a nadie.

La comida estaba exquisita. Faisán asado con verduras. Nunca solía comer aquel tipo de carnes, pero era una verdadera maravilla de sabor y confección. Se notaba el requinte en cada rincón de la mansión. No solía beber durante la jornada de trabajo, pero Alfred solamente me dejó un vino tinto y confieso que fue el vino más bueno que he bebido en toda mi vida. Para ser tan estúpido, me estaba tratando como una reina y siendo un verdadero anfitrión. Imagino que este era un negocio en el cual no quería colocar el riesgo de que no se concluyera. Y para eso, yo era una pieza clave.

Tras la comida, Petrakis volvió a juntarse a mi presencia. Tomamos el café juntos en lo que parecía ser una biblioteca, que era algo parecido a una película del siglo XIX, realmente. Había ejemplares antiguos y todos estaban bien dispuestos. Portadas con encuadernación clásica y otros modernos, pero todos estaban perfectamente catalogados y bien conservados.

Adoraba leer y aquello era un paraíso para mis ojos.

—¿Es usted amante de la lectura? —la palabra que utilizó me hizo ruborizarme.

—Sí, señor Petrakis. Me gusta mucho leer. No he podido ir a la universidad, pero intento culturizarme a través de la lectura. —No sé por qué le estaba dando tanta información. Sus ojos me dejaban hipnotizada. No era normal aquel color. Llevaba lentillas de color, seguro.

—¿Por opción u obligación? —me preguntó curioso.

—La lectura por opción. La universidad... quizás las dos —contesté con sinceridad.

—Si hubiera ido a la universidad, ¿qué hubiera estudiado? —Curiosa pregunta, porque ni yo pensaba en ello hace muchos años. Cuando mis padres fallecieron estaba en el último año antes de graduarme. Todos estábamos pensando nuestras opciones para cursar, James tenía claro que iba a seguir gestión de empresas. Yo no tenía cierto que quería estudiar, pero quizás hubiera seguido alguna filología. Como me gustaba tanto la literatura, quizás ese hubiera sido un camino probable. Pero nada de eso era una realidad, ahora.

—No lo sé. No tuve la oportunidad de pensar en eso con claridad. Seguramente me hubiera inclinado por algo relacionado con la literatura o los idiomas. No lo sé... bueno... tan poco es



que vaya a saberlo ahora.

Kyril me miró con profundidad, sus ojos me observaban con curiosidad y algo que no conseguía interpretar. Sus miradas me dejaban muy incómoda. Parecía que me desnudaba con los ojos. Me sonrojé nuevamente. Él sonrió, como si hubiera entendido mi pensamiento.

—¿Qué va a pasar con todas las cosas de la casa? ¿Es necesario hacer inventario de todo? ¿Lo venderá junto con la propiedad? —quise a cambiar de asunto y volver al ámbito profesional.

—Tantas preguntas y tan sabias. —Se levantó. Abrió un cajón ancho que tenía una de las estanterías por bajo y sacó una serie de papeles viejos y tubos con lo que seguro serían planos arquitectónicos de la casa—. No lo sé. Aún no he decidido. Tantas memorias, tantas historias habitan en estas paredes. No me gusta poner nostálgico, porque no es mi forma de ser, pero diría que son decisiones difíciles. Quizás los próximos días me ayuden a encontrar una solución.

Me ofreció una sonrisa que devolví. Se notaba que aquel proceso le traía recuerdos de algo que parecía ser importante.

Se acercó a mí y sin que me diera cuenta me cogió un mechón de pelo y lo acarició. Aquel gesto me obligó a retener todo el aire del ambiente. Estremecí, no sabía si de miedo, de vergüenza o de que.

Su proximidad era imponente. Podía sentir la energía del peso de su cuerpo junto al mío. Lo miré en los ojos. Aquel azul aguamarina casi blanco era impresionante.

—Hay memorias que nunca deberían ser recordadas. Hay sensaciones que nunca deberían ser despertadas. Hay personas que nunca deberían cruzar tu camino.

No entendía bien lo que quería decir con aquellas palabras tan profundas ni que mensaje pretendía dar. Pero podía ver en su rostro que, de alguna forma, sufría por algo de su pasado. Quizás había perdido alguien como yo.

Tras la muerte de mis padres, muchas personas me preguntaron cómo podía seguir viviendo en la casa que era de ellos, todos los días.

Era simple. Cada vez que entraba por la puerta, durante mucho tiempo, viví con la esperanza que los encontraba en la misma cocina donde mi madre hacía aquellos bizcochos deliciosos, para acompañar el té de domingo por la tarde. O encontrar mi padre viendo un partido de béisbol con mi hermano en el sofá, mientras tomaban cerveza escondidos de mi madre, porque mi hermano tenía solamente dieciséis años.

¡Dios! Como los echaba de menos. Las lágrimas se asomaron a mis ojos con aquel pensamiento. No sé si por las palabras de Kyril o por sus ojos, por su presencia, por aquellos días que estaban siendo tan distintos, pero todo el dolor que intentaba apartar con el trabajo afloraba ahora de forma intensa.

Kyril se dio cuenta, porque cambió de asunto y lo agradecí internamente.

—Aquí están algunos planos de la casa y también algunos documentos de la construcción. Son antiguos, pero quizás puedan ser una plusvalía para los nuevos propietarios —él colocó algunos planos abiertos sobre una mesa que había dentro de la biblioteca.

Me asomé para verlos y ahora lo tenía a mi lado inclinado sobre los papeles. Nuestros cuerpos casi se tocaban. Me aparté un poco para ganar espacio.

—Muy interesante. —Miré los planos intentando descordinar las zonas que habíamos visitado, pero algo me llamó a la atención—. No me acuerdo de esta parte de la casa. No creo que hemos estado aquí. Y estos bajos, ¿están en el sótano?

Kyril cerró los planos con rapidez. Los volvió a enrollar y dejó encima de la mesa. Parecía perturbado.

—Se está haciendo tarde. —Miró el reloj. Eran las cinco de la tarde ya—. Quizás deberías

irte.

Bajé los ojos. Una rabia subió en mi interior. ¿Qué pasaba con aquel hombre que siempre conseguía destrozar el ambiente? ¿Por qué sus cambios repentinos de humor? Volvía a ser cortante y borde.

—Señor Petrakis, creo que he visto ya todo lo que necesito para hablar con mis contactos. Si tengo alguna duda lo llamaré o ya encontraremos una forma de hablar. Tiene usted razón. Es tarde y no pienso que haya nada más aquí que pueda resultar interesante. Debería irme —empecé a moverme para salir de la habitación y su mano me sujetó en brazo. El contacto me dejó petrificada, porque no esperaba su reacción. Mis ojos encontraron los suyos una vez más. Él entreabrió los labios y otra punzada en mi estómago se hizo más fuerte.

—Como te he dicho ayer, esta zona es peligrosa y aislada. Quedaría más descansado si estuvieras en seguridad. —Me quedé en choque cuando me empezó a tutear. Había una tensión entre nosotros palpable. Una tensión sexual explícita. No podía negar que era muy atractivo y que su mano me estaba dejando espasmos de electricidad por todo el brazo.

—Debería irme... —me garganta estaba seca. Las palabras salieron con mucho coste. Él se acercó más a mi boca y sus ojos miraban mis labios. Su mirada no era de protección sino que de lujuria y deseo.

—Deberías irte. Es lo mejor. —Su voz salió tan lenta que parecía una canción de cuna. Cerré los ojos —. Jane, deberías irte, ahora.

Noté el tono amenazador en su petición y despertando de mi estado de aletargaría, empecé a caminar, libertándome de su agarre y salí de la biblioteca. Encontré la puerta de salida. Antes de cruzarla, miré hace atrás y lo vi ahí a solamente un metro de mí. Me asusté un poco. ¿Cómo llegó tan rápido? Pensé que se había quedado en la biblioteca, no lo sentía seguirme.

—Adiós, señor Petrakis. Lo llamaré cuando tenga alguna visita a su propiedad.

Él se quedó inmueble sin hablar. Salí por la puerta y me fui. Cuando entré en el coche mi corazón pulsaba a mil por hora. Era casi noche, se podía ver el crepúsculo en el cielo. Me di prisa para salir, antes de anochecer y hacer del regreso algo tortuoso.

Con suerte, la próxima vez que volviese allí sería con clientes. Y para cerrar negocio.

## Capítulo 5

Al llegar a casa, mi primer impulso fue entrar en la habitación de mi hermano. De todas las divisiones de la casa fue la única que no había cambiado nada. Estaba cerrada hace años. Una señora me ayudaba a mantenerla limpia y arreglada todas las semanas. Siempre le pedía el favor de me ayudar con la faena de la casa. Sola me sería imposible. La casa era demasiado grande para una sola persona.

Abrí la puerta y al entrar sentí inmediatamente el olor característico del cuarto de mi hermano. Eric era un chico alegre, deportista y bonachón. Siempre me alegraba el día con sus chistes y burlas. Era mi hermanito más joven y lo quería mucho.

Me senté en su cama. Miré alrededor. Había láminas en las paredes de varios deportistas diferentes, jugadores de béisbol y de baloncesto. Tenía la garganta apretada de tal forma que no pude controlar las lágrimas que me caían por el rostro. Tanto tiempo reprimiendo emociones, controlando el dolor y sin motivo aparente, desde que entré en aquella mansión que todos mis sentimientos estaban revueltos.

El dolor que sentía en el pecho era horrible. Estaba sola. Más de lo que quería admitir. Han sido unos años muy duros, muy solitarios. La soledad era la mayor enemiga de un ser humano. Daría todo para poder abrazarlos una sola vez, una vez más. Por poder decirles lo cuanto todo iba a estar bien. Que iba a lograr supervivir y que no tenían que preocuparse. Que podían descansar en paz.

Me acosté en la cama y enrollé las piernas hasta al pecho sujetándolas con mis brazos. Lloré tanto que creo haber perdido toda la hidratación del cuerpo. Hasta quedarme dormida.

Al día siguiente mi rostro estaba desfigurado. Hinchado y reseco de tanta sal y de tanto esfuerzo. Miraba mi figura en el espejo y casi sentí pena de mí. Abrí el grifo de la ducha y me metí dentro. Sentir el agua caliente sobre el cuerpo me devolvió a la realidad.

Poco tiempo después estaba en la cocina preparando mi desayuno. Llamé a la oficina e indiqué que pasaría el día en casa a preparar mis contactos. Quería llamar a muchas personas, potenciales clientes e inversores para la compra de la casa. Además, no estaba en condiciones de aparecer en público a nadie, en aquel estado.

Por el medio de la tarde ya había logrado un par de posibles contactos interesantes. Dos personas estaban dispuestas a ver la propiedad, pero necesitaban de más detalles. Me habían hecho algunas preguntas que iba a tener que consultar con Petrakis. Pensé en él.

Otro escalofrío subió por mi espalda. Cada vez que pensaba en él o estaba ante su presencia todos mis sentidos se colocaban alerta y me llamaban a la atención para el peligro. Pero ¿peligro de qué?

Mi teléfono sonó y cogí a atender sin ver quien era.

—Dígame. —Un breve silencio contestó mi palabra.

—Hola, Jane. ¿Podemos hablar un momento? —era Petrakis. Y volvía a tutearme. No sé cuál fue la parte en la que habíamos pasado la formalidad, pero yo no iba a seguir aquel tramo.

—Señor Petrakis, gusto en oírlo. ¿En qué le puedo ser útil? —Mantuve el tono profesional y

empático.

—En muchas cosas, pero de momento solamente quería discutir algunas cuestiones sobre la venta del inmueble.

Siempre tenía unas afirmaciones extrañas.

—En ese caso, señor Petrakis, me alegro de que haya llamado, porque yo también tengo algunas preguntas para hacerle.

—¿Personales o profesionales? —La respuesta me pilló de sorpresa.

—Ah... profesionales, claro. No tengo ningún interés en la vida personal de mis clientes.

—Yo sí que tengo interés en la vida de mis empleados, señorita Meyer.

—Menos mal que no soy su empleada, señor Petrakis. —Volvía a ser arrogante como uno mismo.

—¿Cuándo podemos vernos? —preguntó él con una voz muy alegre.

—¿Qué? No entiendo... —¿No había llamado para hablar?

—Que cuando podemos vernos, para hablar. Como debe imaginar no trato de asuntos importantes por teléfono. Además, he encontrado unos documentos de la casa que creo que le puedan ser útiles. ¿Cenamos hoy?

—Cenar... hoy... yo es que... ah... —No sabía ni que responder. Quería cenar conmigo. ¿Con qué propósito? Seguramente me seguía sondeando para ver mi grado de profesionalismo. Este tipo de personas son como leones, siempre con las presas en ojo. La imagen en mi pensamiento me resultó exagerada.

—¿No suele comer, señorita Meyer? No me diga que de esta manera mantiene esa su figura tan elegante. —Casi me ahogó un gemido del otro lado de la línea con la observación tan directa.

—Sí, suelo cenar, señor Petrakis. ¿A qué horas y dónde? —Tenía que parar de dejarme intimidar por sus comentarios fuera de lugar.

—Pasaré a recogerla a las ocho. Hasta pronto. —Sin más, colgó el teléfono. ¿Sería un desgraciado? Que persona más maleducada. Con tanta riqueza y poder no entendía por qué estas personas pensaban que estaban arriba del cielo y de la tierra.

Y ¿cómo sabía su dirección si no la había dicho? Estaba en lo cierto de que llamaría nuevamente a preguntar o me enviaría un mensaje de texto, pero estaba preparada para no contestar.

A las siete y media abrí el armario. ¿Qué podría vestir para una cena con un cliente así? Nunca estaría a su altura, ni en elegancia ni en belleza. Por otro lado, tan poco estaría a su altura por la petulancia y arrogancia, así que lo que quiera que me pusiera iría perfecto.

Hacía mucho calor. En esta época de tormentas tropicales siempre quedaba una humedad rara en el aire y un calor poco común. Decidí vestir un top de seda rojo que iba a juego con mi cabello color naranja, casi fuego. Tenía un tono de pelo muy distinto de los demás. Mi madre era de descendencia irlandesa y por eso gané esos tonos tan inusuales.

Vestí una falda de tubo negra que me llegaba debajo de las rodillas. Estaba elegante y profesional. Recogí el pelo en un mono bien peinado y me maquillé. Aprendí hace mucho tiempo, que en el mundo de los negocios, una mujer debería tener una postura elegante, seria, pero más que todo eso, confiada. No era la mujer más guapa del mundo ni la más bella, pero tenía auto estima y sabía sacar partido de mí. Y era buena en mi trabajo. Por desgracia, aun vivíamos en un mundo dónde los hombres ocupaban la mayoría de los cargos altos y yo lidiaba con muchas personas de alta sociedad y de diferentes culturas. Me gustaba tener una presencia neutra, que llevase la gente a enfocar en mi trabajo y no en mis atributos físicos. Al contrario de Kyril, que era consciente de su atractivo y no tenía ningún problema en evidenciarlo en su vida profesional.

Mi miré al espejo y después al reloj. Eran las ocho en punto. Empezamos bien. Kyril iba a llegar atrasado. O no iba a llegar en absoluto, una vez que no le di mi dirección.

El timbre tocó en la puerta.

Bajé para abrirla y me quedé espantada cuando vi a Kyril allí plantado. Llevaba un traje todo negro, con una camisa negra. No podía estar más elegante. Como siempre. Con su semblante serio y el pelo negro, lo único que destacaba eran aquellos ojos casi transparentes que me tenían hechizada.

—Buenas noches. ¿Vamos? —se apresuró a decir.

—Voy a coger mi bolso y salimos —dejé la puerta abierta y cogí mi bolso de la mesita de entrada. Apagué las luces y salí.

Un coche negro esperaba por nosotros en la calle. Él abrió la puerta al lado del conductor para dejarme entrar. Rodeó el coche y entró en su lado para conducir.

El viaje duró unos quince minutos en los cuales no hemos cambiado palabras. No sabía a donde nos dirigíamos, pero no quería preguntar. Cuando el coche paró, miré por la ventana y pude ver una casa con luces en la parte de fuera. Parecía un restaurante muy elegante y selecto. Pero no me recordaba haberlo visto, lo que significa que sería nuevo en la zona.

Entramos en el recinto. Una persona se acercó para recoger las jaquetas y nos orientó a una parte del restaurante muy reservada. Una música ambiente celta llenaba el ambiente. Me gustaba. La mesa donde nos íbamos a sentar era la única de esa habitación, que estaba elegantemente decorada. Al lado había una pared de cristal enorme que ocupaba todo el salón y por donde se podía ver un lago que estaba iluminado con tenues luces.

Un ambiente demasiado romántico para el tipo de cena que esperaba, pero una vez más, Kyril no hacía las cosas por menos.

Un camarero se acercó a nosotros. Nos saludó amistosamente y noté que se quedó mirándome con una sonrisa. ¡Genial! Ahora tenía el hombre coqueteando conmigo. Kyril habló primero.

—Trame la botella de vino Cabernet Sauvignon Mount Veeder 2016. Y la recomendación del chef. Y déjanos a solas —su voz era cortante y emprendía la máxima arrogancia. Noté que miraba el camarero con los ojos estrechos y de mala gana. Que idiota. Acababa de pedir una botella de vino de casi 100 dólares que sería más de lo que el pobre chico ganaría en toda la noche, aguantando gente como él. Y aun así no le llegaba, tenía que ser una persona intragable. El camarero hizo un gesto con la cabeza de obediencia y salió sin mirarme más.

—¿Siempre consigues ser tan arrogante con las personas? —No podía contenerme con la pregunta.

—Depende. ¿Y tú? ¿Siempre consigues que todos los hombres te miren con ojos de depredador? —Si no estuviera bien sentada, hubiera caído de la silla. No sabía ni que contestar. Preferí cambiar de asunto. No iba a ganar esta batalla. Pero la guerra no había terminado.

—Hoy he conseguido dos contactos de potenciales clientes interesados en su mansión. Sin embargo, hay algunas cuestiones que no he logrado contestarles y tengo la certeza que usted será una gran ayuda, en ese sentido.

El sonrió y sus ojos penetraban los míos con una intensidad que me desconcertaba. Bajé los ojos, intentando romper el contacto. Carraspeé.

—Inteligente forma de cambiar de asunto, señorita Meyer. Pero no me gusta que me dejen plantado con una respuesta —lo miré nuevamente y estaba serio. Empezaba a odiarlo profundamente. Respiré hondo y erguí la cabeza.

—Y a mí, señor Petrakis, como ya mencioné anteriormente, no me gusta hablar sobre mi vida personal. Ni la mía ni la de mis clientes. Y no, no me suelen mirar de esa forma, porque no suelo

estar atenta a esos detalles. Quizás para usted sea mucho más común darse cuenta de ciertos aspectos. Tal vez sea algo típico de su medio.

—Soy una persona muy atenta a los detalles, sí. —se acercó más en la mesa y estiró la cabeza como si me estuviera inspeccionando. ¿Qué hacía? —. Por ejemplo, ahora mismo, puedo ver que a pesar del maquillaje tan bonito que lleva, sus ojos cargan tristeza. ¿Hay algo que la preocupe?

Por breves momentos, pensé que fuera brujo o que podía leer mentes, pero simplemente me acordé de que mis ojos tendrían que estar como dos patatas, tras la noche pasada.

—He tenido una mala noche, solo eso.

El camarero volvió con el vino y eso me ayudó a evadir cualquier comentario. Kyril probó y dio su aprobación para que sirviese.

Era realmente bueno. Un néctar de los dioses. Tenía buen gusto. Y dinero.

—¿Qué tal? —preguntó interesado en mi opinión.

—Delicioso. —tragué un poco más. Iba a jurar que lo había escuchado decir “Como tú” y casi me atraganto, pero no sé si fue mi imaginación.

Afortunadamente me empezó a hablar de inversiones inmobiliarias y agradecí, en mi interior, que cambiase el tema: porque el ambiente estaba quedando pesado. Han traído la comida. Todo estaba exquisito y divino. La cena pasó con tranquilidad, y la verdad es que, en algún momento, hasta me sentí a gusto.

## Capítulo 6

—Como te referí, encontré unos papeles que creo que puedan ser útiles. Unas valoraciones que me hicieron anteriormente cuando coloqué la casa a la venta. —Kyril me daba detalles del tema que lo había traído allí. Me dejó confusa con la información.

—Ahh... no sabía que la casa ya había estado a la venta. —Sin duda ese era un dato importante que no tenía conocimiento.

—Sí. Hace unos veinte años, más menos. —Imaginé que su tío o sus padres la habían intentado vender, porque en esa época, Kyril tendría unos dieciséis años. No veo que estaría interesado en el mundo de los negocios o de las inversiones inmobiliarias, con esa edad.

—Bueno, no sabía de esa información. ¿Por qué no fue vendida, entonces?

—Por estupidez —hizo una mueca de desagrado y se reclinó para tras, mientras tomaba el café.

—Perdóneme usted, no entendí. —Mi cara sería una comedia, porque me pilló, como siempre, desprevenida. Lentamente esbozó una ligera sonrisa.

—Supersticiones estúpidas de pueblo, señorita Meyer. Dicen que mi casa está embrujada. Ya ve usted que tontería. —Empezó a reír de forma siniestra y otro escalofrío me pasó por el cuerpo.

Tonterías o no, la verdad es que desde que había entrado en aquella mansión que me sentía extraña. Como si el ambiente fuera distinto. No creía en nada de lo que estaba diciendo; ojalá pudiera ver fantasmas. Quizás así volviese a ver su familia. Pero eso no era real.

—Esperamos que esos rumores ya no sean tan actuales, señor Petrakis. Porque, no sería muy bueno para ninguno de nosotros que ese tipo de informaciones circularan por ahí. Mis contactos son gente culta y seria. No creo que vayan a creer en esas fantasías, pero mejor no arriesgar. —Él meneaba afirmativamente con la cabeza dándome razón.

A casi todos nos encanta un buen misterio, pero pocos son los que se ofrecerían voluntarios para ofrecerse como tributos para vivir según qué cosas en sus propias carnes. Ahora bien, existen; locos a los que les encantaría la oportunidad de pasar una noche en una casa encantada, por ejemplo. A otros, por el contrario, no les haría ni pizca de gracia; mucho menos que alguien les engañe para comprar una casa que podría estar embrujada. Bien, pues gracias a la información en las redes y demás, ya no se puede engañar a nadie para que compre una casa que se rumorea que está encantada. Porque una cosa es adentrarse en lo paranormal como afición, pero otra muy distinta es que te timen para que te conviertas en compañero de piso de un fantasma.

Pensé en lo que Joseph me dijo sobre la conversación que tuvo con mis compañeros. Ahora, pensando más detenidamente, me preguntaba cuál habría sido el motivo real por el cual todos habían rechazado hacer aquella venta. No podría ser solamente el genio de Petrakis. Empezaba a entender que quizás los rumores de unas décadas no se habían esfumado con el tiempo.

—No vivo en esa casa hace mucho tiempo. Realmente nunca he visto nada que me sugiriese dar razón a los rumores. Pero, una vez más, no paso mucho tiempo en ella. Nunca he tenido un “encuentro” frente a frente —hablaba serio, pero su semblante era siniestro. El único ser que podría hacerse temer en aquella casa, estaba sentado justo delante de mí.

—Señor Petrakis, ¿qué quiere usted insinuar con eso? ¿Qué la casa pueda estar encantada? —

empecé a reír, la conversación estaba girando en una dirección como mínimo, cómica. No podía creer que una persona culta e inteligente como Kyril Petrakis fuera a creer en esos paganismos.

—“Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, que las que sospecha tu filosofía”.

¿De verdad que me estaba citando Shakespeare? Resoplé.

—Voy a necesitar unos días para documentarme correctamente de toda esta situación. Si es cierto que hay rumores de detalles paranormales respecto de la casa, no podremos ocultar eso de los futuros compradores. Eso nos podría traer complicaciones, sabiendo que dada su fama, la verdad podría hacer esta casa imposible de vender. —La idea de que todo lo que estaba pasando fuese una pérdida de tiempo, me consternaba. Si la comisión ya era lo único que me haría aguantar la petulancia de Kyril Petrakis, ahora, no había ningún dinero que pagase intentar vender una casa donde probablemente habitaban fantasmas. Solo me apetecía blasfemar. Pero no quería libertar más demonios de los que ya habían surgido.

—Tome usted el tiempo necesario. No tengo prisa —dijo tranquilo.

—Quizás usted no tenga prisa, señor Petrakis, pero yo sí. Haré lo mejor que pueda para que su propiedad sea vendida por el mejor valor posible. De preferencia sin interferir con nigromancia. —La ironía era lo poco que me quedaba de todo esto.

Llegamos en el coche a la puerta de mi casa. Él apagó el motor. El ambiente era oscuro, solamente con las tenues luces que la calle proporcionaba.

—Gracias por la cena. Estaba todo riquísimo. —Apenas podía ver su rostro, de la oscuridad. Pero notaba sus ojos clavados en mí.

—Espero no haberte asustado con todo lo que dije. —Su voz era tan suave y cariñosa que relajé un poco—. Hoy en día, al igual que nuestro universo, las cosas que sabemos parecen expandirse hasta límites infinitos.

—No doy crédito a esas cosas, señor Petrakis. Por desgracia, conozco la realidad de la vida y esa puede ser mucho más terrorífica que meras supersticiones.

Sin que me diera cuenta, su mano posó en mi rostro y sentí la electricidad provocada por aquel contacto súbito.

—En todo este tiempo nunca logré saber cómo apagar el dolor, pero me hubiera gustado saberlo. Solamente para borrar esa tristeza de tu rostro.

Mi cuerpo empezó a temblar cuando él se acercó tanto a mí, que podía sentir su aliento en mi boca. No obstante, no conseguía moverme. Estaba paralizada. Hipnotizada por sus palabras, su caricia suave en mi rostro. Hacía tanto tiempo que no sentía una muestra de calor, de cariño y de reconforto por parte de alguien, que estaba nublada con el momento.

—Señor... Petra... —las palabras no salían y cerré mis ojos, rezando para que me dejase salir. Aunque nadie me impedía hacerlo.

—¡Chuu! —sus labios estaban a escasos milímetros de los míos. Abrí los ojos y vi sus ojos que siempre eran tan claros y helados, con un tono rojizo brillante. No podía distinguir bien se era eso lo que veía, porque la oscuridad me confundía los sentidos. Pero ahogué un gemido de temor—. Tan poco me temas a mí. Pero te advierto. No confíes en mis intenciones.

Y apartándose tan rápido cuanto lo que se acercó, volvió a su lugar. Miró hace adelante.

—Buenas noches, señorita Jane Meyer.

Tuve que hacer medios con todas las fuerzas que me restaban para salir del coche. Pero lo logré. Las piernas aun me temblaban cuando abrí la puerta de casa. No miré ni hace atrás. Cuando cerré la puerta me recosté en ella y dejé las rodillas ceder hasta quedar sentada en el suelo, espaldas contra la puerta.

Respiré acelerado, como si acabara de correr un maratón. ¿Qué diablo acababa de pasar



aquella noche? Para ser sincera, la pregunta era ¿Qué quería Kyril Petrakis? Era la persona más surrealista que había conocido jamás, pero no podía negar que sentía alguna atracción por él. Era inevitable no sentir eso cuando todo él era una figura dionisiaca, pero por todo lo demás, lo único que su cuerpo me decía era que me mantuviese lo más lejos de él posible.

Yo no vivía en una casa encantada, pero no hacían falta fantasmas para sentirme atormentada.

La semana pasó sin grandes cambios. No había vuelto a hablar con Petrakis y casi logré olvidarme de él por varios instantes. A veces, a la noche aun me venía a la cabeza el momento en el que sujetó mi rostro. Su tacto, su presencia. Pensar en eso movía mis emociones de forma desconcertada y confusa.

Pude documentarme de todo lo que había sido publicado o dicho de la mansión. Era cierto que, algunos artículos hablaban del pueblo donde estaba la casa, indicando que estaba maldito con criaturas sobrenaturales y algunas leyendas contaban historias de casas embrujadas. Sin embargo, eran artículos antiguos, de periódicos locales y que no especificaban nada sobre la casa de Petrakis, en concreto. No existían datos concretos que pudiesen influenciar la venta de la casa, simplemente rumores absurdos pueblerinos de creencias erróneas, típicas de la época.

Di por concluida mi investigación. Esa misma semana, llamé a uno de los contactos interesados en visitar la casa y podemos concretar una visita. Envié un mensaje de texto a Petrakis, explicando la intención del cliente en ver la propiedad en el viernes siguiente. Me contestó que no habría problema, siempre y cuando fuera por la mañana, cuando había sol y se podía ver bien.

“Habemus cita”, pensé. Si todo fuera bien, quizás lograría una propuesta. Ojalá eso fuera cierto. Estábamos a menos de dos meses del final del año y quería estar lejos en esas fechas.

Mi teléfono sonó y pensé que fuera él. Pero no. Era Martha.

—Ya no me cuentas nada de tu vida. ¿Qué pasa, tan ocupada te tiene Petrakis? —ruboricé las mejillas ante el comentario.

—¿Qué va! No seas tonta. He estado sumergida en documentos y temas. Nada en especial.

—Te echo de menos por la oficina. Voy a pasar esta tarde en la peluquería. Tengo una boda este fin de semana y quiero ponerme guapa. ¿Te apetece una tarde de chicas? Ya te vendría bien un corte de pelo.

—No me parece mala idea. Necesito despejar un poco la cabeza del trabajo. Pero ni hablar en cortes. —Tenía el pelo muy largo, pero me gustaba así; mi madre siempre hablaba de lo bonito que era y que no me lo cortase. Y por eso, lo tenía así.

—Nos vemos a las cuatro en el sitio de siempre. Un beso. Hasta ahora.

## Capítulo 7

Eran casi las ocho, cuando salí de la peluquería. Martha y yo habíamos pasado la tarde colocando en día todos los cotilleos e historias. Me resultó muy placentero pasar tiempo con ella. Aproveché e hice unas alteraciones en el pelo, lo coloqué más rojo. Unos reflejos más cobrizos para dar un aire más brillante. Recordé los ojos de Petrakis aquella noche. Iba a jurar que eran del color de mi actual pelo, o era mi imaginación dándome malas pasadas.

Joseph me llamó, mientras aún estaba en la sesión de belleza y me invitó a cenar. Aprovecharíamos para hablar de detalles de los negocios. Con todo lo que tenía que hacer, no había conseguido pasar en la agencia esa semana. No era algo obligatorio para ninguno de nosotros. Solamente íbamos allí para tratar de burocracias y recibir clientes, entre otras pequeñas labores. Nuestro trabajo era esencialmente en el terreno y Joseph siempre nos había dado libertad para hacer lo que fuera mejor, mientras cumpliésemos los objetivos.

Era un hombre agradable y guapo. Nunca lo miré con ojos de mujer hace a un hombre. Estuve tan ocupada en proteger mis sentimientos, después de la ruptura con James, que las pocas veces que había conseguido salir con algún hombre, en alguna cita, no pasó de poca cosa. La típica cena, charla aburrida y alguna vez que otra terminó en sexo esporádico. El problema es que no quería ese tipo de relaciones, ni pasar el tiempo conociendo personas con el simple propósito de encontrar alguien con quien estar a todo el coste.

Esa no era yo. No voy a negar que me gustaría enamorarme, sentir una pasión avasalladora por alguien, quizás encontrar un compañero que me llevase a volver a tener sueños. Solo que en mi cabeza, eso eran fantasías de adolescente. Fantasías que yo no tuve oportunidad de vivir, porque la vida me restregó con más responsabilidades de las que una joven criatura debería asumir.

Y con eso murieron mis ganas de romances y tonterías.

Cuando llegué al restaurante, Joseph estaba ya a la espera de mi llegada.

Cenamos agradablemente y nos pusimos al día con todas las cosas de trabajo. Lo bueno es que él, tal como yo, sabía separar bien ambas cosas. A pesar de que lo consideraba un buen amigo, era serio y respetuoso.

Sentí un aire extraño en la nuca. De pronto, sin hacerse anunciar, tenía a Kyril Petroski a nuestro lado de la mesa, de pie. Y no traía cara de muchos amigos.

—Buenas noches, señorita Meyer. Buenas noches, señor Parker —esbozó una sonrisa ácida. Extendió la mano para saludar a Parker que retribuyó, levantándose, caballerosamente. Hice lo mismo gesto y le extendí la mano cuando me ofreció la suya. Solo que él no se limitó a apretarla en un saludo, sino que la llevó a los labios y me besó la espalda de la mano. Mis mejillas ardieron con el gesto.

—Señor Petrakis, que gusto verlo por aquí. Mi compañera y yo estábamos justamente acertando detalles de su negocio. —Jo era una persona de relaciones públicas y siempre quedaba bien con los clientes—. ¿Está usted solo? ¿Quiere hacernos compañía?

¿Dónde coño sale aquella invitación?, pensé. No quería Petrakis sentado allí con nosotros. Parece que adivinó, porque su comentario siguiente fue un alivio.

—Yo siempre estoy solo, señor Parker. Eso o muy bien acompañado. Como creo que es su

caso, en este momento. Espero que no pasen el resto de la velada hablando de cosas tan desagradables como trabajo. Yo no lo haría. —Ahí estaba su sonrisa cordial tan irónico. Vaya manera de dar un piropo con descaro. Estaba prácticamente insinuando lo que debería o no hacer con Joseph. Me mantuve callada.

—Tiene usted razón, señor Petrakis. Jane merece mejor atención. —La sonrisa de Kyril pasó de abierta a siniestra nuevamente, era como si no le gustase lo que acababa de oír. Un poco estúpido, ya que fue él que empezó el tema—. De la misma forma como espero que le esté dando la atención merecida a su casa.

—Descuide, Parker. Jane es una mujer muy profesional. Estoy seguro de que prontamente los tres van a estar satisfechos con sus logros. Ahora si me disculpan, he venido solo, pero tengo alguien esperándome. Con vuestro permiso. —Hizo un gesto de despedida con la cabeza y saludando nuevamente los dos se fue. Aún sentía sus labios ardieren en mi mano. Su presencia siempre conseguía desconcertarme. Una mezcla de sentimientos encontrados me apoderaba cuando lo veía.

Acababa de decir que venía a encontrarse con alguien. Sentí una puntada de incomodo en el estómago. ¿Celos? Estaba celosa de pensar que quizás había ido a encontrarse con alguna de las modelos con las que siempre pavoneaba por ahí. No. ¡Qué tontería! No iba a sentir celos de aquel hombre, ni que fuera el último de la tierra. Era un engreído. Y lo detestaba.

Terminé de cenar con Joseph. Estuve incomoda todo el resto de la cena. Tenía la sensación de que estaba a ser observada todo el tiempo, pero por mucho que mirase alrededor no veía a nada haciéndolo.

Cuando nos levantamos para salir, Joseph me orientó a la salida posando una mano en mi espalda. Si alguien nos viera, podría decir que éramos íntimos, aunque éramos solamente dos amigos con años de confianza. Y respeto. Sabía perfectamente los sentimientos de Joseph por mí y nunca incitaba sus pensamientos. No me parecía correcto darle falsas esperanzas.

A veces pensaba en dejarme llevar y darle una oportunidad. Teníamos mil cosas en común y congeniábamos bien los dos. Pero temía que si llevase el tema a algo más que no fuera serio, pudiese herirlo. Y no quería perder su amistad.

Joseph insistió en llevarme a casa.

Estábamos charlando en la calle. Hacía una noche muy agradable. Él tenía el cuerpo apoyado en la puerta del coche que tenía aparcado delante de mi casa. Yo seguía de pie en la acera.

—¿Ya te conté que dicen que la casa de Petrakis está embrujada? —hablamos de anécdotas tontas y me acordé de que no le había dicho aquello—. Y no me mientas, Jo, todos sabían que era así. De otra forma, cualquiera querría el negocio.

—Jane, eso son rumores, ¿de verdad que crees que alguien perdería una comisión de ese valor por esa tontería? —reía, cachondeándose del asunto.

—Sí, creo, de otra forma me lo hubieras dicho desde el inicio —hablaba serio, pero no le estaba recriminando por nada. Entendía sus decisiones. Si los demás eran miedosos para perder un negocio por aquello, yo no.

Jo se apartó del coche y quedó más cerca de mí. Aquella proximidad me dejó un poco molesta. Estaba muy cerca.

—Jane —sujetó uno de mis brazos con ligereza—, tengo la certeza de que eres capaz de vender aquella casa hasta con los fantasmas haciendo la visita.

Nos reímos de su observación. Sentí nuevamente el aire en la nuca. Como si hubiese pasado una corriente de aire. Pero eso era imposible. Estaba una noche perfecta de calor y no había ni pizca de aire. Me estaba pasando tan a menudo que, al mejor, estaría cogiendo alguna gripe o algo.

También volví a tener la sensación de que alguien nos observaba. Miré alrededor y no avispe a nadie. Cuando mi cabeza giró nuevamente en la dirección de Joseph, su rostro estaba a escasos centímetros de los míos.

—No me digas que te ha asustado la idea de los fantasmas. —Su voz estaba más ronca y divertida, pero también más intensa. La mano que tenía en mi brazo subió a mi cuello. Cerré los ojos por reflejo. No, no. Aquello no estaba bien.

—Jo, no creo que... —No pude hablar más, porque me besó. Era la primera vez que hacía algo así. Tan poco es que hubiese bebido demasiado. Al principio, sus labios solo posaron sobre los míos, pero su mano me sujetaba el cuello más y más hace a él y el gesto me hizo entreabrir los labios. Él aceptó eso como una invitación y me besó más ávidamente. Sentía su lengua explorar mi boca. Y lo dejé.

Se sentía bien. No era besada hace tanto tiempo que aquella lengua caliente en la mía me estaba dejando en un estado de aletargaría. Mi estado de transe terminó al escuchar una voz carraspear.

Nos detuvimos de inmediato y nos quedamos perplejos al ver Kyril Petrakis allí delante, en la acera a escasos metros de nosotros. Mirando con una mirada diabólica. ¿Cómo había llegado allí? ¿Dónde estaba su coche? Mejor, ¿qué hacía allí a la puerta de mi casa?

—Siento mucho interrumpir. —Tuve la sensación de que usó la ironía al decirlo—. Me acordé de que tenía unos papeles que quería entregarle, señorita Meyer, para la visita de viernes y pensé en traérselos. Pido disculpas si interrumpía algo profesional.

Me dio ganas de abofetearlo. Estaba a ser irónico, sí. Y además sabía bien por qué decía aquello. Como he dicho que no mezclaba trabajo con placer, bonito espectáculo acababa de dar para confirmar todo lo contrario. Que rabia.

—Bueno, Jane... Yo también estaba de salida. Hablamos otro día —. Y ahora, ¿Qué bicho mordió a Joseph? Parecía intimidado con lo que le dijo Petrakis. No me jodas, que quería quedar bien delante de un cliente. No tenía nada que ver con su vida personal, a pesar de que, de cierta forma, casi agradezco su intervención. A saber dónde me hubiera dejado ir por la necesidad.

—Vale Jo. Hablamos después. Gracias por la cena —. Él sonrió y meneó la mano en el aire a Kyril para despedirse, antes de entrar en el coche y dejarme allí plantada con aquel hombre a mi lado. Su actitud me disgustó un poco.

Cuando el coche se apartó, me giré para Kyril. Extendí la mano para que me diera los papeles.

—Gracias por los papeles, señor Petrakis. Ahora si no es mucha molestia, quiero irme a dormir.

En vez de entregarme los papeles en la mano, la sujetó con la suya y de un tirón me acercó a él de tal forma, que tuve que apoyarme en su pecho para no caerme.

—¿Eso es una afirmación o una invitación? Porque tengo en memoria que habías dicho que no mezclabas trabajo con placer.

¡Bingo! Sabía que me iba a tirar aquello en cara. ¿Quién se ha creído?

—No creo que eso sea de su incumbencia, señor Petrakis. No estoy en horario laboral. Puedo hacer con mi vida y con quien quiera lo que me da en la gana. No es usted mi jefe.

—Definitivamente no soy su jefe. Porque si fuera, estaría haciendo esto. —Si el beso de Joseph me pilló sorpresa, este me pilló en órbita. ¡Joder! ¿Qué estaba haciendo? Kyril me besaba. Pero no como Jo, su beso era demandante, posesivo, me sujetaba la cintura y mis manos seguían en su pecho. Mi corazón estaba desbocado en la boca, sin embargo, lo suyo estaría en total control, porque no lograba sentirlo. Su lengua exploraba mi boca con avidez. Lo empujaba para que me soltase, rechazando su beso.

La lucha duró unos segundos largos, en los que entendí que no había nada que pudiera hacer. Él era grande y fuerte y me tenía controlada. No solo por su agarre, sino que por la sensación que me estaba provocando. El beso de Jo hizo sentirme bien, pero el de Kyril me estaba haciendo sentir viva. Un calor se apoderó de mis piernas y sentía mi sexo palpar de deseo. Una cosa surrealista. Con un solo beso me estaba dejando excitada a más no poder.

Las piernas empezaron a temblarme. Le di un último intento de empujón y logré apártalo de mí un poco. Su respiración era acelerada y sus ojos volvían a ser de un azul intenso y brillante. Estaba tan avergonzada por su mirada que no pensé cuando le espeté un bofetón en todo el rostro.

Él giró la cabeza con el impacto. Pero sus manos seguían sujetándome igualmente. Y cuando intenté apartarme, él me apretó más contra su cuerpo.

—Creo que deberías entrar —dijo. ¿Ya está? Me acaba de sujetar a la fuerza, besarme y dejarme en un estadio infernal y ahora decía para irme a casa.

Me libertó de sus manos. Tambaleé un poco, pero logré mantener el equilibrio. Mi boca seguía entreabierta, la respiración acelerada y la garganta seca. Lo miraba con toda mi rabia, pero sus ojos destilaban otra cosa que no lograba entender que era.

—¿Sabes qué Kyril? —era la primera vez que lo tuteaba, pero dadas las circunstancias, mi compostura se había ido al garete—. Hay realmente algo pavoroso en tu casa. Y ese algo eres tú. Ahora hazme un favor y vuelve al infierno de donde has salido.

## Capítulo 8.

¿Cómo era posible que, en apenas una semana, mi vida tenga dado un giro inesperado? Pasé de no tener ningún hombre en mi vida para pasar a tener dos tontos peleándose por mi atención. Todo esto era más de lo que quería abarcar en estos momentos.

Una cosa era cierta. La próxima vez que viese a Petrakis le iba a decir un par de cosas.

Me acosté. Mi cabeza seguía rodando como una noria de la agitación de la noche. Besada por dos personas, casi a la vez. Escasos minutos separaron un beso del otro. Pero la diferencia entre los dos, esa la podría separar una eternidad.

No conseguía conciliar el sueño. La boca de Kyril en la mía me estaba poniendo nerviosa, caliente y cachonda. Pensar en la forma como me había sujetado, su lengua caliente explorando cada rincón de mi boca, me estaba dejando loca de deseo. No sé qué me pasaba. No solía tener estos arrebatos sexuales ni de deseo, pero había algo en aquel hombre misterioso que me dejaba muy encendida.

Tenía que quitarlo de la cabeza y la mejor forma era darme por vencida. Llevé una mano hasta mi clítoris y empecé a masajearlo. Masturbarme podría no ser la mejor manera de matar el deseo, pero era sin duda, la mejor que iba a conseguir y querer. Tras un par de segundos acabé explotando de placer en mi propia cama, sola y consumida por aquel ardor que ahora gritaba su nombre en cada celda de mi interior. Al menos, he podido dormirme.

La mañana siguiente pasó con normalidad. Ni Joseph me llamó ni Petrakis. Estábamos en el buen camino. Mejor así. Lo ideal era pasar una goma sobre el asunto y hacer de cuenta que nada había pasado.

Faltaba un día para la visita con mis clientes y quería dejar todo en orden. Pasaría por la agencia a la tarde a coger unas fichas de visitas y poco más.

—Hola, Martha. —llamé a mi compañera para sondar terreno—. ¿Sabes si Jo estará ahí esta tarde?

—Hola, Jane. Pienso que no. Me dije esta mañana que iba a visitar un posible inmueble para captación. ¿Por qué, querías hablar con él?

—No, mejor así. Voy a pasar ahí ahora y no tengo mucho tiempo. Y bueno... ya sabes cómo es Jo, siempre acabo de charleta y me atraso. —La mentira era piadosa, por eso no iba a disculpar que estaba a mentir a una de mis mejores amigas.

—¿A qué horas es tu visita mañana? —preguntó Martha.

—Quiero estar temprano en la mansión. Los Gilmore insistieron en ir solos hasta allá: en su coche; así que yo iré en el mío y quiero llegar antes que ellos.

—Vale. Y mañana por la noche, ya estarás por aquí, ¿no? ¿Salimos al bar de siempre? —Los viernes por la noche solían ser días sagrados para nosotros. Martha, yo y un par de compañeros más de la oficina siempre íbamos al mismo bar, donde nos divertíamos jugando diana, bebiendo y charlando.

—Espero que sí. Estoy segura de que al final de la tarde ya estaré por aquí, pero de todas formas te confirmo mañana, cuando salga del pueblo ese.

—De acuerdo, pero ya estoy contando contigo. Un beso, guapa, nos vemos—se despidió.

Por la tarde, pasé en la oficina, como tenía previsto, para coger los papeles. No había nada a trabajar. Estarían todos en visitas o captando nuevos clientes. Jo tan poco estaba, tal como Martha me dijo y suspiré aliviada por no verlo. No estaba preparada para la mirada incómoda que se anticipaba, tras lo sucedido.

Llamé a la pareja Gilmore una vez más, concertando todos los detalles para el día siguiente. Todo estaba encaminado. Ahora, solo me restaba llegar a casa, descansar bien y dejar todo preparado para el día siguiente. Con suerte, aquel podría ser el principio del fin de aquella venta. Ojalá estuviese en lo cierto. Era señal de que no tendría que ver más a Petrakis.

Cuando me preparaba para dormir, más tarde en ese día, recibí un mensaje. Era Jo.

“Espero que te vaya todo bien mañana. Ve y trae esa venta que tanto ansiamos. Un beso.”

¡Joder! Nunca me enviaba besos. Y si este era como lo que había restregado en mi boca, no iba a devolver. Le contesté nuevamente.

“¡Gracias, Jo! Estoy segura de que será una buena oportunidad. Hace mucho tiempo que los Gilmore buscan algo así para sus inversiones en el área. Ya tengo un plan para les sugerir algunas ideas con la propiedad. No veo la hora de traer esa comisión, ya estoy soñando con mis islas griegas.”

Conforme envié el mensaje, maldije lo que acababa de escribir. ¿Islas griegas? ¿En serio? De todas las islas del mediterráneo, luego me sale las griegas. Como Petrakis. Mi subconsciente va por libre, es cierto. Sé que Jo no queda particularmente feliz cuando hablo de mis vacaciones o de salir de la agencia, pero, ahora, más que nunca, veo la necesidad de reforzar el tema. No quiero que tenga falsas ilusiones.

Otro mensaje entrante pitó en mi móvil. Jo había contestado. Abrí el mensaje, pero cuando empecé a leer, entendí que no era de Joseph.

“Cuando llegue, mañana, señorita Meyer, hágame el favor de avisar su llegada. Seguramente mis invitados ya tendrán salido, pero en caso de que no lo hayan hecho, quiero tener la certeza de que así sea, antes de que pueda entrar en la casa. Hasta mañana.”

Hijo de una gran prostituta. ¡Maldiciones! Solo me apetecía matarlo y blasfemarle. La noche anterior casi me quita el aire de los pulmones con la lengua y ahora me acaba de enviar un mensaje a decirme que le avise antes de llegar, para que no me cruce con sus invitados. Canalla. A mí no me interesa para nada sus amantes, ni sus rollos o la gente que invita a su casa. ¿Qué se

había creído? Piensa que no soy digna de estar delante de ellos.

Le contesté.

“Señor Petrakis, eso le digo yo. Espero que mañana cuando llegar, su mansión esté lista para presentarla a mis clientes. Y de preferencia las camas hechas. Sería de muy mal gusto tener una casa de ese valor económico en un estado deprimente para enseñarla. Recuerdo que este negocio es importante para todas las partes, así que yo cumpliré con la mía. Usted solo tiene que cumplir con la suya. Tenga usted una buena noche. Descanse. Mañana madrugamos.”

Al rato, otra alarma señalaba la contestación.

“Espero que usted también tenga una buena noche, señorita Meyer. Al menos mejor que la de ayer. Con el calor que hace últimamente, resulta difícil entrar en el sueño. Hasta mañana.”

Mis mejillas ardían como dos pólvoras prestes a explotar. Era obvio que no podía saber lo que había pasado anoche, pero no perdía la oportunidad de tirar en cara lo que él creía que me había provocado. Lo que era cierto, pero no iba a aceptarlo ni asumirlo nunca. Al infierno con Petrakis. Me acosté. De esta vez, al contrario de lo que él insinuó, no costó dormirme.

Cuando llegué a la mansión era tan temprano que el cielo aún estaba medio gris de la noche. No había amanecido del todo. El camino para llegar a la propiedad era horrible y fue un poco difícil hacerlo sin ver bien, con la semi oscuridad. Definitivamente, no era un buen lugar para viajar por la noche. Estaba aislado y apartado del pueblo más cercano, a unos diez kilómetros. No había nada alrededor, ni vecinos, ni comercios.

Miré la mansión por la ventana del coche. Había una ventana con la luz encendida e iba a jurar que alguien estaba mirando a través de ella, pero su sombra desapareció muy rápido.

Cogí el móvil. Envié un mensaje a Petrakis.

“Estoy aquí fuera. Me quedará aquí hasta que mis clientes lleguen. Así evitamos inconvenientes.”

La respuesta no tardó.

“Mis invitados ya se han retirado. Puede entrar. Podría decir que no muerdo, pero no estaría a ser totalmente honesto. Pero garantizo que aquí dentro estará en seguridad.”

Que estúpido. Nunca perdía una oportunidad para ser gracioso y puñetero. «Qué te den, Petrakis».

Salí del coche de mala leche. No iba a dejar intimidarme por él. No hoy, que era un día importante. Iba a entrar y certificarme que todo estaba conforme para la llegada de los clientes.

Toqué al timbre de la puerta. Alfred fue quien abrió. Me invitó a pasar.

—Buenos días, señor Alfred —saludé al pasar.

Él asintió con la cabeza y se fue. No sé si era formalismo, arrogancia o miedo, pero casi no hablaba conmigo y eso era muy poco agradable.

Esperé allí. La entrada de la casa daba para un salón enorme. Tendría unos cien metros cuadrados, sin exagero. La planta baja de mi casa podría caber toda allí. Estaba oscuro, pero había varias lampadas encendidas y la casa estaba iluminada el suficiente para poder verse.

Una escalera larga y de mármol subía para la primera planta. Una de las muchas áreas de la casa, que más parecía un laberinto. Petrakis empezó a bajarlas. Su pose altiva y elegante hacía de los escalones una pasarela de moda: para él pasar.

Cuando estaba delante de mí, pude sentir su perfume. Cerré los ojos. El olor amaderado, pero fresco a la vez, el toque de vainilla y almizcle hacían de aquella fragancia que emanaba de él, un señuelo para niñas tontas. Como yo. Abrí los ojos. Su rostro estaba ahora casi pegado al mío y el susto me obligó a brincar para tras.

—¿Está usted bien, señorita Meyer? La veo un poco adormilada. —Estaba provocando, con su

sonrisita cínica.

—Estoy perfecta, señor Petrakis. Buenos días. ¡Gracias por recibirnos en su casa, esta mañana! —No iba a seguir su juego. Mantendría la postura fría a más no poder.

—Tanto formalismo, Jane. —Parece que adivinó mis intenciones. Se acercó aún más y acabé con la espalda pegada a la puerta de entrada—. Creo que ya pasamos el punto sin retorno. No veo necesidad de tratarnos como si fuéramos dos meros desconocidos— hizo un puchero con los labios.

Avancé dos pasos para quedarme casi a escasos centímetros de él. Miré hace arriba con altivez y mirándole a sus ojos azules celestiales, le contesté con seguridad.

—Lamento desilusionarte, Kyril, pero nosotros somos dos desconocidos. Y quiero que se mantenga así. —Él estrechó los ojos, sin dejar de mirarme y esbozó una sonrisa de lado. Lo divertía con mi comentario—. Por lo tanto, señor Petrakis, ¿podemos hablar de cosas de trabajo o tendré que esperar afuera por mis clientes?

Él acercó la boca a mi oído izquierdo y su presencia tan cercana, junto con su perfume dulce y caliente, hicieron mi cuerpo estremecer.

—Cuando estuviere a solas contigo, puedes llamarme de Kyril. También puedes llamarme cuando estés sola contigo. Y pienses en mí. —Era un demonio. Me estaba provocando con sus insinuaciones. Tendía que mantener la postura o iba a terminar mal—. Yo sí que pienso en tu nombre muchas veces, cuando no estoy contigo.

El aliento en mi oreja rozó con tal suavidad, que mis vellos parecían escarpas. Tragué en seco. Me quedé perpleja con su atrevimiento. Por suerte, mi teléfono empezó a tocar.

Logré salir de mi asombro y atendí. Los clientes habían llegado. Salva por la campana. Salí a recibirlos y noté la presencia de Kyril detrás de mi todo el tiempo. Nos hicimos las presentaciones pertinentes y estuvimos charlando un poco sobre el inmueble. Kyril era extremadamente educado y charlador. No parecía la misma persona de siempre. No tardaría en sacar su lado hipócrita y arrogante, pensé.



## Capítulo 9

Toda la mañana pasamos a visitar el edificio principal. Casi por la misma orden con la que yo lo visité, la primera vez. Todas las divisiones estaban impecables. Me preguntaba cuál sería la habitación de Kyril. Tenía curiosidad de saber en cuál de los innúmeros cuartos se acostaba. Retiré el pensamiento de inmediato, al darme cuenta de que me miraba. A veces pensaba que me leía la mente.

Los clientes estaban muy contentos con todo; la amabilidad de Kyril que pidió para servir un tentempié para almuerzo para todos, en una parte de la casa muy agradable, era impoluta. Hablamos de las posibilidades que la mansión podría dar como inversión. Trasformarla en un pequeño hotel rural o un local de eventos de lujo, podría ser una de las varias posibilidades.

Todo seguía de forma prevista. Al final de la comida, fuimos a pasear por los jardines. No obstante, a medio de la tarde, cerca de las cuatro horas, el cielo empezó a oscurecer. Se avecinaba mal tiempo. Nos apresuramos con las rutas y cuando llegamos al interior de la casa, empezaba a chispear del cielo.

La visita estaba prácticamente terminada y Kyril dio la sugestión a los clientes que terminásemos por allí el día. Les explicó que, en caso de que, hubiese quedado algo por ver o hablar que remarcásemos otro día, con más calma.

Las condiciones meteorológicas cambiaban drásticamente.

Me despedí de los clientes, pero tuve que quedar un poco más con Kyril, después de la visita, para que firmase papeles y las fichas de visitas necesarias. Hablamos un poco sobre los clientes y lo que nos pareció. Kyril me estaba sorprendiendo. Todo el día se había portado de diez. No podía esperar mejor anfitrión e incluso conmigo, había vuelto a la formalidad, pero sin mostrar las garras.

Un trueno sonó tan fuerte que los cristales de la casa temblaron y yo también. Estábamos en su despacho, donde inicialmente nos vimos por primera vez.

—Tranquila, son solos truenos. Se avecina una tormenta tropical fuerte. No quiero ser maleducado contigo, pero pienso que es mejor que te vayas. Con la lluvia muchas de estas carreteras se quedan intransitables. No estoy comfortable al pensar que estés por ahí sola.

Su comentario casi era digno de compasión. Al final, tenía razón. El tiempo se estaba poniendo muy feo y si tardase en salir, acabaría por quedar presa en una tormenta. Kyril estaba siendo simpático y honesto con ella.

—¡Gracias! Tiene razón. Creo que es mejor ir indo. Hablaremos mejor la próxima semana. Tenga usted un buen fin de semana, señor Petrakis.

—Tú también, Jane. Ve con cuidado. —Su voz era melodiosa y gentil. Me dejó una sensación rara en el cuerpo.

Cuando iba a salir del despacho, me cogió de un brazo y me hizo girar para él.

—Te ha olvidado una cosa. —Iba a jurar que tenía todo lo que necesitaba. ¿Qué habría dejado? Pero nunca iba a poder imaginar lo que era, porque mi inocencia e ignorancia quedó selladas en el momento en el que Kyril posó los labios en mí.

No fue un beso como la otra noche. Simplemente fue un beso simple e intenso. Cuando él se

apartó, el instinto me hizo levantar el brazo para pegarle un bofetón en todo el rostro, nuevamente, pero él fue más rápido. Me cogió la muñeca apretando el suficiente para inmovilizarme. Me tiró del brazo hacia él para pegar más mi cuerpo con el suyo.

—¿Qué haces, loco? No puedes hacerme esto. —Sabía que su simpatía tenía truco y volvía a ser el arrogante de siempre.

—Esto es lo que hago. —Me volvió a besar, pero de esta vez ya no fue un beso simple ni suave, sino que intenso, invasivo y depredador. Me intentaba esquivar de sus brazos, pero me tenía sujeta con alguna fuerza, sin hacerme daño. Algún miedo me recorrió el cuerpo. Estaba sola con él y Kyril parecía descontrolado. Me besaba con necesidad, con ímpetu. Y, a pesar de que su arrebató estaba dejándome caliente y todo el deseo que sentí anoche, volvía a mis adentros, temía que él fuera a perder el control.

—Kyril, por favor. —Logré decir en un momento que conseguí apartar su boca. Sus ojos azules volvían a quedar oscuros. ¿Qué pasaba con sus ojos que cambiaban de color y tonalidad? —Por favor, te suplico, para. No quiero esto.

Él se detuvo, pero me seguía sujetando.

—Perdóname. No sé qué me pasa. Me siento atraído por tu boca. Pero no quiero perder el control. No contigo. Lo siento. Es mejor que te vayas. Es tarde —dicho eso, me soltó.

Tapé los labios con una mano, temblando. Mi respiración era agitada. Un trueno sonó nuevamente en la habitación, con tanta fuerza, que ahogué un gemido y estremecí.

—Jane... —Kyril extendió un brazo para cogerme, pero pude girar mis talones y salir corriendo. Pasé la puerta de entrada y cuando salí, estaba lloviendo muchísimo. De repente, el cielo era negro y la noche había sustituido al día. Corrí hacia el coche y cuando entré ya estaba empapada de agua. Y eso, que solo había recorrido unos metros.

Empecé a salir de la propiedad. La luz del coche apenas lograba alumbrar el camino. ¿Cómo se había puesto oscuro tan rápido? Miré el reloj. Eran las seis y media. Saqué el móvil de mi bolso. Iba a llamar a Martha a decir que salía de allí, pero que pasaría en casa primero para cambiar de ropa.

Cuando miré el móvil, no tenía señal. ¡Joder! Con la tormenta, seguro que se había cortado la itinerancia.

Seguí conduciendo por la carretera. La lluvia era tan intensa, que solamente podía ir a poca velocidad. No veía nada. Aquellas carreteras no tenían luz y solo me guiaba las del coche. El limpia para brisas estaba en el máximo de función, pero casi no me daba tiempo a ver con nitidez. Empecé a quedar nerviosa. No me gustaba nada conducir bajo lluvia. Me recordaba el accidente de mis padres y mi hermano. En un día como este, su vida llegaba al fin.

Las lágrimas me nublaban los ojos, por la tensión, los recuerdos, por todo. Intenté respirar y calmarme. Si ya me costaba ver la carretera, así sería imposible. Un par de kilómetros adelante, cuando aún seguía en la carretera que llegaba directa a la mansión, la lluvia se intensificó. Reduje la velocidad, pero en una fracción de segundos, algo en el medio de la carretera me obligó a pegar un frenazo enorme. No conseguía ver lo que era. Casi impacto en algo. ¿Qué coño podría estar en el medio de la carretera con toda aquella tormenta? Miré mejor y vi un perro o algún animal parecido, parado mirando para mi coche. No se movía. Sus ojos tenían un reflejo rojo, raro. Quizás por las luces del coche y el agua, pero era siniestro y un escalofrío me entró por todo el cuerpo.

Un trueno volvió a sonar tan fuerte que con el susto dejé el coche apagarse. Apagué las luces. Volví a encender. El perro había desaparecido, pero no podía seguir conduciendo con aquella lluvia. Era demasiado peligroso y tenía miedo.

No sabía qué hacer. Seguía parada en el medio de la carretera.

Entonces, hice la única cosa que me pareció sensata, contra toda mi lógica y mis instintos. Volver atrás. La mansión estaba a menos de cinco kilómetros de donde estaba. No había logrado andar mucho, sin embargo, le quedaban casi veinte kilómetros en el medio de la nada, sin cobertura en el móvil, sin nada, no me iba a arriesgar.

Prefería volver a la mansión, esperar a que pasase la tormenta o pedir ayuda para volver. Algo le ocurriría. Esperaba que Kyril no hubiese salido, porque entonces, estaría completamente jodida.

Reconduje el coche al camino inverso y en cerca de quince minutos pude volver a la frente de la mansión. La puerta que acedía a la propiedad estaba casi siempre abierta, así que no tuve que parar e imaginé que Kyril seguía por allí. Al menos Alfred estaría, pensé.

Ahora, solo tenía que salir del coche y conseguir llegar a la puerta con el menor daño posible. O mejor diciendo, lo menos empapada posible. Esperé casi cinco minutos más, para ganar coraje de salir. Cogí mi bolso, coloqué el móvil dentro y lo cerré. Abrí la puerta del coche y el agua que me invadió inmediatamente, ya sería el suficiente para mojarme toda. Pero no iba a desistir. Cerré el coche y empecé a correr, nuevamente. Cuando llegué a la puerta mi pelo chorreaba agua como se terminase de salir de la ducha. Toqué el timbre. Esperé. Y esperé. Nadie abría. Toqué nuevamente.

Estuve casi un minuto esperando y casi a punto de desistir, la puerta se abrió. Sola.

Empujé la puerta y me adentré. Miré para saludar a Alfred, pero no estaba. Había alguna luz en el interior del salón que provenía de la chimenea que estaba encendida, pero poco más. La oscuridad era la reina del ambiente.

¿Quién me abrió la puerta? Posiblemente, el mayordomo, que como siempre, se habría escaqueado sin ni saludar. ¡Qué raro!

Miré alrededor. Debajo de mis pies estaban ahora una poza de agua de mi ropa y pelo chorreando.

—¡Hola! —llamé en un tono un poco más alto—. ¿Hay alguien aquí?

Nadie me contestó. Entré un poco más en el salón y no pude dejar de acercarme a la chimenea. Dejé mi bolso en unos de los sofás. Extendí un poco las manos para coger el calor del fuego. Aunque no estaba frío, porque hacía calor, el agua fría me estaba dejando el cuerpo en humedad y eso me hacía temblar.

Al final de un minuto empecé a entrar en calor.

—No deberías estar aquí. —La voz detrás de mí me dio un susto a tal punto, que di un pequeño grito y me giré en sobresalto. Coloqué la mano en el pecho. Pensé que mi corazón iba a salir a los saltos.

Kyril estaba allí. Vestido todo de negro, como la otra vez. Su semblante casi se difuminaba con la oscuridad. Sus ojos azules cristalinos eran lo único que lucía por las luces del fuego y su mirada era tan seria, que me dio miedo.

—Yo... siento... —Casi no podía hablar del asombro—. Yo... la tormenta... el coche. Casi atropello un perro.

No sé qué me pasó que solo decía cosas sin nexo.

—¿Estás bien, te ha pasado algo? ¿Te han hecho daño? ¿Qué has visto? —Me empezó a lanzar preguntas como una ametralladora. Se lo veía preocupado, pero a la vez raro. Era como si no estuviera en él.

—Ah... no pude avanzar mucho en la carretera, está horrible, apenas se ve. Tenías razón, tendría que haber salido más pronto. Pensé que... —Tragué en seco, él me miraba expectante—.

Pensé que... podría esperar o pedir ayuda. Había un perro en el medio de la carretera y casi lo atropellé. Se quedó parado mirándome con los ojos rojos y... —Me di cuenta de que todo lo que decía era confuso.

Él se acercó a mí a pasos muy lentos. Cuando estaba a mi lado sujetó una mecha de mi pelo. Estremecí al contacto. Él me miró atento y esbozó una sonrisa muy tenue.

—Vas a pillar un resfriado —me dijo—. Ven, ahora ya no hay nada que hacer. Lo mejor es que te quedes aquí. Quédate aquí, mientras pido que preparen tu habitación. Así te podrás duchar y cambiar de ropa.

—Yo no tengo ropa para cambiar. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—No te preocupes, no te hará falta —soltó mientras sus ojos perforarían todo mi cuerpo, si pudiese. Sentí el calor subir por mi interior nuevamente. No era plan de ponerme tonta, ahora mismo. No sé qué querría decir con aquello, pero no estaba comfortable con la idea. Volver allí no había sido la mejor decisión.

## Capítulo 10

Kyril salió del salón. Había ido a hablar con alguien para preparar la habitación. El ambiente seguía raro y siniestro. El fuego que ardía alumbraba la amplia división en sombras y luces. Afuera, se podía escuchar la lluvia fuerte y los truenos. Y dentro de la casa el silencio era sepulcral. Podría jurar que no habitaba allí nadie. Me acordé de la conversación de Kyril sobre los rumores populares. Si la casa estaba maldita no lo sabía, pero la única persona que se sentía allí con mala suerte era yo.

Pasado unos instantes cortos, Kyril volvió a regresar junto a mí. Me pidió que lo acompañase al piso de arriba, pero antes me dio algunas indicaciones, que me parecieron demasiado exageradas.

—Hay algunas reglas para las visitas. En este caso, tú eres mi invitada, hoy. Por eso, te agradezco que sigas todas las indicaciones que te voy a dar. Por tu seguridad. —Hablaba como si fuera a dormir en una cárcel de alta seguridad—. No puedes salir de la habitación sin mi consentimiento. No puedes deambular por la casa, sobre ningún concepto. Está expresamente prohibido recibir cualquier tipo de visita exterior, sin mi autorización y por último, pero no menos importante —sus ojos me miraron con intensidad. Toda aquella conversación me estaba dando mal rollo. No entendía para qué tanto protocolo, si solo estábamos los dos. Yo no era del tipo de persona que se pone a husmear la casa de los demás. Además, ya había visto la casa dos veces. Suspiré impaciente. Él me miró con reprobación—, escúchame bien. Pase lo que pase, escuches lo que escuches, no salgas de tu cuarto. ¿Me entiendes?

¡Joder! Que pesado estaba con el tema.

—Señor Petrakis, yo solo quiero que la tormenta pase para poder irme a casa. A no ser así, le agradezco su amabilidad de abrigarme aquí en su casa y quedará a descansar. Sin embargo, no tengo ninguna intención de pasearme por su casa, una vez más. Así que, descuide. Seguiré sus reglas. —él esbozó una sonrisa al oírme.

—Perfecto, Jane. Vamos —hizo un gesto para que lo acompañase a la habitación que iba a ser mi alojamiento en las próximas horas.

Pasamos algunas puertas. La casa era grande y a pesar de que ya la había visto, en visita, un par de veces no recordaba ver aquellos pasillos. Era un poco confuso. Tras pasar unas puertas, paramos delante de una habitación. Kyril abrió la puerta y entró. Me dio indicaciones para adentrarme.

Era un cuarto espacioso. Al fondo había una chimenea ardiendo que daba al lugar un ambiente cálido y acogedor. Había una cama muy amplia y estaba todo sumamente decorado y arreglado. Una pequeña puerta daba acceso a un cuarto de baño, también grande, con una tina de bañera en el centro donde podrían caber perfectamente dos personas. Pensé que aquellos cuartos podrían ser una óptima inversión para un hotel, como dije a mis clientes.

Tras las presentaciones, Kyril abrió un armario. De dentro cogió algunas piezas de ropa.

—Aquí tienes un albornoz. Es nuevo. Puedes usarlo. También he colocado un par de piezas de dormir. Fue lo único que encontré por ahí. Espero que te sirva. —dejó las piezas en un sillón.

—¡Gracias! Muy amable. —Agradecí con sinceridad. Lo que más deseaba ahora era tomar un

baño y relajarme un poco. Entrar en calor y volver a sentirme confortable. Tenía la ropa pegada al cuerpo.

—Sé que no has cenado y es tarde. Intentaré traerte algo de comida, más tarde. Por favor, recuérdate de lo que te dije. Si necesitas algo más, puedes llamarme. Pero no te vayas sola por ahí.

—¿Qué pasa? ¿Tiene usted miedo de que los fantasmas me hagan daño? —cuando terminé la frase un relámpago entró por la ventana dejando un flash de luz tenebroso. Un temblor recorrió mi cuerpo.

Kyril se acercó a mí con aquella sonrisa diabólica de siempre.

—Yo no tengo miedo a nada. Pero no me gustaría que tú tuvieses. Volveré más tarde —iba caminando para la salida cuando lo interrumpí.

—Mi móvil no tiene red. ¿Hay alguna forma de contactar una persona, hacer una llamada? Y ¿cómo puedo llamarlo si necesito algo? —tendría que avisar Martha que no iría al bar o quedaría preocupada.

Él se giró nuevamente hacia a mí. Sus ojos se estrecharon y tenía el ceño fruncido.

—¿Has dejado alguien a la espera? —noté en su voz que no estaba muy contento.

—Sí... mi amiga Martha. Quedamos de salir esta noche y si no aparezco ni digo nada se preocupará.

—Hum... entiendo. Haré con que le sea enviado un mensaje para que esté descansada. Por desgracia, todas las comunicaciones de la casa están fuera de servicio. No hay forma de contactar o ser contactado.

Salió. Quedé mirando un rato para la puerta. Que escena más desconcertante. Kyril era una persona muy rara, no lograba entenderlo; su manera de hablar era cortante; sus ojos, su mirada. Pasé las manos por el rostro. Estaba agotada. Cogí las cosas que él dejó en el sillón y entré dentro del baño.

Preparé un baño. Lo mínimo que podría hacer era darme uno relajante para aliviar la tensión de aquella tarde. Me desnudé. Dejé la ropa mojada en el suelo. Ya encontraría forma de limpiar y de secarlas. Cuando mi cuerpo sumergió en el agua espumosa del baño, donde había colocado algunos sales y gel que encontré allí, todos mis músculos agradecieron al instante.

Hacía años que no tomaba un baño relajante. Siempre me daba una ducha rápida y ya.

Recosté la cabeza en el borde de la bañera y cerré los ojos. Me habré quedado dormida, porque no escuché el momento en el que alguien entró en la división.

—Ningún artista podría replicar tamaña obra de arte. —Una voz masculina sonó tan suave y melodiosa que parecía un sueño.

Pero no era y al abrir los ojos ligeramente vi una sombra sentada en el borde de la bañera. De pronto y ahogando un grito de susto me senté en la bañera. El salto provocó la salida de agua por los bordes. Miré bien y allí estaba Kyril, sentado en el fondo de la bañera, en su borde, mirándome con descaro y una sonrisa depredadora en el rostro.

Al verlo, sin pensar bien, tapé mis pechos con los dos brazos. Era consciente de mi desnudez, pero agradecía a la cantidad exagerada de espuma que había hecho en el agua, porque mi cuerpo estaba tapado únicamente por ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con la voz temblorosa.

Él no me contestó de inmediato. Quedó mirándome. Bajó los ojos para acompañar la línea de mi cuerpo. Aunque sabía que no podía ver mucho, me incomodaba el hecho de que seguramente estaría fantaseando con lo que veía.

—Tu cabello color de fuego así en el agua, parece una mancha de sangre. Una imagen muy

impresionante, en contraste con tu piel blanca.

Podía ver sus ojos oscurecieren. Volvía a tener aquellos cambios extraños, pero que ya tenía como previo aviso de lo que era. Estaba vidriado.

—Kyril, no me siento cómoda con tu presencia aquí. ¿Puedes salir? Para que me pueda vestir.  
—Solo me restaba apelar por la razón.

Él quedó en silencio un rato y yo hice una mueca de impaciencia. Meneó la cabeza como que apartando los demonios de dentro de su mente. Y se levantó.

—Disculpa. Te he traído la cena. Te esperaré en el cuarto contiguo y te haré compañía.

Salió del baño. Me apresuré a vestir el albornoz y secarme. Cogí la ropa del suelo y la dejé colgada en una silla que había por allí. No estaba limpia, pero como estuviese seca, para vestirla al día siguiente, me resultaba ya perfecto.

No tenía ropa interior lavada ni seca. Mis bragas y el sujetador estaban empapados de la lluvia y no era plan ponerlos a secar delante de la chimenea con Kyril paseándose por ahí. Así que cogí las dos piezas que me había dejado y casi me da un infarto.

Había un camisón de noche de satén rojo con solamente unas tiras de encaje a sujetar como mangas. ¿En serio que aquello era lo mejor que había encontrado? Preferiría que me hubiese prestado alguna de sus camisas negras o camisetas. Seguro tendría alguna. Y al mejor quedarían más largas que aquello.

Sin más alternativa, vestí la pieza. Encajaba a la perfección. Me preguntaba de quién sería. Alguna de sus invitadas habituales o eso. La idea me desagradó bastante. Especialmente pensar que llevaba vestido la ropa sensual de sus amantes.

Me miré al espejo. Al menos el opaco del satén cubría el hecho de que no llevaba bragas. Pero también destacaba mi pecho que se veía marcado por todo el tejido. Kyril me había dejado una bata de seda negra para colocar por encima. Lo que agradecía. Era muy escotada, pero algo taparía. Y un poco más larga que el camisón, que mal me tapaba las nalgas.

Sequé un poco mi cabello con una toalla que encontré por allí. Y peiné un poco las mechas con los dedos. Me acordé de su comentario sobre el color de mi cabello. Se veía muy vivido el rojo sobre la pieza de lencería negra, contrastando con mi piel blanca y un poco salpicada por algunas pecas. Mis ojos verdes brillaban con más intensidad.

Salí de la habitación un poco avergonzada por mi figura. Kyril estaba sentado en el sillón y había una mesa que antes no estaba allí, redonda, donde posaban platos con sus respectivas tapas cubre platos cromadas. Dos sillas estaban dispuestas alrededor. ¿Cómo había llegado todo aquello allí?

Seguía sin ver a nadie ni escuchar nada. La casa estaba en silencio, solamente el mismo sonido de la lluvia y del crepitar del fuego.

Kyril miró mi figura con detenimiento. Pero su rostro era neutro.

—He traído alguna comida para ti. Espero que te guste —indicó la silla para que me sentara a comer. Todo aquello era muy raro para mí. Obedecí y miré unos de los platos. Había una carne muy jugosa acompañada de espárragos y algunas patatas pequeñas. Tenía un aspecto delicioso.

El tomó asiento delante de mí. Me sirvió vino en un vaso de cristal. Vi que lo hizo también para él. Sin embargo, no había plato en su lado.

—¿No vas a cenar conmigo? —¿Había preparado todo aquello para mí?

—Digamos que estoy a dieta. Mi alimentación tiene unos horarios muy particulares. Pero tú tienes que comer.

Su voz preocupada y tirana me dejaban muy rabiosa. Empecé a comer. Todo estaba delicioso. A ratos pillaba Kyril mirándome con aquella mirada perversa. Hablábamos de negocios y me

hacía preguntas sobre el mundo inmobiliario. Cada vez que bebía el vaso, me servía más. No sé cuál era su intención, pero si era emborracharme, estaba lejos. Aguantaba bien la bebida y además el vino era riquísimo.

Sin embargo, cuando terminé de cenar y comer todos los platos que Kyril exigió, incluso postre, me levanté y me cabeza empezó a marearse. Era como si hubiese estado bebiendo toda la noche por lo menos tres botellas enteras.

No recuerdo de qué el vino estuviera tan fuerte. El mareo, me hice colocar una mano en la sien y tambalear un poco.

Unas manos me cogieron suavemente por la cintura. Kyril acababa de sujetarme, evitando que pudiera caer.

—No sé qué me pasa, siento un cansancio muy extraño. —lo miré y sus labios estaban cerca de los míos, su pecho tocaba el mío y una parte del batín se había abierto, dando visión general de mis pechos sobre el satén rojo. Como siempre hacía, miró a esa zona, como si hubiese leído mis pensamientos. Empezaba a ser algo perturbador. Me sonrojé al instante. Sus labios se abrieron un poco y pude ver como resopló ligeramente, en una especie de auto control.

No sé si era el alcohol o el calor de la habitación, sus brazos o su proximidad, pero aquel cuerpo masculino, potente y perfecto posado en el mío, me tenía absorta como si estuviera drogada; y sus labios allí parados a escasos milímetros de los míos, no contenían el deseo que tuve de besarlo. Y fue exactamente lo que hice. Cogí su nuca y posé mis labios en los suyos, descaradamente.

Él aceptó mi boca, porque sentí como sus dedos apretaron mi cintura con más fuerza. Y me acercó a él. Me besó de vuelta. Y no se quedó por allí. Su lengua consiguió adentrarse en mi boca y su beso se tornó intenso. Sentí el deseo subir por todo el cuerpo. No sé en qué momento perdí la cabeza y me tiré en sus brazos, pero lo único que quería era más y más. Sentí mi sexo mojado y deseando por su contacto. Quería que su boca me besase por todo el cuerpo. Estaba ebria y cachonda. Pero no era la única. Podía sentir perfectamente su miembro masculino empujando mi abdomen. Estaba excitado y duro. Muy duro. Eso me dejaba aún más loca.

Él subió una mano a mi rostro y me sujetó un lado para tener más control sobre mi boca. Colocó un pulgar sobre mi boca y nos separó. Mi boca lo buscó con desespero, pero él me ofreció una sonrisa y negó con la cabeza. Emití un gemido de frustración. Su dedo acarició mis labios y cerré los ojos.

Él acercó la nariz a mis mejillas y me olió. Era una sensación rara, pero provocaba descargas eléctricas directas a mis labios vaginales, que ahora palpitaban de ansiedad.

Su boca bajó a mi cuello y me siguió oliendo. La mano que antes sujetaba mi rostro y cuyo pulgar estaba sobre mis labios, bajó a mi cuello también, sujetándolo con fuerza. Estaba a su merced. No podía escapar, ni quería. Sus labios empezaron a darme pequeños besos en el cuello y podía sentir su respiración muy agitada en la piel. Su mano bajó aún más y pasó la palma por encima de la tela de mi pecho, contorneando su forma. Su pulgar rozó mi pezón erecto que se marcaba en la pieza. Y el contacto me propinó un calambre tan intenso, que un gemido salió de mi boca.

Como si aquello fuera una señal, él se descontroló. Sentí su boca succionar mi cuello y su mano sujetar mi pecho con más intensidad. Di un pequeño grito cuando sentí sus dientes mordieren mi cuello. Con alguna fuerza. Él se detuvo con mi sonido. Pero no quitó la cabeza de allí, me empezó a dar lametazos en la zona y eso me provocó aún más.

Con una rapidez increíble me sujetó las dos piernas en el brazo y me cogió por entero. Me llevó hasta la cama sin quitar la cabeza de mi cuello. Me posó en la cama y se quedó sentado a mi



lado. Mis manos sujetaban su nuca para acercarlo. Quería que se acostase encima de mí, pero eso no pasó.

Sin más preámbulos, se apartó. Abrí los ojos, extasiada y confusa. Mi visión era difusa. Podía ver sus ojos que ahora tenía la certeza de que eran de un color rojizo. Le pasé una mano sobre el rostro e intenté mirar mejor.

—Tus ojos son... distintos. —él giró la cabeza para que no lo viera—. Mírame. Bésame.

Suplicaba su contacto. ¿Por qué me giraba la cara? Volvió el rostro hacia a mí nuevamente, pero ahora tenía los ojos cerrados con fuerza. Y veía dolor en su rostro.

—¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo mal? —no entendía su cambio de actitud.

—Sí. Esto está mal. Duerme. Me tengo que ir —levantó el cuerpo del colchón, dejándome acostada allí y abandonada. Me senté en la cama y tapé un poco el pecho con el batín. De repente, sentía la vergüenza de mi exposición.

Él no me miró más. Simplemente, salió por la puerta sin decir nada más.

Me boca estaba abierta de sorpresa y mis ojos como platos mirando la puerta. ¿Qué acababa de pasar allí? Me sentía ridícula. Acababa de tirarme a un hombre y él me había rechazado. ¡Perfecto! Era la persona más ridícula de la tierra.

Tiré me cuerpo hacia atrás y cerré los ojos. En menos de treinta segundos ya estaba dormida.

## Capítulo 11

Kyril había vuelto. Ahora estaba sobre mí en la cama y me volvía a besar el cuerpo. De esta vez, no tenía ninguna barrera mental sobre mí. Este poseído de deseo y justificaba la necesidad con sus manos en mis pechos. Me besaba ávidamente y su boca pasaba rápido de mis labios a mis pezones. Me chupaba y sentía mi cuerpo estremecer bajo el suyo. Quería más, no podía soportar más tiempo sin ser rellenada por su pene. Volvió a coger mi cuello con las dos manos y me mordió intensamente. Pero de esta vez, el dolor se tornó insoportable. Intenté pararlo con mis manos, pero no podía. Me mordía todo el cuello con fuerza y sentía la sangre escurrir por mi piel. Cuando por fin pude empujarlo para apártalo, vi sus ojos. Su rostro. Ahora sus ojos eran vacíos, como si no habitase nada allí, totalmente blancos y su piel grisácea. Como si fuera un fantasma. Y sangre caía por sus labios que sonreían con perversión. Emití un grito tan fuerte de susto que su visión desapareció.

Y me senté en la cama, sola. Abrí los ojos aterrorizada. Acababa de tener una pesadilla. Estuve durmiendo todo el tiempo, las imágenes que poseyeron mi mente me cruzaron un escalofrío de miedo.

Deseé dejar anulada la fantasmagórica figura creada por mi imaginación y regresar a la realidad que me rodeaba. Que no era nada más, nada menos de que el hecho de que me había dormido borracha y cansada. Los acontecimientos de la semana me estaban jugando malas pasadas y se mezclaban en mi mente para desafiar mi sueño.

Miré alrededor de la habitación. La mesa donde antes había comida ya no estaba en la habitación. Me levanté y fui hasta el baño. Abrí el grifo y pasé un poco de agua por la nuca y por el rostro sudado del esfuerzo y de la tensión de la pesadilla. Cuando miré al espejo del lavabo, di un brinco y me giré rápidamente. Iba a jurar que estaba alguien allí conmigo. Había visto claramente una sombra. Miré a todo el lado. No había nada allí.

Cerré el grifo que seguía vertiendo agua. Pasé una mano sobre el pelo. Estaba alucinando.

Volví a la habitación principal y sin pensarlo, decidí salir para buscar la cocina. Quería encontrar agua fresca o un calentador para hacer un té o algo que me aliviase un poco. Antes de salir, ignorando todas las advertencias que Kyril me dijo, cogí el móvil que no tenía red, pero al menos podría guiarme con la linterna.

Salí al pasillo. No fue necesario encender la herramienta del móvil, porque había unas pequeñas luces de presencia por todo el camino. Eran muy tenues y apenas alumbraban, pero al menos podía ver a la medida que avanzaba.

Ahora, la cuestión era: ¿izquierda o derecha? No tenía idea como había llegado allí, no me acordaba bien y no sabía que dirección tomar. Casi estuve a punto de volver atrás y quedarme en el cuarto. Pero, una vez más, tenía mucha sed y Kyril no me había dicho como contactarlo. Tan poco iba a molestarlo por algo tan básico.

Izquierda, decidí. El pasillo era más corto y parecía más iluminado. Quizás pudiese encontrar unas escaleras para el piso de abajo.

Empecé a moverme en esa dirección. Iba con los pies desnudos, porque no tenía nada más que calzar que mis zapatos y no creía adecuado circular por la casa a esas horas con unos tacones de

10 centímetros.

Un silencio absoluto reinaba por toda la casa. Antes de llegar al final del pasillo, vislumbé una puerta a mi derecha. Sería un cuarto más. Aquella casa estaba llena de habitaciones. ¿Sería el cuarto de Kyril? Podría ser, pero una vez más, no iba a confirmar. No creo que ir por ahí husmeando de instancia en instancia fuera muy apropiado. Ahora, tenía delante de mí otra encrucijada. Un nuevo pasillo cortaba este, dándome la opción de escoger derecha o izquierda, otra vez. Nada me inspiraba una cosa u otra, así que opté por tomar mi derecha.

Este nuevo pasillo era bien menos iluminado que el otro, aunque podía ir viendo el camino más o menos a dos metros de distancia de mis ojos. Más habitaciones a ambos lados surgían. No me he detenido en ninguna. Este tramo era bien más largo que el otro. Parecía que no tenía fin. Había andado unos diez metros y por fin avistaba que el pasillo se cortaba para dar paso a otro pasillo perpendicular. ¡Por Dios! Parecía un laberinto. No tenía fin. Tenía la sensación de andar en cuadrados.

Antes de llegar al final, vi una sombra pasar muy rápido por delante, cruzando de la derecha a la izquierda en ese pasillo que aún no había llegado. ¿Qué había sido? Paré, con el susto de la sorpresa. Las luces que iluminaban mi camino temblaron flaqueando la tiniebla. De pronto, todo se apagó. ¿En serio?

¡Perfecto!, pensé. Ahora era el momento ideal para quedar sin luz. Encendí la pantalla del móvil para encender la linterna. Cuando lo hice, apunté para el final del pasillo. Mi corazón paró.

Allí en el medio de la encrucijada estaba alguien encapuchado vestido con una túnica negra o que sería, porque no conseguía identificar bien. Mis manos empezaron a temblar. Cuando iba a preguntar quien era, escuché una voz tan cerca de mis oídos que podría casi sentir su respiración, si hubiese alguna.

—Janeee...

Di un grito tan alto y el susto fue tal, que mi móvil cayó en el suelo, con la parte de la luz de la linterna boca abajo. Y la pantalla se había apagado. Por reflejo, me agaché con las manos en la cabeza en una posición de defensa y escondite. ¿Qué coño acababa de pasar? Estaba una persona allí y otra a mi lado, pero no veía nada. ¿Estaba soñando?

Mi cuerpo temblaba por todo el lado y cuando por fin, en el silencio, noté que nada me abordaba, tanteé el suelo en busca de mi teléfono. Una suave luz salía por los bordes del rectángulo. Alcancé el aparato y lo giré. La linterna seguía encendida. Apunté rápidamente a mi alrededor, girando el móvil de un lado al otro en la oscuridad, buscando algo, pero no había nada por allí. En el fondo del pasillo, no había ninguna persona. Iba a jurar que estaba allí alguien. La vi, había una persona, no estaba loca. No obstante, me alegré de que ya no pude ver nadie. Empecé a correr hace atrás, con el intuición de volver a mi habitación.

Cuando llegué al cruce anterior, giré a la izquierda, por donde había venido. Las luces seguían apagadas. Corría con el corazón a mil y estaba desesperada por salir de aquella confusión. Avanzaba por el pasillo, pero algo no iba bien. Llevaba un rato corriendo y no llegaba a lado ningún. Algo estaba errado. Me había equivocado en el camino, porque no podía ser. Paré para respirar. No podía controlar la respiración. La luz del móvil empezó a flaquear. Miré para la pantalla, pero se encendía y apagaba. Busqué el listado de contactos para llamar a Joseph y pedirle que viniera buscarme. Cuando vi su nombre pulsé para hacer la llamada y en ese momento, el móvil se apagó totalmente, dejándome en absoluta oscuridad.

Sostuve la respiración. No veía nada. Apenas seguía parada mirando el móvil que no podía ver entre la ofuscación. Sentí unas manos me sujetaron los hombros y ahogué un grito que mi voz no fue capaz de emitir, quedándose entre mis labios como un gemido y temblor electrificante por

todo el cuerpo. La descarga de adrenalina fue tal, que sentí las rodillas derretir como gelatina y estuve a punto de caer al suelo, si esas manos no hubiesen sido capaces de me apoyar.

—Jane, tranquila. Te tengo. Soy yo, Kyril.

Aquella voz me costó reconocer, estaba en tal estado de choque que mis sentidos se cerraron para el exterior. Ahora mismo solo podía escuchar mi corazón latiendo descompasadamente en mi garganta, en mis sienes.

Sentí sus brazos me abrazaren por detrás y su respiración en mi cuello. Su voz volvió a hablarme al oído.

—No deberías estar aquí. Te he avisado.

Poco a poco, entré en razonamiento y cuando él me dijo aquello, logré salir de mi asombro.

—Tenía sed —contesté sin más explicaciones. Seguíamos los dos en la oscuridad.

—Ese es el problema. Hay más gente con sed por aquí. Y no vas a querer perturbarlos.

No entendí nada de lo que me acababa de decir. ¿Más gente? Entonces era eso. Había más gente en la casa. Ahora entendía porque había visto una persona y escuchado voces. Me tranquilicé. Aparté mi cuerpo ligeramente de su abrazo, pero él me apretó más.

—No quería molestarte. Quiero volver a mi casa, por favor.

Él no me contestó. Me cogió en brazos tan rápido, que no tuve tiempo de reaccionar. Solo pude colocar uno de mis brazos alrededor de su cuello y con el otro sujetarme a él para no caer. Me cargaba como si fuera una pluma. Podía sentir sus brazos potentes y musculados debajo de mi cuerpo. Estaba chocada con su actitud, pero a la vez me sentía protegida allí en su cuerpo.

—¿Qué haces?

—Lo que debería haber hecho desde que te llevé a la habitación —contestó con la voz ronca y oscura. Algo me decía que no estaba contento y su tono autoritario no era agradable. No dije nada más.

En un par de minutos y algunos cambios de dirección que podía sentir por el movimiento que hacía, llegamos. No sé cómo, porque no se veía absolutamente nada. Él tenía que conocer la casa a la perfección, porque de otra forma, era imposible ver el camino.

Abrió una puerta y atisbos de luz llegaron a mis ojos. Tapé un poco el rostro en su hombro para no ser deslumbrada por la súbita invasión de luminosidad en mis ojos. No era una luz fuerte, sino que una luz que venía de la chimenea encendida.

Kyril me depositó en el suelo.

Abrí los ojos y lo miré. Él tenía su rostro posado en mi y el peligro que podía ver en su expresión me hicieron temblar otra vez. Por eso y por el contacto con el mármol frío del suelo.

Mi cuerpo reaccionó dejando mi piel encrespada por el frío y sentía que mis pechos marcaban todo el camisón de seda que tenía, dejando mis pezones expuestos al cambio climatérico. Pude notar la mirada de Kyril bajar hasta mi pecho y sus ojos brillaren un poco.

Incomodada, miré alrededor para avistar la instancia y no pude reconocer el cuarto. Ni de cuando hice las visitas, ni de ahora. No había estado en aquella habitación antes. Era grande. Tenía una cama en el centro de dosel negra, con sábanas rojas de satén. Nunca había visto nadie usar aquel tipo de ropa de cama. Continué mirando y vislumbré la chimenea al fondo, por donde salía la luz y el calor que poco a poco volvía a entrar en mi cuerpo. Había un par de sofás, mesas bajas y de apoyo. Unas estanterías en algunas paredes con libros y toda la decoración era muy extraña. Si, al paso que las habitaciones que había visto por el día eran una mezcla del rústico con el clásico y el moderno, este perfil y trazo decorativo era bien más sacado de la época medieval. Antiguo y rocambolésco. Detallado y esculpido.

Como si fuera el cuarto del rey. Un cuarto de la realeza.

Lo miré otra vez. No había salido de su mirada. Aún seguía mirándome de la misma manera.

—Pensé que me llevaría a mi habitación —dije sin saber bien que pensar.

—Esta es tu habitación, por hoy —contestó. Su voz era cada vez más profunda, arrastrada y ronca.

—No entiendo... —¿Mi habitación? ¿Por qué me estaba cambiando de cuarto? Toda la situación me estaba dejando nerviosa y confusa. Coloqué una mano en la garganta. Estaba seca. Tenía tanta sed que moriría por un poco de agua—. Tengo mucha sed, por favor, necesito agua.

Al parecer esa era la clave para quitar una persona de su estado de perplejidad. Kyril avanzó para un armario. Lo abrió y sacó una botella de agua de dentro. Me ofreció. La abrí con prisa y empecé a tragar todo el contenido sin respirar. Cuando terminé la botella, una sensación de alivio y de confort rellenaron mi interior.

—¡Gracias! —pude decir con la respiración acelerada de la falta de ar que tenía por el rato que estuve tragando.

Él cogió la botella vacía de mi mano, la posó en una mesa y acercándose a mí, comenzó a hablar.

—Solo que ahora tenemos un problema —dijo serio. A esta altura ya su cuerpo estaba a escasos centímetros del mío y la proximidad me hizo recular un poco. Al ver mi gesto, me cogió un brazo por la muñeca y me tiró hacia él. Para no caer, socorrí de su pecho para apoyar mis manos. ¡Dios! ¿De qué material estaba hecho aquel hombre? ¿Hierro? ¿Qué cuerpo!

—¿Problema? ¿Qué problema? —la voz salía un poco entrecortada y nerviosa. Por mucho que quisiera controlar la conversación, la verdad es que su cercanía no me dejaba descansada.

—Sí, un problema. Es que ahora, el que tiene sed, soy yo. —Sus ojos me miraban con una extraña penetración.

—Lo siento... yo... —él colocó un dedo en mis labios como seña para callarme y su toque me hizo estremecer de pies a cabeza. Se acercó a mi boca y podía ver sus labios casi rozar los míos.

—Chuuu... —pasó la lengua por los labios y aquel gesto me dejó mirando su boca sensual, hipnotizada. Pasó por mi rostro y sentí su nariz oler mi cuello. Me dio un pequeño y suave beso en esa zona de mi cuerpo y la caricia me proporcionó un cosquilleo tan invasor que jadeé un pequeño gemido. Él subió su boca hasta mi oreja. Bajito me dijo—. Tengo sed... de ti.

## Capítulo 12

Sus palabras entraron dentro de mis venas como un tsunami, y enviaron oleadas de deseo por todo mi cuerpo. Nunca había sentido una sensación tan vertiginosa como aquella.

Cerré los ojos y dejé que él continuase el recogido que hacía con su nariz por todo mi cuello, desde la base hasta mis orejas. En un momento paró delante de mi rostro y lo tomó con sus dos manos. Abrí los ojos. Su mirada era intensa, sus ojos eran de un color oscuro casi negro. Como si hubiesen cambiado de tono. Al mismo tiempo podía ver con claridad, a pesar de la falta de luz, el deseo explícito en su semblante.

—No deberías estar aquí —susurró.

—Puedo irme, si quiere —le dije, tragando en seco. No sabía si yo misma quería irme.

—Lo que yo quiero no es una opción —me soltó para girarse de espaldas para mí. No sabía lo que quería decir con sus palabras, pero en ese momento sentí el vacío del abandono de sus caricias y sus dedos en mi piel y anhelé por más. Era estúpido e inconsciente, pero todo en él me atraía y como se adivinase mis pensamientos, otra vez, volvió a alertarme—. Tengo energía suficiente para crear esa necesidad que sientes por mí. Todo en mí está programado para que lo hagas.

—¿Qué quiere decir con eso? Estoy aquí porque quiero —tenía la sensación de que se estaba crucificando por esa atracción.

—Para de tratarme por usted. Soy muy viejo, pero no tienes el por qué de hacerlo.

—Para de tratarme como una idiota, entonces. Sé lo que quiero y cual es mi lugar, no tienes que preocuparte.

—¿Sabes? —se giró. Ahora sus ojos eran de otro color, más rojizo. No sabía se por el reflejo del fuego o si era mi imaginación, pero parecía arder—. Yo creo que no. Y ahora mismo, me preocupa que hayas dejado tu habitación y que estés en la mía.

—¿Esta es tu habitación? —pregunté curiosa. Él sonrió con maldad—. No me acuerdo de haberla visto antes.

—Es porque no la has visto. No suelo traer compañía a mi habitación.

—De eso tengo mis dudas —dije bajito, girándome hacia la chimenea. Paré delante del fuego para ver las maderas crepitaren. Y ese fue el único sonido que escuché por unos instantes, antes de que se acercase y me abrazase por detrás.

Estremecí con el contacto, pero no me he movido.

—Aquí corres peligro. Y no quiero que nadie te haga daño —su voz me asustó. No era una afirmación, ni una petición, sino que un aviso.

—No entiendo que quieres decir con esas cosas. Hablas en peligro. No te consigo entender. ¿Quién me puede hacer daño? ¿No era supuesto estar protegida aquí dentro? —giré mi cuerpo para quedar de frente para él que seguía abrazándome. Ahora, sus brazos me rodeaban la cintura. Puse mis manos en su pecho para guardar una distancia—. ¿Tú quieres hacerme daño? —No sé por qué le hice la pregunta, pero tenía que saber de que peligro estaba hablando.

—Sí.

No esperaba para nada su respuesta. Miré hacia abajo. Estaba en los brazos de una persona que

quería hacerme mal. Estaba en la casa de un loco que quería hacerme daño. Y me sentía atraída por él. Tenía que salir de allí. Daba igual la tormenta, lo que sea. No podía quedar allí. Empujé su pecho para libertarme, pero él me sujetó más y empecé a sentir pánico. Me cogió la barbilla y me hizo encararlo. Sus labios estaban a milímetros de los míos. Olía su cálido aliento suave y especiado.

—Todo aquí es un peligro para ti. Y yo soy el peor de todos. Pero, por algún motivo que no logro entender, desde que te vi, por primera vez, que hay algo... —inspiró profundamente, como absorbiendo todo el aroma del aire y cuando me miró sus ojos estaban muy rojos. Un rojo distinto, como si sangre saliese de sus pupilas. Eso me asustó bastante. Nunca he visto nada así. Era un figura bella y demoniaca a la vez. Guardé el sollozo que se escuchó de mi boca—, en ti que me perturba. Mucho. Y lo único que pienso es en... ¡Maldición!

Fue lo último que escuché de sus labios antes de que se pegasen a los míos. El beso me invadió por completo, dejando mi cuerpo en ataraxia y mis sentidos anulados. Por el choque, el miedo y el deseo que poco a poco, conforme su lengua exploraba con movimientos expertos y sensuales toda mi boca, se estaba convirtiendo en la única sensación predominante.

No sé en que momento me cogió en brazos y me llevó a la cama, pero me depositó en ella sin despegarse de mis labios y haciéndome fluctuar de cuerpo y alma. Él se quedó sentado a un lado de la cama inclinado sobre mí.

Sentí su pulgar pasar por mi labio inferior, retirando sus labios de los míos en el pasaje. Jadeé un murmullo de abandono y él esbozó una sonrisa de lado.

—Eres tan apasionada, tan entregue —susurró en mis labios—. Y yo no lo merezco.

Se levantó, dejándome con sus palabras en el pecho rebotando en dudas y cuestiones. Se colocó de pie, cerca de la puerta.

—Dormirás aquí hasta la mañana. No salgas de este cuarto. La puerta estará cerrada, por tu seguridad. No hagas preguntas. No intentes entenderlo. Por la mañana podrás salir, la tormenta ya se habrá despejado. Y olvidarás todo lo que pasó esta noche. Por tu bien.

Salió del cuarto. Escuché la llave rodar y cerrar la puerta por fuera. Aun abismada con todo lo que acababa de pasar, me levanté de un salto y fui hasta la puerta. La intenté abrir, inútilmente. Estaba cerrada, tal como él mencionó y yo escuché. Acababa de encerrarme en su habitación. Estaba loco. Todo aquello era una locura sin fin. Aquella noche era la cosa más insana que había vivido jamás. Y eso que ya había tenido mi dosis de horror.

¿Por qué se había ido? ¿Por qué me dejó así? ¿Por qué decía que quería hacerme mal si lo único que me ha hecho sentir fue bien?

Pasé las manos por el rostro y por el cabello. Estaba agitada y sin saber que pensar ni hacer. Volví a sentarme en la cama.

Me quedé así por un largo período de tiempo, revendo cada segundo de las últimas horas. Hasta que acabé por sucumbir al sueño.

Por la mañana, desperté en una cama suave. Mis dedos recorrieron las sábanas aun con los ojos cerrados y pude sentir la fina tela del satén. Abrí los ojos de inmediato y me senté. Miré a mi alrededor. Estaba en la habitación de anoche. La de Kyril. No había sido un sueño. Poco a poco las imágenes del día anterior se acoplaban en mi mente. La habitación seguía en la oscuridad general, solamente interrumpida por las mismas llamas que seguían ardiendo en la chimenea. Como si el fuego nunca se consumase.

Salí de la cama. Rodé la manilla de la puerta y la abrí. Escuché las bisagras recinchar y podía salir. Volví a cerrar la puerta y me quedé dentro del cuarto. Di un vistazo por la habitación y encontré una puerta. La abrí. Dentro había un cuarto de baño enorme. Una bañera de madera yacía

en el medio. Medieval, sin duda. Toda la instancia era de ese perfil. Encima de una mesa, también de madera, al lado del lavabo, estaba mi ropa del día anterior. ¡Perfecto!, pensé. Ahora ya podría vestirme y salir. Cogí la ropa y me di cuenta de que toda estaba lavada y impecable. Incluso la ropa interior. Mis mejillas se sonrojaron. Solo esperaba que hubiese sido alguna encargada de limpieza.

Vestí mi ropa, dejando el camisón y el batín en su lugar. Me miré al espejo enorme que había en la pared.

Estaba horrible. Mi maquillaje estaba corrido, mi rostro parecía haber estado en un acto de defunción y tenía unas ojeras de oso panda. Igual me daba, en ese momento, solo quería salir de allí.

Terminé de asearme y busqué mis zapatos. No encontré en lado ningún. No quería saber. Iba a salir descalza si hacía falta. Kyril se había presentado como un demonio y no como un príncipe encantado, así que, dejar el zapatito en su casa, no iba propiamente convertirme en la cenicienta.

Salí con los pies desnudos por la puerta, pero antes volví a echar un último vistazo a la habitación. Inspiré y expiré con ganas. Y cerré la puerta.

Había la luz del día, aunque muy tenue, iluminando los pasillos. Así que avancé. Al fin de un par de giros, encontré unas escaleras. Bajé dos plantas hasta que encontré el final. Reconocí el salón por donde había llegado y la puerta de la salida. No esperé más y abrí la puerta para irme. Kyril no había aparecido en ningún momento, pero dadas las circunstancias, no iba a quedarme para agradecer la estadía.

Salí y cuando sentí los pies en las piedras de la entrada, entendí el motivo por el cual no sé debe ir descalzo por ahí. Me dolía avanzar, pero logré llegar al coche. ¡Mierda! Mi bolso y mis llaves. Todas mis cosas estaban en la otra habitación. Tenía que volver atrás.

De nuevo, recorrí el camino. Algunas piedras insistieron en acribillar la planta de mis pies, provocándome un dolor insoportable. Solo que yo estaba dispuesta a salir de allí a cualquier coste. Abrí la puerta de entrada y volví a adentrarme en el salón. Pisar suelo duro y liso era un consuelo. Miré a uno de los sofás que estaba en el salón y vislumbé mi bolso y mis zapatos en el suelo. Me apresuré a ir a por ellos. Agradecí mentalmente a quien los haya dejado allí. Calcé los zapatos, pero el contacto me provocó un agudo dolor. Eso me hizo sentarme por unos momentos. Cerré los ojos y me pasó una sensación rara de estar siendo observada. Miré a mi alrededor con los ojos bien abiertos, colocándome de pie. No había nada en todo el salón. Una vez más, solo el ruido del fuego crepitando.

Cogí mi bolso, vi mi móvil que estaba dentro. No tenía batería.

Salí, por fin y avancé a largas zancadas hasta el coche. Saqué las llaves y en pocos minutos estaba saliendo de la propiedad. Cuando logré pasar el arco de la puerta grande, que una vez más estaba abierta, suspiré. No sé si de alivio o de tensión. El día había nacido despejado de lluvia, pero unas nubes grises marcaban la tonalidad del ambiente. Conforme fui recorriendo el camino, se fue haciendo más de día y la luminosidad substituyó la tiniebla que adueñó mi última noche.

Cuando llegué a casa, dejé todas las cosas encima del sofá y corrí para la ducha. Quité toda la ropa y entré para debajo del chorro de agua. Me quedé allí, hasta que mi cuerpo entró en el calor del elemento. Y cuando, por fin pude relajar el cuerpo, mis ojos tomaron el mismo alivio y mis lagrimas cayeron junto con el agua para terminar huyendo por la cañería.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero habrá sido el suficiente para volver a mi estado de sobriedad.



## Capítulo 13

Llevaba un buen rato sentada en el sofá mirando la tele sin prestar atención a nada.

Mi teléfono empezó a sonar. Después de cargarlo había visto varios mensajes, que no abrí y varias llamadas que no quise saber de quien eran. Miré la pantalla. Era Joseph. No quería hablar con él, pero sabía que tenía que contestar en algún momento.

—Hola —contesté.

—Hola Jane. ¿Estás bien?

—Estoy perfecta. ¿Pasa algo? —no quería hablar de nada en particular.

—No. Tus clientes han llamado a la oficina. Los que visitaron la casa. Me han dicho que intentaron contactarte esta mañana, pero sin éxito.

—No he escuchado ninguna llamada —mentí, con la voz seca.

—¡Ahh!... todo bien, no pasa nada —respondió con voz confusa y resignada.

—¿Te han dicho lo que querían? ¿Han hecho alguna propuesta? —un poco de esperanza me recordó que, si los clientes quisiesen comprar la casa, no tendría que ver a Kyril nunca más.

—No. Quiero decir, sí, me han pedido que te diga que no van a presentar propuesta —se hizo silencio en la llamada. Esperé que Jo continuase, pero al ver que no hablaba, hablé yo.

—No van a querer la casa, ¿es eso?

—No.

—Porque está embrujada —solté con una sonrisa irónica de disgusto y mal humor.

—Algo por el estilo... —replicó Joseph, bajito. Sabía que él también quería ese negocio tanto como yo. No era su culpa.

—Jo, tengo que terminar la llamada. He de llamar a los clientes, bueno, ya sabes —no me apetecía hablar con él. Ni escuchar sus positividadades de vendedor ni sus charlas de éxito.

—Lo que necesites, aquí estoy —fue lo único que me contestó y agradecí en silencio.

—Lo sé. Gracias.

Colgué la llamada y solté un grito bien alto que hice retumbar la habitación. La rabia que tenía acumulada y todo lo demás estaban consumiendo mi forma de ser. Sin pensar, cogí el teléfono y pulsé en el chat de mensajes con Kyril. Empecé a escribirle.

*“Los clientes no van a hacer ninguna propuesta. Solo para informarlo.”*

Presioné en enviar y dio entregué al segundo.

No tardé en recibir contestación.

*“No serán los primeros ni los últimos”*

Volví a escribir.

*“¿Qué se supone que eso quiere decir?”*

Me estaba dejando demasiado irritada. Estaba a insinuar que nadie iba a comprarle la casa y que además sabía de eso. Entonces, ¿Qué diablos hacía yo allí?

*“Lo que ya sabíamos. Nunca he dicho que iba a ser fácil. Nunca lo es.”*

*“¿Y dónde quedo yo en esta historia?”*

*“Ahora soy yo lo que no entiende que quiere decir con eso, señorita Meyer”*

¡Joder! Volvemos a las formalidades. Aquel hombre me tenía encendida de espanto y odio.

*“Quiero decir que no estoy dispuesta a vender su casa. Búsquese usted otra consultora, porque yo estoy fuera. Pasar bien, señor Petrakis.”*

No sé por qué acababa de hacer aquello, pero me sentía aliviada. No había sido la intención, pero cuando di cuenta ya había dicho. Mejor así.

No me volvió a contestar. Esa misma tarde, hablé con los clientes, para devolver sus llamadas y cerrar proceso. Les cuestioné sobre los motivos, pero me estuvieron dando evasivas y no querían profundizar mucho el tema. ¿Qué pasaba con toda la gente que tenían aquella mansión en misterio?

Tras la noche que había pasado, si alguien pudiera considerar terrorífico algo, sería yo. Sin embargo, a pesar del susto que cogí mientras vagueaba por los pasillos, creo que, ahora, pensando crudamente, había estado inclinada a pensar en tonterías por todo lo que había escuchado. Pero, aunque había cosas que surgieron raras, todo tenía una explicación lógica. O eso quería pensar.

Pude hablar con Martha que me contó la noche que habían tenido y lo cuanto había perdido en no ir. Dijo que mientras estaba en la discoteca, una mujer muy guapa se acercó a ella y le dijo que tenía un recado del señor Petrakis. Que yo había quedado retenida por la lluvia en trabajo y no podía atender al encuentro.

¿Mujer guapa? Entonces, cuando me dijo que cuidaría de entregar el mensaje con mis amigos, había enviado a una de sus amigas o amantes o lo que sea como mensajera. Posiblemente con quien había estado, mientras esperaba por el en el salón. Y aprovechando su ausencia, me adentró en sus aposentos. Muy listo.

Cogí el móvil. La rabia volvió a tomar conta de mí. ¡Cretino!

*“Por cierto, gracias por enviar el mensaje a mis amigos, sobre mi ausencia, ayer. Dale las gracias también a tu cobaya y dile que ya he dejado su madriguera. Y no pretendo volver, es toda suya”*

No contestó. Dejé el móvil y abrí la nevera. Saqué una botella de vino blanco y serví un vaso. Necesitaba tragarme el mal gusto que sentía de alguna manera. Tomé el vino de un solo trago. Serví otra copa. Y escuché el sonido de los mensajes. Abrí.

*“¿Celos, mi ángel?”*

*“Qué te jodan, Kyril”,* contesté de inmediato, sin pensar mucho.

*“¿Eso es una invitación?”*

*“Sí. Es una invitación. Al infierno. Pero vete tú solito”*

No me contestó más. ¡Qué demonios me estaba pasando! Por qué le contestaba o mejor, por qué le escribía. Era simples. Porque había movido mis emociones. Había logrado hacerme sentir algo que no sentía hace mucho tiempo. Emociones. El corazón latir fuerte. Por alguna razón que no fuese dolor. Pero fue sol de poca duración, por qué tras el deseo veo el dolor, de nuevo. De ser rechazada, de quedar sola, de no poder prolongar las sensaciones buenas. Y volvía a tener la vida de siempre. Con la diferencia de que había añadido un recuerdo más a mi memoria. Uno que no me dejaba descansar en paz: Kyril.

A la noche cuando me acosté no podía dormir. Di vueltas y vueltas en la cama, intentando conciliar el sueño, pero nada lograba cerrarme los ojos. Las imágenes de anoche me atormentaban. Las recordaciones del sabor de sus labios, de su toque de su mirada, me daban un calor que no me permitía dormir. Me levanté para coger un vaso de agua de la cocina. Había tomado demasiado vino y eso sería el motivo.

Bajé a la cocina. Cogí un vaso de agua fresco para llevarme a la habitación. Apagué las luces y pasé al salón para subir, pero escuché un ruido que venía de algún lado que no pude identificar. Paré para aguzar el oído. No escuché nada más. Subí las escaleras y entré en mi habitación que

estaba en oscuridad. La luz de la luna entraba por la ventana. Nunca me gustó dormir con las ventanas cerradas y sin luz total. Me gustaba que el sol entrase en la ventana, por la mañana, y me despertase.

Cuando cerré la puerta detrás de mí con el pie, una mano tocó mi hombro. Coloqué una mano en la boca para ahogar un grito y dejé caer el vaso con agua que tenía en la mano. El estallar de los cristales extendió de ruido el ambiente tapando el sonido que yo pueda haber emitido sin querer. Me giré deprisa y lo vi. Una sombra detrás de mí. Reculé y al hacerlo pisé varios cristales rotos y el grito que no había salido de mi voz antes, ahora sonaba por todo el cuarto, en forma de dolor agonizante. Me doblé.

Algo rápido me irguió en el aire, pisoteando los cristales y llevándome consigo para colocarme encima de la cama. Empecé a entrar en pánico.

—Déjame, suéltame. Déjame o empiezo a gritar —iba a abrir la boca para hacerlo, cuando su mano la tapó.

—Soy yo. Kyril. No chilles —hablaba con calma. ¿Kyril? ¿Qué hacía allí? Tenía razón, él era peligroso y ahora entendía por qué le había dicho eso. Era un loco.

Quise gritar, pero su mano me tapaba. Y me asfixiaba el ruido.

—Para de gritar, no voy a hacerte daño. Estás herida. No puedo estar aquí, pero prométeme que no vas a gritar.

Asentí con la cabeza, tras debatirme unos segundos. Solo quería que se fuera de allí. Mis pies dolían mucho. Las heridas de las piedras ya los habían machacado y ahora los vidrios terminaban de completar el esquema de dolor agudo.

Él retiró la mano suavemente, para certificarse de que no iba a gritar. Cuando vio que no lo hacía, encendió la luz de la mesita de noche. Entonces, pude verlo. Estaba agitado. Lo miré asustada y no pude moverme.

Me colocó una mano sobre el rostro y desvié la mirada al lado. No quería mirarlo.

—Mírame, Jane —pidió con calma, pero no le contesté—. No quería asustarte, lo siento. Estás herida. Te tengo que sacar los cristales, porque sino te pueden infectar el pie. Pero para hacerlo, tienes que confiar en mí y estar muy quieta. Yo prometo que haré lo que pueda.

Lo miré de soslayo. No iba a hacerme daño. Me tranquilicé un poco.

—No me hagas daño —pedí, con la voz trémula.

—Si no hago otra cosa —dijo, mientras bajó las manos de mi rostro para me sujetar el pie—. Ahora vuelvo.

Salió por la puerta y, mientras eso, me senté mejor en la cama y miré mi pie. Una cantidad de sangre bestial salía de él y todo a su paso había quedado un desastre. Daba la sensación de que allí había habido una matanza. ¡Auch! Cómo dolía. Intenté retirar un cristal clavado, pero el dolor me hizo parar. Las lágrimas empezaron a caer sobre mi rostro sin que me diera cuenta.

Kyril entró otra vez, trayendo con él una taza con agua y una toalla.

Paró en la cama y miró alrededor. El pobre debería tener angustia de ver sangre, porque estaba blanco como la cal de la pared y su rostro enseñaba sufrimiento. Bajó lentamente las rodillas hasta quedar apoyado en el suelo. Cogió mi pie. Tenerlo así sujeto en sus manos, me hice entrar en pánico. Me sentía presa. Empecé a intentar retirarlo con unos gemidos de aflicción.

—Cálmate, no voy a hacerte daño, déjame quitarte esto, por favor —me pidió con la voz tan serena que, poco a poco, fui relajando la pierna y dejé de luchar.

Giré el rostro para el lado para no ver lo que iba hacerme. Sentí sus dedos tocaren un cristal y tirar de él para salir de mi pie. El dolor era insoportable y intenté controlarme para no parecer una niña pequeña. Aunque mi rostro estaba bañado en lágrimas. Conforme él iba sacado los cristales,

pude volver a mirarlo. Estaba sin color. Detenía la respiración. Sentí pena.

—No tienes que hacer esto —le dije. Él me miró. Dejó mi pie, por un momento, encima de la cama que estaba repleta de sangre. Acercó su rostro al mío.

—Créeme que yo no tengo ganas de hacerlo. Me está costando la vida, pero es mi culpa y quiero curarte. No puedo hacerlo sin quitar todos los cristales. Lo siento.

—Lo siento. Se nota que ver sangre te deja muy alterado —padecí de él. Estaba con pinta de quien iba a caer en cualquier momento.

—No digas esa palabra —giró el rostro.

—¿Cuál palabra? —no entendí que le había molestado.

Él se limitó a volver a coger mi pie y bajar la mirada. No le dije nada más, ni hice preguntas. Aguanté callada hasta que logró sacar todos los vidrios clavados en mi pie.

Cogió agua y empezó a limpiar, con la toalla húmeda, la planta de mi pie, peor aún, porque el contacto me provocó un escozor tan fuerte que grité de dolor.

Él se levantó rápido y se apartó. Seguía con el paño ensangrentado en la mano. Cuando me recompuse de la agonía, lo miré y lo encontré aspirando y oliendo el trozo de tela con mi sangre. La imagen me provocó un desconcierto inmediato y una repulsa. ¿Qué hacía?

—¿Qué haces? —me atreví a preguntar.

Él bajó las manos y abrió los ojos. Volvía a tener los ojos con el color rojizo, pero de esta vez era tan intenso que podía ver brillar los destellos de un rojo vivido.

—Agonizar. Eso hago. Tu olor me vuelve loco —arrastraba la voz como si estuviera en un sufrimiento atroz.

No sabía que decir. Todo en él era extraño y raro. Lo notaba perturbado. Quise ayudarlo, no sé bien por qué y empecé a hablar de otro tema.

—¿Por qué has venido?

—Porque me has invitado —bajó, otra vez y volvía a pasar el paño por agua, escurrirlo y limpiar mis heridas. Cada toque me pegaba un brinco y me escocía mucho. Intenté soportar el dolor. Seguí hablando para distraernos.

—Yo no te invité o mejor, sí, si para ti esto es la visión del infierno, entonces, tienes razón, has venido al sitio correcto.

Ví la sonrisa surgir en su rostro. Me alegré. Al menos ya podía sonreír.

—¿Creo haber entendido que me has dicho para joderme? No podías haber hecho mejor, porque estoy verdaderamente jodido y en el infierno. Por ti.

—No haber venido —dije irritada. Fui yo que empecé la conversación, pero él conseguía sacarme de quicio.

—Una vez más... me has invitado. Y quería decirte que no acepto tu rescisión.

—¿Qué? ¡Ayyy! —él me miró cuando el dolor invadió mi cuerpo otra vez. Notaba la preocupación en su rostro.

—¿Te ha hecho daño?

—Dices ¿ahora o desde siempre? —a veces me gustaría ser una de estas personas que sabe estar callada.

Paró lo que estaba haciendo. Parecía enfadado. No sé si conmigo o con él.

—Nunca quise hacerte daño. Te he avisado. Pero parece tener un imán para los accidentes.

Sus palabras me dolieron. Eso sí. Quizás sea eso, en mi vida era yo la responsable por todo lo que sucedía de malo. Por eso solo tenía tragedia en mis recuerdos.

—Sí, soy una idiota. Ahora, por favor, déjame en paz.

—¿Idiota? —me miraba enfadado—. Idiota soy yo ¿quieres ver? —dicho esto me cogió el pie

y lo llevó a la boca. Sacó su lengua y me empezó a lamer todas las heridas. Su boca estaba manchada de sangre y aquella imagen era horripilante, pero el toque de su lengua era tan agradable y el dolor fue desapareciendo. Me quedé mirando aquella imagen enferma, pero tan promiscua y tan íntima. Su rostro era de deleite y de placer. Cerraba los ojos.

Cuando terminé, no sentía ningún dolor. Él limpió la boca con las manos, quitando el resto de sangre que aun quedaba en sus comisuras.

Volvió a acercarse a mí y sujetó mi rostro otra vez con las manos.

—¿Idiota, decías? Soy un completo idiota. Y no consigo parar.

Estreché los ojos, sin entender lo que quería decir. Yo me sentía igual. Nos miramos durante un rato. Sus ojos estaban tan negros que me preguntaba que tenía aquel hombre que podía cambiar de color de ojos como ningún otro humano.

Acercó sus labios a los míos. Pasó la lengua por el contorno y ese gesto me dio un calambre en el estómago. Y sus réplicas bajaron a la parte más íntima de mi cuerpo.

Ví su sonrisa victoriosa al darse cuenta de mi placer y lo empujé. Pero no se movió un milímetro. Era muy fuerte. Me sujetó más el rostro para que no pudiera mover la cabeza y otra vez junto a mis labios murmuró las palabras que me cosquillaban.

—No consigo parar. Dime que pare. ¿Por qué no consigo parar? ¿Qué me has hecho? —no sabía si hablaba para mí o para él. Estaba desesperado. Luchaba contra sus ganas y eso me provocaba dolor. Era obvio que no podía negar la atracción que teníamos, pero parecía que eso para él era una tortura. Remordimientos, tal vez.

—Mejor paramos. Esto no está cierto. Está claro que tienes alguien y no debías estar aquí.

Asentía con la cabeza. Aquello me dolió más que los cristales en los pies, pero cerré los ojos y respiré hondo. Las cosas eran como eran. De eso sabía yo de sobra. Cuando abrí él me miraba con serenidad. Y me besó, sin pedir permiso, sin nada. Solo me besó. Un beso suave sobre mis labios. Cerré los ojos y lo acepté. Imaginaba que era su deseo de despedida. Pero no, lejos estaba de ser eso. Su boca demandó más de mí y pudo entreabrir mis labios, para que su lengua invadiese mi sabor, mi paladar, mis sentidos.

No estaba cierto, pero se sentía tan bien que después de todo, me dejé llevar. Besaba tan bien. Era perfecto. Quería tener su boca colada a la mía, dándome placer, siempre. Solo con sus besos me tenía el cuerpo en agua, deseando ser tocada, abrazada y amada. Me aparté de él.

—No... esto no está bien. Nosotros... no podemos —meneaba la cabeza con gestos negativos, intentando convencerme de que no quería todo de él.

—Si no está bien, ¿por qué siento como se estuviese? —me preguntó. Abrió la boca y la volví a cerrar. ¿Acaso yo no sentía lo mismo? Si yo quería la misma respuesta que él.

—No lo sé, lo único que sé, es que te deseo —ya estaba. Lo dije. Sin preámbulos.

—Y yo a ti. Demasiado.

Calló nuestras voces con otro beso intenso. Durante el proceso, sus manos que estaban ahora en la cintura empezaron a viajar por otros lados de mi cuerpo.

Una mano se coló bajo mi camiseta de dormir y fue subiendo lentamente hasta atrapar mi pecho. Me encogí con su contacto. Tenía el pecho pequeño, pero su mano cogía mi bulto de forma perfecta. Lo apretó con suavidad y con los pulgares pasaba por mis pezones endurecidos y que se hacían más erectos por cada vez que lograba tocarlos con sus huellas.

Me quitó la camiseta, sin dejar de besarme. ¿Cómo? La abrió de un tirón como si sus manos fueran una tijera. Quitó su boca de la mía y gemí del abandono. Bajó su boca a mi cuello, pasando por mi nuez de adán, besando cada trozo por donde dejaba rastro. Fue bajando más y más hasta coger con su boca mi pezón duro. El toque ardiente de su saliva en mi piel, me hicieron arquear la

espalda para le dar más acceso a mi cuerpo. Él no lo rechazó y me sujetó, con una mano, toda la espalda, con la otra atrapó mi teta, otra vez, para estrujarla con delicadeza. Su toque era gentil y estudiado. Cuando empezó a chuparme los pezones con avidez, cambiando de un pecho a otro, me corazón desbocó de palpitations. Jadeaba con placer. ¡Dios! Nunca había sentido nada así. Estaba a punto de correrme en un orgasmo si no parase. Cualquier toque que hiciese me dejaba muy sensible y responsiva.

No sé cuanto tiempo estuve así, pero dedicó el tiempo que quiso. Se apartó a tiempo de que no acabase gritando de placer, pero se había alejado solamente para quitarme los pantalones del pijama y dejarme en bragas.

Depositó besos en mi vientre y con la lengua trazó un círculo alrededor de mi ombligo. Todo lo que hacía era tan erótico y sensual, tan pautado y preciso, era un maestro del placer.

Colocó un dedo por el lado de mis bragas y en un golpe que mal logré percibir, rompí mis bragas para dejarme expuesta a su visión. Bajé la mirada y él me miró con la boca delante de mi sexo. Sus ojos, ahora eran de un azul intenso. Y en su mirada, había lujuria y perversión. En su boca, una sonrisa amenazadora, indicaba que lo que iba a suceder a la continuación, no tenía retroceso.

Pasó la lengua desde abajo hasta arriba, pasando por mi clítoris. Y paró. Lo lamió así unas tres o cuatro veces. Y paró entre todas, soplando ligeramente mi centro de placeres y haciendo estremecer de calambres todo mi cuerpo. Me estaba llevando al límite. Y lo sabía.

—Que ganas tengo de probarte. De saborearte. Toda. —Abrió mis piernas con las dos manos para tener toda mi apertura para él, expuesta. Con una mano, metió un dedo dentro. Con calma fue introduciendo y me gustó. Después colocó otro dedo. Con delicadeza, fue haciendo movimientos circulares hace arriba rozando las huellas en una zona en concreto. La creciente de placer que se formaba en mi interior era transcendental. Con la otra mano separó mis pliegues y asomó la boca para empezar a chupar mi clítoris de forma vigorosa. Chupaba y lamía dándome el equilibrio perfecto para sentir cada sensación de placer que eso me daba.

Cuando estaba a punto de tener un orgasmo, mi respiración empezó a quedarse muy intensa y agitada.

—Te voy a dar mucho placer. Tanto como me das a mí —replicó en mi clítoris, sin parar de hacer los movimientos constantes que hacía.

Arqueé la espalda tanto que tuve que sujetarme a las sabanas para aguantar. Empujé contra su boca todo mi cuerpo. Los dedos que estaban dentro de mi salieron para ahora cogerme mis dos pezones con cada mano. Con dos dedos me acariciaba de igual forma en ambas las puntas duras, haciendo la cumbre de placer crecer en mi vientre. Aquello me estaba dejando loca. No aguantaba más. Sentí el calambre subir por mi espalda y terminé chillando en gemidos intensos, cuando un orgasmo potente salió por todos mis poros. Mi coño chorreaba de fluidos, empapando toda la sábana. Kyril acercó la boca a su entrada y me chupó, bebiendo todo lo que mi cuerpo de quería entregar. Aquello era la sensación más placentera y íntima que había sentido jamás. Había tenido sexo con James, pero no aquel tipo de sexo. No aquella entrega y lujuria.

Cuando Kyril terminó, subió a mis labios y me besó. Quería que yo sintiese mi sabor, que quisiera compartir con él el néctar de sus logros. Y me dejó extasiada al hacerlo.

—Quiero más —le dije entre respiraciones. Y quería, quería más de él. Me daba igual las consecuencias o los problemas o los obstáculos. Hacía tanto tiempo que no me sentía mujer que quería más y más.

—No puedo. No puedo descontrolarme contigo —sonaba suplicante, esperando que yo entendiera su petición, pero mi cuerpo, no era consciente de nada.

—No me rechaces, no. Otra vez, no. Quiero sentirte, por favor.

—Yo nunca te rechazaría. Yo solo tengo que controlarme. No quiero hacerte daño. Y no estoy preparado para más. Si te follo ahora, me descontrolaré. Estoy muy excitado y me deseo por ti es insoportable. Por eso, tengo que controlarme. —Hablabla de control, cuando yo quería perder el control junto a él.

Al subir, su pene quedó apoyado en mi vientre bajo, pero podía sentir la dureza, la fuerza y el volumen de su miembro. Daba miedo y respeto. Él era muy vigoroso y se sentía intenso.

—Déjame sentirte —supliqué. Y vi en su cara, el atisbo de duda y la lucha para detenerse. Algo lo impedía de proseguir. Y, yo quería hacer lo que estaba a punto de hacer—. Déjame sentarme encima de ti, por favor.

Él accedió y me colocó a horcajadas.

Empecé el viaje, por el mismo camino por donde él empezó el mío. Regando de besos y lametazos su cuerpo divino. Cuando quise bajar su pantalón, un brazo me sujetó y me tiró otra vez cerca de su boca.

—¿Qué haces? —su voz estaba alterada y excitada.

—Reclamar lo que es mío —lo besé con un suave pico en los labios.

—¿Y eso? —quería respuestas, yo le daría respuestas.

—Tú. Tu placer —no le di tiempo a pensar, con las dos manos logré sacarle el pantalón debajo de mí y dejar su pene expuesto. Lo cogí con una mano y él jadeó fuertemente. Mis dedos casi no podían atraparlo de tan grueso que era. Era grande de proporciones, pero su grosor era lo que más impresionaba. Bajé mi boca rápidamente y sin dejarlo trabarme, coloqué la punta en mi boca y empecé a chupar ávidamente.

Su grito de placer fue tan intenso que sentí yo la misma sensación.

—Jane... loca... no hagas eso... no voy a poder parar... —su respiración agitada era excitante. Ver un hombre tan fuerte y controlado, perder el control en mi boca, era muy empoderado para mí. Tragué su longitud todo lo que pude. En el límite de mi garganta no conseguía meter más de la mitad. Con movimientos ritmados bajé y subí mi boca por su pene tantas veces cuantas me apeteció. Saqué su miembro y con la mano empecé a ordeñar el camino que había hecho con mi boca. Él gemía intensamente. Bajé para coger un testículo y metérmelo en la boca para jugar con él en movimientos suaves. Lo metía en la boca y lo quitaba como si fuera un dulce, un caramelo. Aquello lo estaba dejando loco. Sentía su miembro endurecer en mi mano de forma tan intensa, que su piel estiraba en contra de su tamaño. El líquido que salía de su interior dejó mi mano empapada y me ayudaba a bajar y subir sin problema.

—Jane... no me hagas esto... —pidió.

Como si fuera un aviso, justo en ese momento volví a metérmelo todo en mi boca y sentí su pene palpar. Chupé la punta y con la lengua fui haciendo caricias alrededor para calmar su ansia. Estuve así unos minutos más, entre chupar y lamer. Cuando vi que él estaba en su límite tragué todo su pene hasta la garganta y empecé una danza de subir y bajar, apretando mis mejillas para chuparlo más en el proceso. Supe que iba a correrse cuando me cogió la cabeza y intentó apartarme, pero me aferré más a su miembro y en segundos sentí en mi lengua el chorro caliente de su semen bajar espeso por mi garganta. Tragué con placer y eso me provocó una descarga de adrenalina que me hizo tener un pequeño orgasmo. Él lo notó, porque sintió como mi boca gemía con su sabor.

Y fue la sensación más erótica que tuve en toda mi vida. Y era increíble.

Cuando me aparté de su pene, él cogió mis dos manos con las suyas, haciéndome caer encima de su pecho. Me besó tan intensamente que pensé que iba a dejarme sin respiración.

Pasaron minutos y su boca seguía explorando la mía con tanto ritmo y dedicación que, poco a poco, mis ojos se fueron cerrando del cansancio, pero antes de que cayese dormida por completo, él se apartó un poco, parando su beso.

— He esperado casi dos siglos para morir en el cielo contigo —dijo bajito, casi murmurando en susurro—. No sé qué voy a hacer contigo, porque ahora no quiero esperar un minuto más, mi diosa de fuego.

Sus dedos entrelazaban mi cabello rojo y acabé dormida con sus palabras y caricias.



## Capítulo 14

En la mañana siguiente, desperté sola en mi cama. Kyril no estaba. Una vez más, pensé si lo que había vivido había sido sueño o realidad. Miré hace abajo, la sábana seguía roja del color de la sangre, pero cuando subí el pie donde en la noche anterior tenía clavados los cristales, no había ni rasguño de herida en ellos. Mis pies estaban perfectos. Como si nada les hubiera pasado. Como si alguien hubiese quitado todas sus heridas. Recordé el momento en el que Kyril lamió mis heridas, como los animales hacen cuando quieren curarse. Y pensé que quizás eso me haya curado. Su saliva. ¿Pero cómo? Estaba loca, dando asas a mi imaginación e inventando teorías idiotas poco realistas.

Pero no era posible, no había cicatriz, ni dolor, nada. Me estaba volviendo loca.

Me levanté. Miré alrededor, como buscando indicios de que lo que había pasado era real, pero no me hacía falta, porque aparte de que mi habitación estaba hecha un estropicio, con marcas de sangre por todo el lado, los cristales del vaso aun extendidos por todo el suelo y lo que más hacía real todo aquello era el aroma. El aroma masculino de su cuerpo que estaba impregnando cada milímetro de mi piel desnuda. Cogí mi ropa o los trozos que sobraron. Había logrado romperme toda, como un animal. En mi cabeza pasaban analepsis de anoche y del placer que había tenido. Me sentía llena y relajada. Hacía tanto tiempo que no tenía aquel tipo de contacto que me sentía muy bien.

Decidida a hacer algo con mi vida, me duché y terminé de limpiar todo el cuarto. Kyril había salido sin decir nada. Pero sé que estuve conmigo gran parte de la noche, porque me acordaba de su cuerpo, abrazándome.

A medio de la mañana, pasé por el escritorio.

Entré y vi algunos de mis compañeros. Me detuve a hablar con un colega sobre algunas cosas de trabajo. Tenía que sacar unas copias y estábamos allí, de pie, charlando, cuando Martha llegó, llena de sus bolsos y carpetas que siempre cargaba.

—Jane, menos mal que te encuentro, te quería comentar una cosita —posó todas las cosas encima de uno de los escritorios y se asomó a nosotros.

—¿Qué tal, Martha? —dijo Charlie. El chico estaba enamorado de ella. No cabía duda. Cada vez que la veía en la oficina, se quedaba embobado. El problema es que a Martha, Charlie no hacía nada su genero de hombre. Lo miraba como si fuera un chiquillo, aunque era mayor que nosotras.

—Muy bien, Charlie Brown. ¿Nos dejas un ratito a solas, por favor?

El chico asintió, nervioso y se fue a toda prisa.

—¿Joder, Martha! —le dije cuando el chico se apartó el suficiente para no escuchar— ¿Es necesario tratarlo así?

—¿Así, cómo? —hacía cara de quien no entendía lo que le estaba diciendo y le hice una mueca de desagrado. Me daba pena el chico, siempre tan amable con ella y a la vez, ella siempre desperezándolo. Quizás, porque hoy, más que nunca, me sentía un poco como él. Kyril no había dicho nada más todo el día.

—¿Qué me querías contar? —cambié de asunto.

—¿Te acuerdas la noche que no has salido con nosotros?

Sabía que era una pregunta retórica para continuar a soltarme algún cotilleo, pero la verdad es que no creo que fuera a olvidar aquella noche en mi vida. Así que meneaba la cabeza, siguiéndole el tema.

—Ha venido un chico; vamos, chico no, un hombre con H grande. No puedes ni imaginar. Está bueno, no, lo siguiente. Y esa noche, estuvimos hablando de ti —levanté una ceja—, nada de especial, no te calientes. De que se venías o no y tal. Le enseñé una foto mía y tuya, en Instagram. Se quedó loco. Dijo que le gustaba mucho las pelirrojas —puse los ojos en blanco. Típico cliché —, total: que dijo que teníamos que marcar una cena todos y eso. Hoy me escribió. Así que, me da igual lo ocupada que estés. ¿Para cuándo marco la cena?

—¿Para nunca? —bromeé, porque sabía que no iba a dejarme sin antes confirmar el arreglito que me estaba intentando hacer. Ya estaba acostumbrada con Martha, llevaba un par de años haciendo lo mismo, cada dos por tres. Nunca acababa en nada. Ya no.

—Ya sabes la respuesta, así que mejor me dices tu un día o lo escojo yo. ¿El jueves?

¿Para qué discutir con una de las mejores vendedoras de casa de todo el país? Sabía bien como no dejar alternativa a un cliente.

—Bien, jueves —vi su risita de alegría y me hizo sonreír. Seguimos de charleta, mientras acababa de sacarme las fotocopias. De súbito, la puerta del despacho de Joseph se abrió y de dentro salió él. Iba acompañado de una mujer.

Martha acercó la boca a mi oreja.

—Ves esa mujer ahí —asentí con la cabeza, mirando la mujer misteriosa—, es la misma que me dio el recado de tu cliente aquella noche.

Estreché los ojos. Martha me estaba diciendo que la mujer que acababa de salir del despacho de Jo, era la misma que Kyril mandó dar recados en mi nombre. La miré mejor. Era alta, muy elegante y esbelta, tenía un vestido ajustado corto, negro y que le hacía resaltar el vasto pecho que tenía y que casi le salía por la boca en un escote atrevido. Unas piernas torneadas que no acababan. Resumiendo: parecía una modelo de pasarela. Y era muy guapa. Sentí un nudo en el estómago. Si aquella era la novia, ligue, amante o lo que fuera de Kyril, cualquiera a su lado era mero entretenimiento. El recuerdo de anoche me hizo secar la garganta. Había algo curioso en esa mujer, que ahora me miraba a la distancia, como si me hubiera encontrado ante la multitud: era tan pelirroja como yo. Aunque su pelo era más rojo y el mío más tirando a naranja, pero tenía el mismo largo y era prácticamente igual. También tenía la piel clara y nos parecíamos. Es decir, nos parecíamos en el pelo y tono de piel, aunque ella se veía fantasmagórica. Porque por lo demás, era guapísima.

Ella dijo algo al oído de Joseph y empezaron a dirigirse hacia a nosotras. Intentamos disfrazar y seguir mirando los papeles en la fotocopidora.

—Jane, Martha —dijo Joseph llamándonos para presentar la pelirroja esa—, os presento Scarlatt.

Nunca mejor dicho. Scarlatt, tal como su nombre: escarlata como su pelo. Nos saludamos entre las tres. Hechas las presentaciones, Joseph volvió a hablar.

—Me alegro de encontrarte por aquí, Jane, justo estaba diciendo a la señorita Scarlatt que estarías por venir a la oficina, con suerte te pillaba.

—¿Y en que puedo serle de servicio? —le pregunté directo a la jirafa rojiza. Solo de mirar su presencia imponente y atractiva ya me estaba dejando de mala ostia.

Martha y Jo me miraron de soslayo con los ojos abiertos. De acuerdo, puede que la frase me haya salido un poco prepotente. No voy a negar que me incomodaba, porque no.

—Señorita Jane —su voz era melosa y sensual. Quería comprar, vender casa o ligar conmigo —¿no es así?

—En la realidad es Meyer. Puede tratarme por Meyer —espeté seca. Joseph estaba con una expresión de quien se quería enterrar en el suelo.

—Muy bien, señorita Meyer. Me ha dicho Joseph que es usted la consultora que está tratando de la venta de mi mansión. Me gustaría esclarecer algunos puntos con usted, cuando le sea conveniente.

Pero ¿esta mujer estaba loca? Nunca la he visto ni pintada de azul, ¿qué decía? ¿Yo vender su mansión? Estaba equivocada.

—Temo que haya habido algún engaño —miré a Joseph en petición de ayuda, pero él parecía haberse resumido a un ratoncillo— no me recuerdo de habernos conocido o de tener su casa para venta.

Ella esbozó una sonrisa muy falsa. Tenía pinta de cínica. Y me estaba vacilando.

—Siento mucho la confusión, señorita Meyer —y estaba ella con lo señorita... ¡joder!—, pero Joseph me indicó que era usted la vendedora.

¡Vendedora tu cerebro minúsculo! Solo me apetecía decirle cosas feas. No sé que me pasaba o porque estaba tan irada. O al mejor, tenía una idea paseando por mi cuerpo: Kyril. Empecé a pensar en lo que ella decía y mi cabeza no lograba integrar todo lo que ella explicaba.

—Jane —¡Gracias, Jo! Por fin, habló—, la señorita Scarlatt es la copropietaria de la mansión del señor Petrakis.

—Eso, podemos llamarlo así —dijo ella casi a la vez. Cuanto más hablaba más asco me daba con aquella vocecita fútil. Eso significaba que ella también era la dueña de la mansión. Muy bien. Más mentiras de Kyril. Estupendo. Por mí, estaba todo muy claro. Ya me estaba cagando para toda aquella morralla, que se maten todos.

—Muy bien, señorita Scarlatt, ahora estoy más elucidada. Resulta que, como indiqué a su pareja, yo ya no soy vuestra consultora —Jo me miró con los ojos como platos—. Perdona, Jo, no he tenido tiempo de darte las novedades.

Él no dijo nada. Se quedó en choque. Ella me miraba con la sonrisita falsa aun en el rostro y estrechó los ojos.

—Espero que Kyril no la haya tratado mal, porque sería una pena perder alguien tan profesional como usted. No creo que pueda encontrar otra persona que conozca tan bien la casa como usted. O que sepa de tantos detalles de la decoración, especialmente de las habitaciones.

Hija de la gran... Sabía lo que estaba diciendo. Estaba insinuando que sabía lo que pasó dentro de la casa aquella noche. La iba a matar, pelirroja asquerosa. Por otro lado, ella era la dueña de la casa y yo fui la que estuve en una situación muy comprometedoras con su novio o que mierda fuera. Además, si Joseph supiese lo que había pasado me iba a mirar con otros ojos. No. No me importaba lo que los demás pensaban, pero tenía una reputación y Jo era mi amigo. No iba a permitir que aquella mujer destrozase mi carrera. Respiré hondo y sonreí falsamente, también.

—En eso tiene usted toda la razón. El problema es que, es una casa difícil de vender. Voy a tener más trabajo buscando nuevos clientes. No sé si Kyril ya le he dicho—dije su nombre propio aposta y vi que le dio un tic nervioso en el ojo—, pero los últimos clientes no han adjudicado la compra.

Yo hacía gestos inocentes de desolación y pena, pero era totalmente falso y podía jurar que ella notó.

—Bueno, sé que es algo complejo. Pero para eso estoy yo. Quiero ayudar en ese proceso. Si aun está dispuesta a ayudarme, señorita Meyer, ¿puedo contar con usted? —ha puesto una voz de

mártir y hacía pucheros con la boca.

—Es una oferta tentadora, pero en ese caso, tendremos que renegociar mi comisión. Quiero el doble —solté. No sé ni porque me salió aquello. Me estaba cagando para el dinero, lo que quería era librarme de aquellos dos, de su mansión y de todos.

—Me parece justo —dijo alargando una nueva sonrisa y Jo empezó a reír también, nervioso. Olía a hipocresía en toda la oficina—, entonces, me gustaría pedirle que volviese a la mansión para rever ese y otros puntos.

—Lo podemos hacer aquí, si quiere —no me apetecía ir a su madriguera, como ya había dicho a Kyril y darme de caras con los dos, después de todo lo que pasó anoche. Me sentí mal. Su mujer allí delante de mí y yo solo me acordaba de su boca en mi cuerpo. Tragué en seco, necesitaba agua. Empecé a hacer aspavientos intentando correr un poco de aire.

—Siento mucho, Jane... perdón, puedo tratarla así, ya que vamos a trabajar juntas otra vez —su estúpida, nunca trabajé contigo antes. Como quieras, me daba igual. Le contesté que sí y prosiguió—, por eso, Jane, hoy me pilla ya con el tiempo justo, pero Kyril no está en los próximos tres días. Tuve que salir en negocios esta mañana. El pobre —giro el rostro para Jo—, tiene estado tan ajetreado con el trabajo que ayer ni durmió bien, de tan estresado que va —empecé a rechinar los dientes unos en los otros de rabia. Esto no iba a correr bien. Estaba jugando a marear —, pobrecito. Entonces, como decía, Jane, Kyril no va a estar, nosotras nos podemos ver el viernes, en dos días y así tratamos de todo.

—Como le parezca mejor. ¿A que horas? —cuanto más rápido hiciese mi trabajo, mejor. Más rápido se acababa aquella farsa.

—Al final de la tarde sería ideal.

Acabamos de concretar la cita y nos despedimos. Jo la llevó a la puerta. Martha me miraba desde el escritorio, expectante de lo que estaba a pasar y de que le contara. ¡Joder! Un viernes y para más en el final de la tarde. Todo lo contrario de Kyril. No me gustaba nada circular por aquella carretera haciéndose de noche, pero ya me daba igual. Viernes sería. A ver si me recordaba llevar el spray pimenta y una daga, no fuera la bicha enseñar los dientes. Tenía pinta de serpiente venenosa. Y yo solo me apetecía cortarle la cabeza. A ella y a otra persona.

## Capítulo 15

Jueves llegó y eso significaba que hoy iba a ser día de cenita. Martha había organizado todo e íbamos a ir a un restaurante de la ciudad, muy de moda y donde se encontraba toda la gente. Al parecer íbamos nosotras, Jones y Agatha de la oficina, un amigo de Martha que traería el famoso amigo al cual ella estaba tan empeñada en querer ligarme. Pocas ganas estaban para aquella payasada. Sin embargo, merecía relajar y quitar un poco la cabeza de todo lo que estaba pasando en mi vida, que de tan aburrida se había convertido en un carnaval.

Kyril no me había llamado, ni mandado mensaje, ni nada. Todo el día de ayer, desde que salió de madrugada de mi casa y hoy. Estaría de viaje, como dijo la cobrita pelirroja. Yo tampoco iba a decirle nada. Si no quería llamar, yo menos. Ya estaba, me había dado un orgasmo, le pagué con otro y estaba la deuda saldada. Fue maravilloso y ya está. De ahí no iba a pasar.

Acabé de arreglarme. Confieso que me ha venido arriba, para quien no quería llamar mucho a la atención de pretendientes, me había esmerado demasiado. Quizás, porque necesitaba sentirme en control de mí cuerpo, otra vez. Porque tenía la sensación de que los últimos días mi cuerpo no me pertenecía. Llevaba un vestido negro con unas manchas muy abstractas y modernas en tonos de blanco, fucsia y verde. Era elegante, sensual y llamaba a la atención, porque era corto y enseñaba mis piernas. Me gustaban mis piernas. Era algo que veía atractivo. No como las de la musa esa. ¡Stop! Tenía que dejar de pensar en ella. Que obsesión. Terminé de maquillar mis labios de un rojo oscuro potente y fijo. No fuera a terminar con la boca en alguna necesidad y mejor que no se escurriese el labial. Me miré al espejo: estaba muy decente para salir, muy indecente para atraer.

Cuando llegué al restaurante ya estaban todos dentro. Para variar. Iba a ser el centro de la atención al llegar tarde. Tal como dije, al acercarse, todos se levantaron para saludarme. Entonces lo vi: el amigo del amigo de Martha. Solo podía ser él. Era el único hombre que estaba tremendo allí. Se acercó un poco tímido y su amigo, que yo ya conocía, Albert, se apresuró a presentarnos, ante la mirada de Martha que me hacía ojitos.

—Jane, este es mi amigo Byron. Byron esta es Jane una colega de Martha —él ofreció un saludo tímido y no sé qué me dio, pero me incliné y le di dos besos en el rostro a modo de buenas noches. Noté que esbozó una suave sonrisa.

—Encantada de conocerte Byron —le dije alegre. ¡Madre mía! Era guapísimo. Y podía ver sus músculos todos marcados por debajo de la camiseta negra que llevaba. Llevaba el pelo un poco largo, como lo de Kyril, pero un poco más ondulado, oscuro también. Tenía unas facciones muy masculinas y en el rostro una barba le cubría la piel y le quedaba muy atractivo. ¿Qué pasaba que, en los últimos tiempos, aparecían hombres atractivos por todos lados?

Nos sentamos todos. Me quedé al lado de Martha, pero de frente para sus amigos y eso significó de frente para Byron. Martha se acercó a mi oído lo máximo que pudo para que nadie la escuchase.

—Te dije que estaba de rechupete, ¿no? A mí me deja las bragas en agua —no pude evitar una carcajada y ellos nos miraron. ¡Hostias, Martha! Iba a matarla. Se recompuso en la silla, divertida. Yo hice un esfuerzo por controlarme mirando hacía bajo, pero podía sentir la mirada de Byron en mí. Cuando subí la mirada no pude dejar de cruzar los ojos con él y vi su sonrisa sensual

en el rostro y sus ojos estrechos y brillantes. Le ofrecí una sonrisa tímida, también.

Empezamos a tratar de los pedidos y fue el suficiente para centrarnos en la cena e intercambiar charla, entre todos. Descubrí que Byron era un colega de trabajo reciente de Albert. Trabajaban los dos en un gimnasio. Con el paso de las conversaciones, más tarde entendí que Byron era dueño de varios gimnasios, los había comprado recientemente. Albert era personal trainer y por eso se conocían. Estaba a la vista que ejercitaba los músculos. Era enorme. No me gustaban los hombres musculados y adictos al gimnasio, pero aquel era perfecto. Tenía los músculos del cuerpo, por lo que se podía apreciar por encima de la ropa, en su lugar, en justa medida.

Mi teléfono tocó con un mensaje. Todos mis amigos estaban allí, así que tendría que ser Joseph o algún cliente. No miré. Después vería.

La noche, confieso, estaba muy divertida y lo estábamos pasando estupendamente. Byron no hablaba mucho, parecía más reservado, pero era divertido y no quitaba los ojos de mí. Por su vez, Martha no quitaba los ojos de él y así estuvimos hasta tarde. Aun seguimos tomando algo, después de la cena, pero a la una de la mañana, me disculpé y dije que me iba. El día siguiente era día de trabajo. Acabamos por irnos todos. Byron se despidió, pero antes intercambiamos números de teléfono y le prometí marcar algo la semana siguiente. La cosa es que me había caído bien. Y aunque no tenía segundas intenciones, no iba a quedar en casa cerrada toda la vida, ya había decidido. Después de haber estado con Kyril, había vuelto a sentir la llama de estar viva y quería aprovechar esa sensación, antes de que volviera al abismo que era mi vida, al vacío. No era plan ir por ahí conociendo chicos, otra vez, pero la oportunidad se presentó y quería sacar Kyril de la cabeza. Me estaba dejando muy mal. Más aún después de haber conocido su pareja.

Cuando llegué a casa, mis pies estaban dolidos de llevar tanto tiempo tacones altísimos. Quité los pies de los zapatos y miré la planta de mi pie. Aún no podía entender como las heridas de mis pies se habían sanado solas. Subí descalza a mi cuarto. Quité la ropa y solo pude quitar el maquillaje y nada más. Me tiré para encima de la cama. Cogí el móvil. Tenía 5 mensajes no leídas. ¡Joder! Qué pesados eran los clientes, a enviar mensajes a esa hora. Las personas, en este trabajo, no tenían consideración por nosotros. Es como si trabajásemos para ellos veinte y cuatro horas. Por eso cobrábamos comisiones altas. Abrí el primer mensaje. Era de Joseph.

*“Hola, Jane. Me alegro de que hayamos recuperado el cliente, hoy. Por cierto, si te apetece, este Domingo, podíamos salir por la tarde a tomar algo. Dar un paseo, algo así. Ya me dirás, sin compromiso.”*

“Hemos recuperado” fue lo que él dijo. Pues no, Joseph, no hemos recuperado. Yo lo perdí y ella me obligó a tener que volver atrás. Punto final. Podía entender que estaba intentando volver a quedar conmigo, sin hablar de lo que había pasado. Mejor. No quería contestarle, porque no sabía si me apetecía salir con él, ya pensaría durante el fin de semana. Abrí el siguiente mensaje, pero no era ni de Joseph, ni de ningún cliente. Era de Kyril. Mi corazón empezó a latir muy rápido.

*“Espero que tus pies estén mejores. Dime algo.”*

¡Maldita sea! Tenía moral. Llevaba dos días sin dar señales de vida y ahora lo único que me decía era preguntar por mis pies y además pedirme explicaciones. ¡Qué se fuera a la mierda! Estúpido. Abrí el otro mensaje. Era de él. Con un intervalo de media hora. Bien como los restantes dos mensajes que faltaban abrir.

*“¿Por qué no me hablas? No quiero molestarte, pero quiero que sepas que no he dejado de pensar en ti.”*

¿En serio? No ha dejado de pensar en mí, decía también. Estaba de cachondeo conmigo. Seguro que su novia o esclava sexual repelente no le estaba dando conversación y se aburría. Así que se acordó de enviarme mensajes. No creía en nada de lo que salía de aquella boca o de sus

palabras.

*“No me contestas y estoy muriendo de ganas de saber si has pensado en mí. También tengo ganas de otras cosas, pero sé que no debía decirte estas cosas. Me vuelves loco.”*

Estaba a punto de enviarle un mensaje de vuelta a mandarlo a un lugar muy, muy feo. Claro que no debería decirme esas cosas, su mujer estaba en casa esperando por él, mientras él se tiraba a la primera que se metía en su casa. ¿Qué diría su querida Scarlatt si supiese que me estaba mandando mensajes poco profesionales? Porque lo demás, parece que ni se molestó en disfrazar, ya que ella lo tenía bien controlado.

*“Si no estuviese a cinco mil kilómetros de ti, ahora iba a hacerte otra visita. Me dejas preocupado. No dices nada. No sé si estás bien y ahora mismo, me siento muy nervioso con eso. Dime algo, por favor. Cuando vuelva de viaje quiero verte.”*

El último mensaje tenía veinte minutos de haber sido enviado. No iba a contestarle, merecía que lo ignorase por completo, por ser un canalla y un mentiroso. Qué asco me daba, que rabia sentía por haberme dejado caer tan fácil en sus enredos, sus ojos cambiantes, su voz sensual, su cuerpo lindo. ¡Joder! Me había hecho daño. No físico, pero mental. Dejó huella en mí y no me gustaba nada. No creo que alguna vez hombre alguno hubiera logrado dejarme tan alterada y movida por dentro, en tan poco tiempo. O en ninguno, mejor dicho. Y por ese motivo, no podía dejar las cosas así. Iba a ser yo a terminarlas. Iba a correr las riendas de mi vida otra vez. Le contesté.

*“Señor Petrakis, por favor, deje de enviarme mensajes. Sus comisiones no pagan mis horas de sueño. Algunos de nosotros no nacemos ricos ni heredamos mansiones, y por eso necesito mi descanso para poder trabajar. Todo lo demás, no tengo nada para hablar con usted. Es mi última palabra.”*

Esperé a que me contestase, porque ya imaginaba que no iba a darse por vencido y no me equivocaba. Al rato tenía un sonido de mensaje recibido. Respiré hondo antes de abrir. Me estaba dejando nerviosa.

*“Jane, no sé qué ha pasado para hablares así. Lo que sé es que esa no es tu voluntad. No puede ser. He estado contigo. He sentido tu cuerpo en el mío. Hace mucho tiempo que no siento nada así y, no puede ser que no sientas nada. Sé lo que hemos compartido. Me mientes y no sé por qué, pero me tiene preocupado.”*

Sentí las lágrimas en los ojos. Releí sus palabras una y otra vez. ¿Por qué me estaba haciendo esto? No necesitaba un Kyril en mi vida. No necesitaba alguien así. Alguien que no estuviese disponible, alguien que solo dejaba vacío. No quería. No más. Tenía de sobra. Decidí que iba a contestarle y no más. Me daba igual lo que dijera. No iba a ver ni hablarle más. Iba a acabar por poner la mano en la consciencia y dejarme en paz. El tiempo, todo cura. O mejor, no cura todo, pero suaviza la memoria.

*“No tienes que estar preocupado. Te digo lo que pasa y espero que con eso sea el suficiente para que no vuelvas a contactarme jamás. Lo que pasa se llama: Scarlatt. Eso pasa. Pero eso ya tú sabías. Lo que sí siento es que podías haberme dicho, porque así no tenía que haber estado pasando el mal trago de mirarla a la cara o tener que oír sus indirectas de cuando estuve en vuestra casa. Espero que mañana, cuando vaya a visitarla, sea para que se quede en lo profesional de una vez para siempre. Y no voy a permitir que salga de eso. Por favor, Kyril, te ruego: no me contactes más.”*

Quitó el sonido del teléfono, dejando solo las alarmas. Ni llamadas, ni mensajes.

Lloré por algún tiempo, purgando mis sentimientos encontrados. Acabé dormida.

En la mañana siguiente, cuando me desperté y cogí el móvil, entré en estado de choque: tenía

más de diez llamadas y unos tantos mensajes más. Apagué el móvil; total: nada iba a llamarme durante el día. Así que no necesitaba tenerlo encendido. Ya resolvía eso en otro momento. A la tarde iría a la visita en la mansión y así ahorraría batería para la vuelta, para la aplicación de mapa, por si acaso.

Conocía el camino, pero por la noche era muy agresivo y no quería que me pasara lo de la última vez.

Pasé el día haciendo tareas en la casa y desconectando del mundo. Debería haber llamado a algunos contactos, pero no me apeteció encender el móvil. Salí para comprar algunas cosas para el fin de semana. Tenía programado en mi cabeza, pasar sábado y domingo haciendo un maratón de series y no iba a pensar en nada. Necesitaba un descanso de la cabeza.

Cuando eran las cuatro, traté de arreglarme para la reunión. No tenía ganas, pero no me quedaba otra. Vestí una falda negra con unos apliques grises, que me quedaba normal, ni muy corta ni larga. Hacía calor y no me apetecía dar muchas vueltas. Por encima coloqué una camiseta negra con mangas largas pero que al ser transparente no daba mucho calor. Las transparencias que no enseñaban mucho me parecían siempre una escoja acertada, elegante y sensual a la vez. Llevaba un sostén negro por bajo que tapaba bien todo el pecho. Quería ir profesional, pero tampoco me apetecía aparecer con aspecto descuidado delante de aquella mujer. Iba a entrar con la cabeza levantada y salir de la misma forma.

Quedaba casi una hora para salir, iba con tiempo, cuando escuché el timbre. ¿Quién sería? Bajé para abrir y vi Martha que casi le salía el pecho de dentro de tan ahogada que venía.

—¿Martha? ¿Qué ha pasado? Parece que has venido corriendo desde la oficina—dije, dejándola pasar.

—¡Calla! Pero es que vengo mismo. ¡Joder! ¿Qué pasa con tu teléfono? —claro, tenía el teléfono apagado. Nadie podía contactarme. Me senté en el sofá con ella.

—Lo tengo apagado —hice un gesto para que ni me preguntase por qué—, ¿te traigo algo de beber, parece que vas a morir en cualquier momento.

—No hace falta, acabo de beber una botella de agua entera, antes de salir del coche. Es que he venido lo más rápido que pude, para saber si te pillaba a tiempo. Jo me dijo que tenías una reunión a las seis y no sabía si te pasaba algo o si conseguía hablarte.

—Pero ¿qué pasa que no podías contarme después? —pregunté preocupada.

—Eso me vas tú a contar. Me estás escondiendo algo, Jane. Te conozco —me sorprendí por el ataque repentino de mi amiga.

—No sé de qué hablas, Martha. Yo no te escondo nada —vi su carita de que no me creía nada. Me había pillado y no quería mentirle, aparte tenía mucha cosa presa en la garganta y tenía que sacarlo.

—Kyril ha llamado —hizo una pausa.

—¿A la oficina? —ella meneó a cabeza para decir que sí — Vale. ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—No me jodas, Jane. Llamó por lo menos unas cinco veces buscándote. Lo atendí en todas. Pude escuchar como estaba nervioso y preocupado —erguí una ceja con atención—, casi me obligó a venir aquí para decirte que no vayas a la reunión.

—¿Perdona? —me levanté furiosa— Pero ¿quién se ha creído? Si juzga que le voy a hacer caso a sus sandeces, está muy equivocado.

Yo andaba de un lado para el otro irritada. Qué descaró. Llamar para molestar toda la gente, solo para decirme que no fuera a encontrarme con su amiga o mujer o que mierda fuera en su vida miserable. Y ¿por qué? Porque, estaba segura de que tenía miedo de que contara algo más de lo



que a él le gustaría. Era eso. Tenía miedo de que fuera a desenmascáralo. Pues eso que se llevaba, la duda.

—Jane, ¿me quieres explicar que está pasando? —la miré y volví a sentarme en el sofá. Y empecé a contarle todo. Todo desde que lo vi por primera vez, todo. Ella estaba pasmada y quedando cada vez más con los ojos abiertos a la medida que iba avanzando en los acontecimientos. Los cuales yo no me corté en explicar todos, con detalles. Incluso los más escabrosos.

—¡Me cago en todo lo que menea! Esperaba cualquier cosa, menos esto. ¡Madre de Dios bendito! ¿Y vas a ir a la reunión con la pelirroja esa? ¿Estás loca?

—¿Qué quieres que haga? Que cuente todo a Joseph y le diga que voy a perder un negocio millonario, porque hice una mamada a un cliente —estaba siendo bárbara y admitirlo me dejaba muy avergonzada. Conmigo.

—No sé, Jane. Te entiendo. Lo que pasa es que algo no está bien, lo presiento. Ese hombre estaba a punto de tener un ataque. Me dijo que hiciera lo que fuera, pero que no te dejase ir. Me rogó que lo hiciera.

—Está muy loco, Martha. No voy a hacer nada de lo que él diga. Es un controlador y manipulador. Un mentiroso. Lo único que le preocupa es que le caiga la máscara. Voy a ir a la reunión y no será él que me impedirá. No manda en mi vida.

—Vale. Pero, por favor, ve en cuidado y llámame, luego que salgas de ahí. Si no vienes, voy a buscarte. Tengo un presentimiento de algo extraño. —A Martha le daba mucho estas cosas. Tenía presentimientos de cosas y siempre estaba con sus achaques y esoterismos. Decía que a veces podía sentir que algo iba a pasar, o que tenía sueños extraños en los que le hablaba gente muerta. No me gustaba hablar sobre eso con ella, porque no lidiaba bien con la muerte. No, en ese concepto trascendental.

Cuando era la hora, me despedí de ella, prometiéndole que la llamaría luego que pudiera.

Y cuando por fin, salí de casa, empecé a conducir para mi destino.

## Capítulo 16

Confieso que volver a aquel sitio me daba escalofríos. Una casa como aquella imponía. Y por dentro, aún más. Aparqué el coche. Decidí encender el móvil. Un ataque de llamadas no contestadas y mensajes entraron de rampante. Vi las llamadas. Ahora tenía más de veinte. ¡Joder! Estaba loco. Eran casi todas de Kyril. Algunas de Martha y otro contacto que no conocía el número. Pero no parecía ser nacional. Llamaría después. Resolví abrir un mensaje.

“Jane, por favor, cógeme el teléfono, te ruego. No puedes ir a esa reunión. Me tienes que escuchar, te suplico.”

¡Ostras! Quería tirar el teléfono contra el suelo y romperlo en pedazos, solo para no leer más mierda de él. Que insistente. Se estaba montando un drama de la nada y además, empezaba a quedar muy irritada con el hecho de que tuviese algún problema en que me encontrase con su mujer, como si yo fuera a contar algo. Un punto para la confianza que me tenía. Gilipollas. La curiosidad me pudo y abrí el siguiente mensaje.

“Amor... Jane... por favor... déjame hablar, por favor escúchame, te prometo contar todo, pero cógeme el teléfono. Me va a dar algo si no llego a tiempo. No salgas de casa, te explico todo después. Por favor, hazme caso. Llámame.”

¿Amor? Ahora sí, su descaró fue la gota que colmó el vaso. Metí en móvil en el bolso y salí del coche.

Cuando iba a tocar en la puerta, se abrió. Como la última vez. Solo que, a la diferencia, Alfred surgió por detrás. Aquel hombre me daba mala espina. Era raro. De nuevo, hizo su típico gesto para que entrase. Lo hice.

Se colocó muy recto delante de mí y habló.

—Veo que fue convocada para venir acá —creo que era la primera vez que lo escuchaba decir algo más que recados y silencio. No me hizo una pregunta, propiamente, sino que parecía más una afirmación. No sabía qué contestarle.

—¡Eh!... sí... tengo una reunión marcada con la señorita Scarlatt. ¿Podía avisarla de que he llegado, si es tan amable?

Él me miró muy serio. Y habló bajito. Muy bajito, tanto que solo yo podría escuchar, aunque no hubiese nada más allí.

—El señor de la mansión viene en camino —se habrá equivocado, querría decir, con certeza, la señora. No entendía era por qué me hablaba tan bajito.

—¡Gracias, Alfred! Siempre tan servicial. Puedes irte. Ahora me quedo yo al mando — Scarlatt bajaba por las escaleras, tan altiva y diva. Vestía un vestido de ceremonia, como si fuera a ir a la gala de los galardones del cine. Era una exagerada, pensé. El vestido negro contrastaba con su cabello color fuego. Alfred salió tan silencioso, como siempre, que me vi allí sola con ella, en la entrada de la casa.

Cuando estaba a un metro de proximidad, paró. Esbozó una de sus sonrisas tan cínicas. Y yo contesté con la misma expresión.

—Me alegro de que haya venido, señorita Jane. He preparado un té que me gustaría tomarlo con usted, mientras hablamos de nuestros negocios. Pase-mos a mi habitación favorita.

Hizo un gesto para seguirla y lo hice. ¿Su habitación favorita? No iba a llevar-me al cubil

donde follaba con Kyril, porque juro que daría media vuelta y saldría de allí. Pero no, tras pasar unos pasillos que ya me confundían nuevamente de orientación, entramos en una saleta que estaba muy bien decorada. Estaba solamente iluminada con la luz de las arañas que colgaban del techo. Porque todas las ventanas estaban cerradas. Aun así se veía muy acogedora. Era como una sala de lectura, porque había estanterías con libros, unos sillones orejones muy victorianos con pequeñas mesas camillas redondas. Una mesa de centro bajita albergaba un servicio de té que, podía ver, estaba recién he-cho, porque echaba humo de la tetera. Y el ambiente quedó aromatizado por una mezcla de hierbas y un aroma dulce que podía perfectamente ser canela o alguna especia.

Tomamos asiento las dos. Ella empezó a servir el té.

—¿Azúcar? —que educada estaba, parecía una reunión con la realeza británi-ca. No se quedaba muy lejos de la realidad, porque ella se daba aires de reina.

—Sí, por favor —abrió una cajita que contenía unos cubitos muy pequeños de azúcar. Cuando ella se detuvo para cogerlos, entendí que quería preguntar y me anticipé—, dos. —Ella colocó dos cubitos en mi té y ninguno en el suyo. Ya era una amargada misma, no le hacía falta el azúcar.

—Es usted una mujer dulce, Jane —dijo arrastrando las palabras. Ella podía pensar que yo era dulce, pero su melosidad era lo que me estaba incomodando a mí. Por mucho que me había jurado no entrar al trapo con sus formas de hablar, no pude dejar de darle alguno que otro bofetón con guante blanco.

—Puede ser. Nunca me lo han dicho. Gracias por el cumplido —ella sonrió y me entregó la taza con el platito. Lo cogí y volví a decirle—, por norma me suelen decir otras cosas más especiadas. —Vi como su semblante cambió lige-ramente. La había molestado. Olí el té—. Un poco como este té. ¿Es de espe-cias? Siento un ligero aroma de clavo de la india.

Lo dije aposta. Por qué en el clavo era lo que yo quería dar. A ver si se callaba de una vez con sus dotes de anfitriona e íbamos directas a lo que nos había traído allí. Fuera lo que fuera.

—Efectivamente, Jane. Es un té muy especial. Lleva una pizca de especias que trajo una buena amiga mía de uno de sus viajes. Pena que ya no esté en-tre nosotros —dijo apenándose sola. Le di mis pésames, aunque no me daba mucho la gana— morir es una cosa horrible. Yo misma no consigo acostum-brarme a la idea.

Otra que hablaba de cosas raras. Y luego iba a sacar aquel tema. Pues si es-peraba que nos hiciésemos amiguitas con eso, había empezado por el peor asunto.

—Es usted una persona muy joven, Scarlatt, no debe preocuparse con eso. Se ve con mucha vida —ella soltó una carcajada siniestra y me pegó un ligero sus-to. Después volvió a bajar el volumen para hablar. Iba de do a fa sostenido, en segundos.

—Que amable, Jane, pero temo que yo me vea de otra forma. No obstante, es siempre bueno estar en la presencia de una criatura tan joven como usted.

Yo seguía sorbiendo el té. Sí que estaba bueno. ¿Ella acababa de llamarme de criatura? Que atrevida.

—Bueno, pero antes de que me crezcan aquí raíces de vieja, como si suele decir —le di mi sonrisa más irónica—, ¿qué tal si hablamos de la casa?

No sé por qué motivo, pero empecé a sentir un cansancio extraño. Mis múscu-los estaban muy relajados. Sería del té que me estaba dando esa sensación de relajación. Mejor. Bien necesitaba, porque ya comenzaba a encenderme con su conversación que no guiaba a lado alguno.

—¿Y qué quiere usted saber de la casa, señorita Meyer? —ella me miraba in-teresada. ¿Estaría estúpida o me estaba vacilando?

—Scarlatt, fue usted que me llamó para esta reunión. Eso le pregunto yo, ¿qué puedo hacer por usted? —un mareo gigante me hizo posar el té y colocar la mano en la sien.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Jane? —joder con los cambios de nombre, que pesada era. Mi cabeza empezó a rodar ligeramente, dejándome un poco de dolor. Abrí y cerré los ojos varias veces, intentando mantenerme sobria. El estrese no me estaba haciendo nada bien. Intenté calmarme.

—Sí, sí, estoy bien, solo un poco mareada. Ya me pasa, no se preocupe. ¿De qué estábamos hablando?

—De nada en especial. Pero, ahora que me lo dice, hay algo del que me gustaría hablar con usted —la miré aunque la veía un poco borrosa. ¿Qué coño me pasaba?—, sobre Kyril.

Abrí los ojos más de lo que realmente conseguía. ¿Quería hablarme de Kyril? Muy bien, parece que la conversación iba a ir para donde no debería. Fuerza, zorra, está preparada, pensé.

—Kyril siempre fue un hombre muy apasionado. Tiene su genio, no voy a negarlo, pero es fogoso y eso me gusta en un hombre. Me gusta tanto que no consigo dejarlo.

La conversación ya me estaba dando asco de por sí. Ella era una hija de puta y sabía perfectamente el juego que estaba haciendo. Quería mandarme un aviso. Sabía lo que había pasado entre nosotros, o si no sabía, desconfiaba. Pero era una rata astuta. La cabeza no paraba de rodar y otro mareo me hizo ponerme muy reta. Empecé a tirar aire de la boca en pequeños suplididos.

—No sé que es que eso pueda tener que ver con el proceso de venta de la casa, señorita Scarlatt —me costaba articular las palabras. Parecía que estaba borracha.

—¡Oh! Pero sí lo tiene todo. Es que mientras yo esté aquí, nada va a vender mi casa. Kyril la construyó para mí. Pude escoger cada detalle y cada rincón de ella. Es muy especial para mí. No puedo dejar que él la venda a cualquiera. Y por eso, necesito que usted me ayude a que eso no pase.

Estaba loca, era una psicópata. ¿Qué estaba diciendo? Aquella casa era del siglo pasado, Kyril me había dicho que fue construida para ser un regalo. Y me estaba insinuando que era ella la que lo recibió. Que esta casa fue construida para sí. Sería metafórico, ya le gustaría a ella. Lo que sí veía con bastante claridad era que ella no quería la casa a la venta y por algún motivo, pensó que yo iba a ser su cómplice. Pero estaba muy engañada.

—Señorita Scarlatt —cada vez me costaba más pensar, cuanto más hablar—, creo que nuestra reunión está terminada. Yo no he venido aquí para eso. Si usted no quiere vender la casa dígaselo a su novio.

—Pero ahí es donde reside el problema. Él no me hace caso —de cierta forma me alegré de lo que dijo, era lo que se merecía—, y solo me ocurre conseguir que lo haga, quitándole algo que le interesa.

Ya casi no podía ver nada, motitas blancas surgían en mis ojos continuamente. Me levanté para intentar terminar con aquella tontería e irme, pero cuando lo hice sentí las piernas tan lleves, como gelatina. Llevé un rato a conseguir equi-librarme.

—Scarlatt, yo creo que es mejor terminamos la conversación por aquí. No puedo serle de mucha ayuda. No sé que es que le interesa a su novio. Y no creo que pueda ayudarla.

Empezó a reír nuevamente con aquella risa dionisiaca e iba a jurar que vi sus ojos cambiaren a negro intenso, como si no tuviese parte blanca. Me dio un poco de mal rollo y abrí y cerré los ojos para enfocar mejor. Pero cuando lo logré, ella me miraba con un rostro fantasmagórico y asustador. Su semblante era amenazador y daba miedo.

—Niña tonta, lo que le interesa a Kyril eres tú. Y yo no voy a poder dejar que consiga lo que quiere, ¿correcto?

¿Qué? Era una puta loca. Quise moverme para salir, pero todo empezó a rodar y acabé por

tambalearse y caer. Cuando lo hice, di con la cabeza en una de las baldas de la estantería. El dolor era insoportable. Yo estaba allí tumbada en el suelo y aquella víbora no hacía nada para ayudarme. Intenté levantarme, pero al hacerlo, un dolor trepidante pinchó mi cabeza. Coloqué una mano y cuando la miré, había sangre por todo el lado.

La miré y vi su mirada pirada.

—¿Qué coño me está pasando?

—Lo que tiene que pasar—fue el último que escuché de su voz, antes de perder los sentidos.

Cuando desperté, intenté abrir los ojos, pero el dolor que sentía en la cabeza y los pinchazos que me proporcionaba, no me dejaban casi abrirlos. De poco me sirvió, porque estaba tan oscuro que casi no se veía nada. Empecé a recordarme, poco a poco, de lo que había pasado. La loca, aquella, estaba muy pirada. Miré para ver se conseguía localizarme. ¿Dónde estaba? No reconocía el sitio. Parecía una habitación, vacía. Miré abajo al sentir una ligera presión en mis muñecas. ¡No me jodas! Estaba atada con unas esposas de hierro que estaban sujetas por una cadena de hierro, también. Terminaban en una pared que tenía detrás de mí y donde mi espalda estaba apoyada. Ahora entendía, estaba postrada en el suelo y atada como un animal salvaje. Iba a matar a aquella psico. Miré alrededor, casi no podía percibir nada, porque las pocas luces que había venían debajo de la puerta y toda la estancia estaba en la oscuridad. Podía ver un poco del suelo y mi figura y poco más.

Intenté librarme de las esposas, pero era inútil. Lo único que conseguía era magullarme más aún. Al menos tenía las piernas sueltas. Y las cadenas eran largas para que pudiera moverme. A duras penas conseguí levantarme, pero el dolor en la cabeza, me hizo volver al suelo de rodillas. Tenía un traumatismo en el cráneo, seguro. Sentía la sangre aun escurrir por mi rostro y pasé la espalda de la mano por la sien. No quería tocar en la zona que tenía dolida más arriba, por si infectaba la herida o algo. Mi mano se quedó marcada de sangre. Si no llegase a un hospital prontamente, me iba a desangrar allí hasta la muerte.

¡Joder! La víbora esa quería matarme. Agucé mi oído para intentar escuchar alguna cosa, pero no había nada más que silencio. Imaginé que gritar no iba a ser de ayuda. Y no quería gastar energía con ello. Me podía servir para vivir un poco más. De la misma forma como las lágrimas que sentí saltaren de mis ojos, me las estaba controlando al máximo para no dejarme caer en pánico. Aunque temía que ya estaba en estado de choque.

Volví a recostarme en la pared. Pensé en como podía hacer para salir de allí. Pero nada se me ocurría. No sé cuánto tiempo pasó, pero sé que más tarde, volví a perder la consciencia. Estaba muy exhausta. Desperté, otra vez, con una luz en mis ojos.

Al abrirlos con dificultad, entendí que era de la puerta que se había abierto. Me re Coloqué para sentarme. Sí, la puerta estaba abierta, pero no había nada allí. Solo la luz del pasillo. Unos segundos después una sombra apareció en la puerta. Miré la imagen y la reconocí, lo que me brindó un valiente susto. Aho-gué un grito. Allí estaba aquella persona o cosa que vi en el día que me perdí en la mansión. Lo que parecía una persona vestida con una túnica negra y tenía el rostro tapado por el gorro que le cubría la cabeza y parte de la cara.

Me quedé muy quieta en la pared, temblando por todos los lados. Aquella persona no hablaba ni se movía, solo quedó allí. Pero noté que tenía algo en la mano. Entonces avanzó muy despacio y mi corazón parecía querer salir del pecho de tanta palpitación. La sombra se quedó a medio del cuarto, bajó el cuerpo e hizo rodar una botella por el suelo hasta tocarme en las piernas que tenía encogidas. Miré el objeto. Parecía ser una botella. Lo miré otra vez, pero ya no estaba allí nada. Y la puerta seguía abierta. Mis ojos intentaban buscar en la oscuridad algo, pero no parecía estar allí nada. No podía ver si había desaparecido dentro o fuera de la habitación y me estaba asfixiando

del miedo. Entonces vi su mano en la puerta, por fuera y me encerró otra vez. Al menos sabía que estaba fuera.

Cogí la botella. ¿Qué sería? ¿Veneno? ¿Más del té especial? No pensaba beber. Olí. No olía a nada. Sería agua. Pero ¿por qué me daba agua? Si quería matarme, no hacía falta darme de beber. Cerré otra vez la botella y la dejé allí. Cerré los ojos y cuando los volví a abrir, un pensamiento surgió en mi cabeza. No, no quería matarme. Quería torturarme. Hacerme sufrir. Castigarme. Tenía que ser eso. ¿Y después? ¿Me mataría?

Nadie sabía dónde estaba. Bueno, Kyril sabía, Martha y Jo. Pensé en ellos. Que alguien me quitase de allí. Pero ¿dónde era allí? ¡Maldita sea! Tantas cuestiones y no tenía respuesta para ninguna.

Me encogí, levanto las rodillas al pecho y me abracé. Por mucha energía que quisiera ahorrar, en ese momento lo único que quería era llorar hasta deshidratarme por completo. Pensé en mi familia. Si aquello era lo que se sentía cuando la muerte estaba a punto de llevarte, solo rezaba para que mis padres, donde quiera que estuviesen, me llevasen pronto para su lado. La idea me trajo algún confort y cerré los ojos.

## Capítulo 17

Nuevamente despertaba en la oscuridad. No, no había sido una pesadilla. Estaba en el mismo sitio de antes. Y eso me dejó desesperada. No sé cuánto tiempo había pasado, pero sentía mucha sed y hambre. Estaba magullada y me dolía todo. Mis piernas desnudas por bajo de la falda estaban heladas de tocar el suelo de cemento y aunque el ambiente era más cálido de que frío, el contacto con la piedra me estaba dejando helada.

Escuché voces. Me incorporé un poco, para sentarme, pero me dolían todos los músculos del cuerpo. Es como si, antes, hubiese estado anestesiada y, ahora todo el dolor despertaba junto a mí. Seguí escuchando voces a lo lejos. Intenté concentrarme para oír mejor. Estuve así un rato hasta que noté que los sonidos venían de dos personas que estaban discutiendo, o eso parecía. No podía distinguir las palabras del murmullo ajetreado, pero sí que eran dos personas discutiendo.

Poco a poco, las voces se acercaron más y más, y ahora era muy nítido y claro el sonido. Mi corazón empezó a latir muy fuerte cuando escuché la voz de Kyril. Quería gritar, pero las lágrimas me impedían hacerlo, porque donde debería salir gritos, salían sollozos. Kyril estaba discutiendo con la víbora de Scarlatt, podía escuchar lo que decían.

—Dime dónde está o romperé todas las puertas de tu puta mazmorra.

Junto con las palabras oía golpes estruendosos en puertas y paredes. Como si estuviera tirando abajo el complejo.

—Es una bruja, no lo ves, nos quiere separar... —Scarlatt se lamentaba llorosa. Sentí otra vez la rabia. Mentirosa, zorra.

—Te voy a pedirlo una vez más. Ahórrame reventarme todo esto, porque la voy a encontrar, por eso dime de una puta vez: ¿dónde está?

Ella emitió una risa siniestra. Era muy loca, un minuto se hacía de víctima, otro de demonio. Era lo que era, un demonio. Y yo solo quería que Kyril me encontrase y salir de allí.

—¿Sabes qué? Te dejo en tu odisea. Ya tendrás suerte si la encuentras con vida. Y si lo logras, lo haré una y otra vez. Te he avisado.

Escuché otra puerta cayendo, más cerca, pero las voces pararon. El suelo temblaba.

Puse las manos en la cabeza para tapar el ruido intenso que me estaba reventando el cerebro. Pasado unos momentos, escuché un golpe muy fuerte en la puerta y cuando volví a oír otro ruido, una luz intensa entró por ella. Alguien la habida tirado al suelo y casi no podía ver por la luz en los ojos. Una sombra se acercó. Puse las manos en la cara para protegerme. Tenía miedo. Y fue cuando escuché su voz.

—Jane... mírame. Soy yo, Kyril. Mírame —me cogió los brazos con las manos y yo miré hace arriba para verlo allí agachado delante de mí. Me ha encontrado. Esbocé una sonrisa. Estaba tan débil. No conseguía hablar. Solo gemía de dolor y sollozaba—si ya no estuviera muerta, la mataría mil veces.

Escuchaba sus palabras con dificultad, pero no conseguía entender mucho de lo que decía.

—Voy a quitarte de aquí, tranquila, estoy aquí.

Me calmé con lo que me decía. Con un par de golpes logró soltarme de las esposas. Tendría alguna herramienta muy fuerte, porque no era fácil quitárselas. Me cogió en brazos y me llevó con

él. ¿Para dónde?, no lo sé, porque perdí la consciencia por la enésima vez.

Abrí los ojos, de esta vez, lo pude hacer con más facilidad, no sentía dolor. Me moví un poco y sentí unas sábanas debajo del cuerpo. Estaría en una cama, por fin. Me incorporé hasta quedar sentada. Sí, estaba en una cama de dosel, enorme, acostada en unas sábanas de satén rojo. Miré alrededor de la grande instancia. Cerca de la cama había un sillón y sentado estaba Kyril, inclinado con la cabeza apoyada entre las manos.

Puse una mano en mi cabeza y sentí un curativo de gaza en la cabeza; gemí.

De inmediato él levantó la cabeza y me miró. Saltó de donde estaba y se acercó bastante a mí, sentándose en la cama.

—Por fin, te has despertado. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo? ¿Tienes sed? Dime algo —hablaba atropellado.

—Si me dejas responder, puedo empezar por la primera —esboqué una sonrisa y él se tranquilizó. Pude ver como volvía a controlar la respiración. Se veía nervioso—, me encuentro bien, creo. No me duele nada, lo que me resulta raro. No tengo sed. Pero antes tenía mucha. Ahora no. Y, no creo que tenga mucho para decir. No sé qué decir.

Todo esto lo hablé de espacio y él escuchó atentamente. No sabía, en realidad, que decirle. ¿Qué podía decirle después de que su novia me hubiera intentado asesinar? Poco.

—Jane... —su voz era muy ronca y me agradó oírlo—no puedes ni imaginar lo que he sentido cuándo... —bajó la cabeza y empezó a respirar agitado. Me dio pena y sentí las lágrimas caer por mi rostro. Él subió la mirada, otra vez—, no... no... no llores, por favor. No me gusta verte así, mi amor.

Al escuchar su última palabra, no pude controlarme más y empecé a llorar copiosamente. Él se acercó más y me abrazó, entrelazó los dedos en mi cabello y me acariciaba la cabeza. Se sentía bien. Posé mi rostro en el hueco entre su cuello y el hombro. Olía tan bien.

—No voy a perderte, te prometo. —No sé por qué me decía aquellas cosas; en un momento era el hombre más arrogante del mundo, en el otro era la persona más cariñosa y atractiva.

Sus dedos seguían tocándome, dejando caricias suaves en mi cuello, me pasaba los dedos por el cabello, provocándome escalofríos buenos y cuando acercó la boca a mi oído y sentí su aliento caliente, mi cuerpo empezó a temblar. No podía creer que, después de todo lo que había pasado, estaba excitada con su toque.

—En mis casi 300 años nunca tuve tanto miedo como hoy... pensé que te había perdido. Todo por mi culpa —su voz en mis oídos, tan sufrida, ronca y masculina erizó todos los poros de mi cuerpo. Estaba desconcertada. ¿Había dicho 300 años? Tenía unas metáforas raras para hablar.

—Hablas de forma extraña a veces —le dije. Él volvió a mirarme muy cerquita de mi rostro. Sus ojos volvían a ser del azul de siempre. Oscuros y con la mirada felina, estrecha y sensual.

—Jane, sé que ahora no es el momento y estás muy dañada, pero cuando te encuentres mejor, tenemos que hablar.

—Yo estoy bien, dime, ¿de qué quieres hablar? Yo también tengo algunas cosas que preguntarte —curiosamente estaba mejor de lo que creía, teniendo en cuenta que estuve a punto de marchar de este mundo bajo las manos de una loca asesina.

—Imagino que, en este momento, tu cabeza se esté preguntando mucha cosa y es normal. Por ese motivo, quiero explicarte todo y contarte algunas cosas. Quería haber evitado esto, pero tampoco esperaba que las cosas entre nosotros sucediesen de la forma como han hecho.

—¿Las cosas entre nosotros? —“Elucidame Kyril”. ¿Seré la única que no sabe lo que se está pasando entre nosotros? De hecho, en este momento, no sé nada de lo que está pasando en general. Solo sé que estoy muy confusa.



Él colocó la mano en mi rostro y acercó los labios a los míos, me dio un beso muy lleve y se apartó muy poquito.

—Cuando te vi por primera vez, pensé que eras un sueño. Pensé que era mi cabeza, a imaginar cosas, de hecho, pensé que fuera alguno de los trucos de... —paró y miró hace abajo. Dio un suspiro largo y volvió a mirarme—, el caso es que, no podía dejar de pensar en ti, de mirarte. Me obsesioné hasta tal punto que te he vigilado muchas veces. —paró de hablar como esperando mi reacción.

—¿Qué quieres decir con estar vigilándome, Kyril? —erguí una ceja. La conversación llevaba ya un rumbo muy extraño. Como todo lo que parecía suceder en mi vida.

—He estado en tu casa, he estado en muchos lugares donde has estado, mirándote —soltó.

—No, espera —me aparté un poco de él—, eso no es posible. Si me hubieras perseguido, me hubiera dado cuenta. Y si te refieres al día que fuiste a mi casa por la noche, eso sí que fue un poco pirado.

—Jane... déjame terminar, quizás sea más fácil —me dijo con calma y me cogió las manos en las suyas. Me las acariciaba—, como te estaba diciendo, desde que te vi que empecé a sentir cosas que no sentía hace mucho, mucho tiempo. Cosas que, ahora pienso y no he sentido nunca. Hay algo en ti distinto. Eres como un imán, que me atrae. Tu olor —cerró los ojos y tragó con dificultad y al volver a abrirlos sus ojos volvían a cambiar de color para un tono casi negro—, tu piel, tu belleza, tu forma de ser, todo en ti me atrae, me deja loco.

Abrí los ojos como platos. Si aquello era una declaración de amor o de alguien que está interesado en mí, era mucho más de lo que podría imaginar alguna vez escuchar. Me dejaba halagada y a la vez nerviosa. Si lo que decía era verdad, no era la única que sentía cosas. Lo que pasa es que yo no sabía cómo gestionarlas. O donde eso nos llevaría y me daba miedo.

—Yo también siento una atracción por ti muy intensa, si quieres saberlo —fue lo único que supe decir, aunque no sé si era solamente atracción.

—Lo sé. Puedo entender como tu cuerpo reacciona conmigo, aunque me da miedo que tus sentimientos sean distintos de los míos. Por otro lado, me da miedo que siquiera fuesen iguales. Estoy perdiendo el control y eso nunca me ha pasado.

—Ni siempre perder el control es malo —sonreí.

—En mi caso es. Bastante. Cuando pierdo el control cosas pasan, como lo que pasó hoy.

—No ha sido tu culpa, ha sido culpa de la loca de tu... —sentí una punzada en el corazón al recordarme de Scarlatt. Ese pequeño problema que era su novia. El pequeño problema que casi me quita la vida. Esto era una locura.

—Nunca pensé que ella llegase a este punto. La he visto hacer cosas muy locas, pero esto es demasiado.

—¿Demasiado? Kyril, tu novia casi me mata —empecé a quedar nerviosa, recordándome de todo lo que pasé. Ese era el problema, él se había encaprichado conmigo y ahora su novia o mujer o lo que fuera no estaba contenta con eso y, además, estaba demente.

—Scarlatt no es mi novia.

—¿No? Creo que me estás mintiendo, porque ella me lo dijo con bastante claridad que sí. Encima sabe de lo nuestro. Sabe que hemos estado juntos. Y ya ves que está loca. Casi me mata por celos. No tengo estómago para esta mierda, Kyril.

Él se quedó muy serio. Especialmente porque a esta altura, había quitado mis manos de las suyas y ahora me apartaba de él, nerviosa. Pude entender que eso no le agradó, pero ¿Qué quería? Que siguiera allí escuchando sus declaraciones apasionadas, mientras su sea lo que sea andaba suelta por allí, atentando contra mi vida. No. Mi vida ya era problemática. No quería más mierda.

—Scarlatt fue mi novia, hace más de un siglo. Pero está muerta. Scarlatt está muerta.

Y daba con las metáforas.

—Ya Kyril, para ti puede parecer que fue hace mucho tiempo y que la tengas muerta y enterrada en tu vida, pero por los vistos para ella no es así. Y eso es lo que realmente me coloca en mala posición.

—Jane, no has entendido. Necesito que me escuches y que me prometas que vas a intentar tener la mente abierta.

—Joder, Kyril, ¿Mente abierta? No soy una retrógrada, yo puedo entender mucha cosa, solo no me pidas para entender triángulos amorosos, porque ya tuve mi dosis en la vida y te digo que no voy a aceptarlo.

Él irguió una ceja cuando mencioné los triángulos. Él no sabía nada de mí. Y yo tampoco quería que supiera.

—Ya me contaras eso —iba a ser que no—, pero lo que yo te estoy pidiendo es otra cosa más compleja. Lo que voy a contarte es mucho más de lo que tú puedas conseguir abarcar. Pero necesito que me escuches y que no me tengas miedo. Yo nunca te haría daño. Eres demasiado importante para mí para eso.

Ahora sí, me estaba dando un escalofrío y un poco de aprensión con sus palabras. Pero estaba dispuesta a darle una oportunidad. Después de todo lo que había pasado, quería respuestas. Algo que me hiciese entender toda aquella locura.

—Quizás sea mejor empezar por el principio —tragó en seco y se levantó de la cama. Empezó a circular. Al rato se quedó de pie delante la cama pero de frente para mí. Allí de pie, imponía bastante. Su figura era intimidante y un poco asustadora—, mi nombre es Kyril Vladímir Akos Petrakis IV —vale, era alguien con nombre de realeza, hasta ahí podía entender y no me sorprendía. Casi podía entender mucha cosa—, vengo de una generación muy antigua de una especie distinta. Nací en el siglo XVIII, más concretamente en 1735. Y fallecí en el año 1770, de tifus exantemático.

A esta altura mi boca estaba abierta hasta el suelo. Estaba rodeada de gente loca. Esto no me estaba pasando. ¿Qué cuento me estaba contando?

—Kyril, tú sabes que soy una persona medianamente inteligente. Por favor, no me hagas esto. Vosotros no estáis bien. Yo no consigo pasar por esto otra vez —me levanté de la cama con ímpetu de salir e irme de una vez de toda aquella locura. Me dolía todo, pero logré levantarme. Solo que, cuando me coloqué de pie, empecé a tambalear. Iba a cogerme de la cama otra vez, cuando Kyril me cogió la cintura, sujetándome.

—No te muevas, por favor. Has perdido mucha sangre, tienes un traumatismo craneal, tienes que estar quieta y descansar. Creo que es mejor que descanses.

—No quiero descansar, quiero irme. No quiero escuchar tus sandeces, me has dicho para confiar en ti y, no obstante, me estás contando una cosa completamente surreal. ¿Qué pretendes con todo esto? —estaba furiosa.

—Que me escuches. Eso pretendo. Que sigas confiando en mí y me escuches, solo eso —me volvió a acostar en la cama y se sentó en ella. Siguió hablando cuando le dije que continuase—. Tengo 285 años, de los cuales 35 estuve vivo. He estado muerto, digámoslo así durante 250 años. Cuando fallecí, porque llevo sangre y los genes de mi ancestral familia, no morí exactamente, quiero decir, sí, pero me transformé en algo más.

—En gilipollas... imagino —ya solo me quedaba bromear con toda aquella locura. Ahora me decía que tenía casi 300 años, que estaba muerto y solo faltaba que me dijera... ¡Madre mía! No, me rehúso a ser tan estúpida, no creo en estas cosas. Él sonrió con mi comentario. Encima le hacía

gracia. ¡Podiera! Tendría que ser entretenido hacerme de estúpida.

—No dejas de tener razón, pero no es solo eso.

—Me alegro de que al menos lo asumas—él hizo una mueca de dolor fingido—. Entonces, ¿qué? Vas a decirme que eres un fantasma y que tu casa está realmente maldita. Deja que te diga que para ser un fantasma, me has hecho sentir en el cielo. Lo que no sé dónde eso me deja a mí.

Podía ver su expresión divertida con mis palabras.

—Jane, ese tu genio, no sé si amarte si quedarme loco —ya somos dos, pensé—, no soy un fantasma, pero es cierto: mi casa está maldita. Y hay muchos vagueando por aquí. Incluyendo Scarlatt.

Ya no conseguía hacer bromas. No había forma, él iba a seguir contándome una historia de terror, como si fuera una película. Aunque no era nada tan insano, ya que lo que yo había pasado, había dejado Tarantino interesado en mí.

—Muy bien, si no eres un fantasma, ¿qué coño eres?

—Un vampiro.

Y así sin más, soltó aquella fantasía. Un vampiro. Me quedé mirándolo en los ojos, incrédula. Mi cabeza daba vueltas como una noria y empezaba a sentir algo de dolor.

—Kyril, mi cabeza está volviendo a doler y por desgracia yo no soy, como decía tu querida novia o amante o lo que sea, una bruja mágica que pueda curarme así como así. Por ese motivo, te pido que me dejes sola. Así que pueda, me iré a casa. Y no quiero verte más.

Él miró mi rostro con una expresión que no supe descifrar bien. Como si me pidiese en silencio que lo entendiese, pero yo no era capaz. Sin decir palabra, salió de la habitación, como le pedí. Yo recosté mi cuerpo mejor y cerré los ojos. Y volví a dormirme en poco tiempo con sus palabras en el pensamiento.

## Capítulo 18

Cuando desperté no estaba en la misma cama. Estaba en la mía. Miré alrededor confusa. Abrí y cerré los ojos con fuerza. ¿Qué coño me estaba pasando? Pero si ni hace nada estaba en el cuarto de Kyril, en su casa. ¿Cómo había llegado yo allí? La recurrencia de estos episodios, me hicieron pensar en ir al médico. Ya no conseguía distinguir realidad de la imaginación o de las pesadillas.

No, lo que yo había vivido en aquella casa fue real. Lo sé. Coloqué la mano en la cabeza y seguía teniendo el tratamiento allí, así que no era irreal. Scarlatt me había intentado matar y Kyril me dijo que era un vampiro.

Aun en confusión mental, conseguí colocarme de pie. Fui, muy despacio hasta mi bolso que estaba encima del tocador. Abrí y saqué el móvil. Tenía varios mensajes y llamadas. Miré las horas, eran las nueve de la noche. ¡Madre mía! Era tarde, pero aun así pensé que me había parecido tanto tiempo el que estuve allí, en aquel lugar, que al final habían sido solamente unas horas.

Mi móvil sonó en ese exacto momento y vi que era Martha. Atendí.

—Hola, Martha.

—¡Gracias a Dios! Por fin, consigo hablarte. ¿Cómo estás? ¿Aun estás muy mal? ¿Cuándo puedo verte? Estamos todos muy preocupados por ti —me hablaba muy rápido. ¿Cómo sabía que estaba mal? Estaba confusa.

—Martha, ¿cómo sabes lo que me ha pasado? —pregunté con curiosidad, nada de aquello hacía mucho sentido.

—Jane, ¿cómo no? Kyril llamó a avisarme —bien, que caballeroso, pensé con ironía —, de tu accidente.

—¿Accidente? ¿De qué estás hablando, Martha?

—¡Joder, Jane! Sí que has dado fuerte con la cabeza. Kyril me contó que en el día de la visita has tenido un accidente en las escaleras de su casa. Que habías caído por los escalones de mármol haciéndote un buen golpe en la cabeza. Y lo demás, ya sabes tú. Cuando me llamó del hospital me dijo para avisar en la oficina que tendrías que quedar unos días de reposo y que él se encargaría de todo.

Definitivamente, había entrado en otra dimensión. ¿Pero estaban todos locos? ¿Accidente? ¿Hospital? ¿Días? ¿Qué especie de broma era aquella? Una de muy mal gusto.

—Martha, has dicho días... ¿qué día es hoy? —me pareció más rápido preguntarle qué mirar el calendario del móvil.

—Pues el martes.

—El martes... espera... ¿me estás diciendo que estoy inconsciente desde el viernes? ¿Hace casi 4 días? —no me lo podía creer.

—Sí, ¿no te acuerdas? Cuando llamé a Kyril el domingo me dijo que aún no habías salido del coma que te indujeran. Estuve tan preocupada, sin poder verte, sin nada. Apenas he podido dormir.

—Martha, por favor, vente ahora a mí casa. Tenemos que hablar. Hay algo aquí muy extraño.

—Para allá voy.

Colgué y me quedé mirando la pantalla del móvil, con la hora y la fecha que no me había dado cuenta. ¡Joder! Estuve tres días inconsciente, a saber Dios cómo. Necesitaba hablar con Martha, tenía que contar aquello a alguien, no podía más. Había estado con personas peligrosas y empezaba a tener miedo.

Cuando Martha llegó la abracé por tanto tiempo que no creo que alguna vez me haya alegrado tanto de ver un rostro familiar. No pude contener las lágrimas que la emoción y todo el cúmulo de cosas que me habían pasado, pesaba en el pecho.

Martha también estaba emocionada. Era muy buena amiga. Siempre iba a mil, pero tenía confianza con ella y sabía que nunca me defraudaría.

Cuando nos sentamos le conté todo lo que había pasado, sin dejar nada al acaso. Ella estaba atónita, nunca vi una persona tan asustada en la vida. Y eso que Martha era una mujer con agallas y tenía una personalidad fuerte. Está claro que lo que yo había pasado no era algo ligero que se pudiese entender de forma liviana.

—¿Has dicho vampiro? —preguntó Martha otra vez. Seguía en estado de choque.

—Sí amiga, he dicho vampiro. Si hubiese dicho príncipe azul, quizás creía más.

—Yo sí que lo creo —soltó Martha, seria. Empecé a reírme.

—¿En serio, Martha? ¿Tú también? Pensé que al menos mi amiga no iba a seguir este juego loco.

—Ya —y ya está. No dije nada más. Pero yo la conocía y si había cosa que Martha no era, era muda. Hablaba por los codos, incluso sin pedir permiso. Así que algo extraño pasaba allí.

—Martha, por favor, ahora te hablo en serio. No sé qué está pasando, ni en qué creer, pero por favor, necesito que me ayudes a razonar todo esto o creo que voy a volverme loca.

—Vale, pero necesito que me escuches y que tengas la mente abierta —¡Hostias! Otra con el tema de la mente abierta, pero ¿qué estaba pasando con las personas? Desisto—, sé que es difícil para ti creer en ciertas cosas y siempre me has pedido para no hablarte de ese tipo de asuntos, pero hay mucha cosa que, quizás, no sea exactamente como nosotras pensamos.

—Martha, ¿qué quieres decir con eso? ¿Qué hay vampiros, fantasmas, casas malditas y qué más? Bien, porque si es eso, creo que me parece mejor que imaginar que pasé el fin de semana en manos de dos psicópatas. En este momento, prefiero la fantasía. Mi vida ya es muy cruelmente real.

Martha se levantó del sofá.

—Mira, voy a hacer un té y hablamos.

—No quiero té. Ya he tenido el suficiente de té por una vida. Creo que no voy a ser capaz de tomar té jamás en mi vida, después del sucedido —me levanté y fue con ella hasta la cocina. Saqué dos vasos de cristal y una botella de vino.

—Jane, no deberías beber, acabas de sufrir una contusión cerebral. No sé qué medicamento está tomando, no me parece que sea adecuado.

—Martha, por favor, deja de darme consejos médicos, te lo pido, por favor. Te agradezco, pero hoy, no me importa nada de eso. Casi fui asesinada por una criatura loca, que al parecer es un fantasma. El hombre al que estuve chupando la polla la semana pasada dice que es un chupasangre. Y mi amiga dice que tenga la mente abierta. ¿De verdad que vas a decirme para no beber? Si después de todo esto, sigo viva, una copa de vino no me va a matar.

Martha no dijo nada más, solo se limitó a hacer una mueca de espanto y abrir los ojos. Había entendido el recado.

Ya sentadas en la isla de la cocina con nuestras copas de vino, le pido que me explicase sus

teorías.

—Bueno, ya te he contado y tú sabes que, a veces, tengo presentimientos. Es decir, sueño con cosas que resultan que más tarde pasan y también he visto algunas cosas extrañas —bajó la mirada. Creo que para ella también estaba siendo difícil explicar aquello sin ser juzgada de loca, así que relajé e intenté darle el beneficio de la duda—; hace algún tiempo atrás, esto estaba sucediendo con tanta frecuencia, que decidí consultar un especialista.

—¿Qué tipo de especialista? ¿Un neurólogo?

—No, Jane. Un chamán.

—Martha, ¿me estás diciendo que fuiste a una consulta con un estafador? En busca de respuesta... ¿en serio? No me lo creo —no podía imaginar mi amiga, tan inteligente a ir a visitar ese tipo de personas que solo sabían que engañar personas.

—Jane, no es un chamán cualquiera de pacotilla. Este hombre me fue recomendado por mi tía. Dicen que es de los mejores médiums que hay. Sus capacidades espirituales y curativas son muy especiales.

—¿Tu tía Abby te lo ha dicho? Ahora sí que me dejas a cuadros —Martha solo tenía una tía con la cual era más cercana, la hermana de su madre. Era joven y una mujer muy culta y con una formación excepcional. Había viajado mucho y era consultora de arte. La había conocido y nunca imaginaria que fuera alguien capaz de creer en aquellas cosas.

—Resulta que mi tía Abby es una bruja.

Empecé a reír. No pude contenerme. Cuanto más intentaba parar, al ver la cara de Martha sería, como diciendo: ¿en serio?, más risa me daba. Entre sollozos le pude hablar otra vez.

—Perdóname Martha, pero vaya manera de tratar tu tía. Yo que pensaba que hasta te gustaba. Se veía como una madre para ti.

—Que graciosa, Jane —ella hizo una mueca irónica y paré de reír, aunque seguía con la sonrisa—te estoy hablando en serio. Mi tía es bruja. De verdad, de las que hacen nigromancia. De hechizaría. De todo eso. Y sí, créeme que cuando me lo dijo, no tuve la misma actitud que tú, fue bien peor.

Ahora me quedaba seria. Podía imaginar. ¡Qué fuerte era todo esto! Ahora ya estábamos en el plan de brujas. De verdad, esto se estaba poniendo, vamos, una fantasía total.

—Total, lo que iba a contarte. Cuando fui a ver el tal señor ese, me dijo que yo tenía un don. Que podía ver, hablar y contactar con ciertas entidades y seres. Confieso que al principio no le hice caso. Me pareció, como tú misma has dicho, cosa de estafador. Pero cuando conté a mi tía, en plan de “mírame lo que me dijeron”, fue cuando ella me contó lo suyo. Y me dijo que en nuestra familia algunas mujeres nacían con dones y capacidades. Me contó de algunas personas ancestrales de nuestra genética que tenían distintos poderes. Y me dijo que era muy probable que yo estuviera empezando a tener ese tipo de poder. Solo que llevaría tiempo hasta que pudiera saber al cierto para que pudiera ser útil. Y que al mejor, si lo anulase de mi forma de ser, podría hasta lograr nunca ser capaz de hacer nada con él. Así que después de ese día y de lo que me contó, intenté apartarme lo más posible de hacer caso a esas cosas.

—Supongamos que realmente tienes un don. ¿Qué tipo de seres son esos que ella te dijo que podrías contactar? —tenía real curiosidad.

—Pues eso era lo que te estaba diciendo, cuando me hablaste de Kyril y de la otra. Antes de apartarme de todo esto, pasé una fase obsesionada por encontrar respuestas y entender que me estaba pasando, así que leí muchas cosas, algunas que mi tía me dio y otras por mi cuenta. Existen muchos registros de personas que dicen con toda la vehemencia que se han cruzado con seres tales como vampiros, hombres-lobo, brujas, fantasmas, entre otros. Pero no, como un relato de rumores,

no. Hay mucha cosa sobre rituales, ataques, vida, etc. Así que, dado que no puedo entender bien el mío, no puedo negar, Jane, que pueda existir ese tipo de personas. Lo único que puedo decirte es que las personas que veo, en esos episodios, no están en el mismo mundo o universo que nosotros. No están ni en la misma dimensión. Y temo que no están ni vivas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque una vez vi una persona en un funeral, en el medio de todos, que era la misma que estaba en el ataúd.

Un silencio quedó suspenso en el aire con aquella frase. Todo mi cuerpo se quedó en escarpas del escalofrío que tuve y creo que Martha no estaba mejor, porque ahora era ella quien tragaba su copa de un solo golpe y volvía a llenarla.

Al rato, rompí el silencio.

—No sé qué hacer. Para ser sincera, no sé ni si quiero hacer lo que sea.

—Te entiendo. A mí me pasó lo mismo. Pero creo que es el momento de afrontar nuestros fantasmas —cuando soltó aquello, ambas nos miramos en sorpresa—, ¡vaya! Nunca mejor dicho. Como estaba diciendo, creo que tenemos que unir y encontrar una solución para esto.

—La única solución es dejar toda esta historia. Olvidar que todo esto ha pasado y seguir con nuestras vidas.

—Eso sería el ideal, pero déjame recordarte que tu cliente es un supuesto vampiro y que hay una mujer intentando matarte. ¿No te parece motivo suficiente para averiguar esta historia?

—Cuanto a Kyril, no voy a continuar a trabajar con él y su amiga, Scarlatt —decir su nombre me provocaba un pinchazo en la cabeza. ¡Qué horror!—, si se vuelve a acercar a mí, la denunciaré.

—Se ve que has tenido mucha oportunidad para hacerlo. La próxima vez, Jane, puede ser la última.

La quedé mirando. Era horrible lo que había dicho, pero cierto. Estaba siendo naif si creía que todo iba a desaparecer como golpe de magia. De súbito, una idea me surgió.

—Tengo una idea. —Martha me miró intrigada—. Kyril me dio alguna información, su nombre, su año de nacimiento, yo creo que podemos investigar alguna cosa, no sé, intentar indagar sobre todo esto.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? Y ¿qué pasa con Scarlatt?

—Intentaré que me dé más informaciones. Pero me mantendré apartada, de momento. Y esto se tiene que quedar entre nosotras. Nadie puede saber que lo estamos haciendo.

Martha asintió y fuimos organizando el esquema de por donde íbamos a empezar.

Esa noche me acosté más tranquila, pero a la vez más confusa que nunca. Mi mundo acababa de abrir la puerta para una fantasía muy distinta de mi realidad. Me costaba creer en todo aquello, pero a la vez, ninguna explicación racional podría explicar cosas que, ahora, mi cabeza empezaba a montar como un puzle.

Lo único es que no sabía qué hacer con Kyril. Si me apartase de él, dejaría de tener acceso a la información y por su vez a controlar los posibles movimientos de Scarlatt. Por otro lado, temía que dejarlo seguir en mi vida, fuese demasiado tentador para mi cabeza. Por algún motivo insensato, tal como él había descrito y no podía haber sido mejor descripción, me sentía atraída por él como un imán. Había una fuerza y un deseo sobrenatural que me hacía, cuando estaba cerca de él, incursionarme en su ser. Desearlo, quererlo de una forma casi deshumana. Lo que hasta hacía algún sentido, dentro de toda aquella locura. Nada entre nosotros era normal.

## Capítulo 19

Habían pasado dos días desde que volví a casa. Ni sombra de Kyril, menos aún de Scarlatt. Parecía que me habían dado una tregua y me dejaban en paz. Perfecto. Aun así, no podía dejar de levantarme y acostarme, todos los días, aterrorizada con la idea de volver a pasar lo que pasé. Por la noche, las pesadillas eran constantes y revivía mi cautiverio, una y otra vez. Cada vez, de forma más horrible e intensa. Sabía que, como todo el dolor, poco a poco, lograría olvidarme, pero ahora era todo muy fresco y solo quería que acabase rápido. Martha y yo aún no habíamos empezado las investigaciones a cien por ciento. O mejor, ella sí que quedó de hablar con su tía y ver si le podía asesorar con alguna información, sin dar a entender que fue que pasó. Iba a verla este fin de semana y a partir de allí, podíamos seguir nuestro plan y encontrar una estrategia de cuál sería el próximo paso a dar.

Estaba mucho mejor de la lesión. Ya había sacado los vendajes y una pequeña cicatriz curaba en mi cuero cabelludo. Eso que me llevaba de recuerdo, para que nunca dejase que creer que fue real.

Martha insistió en que saliésemos ese viernes. Me dijo que, desde que cenamos la otra noche, Byron no paraba de preguntar por mí. Que incluso la llamó durante el tiempo que ella me contó que yo estuve hospitalizada (mal podían imaginar que aquello estaba más para manicomio que para hospital). No tenía ganas ningunas de estar con nadie, pero tampoco quería estar sola. Seguía teniendo miedo de estar sola en casa. Después de que Kyril me contó que solía entrar en mi casa, sin que yo me diese cuenta, imaginé que cualquiera lo podía hacer. La semana siguiente iba a llamar a la empresa de seguridad y pedir para reforzar la alarma de la casa y pedir videovigilancia. Me quedaba más descansada.

Así que viernes llegó. De esta vez marcamos de ir a tomar algo a un bar de la moda y así charlábamos un poco, tranquilos. No quería ir muy llamativa. Hice unas ondas en el pelo, para dar un poco de volumen y disfrazar la zona de la cicatriz. Vestí una blusa negra con lunares blancos y un cuello Peter Pan blanco también. A combo llevaba unos pantalones negros ajustados de tela y unos tacones clásicos rojos. Estaba elegante y discreta, justo lo que quería.

Llegamos al bar sobre las diez de la noche y los chicos ya nos esperaban. Saludamos a todos y pude ver que Byron se quedó muy alegre de verme, porque me lanzó una sonrisa que casi tuve un orgasmo inmediato. Kyril era un hombre muy sensual y atractivo y me tenía loca, pero aquel hombre que tenía allí delante era muy erótico. Todo él irradiaba sexo y perversión. Era algo sobrenatural. Con ese pensamiento, me senté a su lado. Al menos, estaba delante de un hombre de verdad, un humano, alguien de carne y hueso. No una fantasía. Siendo que, estaba dispuesta a dejarme llevar por alguna fantasía con aquel hombre. A la vez, me sentía mal con mis pensamientos. Como si estuviera atraicionando a Kyril. ¡Qué tontería! Nosotros no éramos nada y además, él tenía sarna con que picarse y no era yo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Byron preocupado.

—Bien, es decir, mejor. Ya estoy mejor, ¡gracias por preguntar! —dije sonriendo. Los demás hablaban entre ellos y nosotros nos quedamos un poco aislados en nuestra conversación.

—Me has dejado preocupado —su tono verdadero me hizo sonrojar.



—No tenías por qué preocuparte conmigo, pero te agradezco —no nos conocíamos, pero me pareció muy querido de su parte, el detalle de pensar en mí.

—Espero que no hayas quedado traumatizada con el accidente —no entendí su observación, pero le contesté.

—Traumatizada no, solo más alerta. No creo que vuelva a pasar lo mismo. La próxima tendré más cuidado.

—Todo el cuidado es poco, en los tiempos que corren. Nunca se sabe lo que nos puede surgir en una carretera.

Me recordé del perro ese, con aspecto de lobo feroz y los ojos rojizos como la sangre, en el medio de la carretera y sentí un escalofrío. Pensé en lo que Martha dijo de hombres-lobo y seres extraños. Mi cabeza no paraba de sacarme imágenes raras, desde lo que pasó.

—Empiezo a creer que sí. Una persona nunca está a salvo.

—En eso tengo que discordar —esbozó una sonrisa que me dejó mirando su boca apetitosa. Me dejaba hipnotizada—, depende de quien se tenga por compañía. A mí lado, nunca nadie o nada te haría daño.

Me quedé más colorada que una salsa de tomate. A eso era lo que yo llamaba ser directo. Corté el asunto con otro tema y volvemos a charlar de todo un poco, cosas del trabajo, de la vida, etc. La conversación, estaba siendo agradable y cuanto más hablaba con él, más relajada me sentía. Hasta el punto de que empecé a divertirme y pasarlo bien.

La noche siguió animada. Habíamos bebido lo bastante y danzábamos y cantábamos al sonido de las músicas que pasaban. El bar tenía una pequeña pista de danza y nuestro grupo había invadido todo el espacio. Martha no paraba de mandarme indirectas con los ojos, por causa de Byron. Sé que estaba deseando hincarle el diente, pero me estaba dando el paso para que fuera yo la que lo hiciera. Porque él tampoco parecía tener ojos para nadie más, ya que estuvo toda la noche a menos de cinco centímetros de mí. Danzamos, reímos y aquel cuerpo vigoroso y musculoso me estaba dejando muy caliente.

Me sentía rara, había estado un año sin sexo, sin hombres, sin nada y vivía muy a gusto con eso. Sin problemas. Ahora, en poco tiempo, los hombres que conocía se me colaban con miradas muy intensas y sus intenciones eran bien perversas. No sé qué pasaba. Lo peor es que yo me sentía como una zorra, una caliente bragas, que me derretía con todo eso. Estaba muy necesitada y sola, eso era. Porque no entendía cómo era posible sentirme tan atraída por más que una persona a la vez. Y un deseo absurdo, primitivo, gutural. Como si fuese una gata en cielo. ¡Qué horror, pensé! Tenía que follar y quitarme esa tensión de encima. Era eso, una folla y me pasaría el encantamiento.

Cuando salimos del bar, era tarde. Había venido de taxi. Así que me despedía de todos para coger uno, cuando Byron me invitó a llevarme a casa.

—Mi moto está allí, tengo un casco extra. Puedo llevarte, si no te da miedo, claro.

—¿Miedo? ¿El qué? ¿Ir de moto o ir contigo? —pregunté coqueta y un poco alterada ya.

—Los dos, supongo —otra vez aquella sonrisa despiadada que me hacía perder la cordura.

—Lo siento, pero no suelo ir en coches o motos de personas alcoholizadas o que hayan bebido. Y tú tampoco deberías conducir.

—Creo que has estado poco atenta —dijo con la voz ronca y sensual—, yo no bebí alcohol, no bebo. Ha estado tomando tónica toda la noche. Me gusta el amargo —noté la insinuación en la voz. Me estaba provocando.

—Discúlpeme por el error, señor —dije en tono jocosos y él me ofreció otra sonrisa—, pensé que era usted de cosas más dulces.

No sé por qué ha dicho aquello, pero ya estaba. Creo que para él fue el suficiente, porque se acercó a mí a muy pocos centímetros, menos mal que los demás ya se habían ido, porque si no, no iba a quedar nada para la imaginación y el cotilleo.

—Mejor nos vamos, que la noche es larga y hay cosas que son cortas, como por ejemplo, las ganas que tengo en este momento —no me dejó ni quedar boquiabierta, porque me cogió de la mano y me guio para donde estaba su motorizada. Tenía una *superbike* gigante y hermosa. Toda negra. Me dio un casco y me ayudó a colocarlo. Aquello me pareció sumamente sensual. Después se colocó el suyo y montó la mota. ¡Dios! Estaba buenísimo. Se giró para tras y me dio la mano para ayudarme a subir a sus espaldas. Con la mano, me acercó el culo para que quedase pegada a él y me colocó las dos manos en su cintura.

—Haga lo que haga, no me sueltes. —Y arrancó. Podía estar descansado, no tenía intenciones de soltarlo.

Cuando llegamos a mi casa, me recordé que no le había dado mi dirección. ¿Pero sería que mi casa estaba en todos los tabloides? Qué toda la gente sabía cómo llegar a ella. Al mejor, había preguntado a Martha, sería eso.

Aparcó delante de mi puerta. Y bajamos. Quitamos los cascos.

—Bueno, hemos llegado, estás entregue —dijo, sin segundas intenciones. Estaba a ser muy caballero, pero podía ver en su mirada que eso pasaría a segundo plano en nada.

—Muchas gracias, fue muy agradable el viaje. Muy liberador —cuando dije esta palabra él se acercó para quedar casi colado a mí—, tenemos que repetir.

—Cuando quieras, a mí me encanta repetir —su voz era arrastrada y casi nos estábamos comiendo con la mirada en la acera de mi casa. Estaba una noche caliente y empezaba a sentir calor por todos los poros.

—¿Y empezar? —provoqué aún más. Él entendió el mensaje, porque me sujetó la cintura y a escasos milímetros de tocar mis labios con los suyos, una voz interrumpió nuestro apareamiento.

—Aléjate de ella, ahora —escuché a mis espaldas el tono agresivo y amenazador de Kyril. Casi muero de susto y di un brinco. Byron ni se movió. Esbozó una sonrisa de lado, como provocando. Me solté de sus brazos y miré hace atrás. Efectivamente: Kyril allí de pie, casi como la última vez, pero con un semblante muy peligroso y pirado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté abismada. Él ni me miró, Byron volvió a cogerme por la cintura para abrazarme a sí. La expresión de Kyril se quedó aún más agresiva y avanzó un paso adelante, amenazando avanzar más.

—Te voy a repetir una vez más, ya que has dicho que te gusta repetir cosas: o la sueltas ahora mismo o termino de hacer lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo.

¡Esperad un minuto! ¿Se conocían? Ahora es que no entendía nada más.

—Con franqueza, amigo Petrakis, pensé que tendrías más cordura delante de una dama, pero veo que sigues siendo el mismo malnacido de siempre —si Byron esperaba calmar la situación, no lo estaba logrando con aquellas provocaciones. Y yo no estaba gustando de ser el premio por disputar.

—Por favor, parad los dos, ahora —me solté de los brazos de Byron, que ni se inmutó. Seguía mirando a Kyril, sin perderlo de vista. Parecían dos animales en lucha por el territorio—, Byron creo que es mejor que me vaya. Hablamos otro día.

Por fin, él me miró y me dio una sonrisa muy tranquila.

—Como prefieras, princesa. No van a faltar oportunidades de continuar nuestra... —hizo una pausa y miró a Kyril desafiante—, conversación tan agradable.

Volvió a mirarme y avanzó para saludarme y me sentí aliviada por su sensatez. Pero cuando

pensé que iba a darme dos besos en las mejillas, coló su boca en la mía en un beso fuerte y cuyo sabor era solamente, el de dejar mis labios marcados con su presencia. No pasaron dos segundos, y se apartó de mí, pero no porque quiso, sino porque Kyril lo sujetaba de las solapas de la cazadora que traía y lo levantaba en el aire. ¡Dios mío! Iban a pelearse.

Byron seguía calmo y Kyril estaba poseído.

—¡Qué vergüenza!, Petrakis, delante de una señorita. No me digas que le vas a enseñar tu naturaleza tan encantadora —no entendía a que se refería, pero era como si él supiese algo de Kyril que no era bueno. Y esperaba que no fuera otro más dando alas a fantasías. De todas formas, no se estaba comportando bien. Por algún motivo idiota Kyril estaba teniendo un ataque de celos y Byron solo estaba alimentando aquella conducta de él.

—Te mato. Te mando para el infierno donde deberías estar. Como si te ocurra tocarle con un solo dedo y te mato, desgraciado —podía ver las venas saliendo del cuello de Kyril como si quisiesen saltar. Y lo soltó tirándolo con fuerza para el medio de la carretera. Kyril sacudió la ropa y tranquilamente, montó la moto, sin casco, sin nada y antes de partir dirigió la palabra a mí.

—Buenas noches, princesa mía. Y cuanto a ti —miró a Kyril—, lo nuestro no queda aquí; y ahora sí, puedes volver tú al infierno donde ya vives hace mucho tiempo.

El ruido de la motorizada en alta velocidad fue todo lo que quedó de la presencia de Byron esa noche. Puse una mano en la sien. ¿Sería posible que mi vida no tenía descanso? Cada paso que daba traía un acontecimiento nuevo. Aquello era demasiado para mí. Estaba harta. Empecé a andar hace a casa, ignorando por completo que Kyril aun seguía allí mirando la carretera.

## Capítulo 20

—¿Dónde crees que vas? —preguntó siguiéndome hasta la puerta.

—A mi casa, donde no pretendo invitarte. Así que puedes ir por el mismo sitio por donde viniste —solté en furia.

—¿Eso es todo lo que tienes para decirme? Creo que no —cuando abrí la puerta y apresuré mi entrada, él bloqueó la puerta con fuerza y entró también, cerrándola de un portazo.

—¿Qué ha sido eso? Es mi casa, no tienes el derecho de hacer eso —le chillaba, furiosa. Estaba irritada con él, por lo que acababa de hacer, por haber estropeado mi noche, por Byron, por todo.

Él empezó a caminar de un lado para el otro en la oscuridad de la casa. Me acerqué a una pequeña luminaria que tenía en la entrada para dar un poco de luz, casi no lo veía. Y fue cuando lo vi, dando vueltas, nervioso, pasando las manos por el pelo. Estaba loco y empezaba a darme miedo y pena a la vez.

—Por favor, distraeme.

—¿Qué? No entiendo lo que dices, Kyril. Pareces un loco.

—Que me distraías. Dime algo, cuéntame cómo fue tu día, algo.

—¿Estás de broma? Acabas de interrumpir mi velada, casi pegas a mi amigo y tras entrar sin permiso en mi casa, ¿me pides que te distraiga? ¿Estás bebido? —creo que en mi vida nunca había chillado tanto, ni con nadie, ni sola.

Él continuaba a circular como un animal perdido. Blasfemaba. Parecía en sufrimiento o que estaba a tener un ataque de agresividad. A algunas personas les pasaba eso. ¿Era eso lo que tenía?

Entonces, se acercó a mí y en un reflejo di un paso atrás. Él paró delante de mí, guardando distancia. Y fue ahí que pude ver su rostro. Tenía los ojos rojos, de esta vez, podía ver perfectamente. Sí, sus iris eran rojos y venas rojas salían de ellas. Apretaba la mandíbula con fuerza y los labios un en el otro. Bajó la cabeza para evitar el contacto conmigo.

—La única cosa que quiero beber ahora es la única que no puedo. Ayúdame a controlarme, por favor —estaba estupefacta. No sabía qué hacer.

—No sé qué hacer, te trago algo de beber, ¿agua?, ¿qué puedo hacer por ti? Dime, no sé qué hacer, Kyril —confusión y pena eran lo que me pasaba por la cabeza.

Él levantó la mirada. Se acercó. Sus ojos seguían rojos. Me colocó una mano en el rostro e inclinó mi cabeza un poco. Y fue cuando vi sus dientes. Entré en estado de choque. Lo vi perfectamente, no hacía falta pensar que estaba a soñar o loca. Kyril era un vampiro. Y no restaba dudas. Dentro de mí aterradora visión, conseguí, no sé cómo, actuar más rápido. Creo que mi fuerza de sobrevivencia habló más alto.

—Si piensas que vas a beber de mi sangre, estás engañado. Con la cantidad de Gin Tonic que he bebido te va a amargar hasta las amígdalas —no sé por qué dije tal estupidez, pero quería distraerlo, como me pidió. Ahora entendía por qué. Estaba haciendo un esfuerzo para controlarse. Yo casi solté un grito de alivio, cuando él esbozó una sonrisa y habló.

—¡Joder! Hasta en los momentos más críticos en que tu vida peligra, consigues sorprenderme —sus ojos estaban ahora menos rojos, lo que eso significaba, por lo que ya empezaba a entender,

se estaba calmando el ansia de chuparme la sangre.

—Eres un imbécil y te odio. No estoy preocupada con mi vida, porque acabas de fastidiarla a lo grande.

Él se apartó de mí. No pude dejar de resoplar aliviada. Él no se dio cuenta, porque empezó a quedar nervioso.

—Entonces ¿tú crees que yo soy el malo? —hablaba enojado otra vez. Pero notaba que más tranquilo de la sed. Eso era buena señal.

—No es que te hayas presentado propiamente como el bueno —quizás no fuera buena idea provocar un vampiro en una casa, donde solo estábamos los dos.

—Muy bien —ahora reía irónico. Mejor. Volvía el normal Kyril Petrakis. Arrogante y cínico —, al mejor aquel perro asqueroso es el bueno y yo el malo.

—Hasta tú aparecieses estaba siendo muy bueno. Y solo siento que no haya sido más —definitivamente, como se dice, por la boca muere el pez. Era mi caso. No había necesidad de tirar culpas a nadie. Yo solita me presentaba a la guillotina.

Él volvió a acercarse tan rápido que me desconcertó. Me cogió en brazos y a pesar de lo mucho que intenté soltarme, él subió las escaleras conmigo y entró en mi habitación. Me posó en el suelo delante de la cama. Me cogió por la cintura y con una mano me levantó la barbilla.

—Así era como él te tenía, ¿no? —preguntó con la voz suave, pero sentía perfectamente el peligro detrás de sus palabras.

—No voy a contestar tus juegos pervertidos.

—La perversión que yo pueda llegar a tener solo te hará gritar de placer, pero la perversión que ese animal estaba a punto de hacerte te hará gritar de dolor.

—¿Y cómo voy a saber? Si no me has dejado probar —me daba igual ya lo que pudiese hacer, ya no le tenía miedo. Mi miraba con los ojos muy alterados.

—Ni voy a dejar. Nunca. Si él te tocar con un dedo, lo mato.

—¿No te parece un poco salvaje tu comportamiento celoso? Para quien dice tener 300 años, me pareces un niño tonto.

—Resulta que en estos 300 años nadie me hizo lo que tú me haces. Es tu culpa.

—¿Mi culpa? —solté una carcajada. El chiste de la noche—, ¿y qué fue que yo te hice, se puede saber? Sí, dime, porque estoy curiosa.

—No te preocupes, no voy a salir de aquí hoy, sin matarte la curiosidad —tragué en seco cuando usó la expresión matar y él se dio cuenta—. Pero tranquila, te prometo que serás tú la que me pedirá que te mate, cuando terminar. Y si quieres saber qué fue lo que me hiciste, brujilla maldita, te haré saber con creces.

—¿Me has llamado de bruja? Parece que tu amante y tú se han puesto de acuerdo. Por cierto, ¿por qué no estás en su cama, en vez de haber venido a controlar quien duerme en la mía?

—Simple y te dejo esto bien claro, así que escucha bien: en mí cama solo duerme una persona: tú; y en tu cama solo estoy yo. Punto final.

Nuestras miradas podían encender llamas. Entonces, casi a la vez nos besamos. Sí, nos besamos, porque yo quise besarlo tanto como él a mí. La tensión entre nosotros era insoportable. Ambos estábamos padeciendo del deseo que teníamos uno por el otro. Sí, quería haber estado con Byron, para cubrir esa necesidad de contacto físico, de adrenalina, de tesón, pero con Kyril, era algo distinto. Algo que no conseguía explicar. No era solamente deseo, era algo más. Entre nosotros había una conexión extraña, como si fuéramos almas gemelas que necesitan fundirse una en la otra. Eso era: fundirse. Era lo que yo quería ahora mismo. Y no podía aguantar más. Daba igual si era vampiro, si quería matarme, lo que sentía por él era superior a cualquier cosa en la

tierra o fuera de ella.

No hice falta más ninguna señal, porque Kyril no me dejó más alternativa. Me quitó la blusa y los pantalones en menos de nada. Me quedé en ropa interior. Intenté abrirle la camisa que llevaba, pero él fue más ágil y la rompió, dejando su torso desnudo. Era muy bruto, pero su ansiedad me ponía más y más. Por su vez, en lo que tocaba a acariciarme era la persona más cuidadosa y suave del mundo. No sé cómo conseguía ejercer la presión exacta sobre mi cuerpo, pero era perfecto. Acabó de desnudarse por completo y me colocó encima de la cama.

Me besaba tan intensamente, que pensé que iba a perder los sentidos. Interrumpió el beso para seguir besando mi cuello. Estremecí y él paró. Me miró a los ojos y pasó su mano por mi rostro. Cerré los ojos con el gusto de su caricia.

—No tengas miedo de mí, por favor. Mientras esté aquí contigo, tengo control sobre mí. No voy a hacerte daño. No quiero que sientas miedo.

Suspiré y asentí con el rostro. Esboqué una pequeña sonrisa que él recibió en sus labios. Y el beso que me devolvió fue tan tierno, que supe que podía confiar en él.

Bajó su boca a mi cuello y pasó la lengua sobre mi vena carótida. Aquello me provocó pequeños choques en mi cuerpo y latigazos de deseo. Era tan erótico los movimientos que hacía. En mi oreja, en mi piel, en mis clavículas.

Tomó tiempo en dejarme caricias por todo el cuerpo. Él seguía encima de mí, desnudo. Me quitó el sujetador y empezó a chupar mis tetas con fulgor y con avidez. Me provocaba ondas de deseo que bajaban de mi vientre a mis pliegues vaginales. Apartó mis bragas con un dedo y lo colocó dentro de mí. El contacto me hizo jadear en su boca, que ahora volvía a mis labios para coger todos mis gemidos. Podía sentir su polla dura y gruesa presionándome el vientre y solo quería que me rellenase con ella. Las palpitaciones de las ganas me estaban provocando dolor.

—Necesito que estés dentro de mí. Ahora —él sonreía. Y no me contestaba, solo aceleraba sus movimientos con los dedos para después parar nuevamente. Me estaba torturando—, Kyril, por favor, me estás dejando loca.

—Entonces empiezas a entender un poco de lo que me haces a mí. Te dije que iba a enseñarte cada sensación que me provocas, solo con mirarte. Cada tortura.

—Yo no quiero torturarte, quiero follarte —no podía más, ¡maldita sea!, quería sentirlo en mi interior, nunca deseé nada como esto. Estaba completamente fuera de mí.

—Y yo a ti, mi ángel. Quiero hacerte gritar de placer, quiero todos los rincones de tu cuerpo y de tu alma, quiero hacerte sentir lo que yo siento por ti. Te quiero para mí. Quiero que seas mía. Quiero que seas solamente mía.

—Hazme tuya. No puedo más —le supliqué, lloriqueando. Él cogió su polla y la colocó en la entrada. Sabía que aquello iba a ser deshumano, pero estaba tan excitada que creo que no iba a sentir ni dolor. Pero me equivocaba. Cuando me penetró, su miembro era tan grande que pensé que estaba siendo invadida por un animal distinto. Bueno, él era un animal distinto. Una especie distinta. Y era increíble. El grito que solté fue tan sentido, que él paró. Pero yo no quería que él parase, entonces, puse mis manos en su culo y lo empujé para dentro de mí. Ahogué otro grito, pero quería acostumbrarme a sus embestidas.

Él me besó con calma y fue bombeando su polla poco a poco, ganando esa adaptación que ambos necesitábamos. Cuando entramos en simbiosis, ya solo sentía placer y él me ayudaba, dándome lametazos en mis pezones, sujetándome las nalgas con fuerza y empujando su enorme hombría en mi interior con movimientos controlados y precisos.

Cuando estaba a punto de explotar en un orgasmo alucinante, vi sus ojos volvieran al rojo y sus dientes marcados en su rostro atormentado por el dolor del placer que contenía como un

animal enjaulado. Sabía que se estaba controlando para que acabase antes de él y eso me liberó por completo, terminando de sentir mi cuerpo convulsionar en una ola de sensaciones que duró varios segundos, muchos más de los que alguna vez había imaginado ser posible. Y cuando mi cuerpo empezaba a entrar en la calma, sus ojos sujetaron los míos y su grito fue grotesco, salvaje. Sentí su semilla derramar por mi interior, caliente, potente y su polla palpar de una forma tan intensa que pensé que las paredes que lo albergaban iban a romper y fue cuando sentí un sinfín de réplicas de placer en mi cuerpo, que me dejaron en choque y extasiada.

Me giró tan rápido que no sé ni como me quedé a horcajadas encima de él con su pene aun dentro de mí. Mejor era ni preguntar cómo. Él tuvo el cuidado de sacar un poco su miembro, porque de otra forma me hubiera hecho daño, al estar así en una posición tan invasiva. Me acostó en su pecho y me acariciaba el cabello y el rostro.

—Ahora ¿ya puedes entender lo que me haces? —dijo en un susurro.

Suspiré. Sí. Si lo que él quería era eso, sí, podía entender, porque alguien que sintiese lo que yo sentí, no sabría vivir sin ello.

—Me cuesta creer que en toda tu larga existencia, no hayas tenido mujeres capaces de hacerte sentir esto.

—Hay habido una que casi lo logró, pero no como tú —no sé qué se movió en mí, pero una pequeña puntada de celos me invadió. Sé que era estúpido pensar así, es obvio que había tenido mujeres. Yo también había estado con otros hombres. De hecho, estuve a punto de estar con otro hombre, esta misma noche.

—Si te pregunto quién, ¿me contestarías? Quiero que me cuentes como fue.

—Siempre te diré la verdad y todo lo que quieras saber. Scarlatt.

Me incorporé hasta quedar sentada y al hacerlo su miembro se movió para dentro de mí con tal fuerza que emití un grito de dolor y tuve que inclinarme para adelante. Él me cogió del culo y me subió un poco para no sentir todo ese dolor, pero no se quitó de dentro de mí.

—Lo siento, avísame si vas a moverte, no quiero hacerte daño.

—Avísame tú cuando fueres a decirme algo que sea más punzante que tu polla.

Él se quedó mirándome serio.

—Lo siento —le dije—, no quería decir eso así.

Me cogió por el cuello y me llevó a su boca. Me besó con pasión, con ternura y casi podría decir con amor. Y cuando se apartó, yo estaba anonadada.

—Ninguna mujer me ha hecho sentir lo que tú me haces sentir. No sé explicar. Me sorprende hasta a mí. No lo vi llegar. No sé qué hacer con esta sensación que no consigo explicar ni entender. Lo único que sé es que cada minuto que pasa, cada vez que te toco o estoy contigo, cada una de esas veces, mi corazón muerto, late. Es como si tú me dieras vida. Y eso es algo que yo nunca podré tener.

Sus palabras me dejaron con lágrimas en los ojos y un dolor en el corazón.

—No llores, amor, lo que tú me das es mucho más de lo que podría pedir en mi completa existencia. No quiero decirte palabras ni frases que puedan ser básicas junto a lo que sé que siento por ti.

—Yo no sé lo que siento, pero sé que cuando estamos así, nada importa. Nada es pertinente. Me haces sentir feliz.

Él me abrazó con fuerza y eso me trajo un reconforto tremendo. Nos quedamos así un buen rato, sin hablar. Pero mi cabeza empezó a murmurar más alto.

—Has dicho que tú y Scarlatt... —es que no podía ni conceder la idea. Aquella mujer horrible. ¿Cómo pudo gustar de alguien así?

—Eso fue hace mucho tiempo, mi amor. Scarlatt y yo nos conocimos hace más de un siglo. Tuvimos una relación, sí. Pero eso se terminó. Y desde entonces, no volví a estar con ninguna mujer de la misma forma.

—¿Y qué forma es esa?

Él no contestó. No sé si quería saber la respuesta, pero cuando empezaba algo, tenía que ir hasta el final.

—Kyril —lo miré a los ojos—, ¿qué relación tenías con Scarlatt?

—La de marido y mujer.

Me quedé parada mirándole. Y creo que mi corazón paró en ese momento también.



## Capítulo 21

Cuando salí de mi asombro, quise levantarme de su cuerpo, pero él no lo permitió. Me sujetó más con las manos para que siguiese dentro de mí y colada a su rostro.

—No voy a dejarte salir. No así. Me has preguntado qué relación tenía con Scarlatt y te lo dije, ahora no huyas. No puedes huir siempre que no quieres afrontar la verdad.

Tenía ganas de torcerle el pescuezo y gritar, pero me pareció un poco exagerado. Odiaba cuando me daba lecciones de moral. Él no podía imaginar lo que yo estaba sintiendo. No era justo.

—Ahora mismo, no sé qué pensar. Acabas de decir que esa mujer, que vuelvo a recordarte, me intentó matar por pensar que nosotros estábamos juntos, es tan simplemente tu exmujer. ¿Y quieres que me quede aquí serena y declarándote frases de amor?

—No estaría mal. Quiero que estés serena y si quieres, siempre que quieras, adoraría saber lo que piensas y lo que sientes. Yo siempre te lo diré.

—Muy bien, pues, no estoy comfortable con nada de esto. No creo que deberíamos seguir con lo nuestro. Es obvio que tu exmujer no está feliz con vuestra separación. Que como tú dices fue hace más de un siglo —paré y puse una mano en la cabeza. Sí, estaba asumiendo que Kyrill era un vampiro, lo vi con mis ojos, pero entender toda su historia, era más de lo que yo quería admitir—, y no logro entender que quiere ella. Mejor, ¿Qué quieres tú?

—Cuanto a eso, creo que ha sido muy sincero contigo: te quiero a ti.

Y yo quería creerle que su voluntad no venía anclada de cosas muy complicadas. Era muy complejo para mí.

—No consigo pensar si sigues dentro de mí —su cuerpo aun pegado al mío me dejaba débil. Sabía que eso no me dejaría pensar con claridad y lógica. Siempre que estaba con él, dejaba de ser yo. Me sentía obsesionada con la atracción que teníamos. Él entendió mi pensamiento, o eso creo, porque muy despacio, salió de dentro de mí, pero ahora, me tumbaba a su lado, frente para su rostro.

—Estoy de acuerdo contigo. Hablemos. No quiero que te sientas así. Sé que esto es una locura, pero yo puedo explicarte: lo único que me importa es estar contigo, sea como sea. Porque sé que tú también quieres estar conmigo. Lo siento.

—Yo también lo siento. Tengo muchas dudas y muchas cuestiones en mi cabeza que necesito entender. Tengo la sensación de que voy a quedar loca.

Kyril, asintió y me ofreció un beso tierno. Cuando se apartó un poco, su mano acariciaba mi mejilla y mi cabello. Era un ser tremendo, un hombre fuerte y despiadado, agresivo y arrogante, pero cuando estábamos juntos, así, era la persona más cariñosa del mundo. Me sentía protegida con él, aunque era un ser peligroso. Me sentía abrumada con su forma de quererme. Me sentía enamorada de él. Suspiré con el corazón doliendo físicamente.

—Quiero que me cuentes tu relación con Scarlatt. Quiero intentar entender. —Quizás así podría lograr saber por qué ella quería matarme o por qué hacía las cosas que hacía.

—De acuerdo. Te contaré todo, pero quiero que me prometas que no vas a huir, ni a odiarme, ni a... —le puse un dedo sobre los labios, para callarlo. Y le di un breve beso en el lugar donde tenía el dedo.

—Prometo que estaré aquí cuando termines. Solo quiero hablar. Entender. No quiero juzgarte. Necesito que consigamos hablar los dos. Mejor de lo que hemos hecho hasta aquí —él esbozó una sonrisa preciosa que casi me desmonta.

—Conocí Scarlatt hace mucho tiempo, algunos detalles se me escapan, pero puedo recordar vívidamente el día que la conocí. Era la mujer más guapa que había visto jamás. Su piel clara, su pelo rojo, su mirada —él tocaba en cada parte de mí como ejemplo y no pude dejar de sentirme incómoda, porque era evidente que ambas teníamos las mismas características y eso me hacía dudar de mucha cosa en sus sentimientos. No era tonta—, era deslumbrante. Por esa fecha, lo que sería el final del siglo XIX, yo vivía aquí. Me había cambiado a América, hartado de la vida en Europa y quería ampliar mis negocios aquí. La conocí en una fiesta de sociedad. Era joven y sus padres estaban relucientes por dar a conocer su hija debutante a la sociedad de hombres. Nuestra historia empezó ahí. Es obvio que, siendo vampiro, llevo ventaja en lo que las mujeres sienten por mí. Nuestra especie está creada para ser atractiva a los demás. Como cualquier animal que necesita lucir para atraer y atrapar sus presas.

No pude dejar de sentir un escalofrío con su observación. Y un poco de miedo. No miedo de él, sino que miedo de que lo que estuviese sintiendo por él fuese mentira: fruto de una atracción, como él dijo, programada por un depredador. Al parecer, él era bueno leyendo mentes.

—Sé lo que estás pensando y no. Por mucho que seamos atractivos a las demás especies, no puedo hacer a alguien quererme o sentir cosas por mí. Puedo hacer que esas personas se deslumbrén y se sientan atraídas por mi cuerpo, mi belleza, mi forma de ser. Todo está preparado para tal.

—¿Tienes algún don? —aparte de lo que ya conocía, en la cama. Quería saber si había algo más en sus características, porque siempre lograba saber lo que pensaba.

—No sé a qué te refieres con don; tengo algunas habilidades: soy rápido, ágil, fuerte, puedo ocultar mi figura, puedo hacer muchas cosas que los humanos no podrían. Imagina un animal con superpoderes. Un animal hambriento con poderes. Eso soy.

—Quiero saber si puedes leer mi mente —se rio. Al menos a uno de los dos le parecía gracioso todo esto.

—Sé por qué piensas eso, pero no. No puedo leer mentes, pero tengo muchos años y es fácil saber por dónde va tu pensamiento.

—¿Eso es que estás diciendo que soy previsible? —Que romántico de su parte.

—Eso quiere decir lo que dije. Que tengo 285 años, Jane y he vivido muchas culturas, mentes y siglos para saber lo que piensan los de tu especie.

—Pero hay veces que siento que sabes cosas que he dicho. Cuando no estabas.

—Ya te lo he mencionado, pero comprendo que, en ese momento, era difícil para ti aceptar lo que soy. Una vez más, espero que no me juzgues. Cuando te dije que te tenía vigilada, es que he estado aquí en tu casa muchas veces, desde que nos conocimos. Estaba impresionado contigo y quería seguir conociéndote más, así que me oculté para que no me vieres y te he estado espiando. Resulta que uno de mis poderes es que tengo oído absoluto y si estoy a una cierta distancia, puedo escuchar las conversaciones, aunque no esté exactamente en ella.

Podía ver que estaba con dificultad en decirme aquellas cosas, como si se sintiese avergonzado o con miedo de lo que yo iba a decir y aunque aquello me parecía surreal, no iba a juzgarlo, aunque, tras esta conversación, le dejaría algunas cosas muy claras de mi parte. Me limité a emitir un “Hum” y poco más. Él continuó, respirando hondo.

—Y volviendo a la vaca fría, como decís, así fue como empecé a cortejar Scarlatt. En ese momento ella no sabía lo que yo era. Mi obsesión por ella fue tanta, que la quería tener de cualquier forma. Pero los tiempos eran otros. Y no pensé en nada más, le propuse en matrimonio.

Lo que pasa es que Scarlatt es una niña caprichosa y malvada. Yo la veía como una diosa, no conseguía entender su verdadera naturaleza. Le daba todo. Pero ella quería más. Así que, sin saberlo, descubrió que yo era vampiro y empezó a torturarme para que la convirtiese en uno también.

—¿Cómo has podido ocultarle tanto tiempo tu verdadera esencia?

—Nuestra relación no era como esto —apuntó para nosotros, lo que me hizo sentir mal. Como si nuestra relación fuera solamente sexo. No sé por qué pero no me gustó—, hace mucho tiempo que aprendí a controlar mis impulsos y no suelo morder humanos. Con el tiempo, te tienes que alimentar cada vez menos y puedo supervivir en varios tipos de alimentos. Nuestra especie fue evolucionando. Lo que pasa es que algunas personas tienen una sangre muy dulce, muy intensa, su olor hace que pierdas todo el censo común. Como él tuyo —me miró con intensidad y fui viendo sus ojos empezar a cambiar la tonalidad, de azul profundo e intenso, casi blanco a oscuro. Sabía lo que estaba pasando. Pensar en mi sangre le provocaba ansiedad.

—Kyrill, despierta. Me estabas contando como Scarlatt quiso convertirse en vampiro. ¿Qué pasó? —logré distraerlo, de nuevo.

—Que me rehusé a hacerlo, pero ella no se dio por vencida. Me torturó de tal forma, que acabamos teniendo sexo y no pude controlarme. Casi la mato; para no hacerlo, acabé por convertirla. Estoy seguro de que sabía que yo no iba a ser capaz de controlarme. Es muy perversa. Yo no quería perderla y menos matarla, no iba a poder vivir con el remordimiento. Después de eso, casamos. Pero Scarlatt era celosa y manipuladora. Y como vampiro, peor. Me tenía controlado y empezó a quedar loca. Su amiga bruja —abrió los ojos cuando lo dijo—, solo le metía cosas en la cabeza y pasaban la vida juntas maquinando rituales y cosas raras. Yo estaba tan envuelto en los negocios que no pude atenderle como debería. Me arrepiento de eso.

—No es tu culpa que ella sea una pirada. Esa mujer iba a ser una sociópata, vampira o no.

—Un día, cuando llegué de viaje, un buen amigo me invitó a tomar algo. Nos quedamos los dos en un bar y cuando me di cuenta, estaba muy alterado. Nosotros, no sentimos el efecto del alcohol ni quedamos borrachos, pero algo había en mi bebida que me sentía como si estuviese. E hice algo que no debía.

Se calló.

—No sé qué es lo que tenemos, tú y yo, si es solo sexo o lo que sea, pero lo que sé, es que nunca vamos a lograr ser nada, si no me cuentas la verdad. Quiero saber quién eres. De verdad.

—Lo nuestro no es solo sexo. Nunca fue, nunca será. Aunque sea algo que adoro —se acercó y empezó a besarme. Por algún momento, nos perdemos en la historia. Pero percibí que solo me estaba intentando distraer también.

—Adoro que me toques, pero ahora mismo, quiero oír tu historia hasta el final.

—Bien —se apartó de mí, resoplando. Para ser un vampiro, a veces se veía tan normal, tan niño—, el caso es que acabé la noche enrollado con algunas mujeres —volvió a callarse.

—Especifica eso —vi en su mirada que estaba contando medio cuento. Lo vi nervioso. Casi parecía adorable en su vergüenza.

—Acabé en una orgía, follando bastantes mujeres. Scarlatt me encontró por la mañana, en una habitación de un burdel local, desnudo, con mujeres por todos los lados, algunas cubiertas de sangre, de mis embestidas vampiresas y a saber más el qué. Se volvió loca. Yo sigo sin entender como acabé allí. Hoy, creo, vehementemente de que alguien me había colocado una trampa. Y solo tenía una persona en la cabeza: su amiguita, la bruja. Así que sin más, empecé a vigilarlas. Scarlatt me perseguía, me torturaba con la culpa, hasta el punto de dejar de quererla. Me hizo la vida un infierno. Le propuse que nos separásemos, pero ella no iba a aceptarlo y después de casi

treinta años con ella, estaba harto de sus achaques, escenas de celos. Más tarde, supe que ella mató todas las chicas que estaban en aquel local. Cada vez estaba más pirada, hacía sacrificios, mezclas raras de cosas, me pedía para beber pociones raras que preparaba. Un día, enfurecido, maté su amiga: La bruja. Por resumir el cuento. Ella quedó loca. Me dijo que iba a lanzarme un hechizo que nunca más me apartaría de ella y que yo iba a pagar por lo que hice a su bruja favorita.

—Fue esa mujer que le dio las hierbas que ella me dijo que puso en mi té. Ella habló de ella —recordé lo que dijo de su amiga. Ahora hacía sentido.

—Las dos estaban locas, hacían cosas muy peligrosas y yo, ciego, le perdonaba todo.

—Y como es que ella sigue persiguiéndote, tras todos estos años. Has dicho antes que ella no estaba viva. ¿Qué quieres decir con eso?

—Scarlatt está muerta. Bien muerta. Lo que tu viste es su fantasma. Que ahora, volvió a ganar fuerza y puede circular por ahí. Todo lo que intenté evitar. Pero no sabía que esto podía pasar. Scarlatt es imprevisible y pensó en todo.

Mi cabeza empezaba a rodar. Aquella historia era digna de una serie. O un *best seller*. Pero había allí algunas cosas que por muy fantásticas que sonasen, no lograba encajarlas.

—Kyrill, todo eso me parece insano, pero después de lo que yo vi, aquella mujer es capaz de eso y más. Lo único que no entiendo es que, si sois seres inmortales, ¿cómo es que Scarlatt es un fantasma? ¿Cómo puede estar muerta? ¿Cómo murió?

Se hizo silencio en la habitación y estaba quedando nerviosa con la ansiedad. Él bajó los ojos y después los cerró. Entonces, lo escuché decir:

—La maté yo.

## Capítulo 22

Abrí los ojos como platos. Pensé que había escuchado mal. Pero no. Él lo dijo con todas las letras: la ha matado. Perfecto: ahora estaba delante de un asesino que había matado su exmujer, asesina también. No me quedaba ninguna duda de quien podría ser yo en el medio: la próxima víctima.

—No me tengas miedo. Fue un accidente, quiero decir, no lo fue. La quise matar, pero no —aparte de asesino, también estaba loco—, solo déjame hablar.

—No he dicho nada.

—Puedo ver en tus ojos, por eso no quería tener esta conversación.

—Eso quiere decir que preferirías ocultarme tu verdadera esencia. ¿Qué eres? ¿Un vampiro asesino? Es decir, que además de chupar sangre de personas, matas a tu especie. ¿Qué quieres que piense? Hace menos de un mes, mi vida era perfecta. Sí, ahora lo veo, perfecta. Yo pensaba que era una mierda, pero no. Era mucho mejor de lo que yo fui capaz de ver. Porque, ahora, mi vida es un caos. Gracias a ti y a todas esas personas locas que surgieron en ella.

—Mi amor, por favor, no seas así. Yo sé que todo esto es mucho para ti. Por algún motivo, nos mantenemos ocultos en la sociedad.

—No creo que sea solo por ese motivo, Kyril. Matáis personas. Les chupáis la sangre. Sois depredadores peligrosos. No un concepto romántico que crearon las series y los libros. Sois seres horribles.

Su rostro adquirió una expresión sin emociones. Es probable que me haya pasado con el discurso. Puede que haya sonado muy crudo, pero era la puta realidad.

—Lo siento. Es la verdad —dije, ya vencida.

—Ya lo sé. Pero no es por eso por lo que cuesta menos escucharla de alguien a quien quieres más que tu vida. O muerte.

Quedamos los dos allí, por un rato, mirando al infinito sin hablar, sin mirarnos. Siempre acabamos peleando.

—¿Has matado alguien más después de eso? —rompí el silencio. Él me miró con ojos estrechos y mordaces.

—Si lo que quieres saber es si soy un asesino para que puedas decidir si haber matado una persona o varias, hace que puedas sentir más pena de mí o no, no hace falta. Es lo que es. Sé perfectamente lo que sientes. Yo sentí lo mismo por mí por mucho tiempo.

—Tú no tienes ni puta idea de lo que yo siento. Solo quiero entenderte.

—No, no he matado a nadie. Ya te dije, no quería matarla. No tuve alternativa. Era ella o yo.

—Entonces explícame. Hazme entender —quería darle el beneficio de explicarme, sí, necesitaba oírlo decir que había algo más de que solamente maldad y crueldad en su mundo, porque lo que sentía por él era más de lo que un simples arrebato.

—Scarlatt estaba loca; cómo te dije, después de que maté su amiga, la bruja... y sinceramente, de esa no me arrepiento —hice una mueca de desagrado, pero él ignoró y siguió hablando—, ella se transformó en un ser más oscuro, más maligno. Como te dije, ya no la quería como antes, era fría, calculista, manipuladora, celosa, pero aún tenía cariño por ella. Solo que un día piró de vez.

La mansión que tengo fue un regalo para ella. La mandé construir para ella, pudo escoger cada detalle a su gusto —entonces, aquel maldito día, decía la verdad, pensé—, hice todo por ella. La amaba —sentí el corazón encoger—, pero sin que yo supiera, ella mandó construir unas mazmorras bajo la mansión.

Paró y me miraba atento.

—Dime que no fue donde yo estuve —las piezas estaban bien claras. El rompecabezas ganaba forma.

—Hace años que no entraba allí, eso estaba sellado. Scarlatt, tenía allí personas prisioneras y gente que torturaba y hacía sacrificios; rituales raros. Me quedé en choque cuando me llevó allí y acabamos cerrados dentro de una de las habitaciones. Había un altar en el medio y una serie de artilugios de brujería. Dijo que había encontrado una fórmula para quedarnos juntos en la eternidad. Que ahí solo estaríamos los dos. Que nos convertiríamos en fantasmas y podríamos vivir nuestro amor libremente. Pero que para eso teníamos que sacrificar nuestros cuerpos. Fue en ese momento que percibí que estaba totalmente chiflada.

—¿Y qué pasó? —ahora estaba curiosa por saber.

—Lo que tenía que pasar —sentí un escalofrío cuando dijo aquella frase. Fue la misma que escuché Scarlatt decir antes de despertar en la mazmorra esa—, cuando empezó el ritual, le intenté llamar a la razón, pero no me hizo caso. Cogió mi brazo y con un golpe logró que mi sangre escurriese para el altar ese, junto con lo de ella, tras haberse herido también. Hablaba un montón de rezas y conjuros que no entendía, pero sabía que si no hiciese nada, nos iba a matar a los dos y no pensé. Cogí la daga que tenía en la mesa, le espeté en el corazón y logré inmovilizarla. Saqué su cabeza del cuerpo y la maté. Sin pensar más.

Su mirada quedó absorta en los pensamientos y seguramente en las imágenes que aún lo torturaban. No sé por qué, pero sentí el ímpetu de abrazarlo. Me dolía verlo así, con el sufrimiento en el rostro y aunque acababa de decirme que había muerto una persona, sabía que lo había hecho porque era como un animal, pensando en su supervivencia.

—No es que ella ya no estuviese muerta, ¿cierto? —él me miró a los ojos—, quiero decir, que si sois vampiros, como tú has dicho, ya estáis muertos, entonces, no es que la hayas matado. Bueno, en teoría lo has hecho: dos veces.

—Gracias —dijo más relajado—, buena forma de hacerme sentir mejor. Pero supongo que tengas razón. Scarlatt tenía una obsesión con la muerte. Tanto que consiguió lo que quería.

Ahora era yo la que no entendía. ¿No acababa de decir que la había matado, para evitar su locura? Entonces, en mi cabeza se fue haciendo más claro. Ella seguía allí. ¿Cómo podía Scarlatt estar viva entonces?

—¿Qué es lo que ella quiere? —pregunté.

—A mí.

—Entonces porque dices que logró lo que quería, no entiendo —me aparté un poco de él. Pero él me volvió a acercar a su pecho.

—Ella nunca podrá tenerme, porque soy tuyo. Mi pensamiento es tuyo, mi querer es tuyo, mi amor es tuyo. Ella no es nadie. Es un fantasma. Durante todos estos años logró convertirse en un fantasma, junto con todos sus súbditos o gente que llevó a sus rituales. Por eso vaguea por aquella casa, como un fantasma. Para certificarse que yo me quedo con ella. Por eso me fui. Al poco tiempo de lo que pasó, ella empezó a aparecer en mi vida. Al principio, pensé que era mi cabeza, la culpa, el dolor, pero no, ella era real, había conseguido quedar allí y me torturaba. Con los años, su presencia ya no me molestaba. Aparecía cuando quería y hacía cosas para provocarme. Cuando llevaba alguna chica a casa o entraban personas, lograba asustarlos y no volvían. Quería

verme solo.

—¿Por eso has quedado solo todos estos años? Quiero decir, viudo. No has vuelto a casarse y nunca se te vio con nadie que fuera importante.

—Veo que estás al corriente de mi vida —él sonrió y me puse muy sonrojada—, por eso y no solo. Pero no quiero hablar más de Scarlatt, quiero estar contigo. Te echo de menos.

—Pero si estoy aquí.

—Sí, pero llevo días sin verte y cuando te veo, estás con aquel desgraciado.

—No ha pasado nada. Byron es un amigo. Solo eso —Estaba mintiendo, pero no quería hacerle daño.

—Te dije que no leo tu mente, pero no soy estúpido. No te quiero cerca de él.

—Vale, pero ¿no te parece un poco machista y controlador eso?, no me gusta. Puede que hayas nacido hace tres siglos, pero no voy a tolerar tu comportamiento cavernícola. Te estás pareciendo con Scarlatt —sus ojos se abrieron y me arrepentí de hacer tal comentario.

—Jane, ese hombre no es lo que tú piensas que es. Es peligroso. No caigas en su juego, por favor.

—Dices eso, porque es mucho mejor que caiga en el tuyo, ¿cierto? —no me parecía justo que me estuviera diciendo aquello.

—Lo mío no es un juego. Lo que siento por ti es muy fuerte. No puedo imaginar que algo te pase o que pueda perderte, porque prefiero abdicar de mi vida eterna. Te quiero.

Cuando me dijo aquello, mis ojos ya estaban en lágrimas. Siempre conseguía lograr llegarme al corazón. ¿Será que eso también era parte de su señuelo depredador? No sabía, pero lo besé. Sentí necesidad de estar en contacto con él, de sentirlo, de su toque, de olvidar todo lo que había sido dicho y solamente sentirlo.

Y fue lo que hicimos. De pronto nos encendemos los dos y ahora estábamos, otra vez, unidos por nuestros sexos. Él embestía contra mí con ansiedad y pasión. Me cubría de besos y sus manos me agarraban con fuerza, con seguridad, haciéndome sentir protegida, haciéndome sentir que era de él, que le pertenecía. Y era así como sentía mi corazón. Mi cuerpo y mis emociones eran de él. Y sentía que las suyas también. Terminamos saciados y llenos de nuestra furia y atracción uno por el otro. Me quedé dormida en sus brazos, donde no se apartó un solo momento.

\*\*\*

Volví a despertar sola en mi habitación. ¿Por qué siempre desaparecía, sin dejar rastro? Miré al móvil y tenía un mensaje. Era de él.

*“Siento haber salido sin darte los buenos días. Pero tuve que volver. Tengo unos negocios importantes que tratar y no podía quedarme. Además, debo tener Scarlatt controlada. Ahora que puede andar por ahí, no quiero perderla de vista. No voy a permitir que vuelva a tocarte con un solo dedo. Sé que no debería decir esto, pero si te tocar en un solo hilo del cabello, la mataré cuantas veces haga falta. Y de esta vez, no sentiré remordimiento. Te quiero. Te llamo así que pueda.”*

A esto era lo que yo podría llamar: no tener el chichi para farolillos, que es lo mismo que decir levantarse con el pie izquierdo. Tras una noche extraña, me esperaba un día peor. Ahora tenía que irme en cuidados, para no tropezar con el estorbo de Scarlatt. Había pasado la noche con un vampiro que decía que me quería. Su exmujer, que resultaba ser un fantasma del siglo XX, estaba perturbada y ahora nos perseguía. Me había intentado matar. Y yo, estaba ahora, de pie, recién duchada, lista para irme al trabajo, normal y corriente de toda la vida del señor, como si no pasara nada y mi vida no se hubiese convertido en un puto infierno.

Cuando llegué a la oficina, Joseph me llamó a su despacho. No habíamos podido hablar bien

tras “el accidente” y no dejaba de ser mi amigo, así que pensé que era mejor que colocásemos nuestros asuntos en día.

—¿Cómo te encuentras? —dijo sentándose en su silla e indicándome que me sentara también.

—Bien, dentro de lo que cabe —coloqué una mano, por reflejo, en la cabeza, justo en la zona donde tenía aun la cicatriz—, creo que mejor de lo que podría esperar.

—He estado muy preocupado contigo, quería haber hecho algo. En la realidad, Jane, te debo un pedido de disculpas —su rostro adquiría una expresión de angustia.

—Jo, no me debes nada. No pasa nada. Estamos bien.

—No, Jane. Me siento responsable por tu accidente. Yo he insistido para que cerrases ese negocio, pensé que iba a ser algo bueno para los dos. Y ahora, después de lo que ha pasado, no puedo dejar que sigas en esta venta.

Lo veía atormentado. Me sentí mal por verlo así, no quería que se echase las culpas de algo que ni yo ni él eran culpados.

—Joseph, no es tu culpa ni quiero que me digas esas cosas. Fue un accidente. Podría pasar a cualquiera. Son cosas que pasan —cosas que pasan por ser estúpida—, no tienes que atormentarte por eso. He hablado con Kyril... quiero decir, con el señor Petrakis. Me dijo que, de momento, vamos a esperar las cosas calmen para volver a la venta. Va a pensar en lo que quiere hacer con la mansión. Por eso, no te preocupes. Cuando haya una decisión, luego sabremos y decidimos qué hacer.

—Esa casa es una maldición, empiezo a creer en todas esas cosas que dicen —soltó y tragué en seco. Solo me restaba que Joseph, empezase también a desconfiar de lo que pasaba.

—Te tenía como un hombre culto y católico —empecé a reír, retirando importancia al asunto.

—Exactamente por eso es por lo que empieza a darme mala espina este negocio. No puedo explicarlo. Cuando la señora Petrakis estuvo aquí el otro día, me sentía raro —llamarla de señora Petrakis fue un poco demasiado para lo que yo estaba preparada para oír —, no lo sé. Hay algo en aquella mujer extraño.

—La señorita Scarlatt —insistí en las palabras—, es una mujer muy atractiva, tiene una presencia muy perturbadora. Es normal que hayas sentido eso. Es solo una mujer como otra cualquiera.

No. Era una zorra despiadada con garras de gárgola y dientes de piraña. Y la lengua de una víbora: venenosa. Mientras me distraía con mis pensamientos, Jo sacó una carpeta del cajón y la colocó en la mesa. Abrió y empezó a hojear algunos papeles.

—Mientras estuviste enferma, pensé en ocuparme de la venta de la casa. Llamé a Petrakis para decirle que te trasladase a un hospital más cercano, que nos hacíamos cargo de todo. Al final, todo eso fue en tu horario de trabajo. Pero él nos dijo que el sucedido había sido en su casa y se sentía responsable por ello. Que todo correría a su cargo. Le expliqué que una vez que tú no estabas disponible, yo haría lo que fuera necesario, hablando con los clientes. Por eso, me coloqué con el proceso este. Llamé a tus clientes para explicarles el sucedido y decidí investigar todos los datos que teníamos de la casa.

—Te agradezco mucho Joseph, pero como te ha dicho, yo hice todas las investigaciones pertinentes y no he encontrado nada. Las cosas que se dicen de la casa están basadas en supersticiones locales sin fundamento —me estaba convirtiendo en la reina de las mentiras. Quizás debería ponderar seguir la carrera de actriz y no de consultora.

—Cuanto a eso no tengo mucho más a añadir. Las cosas que tenemos sobre la casa son como has dicho: creencias locales. Pero, por curiosidad y pensando que podía necesitar, fui a consultar los archivos antiguos de la agencia. Muchos de los archivos anteriores no están digitalizados. Aun



se guardan en archivadores en el trastero. Que por cierto, tengo que hacer una limpieza en aquello —empezó a rascar la cabeza, pensando.

—Sí, eso ya estará lleno polillas —dije.

—Bueno, el caso es que encontré algo que me dejó un poco sorprendido. Y quería preguntarte si tu madre te había informado alguna cosa.

—¿Mi madre? —di un brinco en la silla cuando mencionó el nombre de mi madre. Pocas veces mis compañeros de trabajo hablaban de mi familia. Todos sabían lo que había sucedido y no solían sacar el tema.

—Sí. Lo siento hablarte de este tema, pero —sacó un par de hojas de la carpeta y me las colocó delante—, al parecer, tu madre fue la última consultora a intentar vender la casa. La mansión de Petrakis.

Mis ojos se movían a la velocidad de la luz, mirando los papeles. Allí estaban las fichas de visita, firmadas por mi madre. Podría reconocer su firma a mil kilómetros de distancia. Las dos teníamos casi la misma y era muy difícil de copiar. Mi madre me había enseñado a crear la mía y acabé por inspirarme en la suya. No había dudas, aquellas fichas fueron rellenas por mi madre. Pero, no entendía que significaba eso.

—No entiendo. Petrakis me dijo que la casa se intentó vender hace muchos años. Él debería tener unos diecisiete años, me acuerdo de hasta afirmar con él eso. Me dijo que fue hace unos veinte años atrás —lo que pasa es que él no tenía diecisiete años, sino que los mismos treinta y cinco de ahora. Desde hace más de dos siglos. Tragué en seco.

—Eso no puedo confirmar, Jane. Ni eso, ni esto. Porque como tú sabes, yo estoy en esta agencia desde el mismo año que tú llegaste. Antes de eso, mi tío y mi padre, era los encargados de todo. Pero lo que sé, es que esa casa se intentó vender, por nuestra agencia. Y la consultora que lo hizo fue tu madre.

—No puede ser. Es decir, ella nunca me dijo nada.

—¿Tu madre solía informar todos sus negocios? Te pregunto, por si acaso afirmó algo que te acuerdes de algo extraño con esa casa.

Intenté hacer acopio de lo que me estaba diciendo. Mi madre era una persona muy profesional y lo bueno que tenía es que nunca llevaba el trabajo a casa, es decir, siempre iba colada al teléfono con clientes, pero nunca nos involucró con los problemas del trabajo. Ni ella ni mi padre. Cuando estábamos los cuatro, solamente éramos nosotros. El tiempo era para desfrutar y vivir en familia. Volver a estos recuerdos, me dejó triste.

—Lo siento Jane. No quería sacar el tema así. Pensé que pudieras saber algo y tener alguna pista de cómo vender esa mansión —el me miraba apenado.

—Descuida Jo. No te preocupes. Eso ya fue hace mucho tiempo —un tiempo que no parecía curarse nunca.

—Déjalo. Solo me pareció extraño, porque fue justo la última venta que intentó hacer antes del... —se calló.

—Accidente —las cosas son lo que son. Él meneó la cabeza confirmando mi constatación. Quedamos en silencio durante unos pocos segundos que parecieron horas. De repente, mi cabeza empezó a elaborar teorías—. Espera, me estás diciendo que la mansión de Petrakis fue la última venta que mi madre intentó hacer antes de fallecer. ¿Está seguro de lo que me estás diciendo?

—Toma —me entregó la carpeta—, está todo ahí. ¿Por qué no la llevas a casa y estudias con más atención?

—Gracias Jo. Creo que es el mejor.

Salí de su despacho tras haber cambiado un par de cosillas más con Joseph. Cuando entré en

la parte de las oficinas, vi Martha sentada en un escritorio, rellenando unos papeles junto a unos clientes. Me miró y le hice un gesto indicando que la esperaba. Ella entendió y me confirmó con la mano que sí.

Me quedé sentada en otro escritorio con la carpeta delante. No podía abrirla. Si todo esto que acababa de saber era cierto, Petrakis había estado con mi madre. La había conocido. ¡Dios mío! Era imposible que no supiese que éramos familia. Si me había estado espiando, seguro sabría cosas de mi vida. Entonces, ¿por qué nunca mencionó aquella casualidad? ¿Era realmente una casualidad? Mi cabeza estaba a punto de explotar. Me levanté y fui hasta la pequeña cocinita que teníamos para el café. Abrí la pequeña nevera y cogí una botella de agua. Volví a mi lugar y saqué unas pastillas para el dolor de cabeza del bolso. Me las tomé. Mientras esto, Martha ya había terminado su consulta con los clientes.

—¿Te sientes bien?

—Tengo la sensación de que últimamente todos me preguntan lo mismo.

—Es normal, ¿no? No es todos los días que alguien sufre un traumatismo craneal —dijo, sentándose conmigo.

—¿Has podido conseguir alguna información extra, sobre aquel asunto? —no quería hablar mucho en la oficina, por si alguien nos escuchaba.

—Aún no, pero estoy en ello.

—Pues, yo sí que tengo cosas para contarte. Pero aquí no. Vamos a mi casa, te cuento todo. Salimos de la oficina las dos hace a mi casa.

## Capítulo 23

Martha y yo pusimos la conversación en día. Le conté todo lo que me había dicho Petrakis sobre su historia con Scarlatt. Sabía que al contarlo estaba divulgando su vida a otra persona, pero necesitaba de Martha, necesitaba de una amiga que me escuchase y estuviese de mi lado. Del lado humano de quien necesita un puerto de abrigo para mantener la cordura.

Cuando estábamos ya hablando de otros asuntos, el timbre de mi puerta sonó. Fue a abrirla. Me chocó ver Byron allí delante.

—Hola —una sonrisa enorme se abrió en su rostro y no pude dejar de sonreír un poco también.

—Hola. ¡Qué sorpresa! —no había dudas de que era una sorpresa. Después de lo que había pasado no me había dicho nada, ni por mensaje.

—Me gustaría hablarte un momento, si es posible.

—Claro —le di espacio para que entrase. Al adentrarse en el salón vio Martha, que se apresuró a levantar para saludarlo.

—Hola, Martha. No sabía que estabas por aquí —dijo él acercándose para darle dos besos.

—¿Y cómo ibas a saber? —dijo ella, derritiéndose una sonrisa coqueta—, ¿Qué te trae por acá?

—Venía a hablar con Jane —dijo, un poco tímido y colocando las manos en los bolsillos de los vaqueros. Interrumpí.

—¿Os traigo algo de beber? —pregunté.

—Por mí no, yo ya estaba de salida —Martha se apresuró a despedirse de Byron y cuando me vino a saludar para irse, me abrió mucho los ojos, como seña. Le hice una sonrisa falsa de advertencia para que no me dejase expuesta delante del chico—. Te llamo más tarde, Jane. Nos vemos por ahí, Byron.

—Sí, claro —le dijo él.

Cuando Martha salió me quedé allí de pie junto a él, sin saber bien que hacer. Al final del incomodo silencio, le dije para que nos sentásemos en el sofá y así lo hicimos.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunté con una sonrisa forzada en el rostro. Mirarlo allí en mi casa me desconcertaba un poco. No podía negar, cada vez que estaba cerca de él, algo me atraía y mucho. Era absurdo, pero real.

—Siento venir así sin avisar, pero quería pedirte disculpas, personalmente.

—¿Disculpas, de qué? —sabía muy bien del qué, pero quise restar importancia al asunto—, no hay ningún problema, Byron.

—Eres una persona tan amable que me halaga, pero sí, hay —me sentí un poco cohibida con sus palabras—. La otra noche me comporté como un troglodita, lo siento. Nunca debería haber perdido las riendas, contigo allí.

Me sentí mal por él. Estaba más relajada al oírlo. Al menos había tenido más decencia que Kyril a la hora de venir a disculparse de su comportamiento. Era un acierto de que no me había gustado nada su actitud y que pensé justo lo que dijo: que eran dos cavernícolas.

—No te preocupes. Me sorprendió que os conocieses. No sabía que Kyril era tu amigo.

—¿Amigo? —empezó a reír y me quedé mirándolo admirada—, no, mi querida Jane. Kyril no es mi amigo, mucho por lo contrario. Digamos que hemos tenido nuestras cosillas en el pasado.

—Imagino que deben de haber sido cosas muy complicadas, porque casi os peleabais.

—Tema de mujeres... cosas de hombres, para variar. —soltó, volviendo a sonreír.

—¡Ah! —solté, extrañada—, no sabía. Y ¿qué son cosas de hombres que no lo pilló? —a ver si me esclarecía la frase machista esa.

—Pues que Kyril y yo estuvimos con la misma chica. Pero eso fue hace mucho tiempo. Y digamos que Kyril no es una persona que sepa aceptar una derrota. O un no de una mujer. Y eso nos trajo algunos conflictos entre los dos. Pero eso son aguas pasadas. Yo estoy aquí para pedirte disculpas y decirte que espero que no te quedes con mal impresión mía. Tenía la sensación de que estábamos a pasarlo bien.

Las cosas que decía retumbaban en mi cabeza. ¡Qué maravilla! Una historia más para añadir al repertorio de Kyril. Entonces, segundo consta, los dos rindieron tributo a la misma persona y la cosa no terminó bien. Lo único que no me gustó fue cuando mencionó que Kyril no sabía aceptar un no de una mujer. ¿Qué quería decir con aquello? Además, pensaba que Kyril no había estado con nadie importante, al menos me había parecido entender de esa forma. Por lo menos, nadie importante el suficiente para ganar enemigos, así como así.

—No te preocupes Byron, no hay nada que disculpar. Fue una triste situación, pero ya pasó, no vamos a darle más importancia.

—Me alegro y te agradezco del alma. Así, que, aparte de eso, he venido para invitarte a comer. Y no voy a aceptar un no como respuesta. Es lo mínimo que puedo hacer para disculparme. Voy a llevarte a un restaurante que vas a adorar. Estoy seguro.

Su rostro era tan alegre y estaba tan feliz, que no pude dejar de sentirme alegre también. Necesitaba una brisa de aire fresco en todo lo que estaba pasando. Por eso, decidí a irme con él.

—Me parece ideal. Acepto. Espérame un poco aquí, subo a arreglarme y ahora bajo para irnos, ¿puede ser?

Subí a refrescarme un poco el rostro y repasar el maquillaje de la mañana. Cuando bajé, Byron estaba de pie junto a una de las estanterías y sujetaba una moldura en la mano. Cuando me acerqué a él, levantó la mirada absorta de la fotografía para mirarme.

—Te pareces mucho con ella —su observación me pilló de sorpresa y mi sonrisa se desvaneció.

—¿De qué estás hablando?

—Con tu madre. Te pareces con ella.

—¿Cómo sabes que esa es mi madre? —ya empezaba a quedar trastornada.

—Bueno, figuré que sí, ya que estáis todos aquí en la foto y parece ser una foto de familia. Aparte, porque como te he dicho, os parecéis.

No sé por qué lo hice, pero sentí la necesidad de sacarla la foto de mi familia de las manos. Quizás el gesto haya sido un poco brusco, porque él me miró un poco pasmado. Miré la foto. Recordaba bien aquella foto. Fueron las últimas vacaciones que habíamos pasado juntos en el *camping*. Estábamos los cuatro allí y éramos felices. Éramos una familia.

—¿Jane?... ¿Jane?

Pasaron unos segundos hasta que me di cuenta de que Byron me llamaba. Lo miré y re Coloqué la foto en la estantería.

—¿Vamos? —dije sin más. Él se limitó a confirmar con la cabeza y seguirme.

Cuando llegamos al restaurante el ambiente era animado y se veía un local muy interesante. El camarero apuntó nuestros pedidos, tras dejarme asesorar por Byron que me recomendó algunas

cosas. Estar con él allí me hacía sentir una persona normal, de nuevo. Una comida desenfadada con un amigo, que además estaba buenísimo. Charlamos de todo un poco. Me contaba sobre el gimnasio y cosas del trabajo. Mi móvil sonó con mensaje entrante. Me disculpé con Byron por correr el teléfono, pero le dije que podría ser algún cliente. Sabía que era una falta de respeto estar con el móvil, mientras otras personas estaban con nosotros, más aún, comiendo, pero era el gran mal de mi profesión. Si no atendieses un cliente en ese momento, podría ser la pérdida de una venta. Era algo que sabía que era muy desagradable para las personas con las que compartías momentos. Sabía, porque James me lo había recordado mil veces.

El mensaje era de un cliente. Pero un cliente muy especial: Kyril.

*“¿Cómo estás, mi amor? Te echo de menos. Me resulta cada vez más difícil estar lejos de ti, a cada minuto que pasa. Sé que parece locura, pero mis sentimientos por ti van creciendo a la velocidad de la luz. Ni yo sé que está pasando. Pero me siento muy feliz. Tú me haces feliz. Te quiero. Dime algo.”*

Tragué en seco e intenté mantener el semblante serio para que Byron no se enterase de lo que estaba pasando. Hasta que mi situación con Kyril no estuviese del todo resuelta y supiese lo que íbamos a hacer o ser, prefería mantener las cosas anónimas. Hasta porque decir a alguien: “¿Sabes qué? Estoy saliendo con un vampiro.”, no era propiamente mi ideal de relación. Decidí contestar a Kyril con brevedad.

*“Me siento igual. Mis sentimientos están en una fase que no sabría describir al cierto. Pero sé que estoy muy confusa, aún. Estoy bien. He venido a comer con un cliente. Espero que tengas un buen día. Beso.”*

No me salían las palabras como a él. No conseguía decir cosas cariñosas aunque me apetecía, porque no sabía dónde esto nos llevaría. Estaba consciente de que mis sentimientos por él eran algo que no sabía explicar y eran fuertes. Podría hasta pensar que me estaba enamorando de él, pero después, me pasaba que estaba, como en ese momento, sentada delante de otro hombre: muy atractivo y real; y mi corazón hasta podía llamar por Kyril, pero mi cuerpo llamaba por más personas. Me sentía una mierda, por estar sintiendo estas cosas por Byron, mientras Kyril me hablaba con el corazón abierto. Pero estaba realmente confusa. Y por eso tuve que mentirle. No quería causar la guerra mundial vampiresa con aquellos dos.

Guardé el teléfono. Miré a Byron con una larga sonrisa.

—Ya está. No más clientes por hoy. Soy toda tuya —hay veces que me apetecía comer mi propia lengua.

—Eso espero —dijo, sin pensar, alargando una sonrisa aun mayor de la que tenía y eso me hizo sonrojar. Él cogió el vaso y propuse un brindis. Lo hicimos y seguimos hablando de otros temas, aunque se quedó un pequeño ambiente de tensión muy intensa entre nosotros. Y muy caliente.

La comida estaba perfecta. Byron estaba siendo una bellísima compañía y cuando tomábamos el café, él volvió a recordarme lo que había sucedido en mi casa.

—No quiero que te sientas mal con lo que voy a decirte, pero lamento lo que quiera que haya pasado con tu familia. He visto que es algo muy difícil para ti.

Cuando lo dijo, colocó una mano por encima de la mía en la mesa y miré para ellas. Pero no intenté retirarla. Se sentía bien, el calor de sus palmas en mi mano.

—Mis padres y mi hermano fallecieron en un accidente de coche hace más de una década. Pero es algo que aún me causa mucho trastorno, sí.

—Sé lo que es eso. Perder personas —lo miré atenta. No sabía que había pasado por el mismo—, he perdido mis padres de muy joven y mis hermanos, gran parte de ellos no sé dónde

están, ahora mismo. Extendidos por el mundo, supongo. Crecí en una casa de acogida.

¡Hostias! No pude dejar de sentir pena de lo que me estaba contando. Yo allí lamentando mi vida trágica y este chico había tenido una vida bien dura. Qué horror.

—Siento mucho, Byron. Es horrible.

—Sí, lo es. Nunca te acostumbras con la muerte. Y por desgracia, cuando lo haces, la vida te vuelve a quitar la alfombra bajo tus pies. Te vuelve a dejarte la marca de la calaca en el pecho. No sabes lo bueno que es sentir alguien vivo como tú —su mano acarició la mía y estremecí—, sentir esa emoción, otra vez. Después de la muerte de Jade, me costó volver a sentirme así de bien.

Su mirada era intensa. Me quedé de piedra cuando dijo el nombre Jade. Casi parecía que decía mi nombre. Jane, Jade. ¡Qué coincidencia! Estaría hablando de alguien de su familia o alguien importante.

—Lamento que hayas vivido tanto dolor. Es horrible perder las personas que amamos.

—Sí, y no sé si algún día voy a poder amar alguien como amé a Jade. Lo único que sé es que me gusta estar contigo y me gustaría poder conocerte mejor. Siento que cuando estoy contigo me corazón gana una paz que no sé explicar.

No sabía qué decir. Estaba declaradamente a insinuar sus intenciones conmigo. Y yo no sabía si quería corresponderle. No ahora. De repente, sentí una presencia a nuestro lado y cuando giramos los dos la cabeza, di de frente con dos personajes que no esperaba ver allí y menos juntos: Kyril y Scarlatt.

—Bueno... bueno... Petrakis, parece que estamos condenados a cruzarnos —dijo Byron, irónico. Kyril no quitaba los ojos de nuestras manos, aun pegadas; su mirada fue tan fulminante que retiré la mano de Byron tan inmediato como si estuviera ardiendo. Scarlatt lo tomó por el brazo y repartió su típica sonrisa de arpía. Iba vestida de gala, como siempre. Nadie le dijo que en este siglo, eso era ridículo. Pero más ridículo, era verlos allí juntos. ¿Qué coño hacía aquella mujer deambulando por allí? Y ¿qué coño hacía Kyril de brazo dado con ella, en plena luz del día y paseándose con la mujer que casi me mata? ¿Aquello era lo que él llamaba de controlarla? Las tendencias asesinas se estaban colando, porque, ahora, era yo la que tenía ganas de matarlos. A los dos.

## Capítulo 24

—Señorita Meyer, ¿cómo tiene pasado usted? Supo que tuvo un accidente. ¿Va mejor de su cabecita? —cobra venenosa, arpía del demonio. Estaba a punto de levantarme y hacerle volver al infierno donde no debería haber salido. Kyril seguía callado.

—La verdad, señora Scarlatt —dije señora apostá. Oficialmente ella seguía siendo la mujer de Petrakis. Ya que de muerta no parecía nada. Y él tampoco parecía muy viudo—, estoy fenomenal. He estado tomando unos té que me recetó una gran amiga y me tienen ayudado mucho. Quizás debería llamarte algún día para probarlo juntas. Estoy segura de que te va a encantar. ¡Está que te mueres!

Empecé a reír irónicamente y al menos había logrado quitar la sonrisa de la cara de la fantasma. Byron me miraba, quizás por el descaro de tratarla tan coloquialmente. Y fue cuando interrumpió.

—No creo que hayamos tenido el placer de ser presentados. Soy Byron —se levantó y ella extendió el brazo. Él lo tomó y le dio un beso en la espalda de su mano como un verdadero caballero. Aunque me dejó una cara de asco, no pude dejar de notar que al menos, era más presentable que Kyril, que parecía estar embrujado aún. Quizás estaría.

—Mucho gusto Byron. Me puede tratar por Scarlatt —ambos se sonrieron. Ella se giró para Kyril y le habló melosamente con su voz de serpiente—. Kyril, querido, ¿nos vamos? Estoy hambrienta. Y sabes cómo soy cuando tengo hambre. Mejor dejamos la parejita comer tranquila.

Que odiosa era. Kyril ni se inmutó en la expresión. Pero logró abrir la boca.

—Sí, tienes razón. Por una vez —ella hizo una mueca de disgusto con él ataque de él—, mejor dejar la señorita Meyer tratar de sus clientes. Tengo la certeza que tiene mucho trabajo. Con permiso.

Y, dejando el recado en el aire, se fueron a sentarse en otra mesa reservada para ellos. Aunque no quisiera mirar, sentía los ojos de Kyril clavados en mí. No tenía derecho a estar enfadado conmigo, porque le dije que estaba con un cliente. Lo hice para protegerlo. Entre mí y Byron no pasaba nada de malo. Pero, aparecer allí con aquella mujer era el límite para mí. Pasaba de aquellos dos.

—Byron, ¿te importa se nos vamos? —le pido—, en la realidad sí que tengo algunos contactos que hacer, de trabajo.

—Claro, lo que tú digas —se levantó y pasamos a pagar la cuenta. Salimos y él me acompañó a casa. No se detuvo mucho. Simplemente nos despedimos, le agradecí la comida y me dijo que me llamaría para salir con el grupo o concretar algo para hacer. Le dije que sí, que me encantaría.

\*\*\*

Al final de la tarde, me tuve que acostar un poco. Mi cabeza parecía una colonia de ratoncillos paseándose ajetreados por mi cerebro. Y para ponerlos a dormir, tuve que tomar más dos pastillas para el dolor de cabeza. Estoy segura de que ningún médico iba a sugerirme el estilo de vida que estaba llevando, tras el golpe que sufrí. Pero, al parecer, los responsables, no iban a dejarme recuperar.

Después de dormir un par de horas, estaba mucho más tranquila y la cabeza ya no me dolía

tanto.

Bajé para preparar una sopa para cenar. No quería comer nada más. Martha me llamó y estuvimos charlando un rato.

—¿Sabes una cosa? Hoy me recordé que podíamos hablar con Lori —terminé de comer la sopa y la escuchaba—Ella estaba en la agencia en el tiempo de tu madre. Es la persona que lleva más tiempo con nosotros. Quizás sepa algo o nos pueda dar una idea de lo que pasó.

—No es mala idea. Mañana me acerco a hablar con ella. Gracias.

—De nada. Y ahora te dejo que ya estarás cansada de oírme. Se te nota cansada. Duerme y descansa. Lo necesitas.

—Despiértame en cien años, por favor —bromeé.

—Con un beso en la boca. Te prometo.

Y con esas tonterías tan nuestras, nos despedimos. Cogí el plato de la mesa y me giré para llevarlo a la cocina, pero cuando lo hice, vi Kyril apoyado en la pared a mi frente, mirándome. Con el susto de verlo allí, dejé caer el plato de la sopa que se quebró en añicos por todo el suelo.

—No te muevas. A este ritmo no te quedará vajilla. Y no quiero pasar otra noche de tortura —dijo bajito. Entonces, como si fuera un rayo, empezó a recoger todos los pedazos de cerámica a una velocidad Supernatural. Me quedé estupefacta. En definitiva, no era humano. Para nada. Hasta eso ya habíamos llegado. Ninguna novedad. Cuando terminó, estaba todo limpio y yo seguía en el mismo sitio, sin moverme.

—¿Qué haces aquí? No puedes entrar a la hora que te apetezca. Esta es mi casa —mi voz no era agradable.

—Ya sé que es tu casa. Y si quieres que te diga, después de lo que he visto esta mañana, me alegra de encontrarte en ella. O de encontrarte sola, en ella.

—De verdad, ¿has entrado en mi casa de esta forma, solo para decirme esa mierda? —empecé a andar hasta la cocina. Necesitaba agua. Con el susto casi me da algo. Estaba muy enojada. Le di la espalda, pero él siguió detrás de mí.

—No, no fue solo para decirte eso. Fue para decirte eso y para avisarte una vez más: no quiero que te encuentres con Byron. Pensé que lo había dejado muy claro.

La furia subía por todas mis entrañas. Su arrogancia, su machismo y su prepotencia eran demasiado para mí.

—Escúchame bien, Petrakis —sabía que lo molestaba llamarlo así y lo vi en su rostro—, no soy tu esclava sexual, ni tu mujer, ni exmujer, ni mierda alguna, para que me vengas a decir lo que puedo o no hacer con mi vida. Con quien puedo o no salir. Ya que tú sales con quien te da en la gana.

—No me insultes con tu inteligencia —estaba furioso y me hablaba con rabia—, si no quieres ser nada mío solo tienes que decirlo, pero lo que no puedes es acostarte conmigo en un día, decirme que sientes algo por mí y en el día siguiente acostarte con el segundo que te surja.

No pensé. Simplemente erguí la mano y le propiné un bofetón. Y casi me arrepiento, porque su rostro parecía de piedra. ¡Joder! Con lo suave que se siente y ahora parecía de cemento. Me miró sin hablar ni gesticular. Bajé la mirada.

—Para alguien que me habla de machismo y de ser un cavernícola, acabas de lucirte. Pensaba que en el siglo XXI la violencia era condenable.

—Vete a la mierda, Kyril. Pará de darme lecciones de moral. Todo bien. Lo siento lo que hice. No estuvo bien —odiaba su forma de ser. Pero el peor, es que de esta vez tenía razón. Esta no era yo. Yo no era una persona agresiva, ni mucho menos conflictiva. Sentí las lágrimas asomar a mi línea de agua. Él se acercó a mí e intentó abrazarme.



—Yo sé. No pasa nada. No quiero verte así. Esto es una estupidez. No quiero discutir contigo. Lo siento —me abrazó, aunque intenté huir, pero no me dejó.

—¿Qué hacías con Scarlatt en el restaurante? Si esa es tu forma de mantenerla controlada, que sepas que no quiero estar así. Esa mujer es una arpía. No la quiero cerca de mí, pero si tú crees que tenerla cerca de ti, es lo que necesitas para que esto se resuelva, entonces lamento, pero no podemos estar juntos. No quiero verte más.

Él se apartó para mirarme. Podía notar la pena en su rostro.

—Estoy intentando negociar con ella. Intentando aproximarme para entender lo que pretende y cuáles son sus intenciones.

—Y tu concepto de acércate a ella también implica que vuelva a ser tu mujer, ¿es eso? O vas a decirme que, quizás, para el bien de todos y para intentar protegerme, quizás, tengas que acostarte con ella también. Imagino cómo será el sexo entre un fantasma y un vampiro. Debe de ser algo terrorífico.

—La ironía no te queda bien —dijo serio.

—La muerte tampoco. Pero a tu exmujer parece que sí. Porque para quien está muerta, parece muy viva para mí gusto. He visto gente en peor estado, estando vivo.

—Jane, comprendo que te sientas así, pero no es nada de eso. Yo nunca estaría con aquella mujer. Es horrible. ¿Cómo puedes pensar siquiera que era capaz de estar con alguien que intentó dañarte? —ahora las lágrimas escurrían por mi rostro y él atrapó algunas con el pulgar—, esa mujer es un demonio. Pero debo tenerla controlada. Y, por desgracia, sé que soy lo único que ella quiere. Así que, si eso implica hacerla pensar que la estoy escuchando o siendo simpático con ella, quizás entienda que quiere hacer.

—Sí hasta el momento no has entendido lo que quiere hacer, te lo explico yo. Lo he visto muy claro, hoy. Te quiere a ti. A cualquier coste. Y no va a parar. No sé qué es lo que puede o no hacer, porque desconozco todo este mundo sobrenatural que surgió en mi vida. Pero lo que sí sé, es que no cabe lugar para mí en esta ecuación y yo no quiero cosas complicadas en mi vida.

Las palabras quedaron vagueando por el aire y por el silencio que hubo entre nosotros, a la continuación. Incomoda, me giré para coger agua. Tomé un poco y Kyril seguía sin hablar, allí plantado.

—¿Sientes algo por él, cierto? —su voz a mi espalda me provocó un escalofrío. No por hablar, sino que por su pregunta.

—Si te refieres a Byron, no lo sé —dije, con sinceridad, sin girarme para él. Estaba de frente para la encimera de la cocina.

—Lo que tú sientes por él no es real. Es magia.

Logró enfadarme. Me giré.

—¿Y lo que yo siento por ti que es? O lo que tú sientes por mí. ¿Fantasía? ¿Demencia? No, dime. Quiero escuchar. Porque si lo que yo pueda sentir por Byron no es real, ¿qué sabes tú de mis sentimientos?

—No sé de tus sentimientos, porque insistes en poner esa capa de defensa en tu vida, que solo sirve para dañarte —sus palabras me herían—pero sé que lo que quiera que Byron te haga sentir no es verdadero. Es su naturaleza mala. Atrae sus presas para después terminar con ellas sin piedad.

—Curioso —limpié las lágrimas y erguí en rostro. Me acerqué a él y levanté la barbilla para mirarlo a los ojos tan extraños e intensos que tenía—. Acabas de describirme exactamente lo que me has contado sobre ti. Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Me dejo atraer por ti o por él? Hum... parece que vas a tener que quedar a la espera para ver quién ganará la batalla de mi coño.

Salí por su lateral y lo dejé allí. Salí de la cocina a toda prisa y empecé a subir las escaleras, pero él me detuvo cuando estaba casi llegando a los últimos escalones y me hizo subirlos más rápido, mientras me sujetaba el brazo.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué quieres hacerme daño? —me tiró ligeramente contra la pared, hasta quedar atrapada entre él y su cuerpo—. No voy a dejar que él te haga daño. Prefiero no tenerte a perderte para él.

—Eres un demente. Posesivo. ¿Te ves? ¿Escuchas lo que dices?

—Sí. A la perfección. Y no voy a permitir que vuelva a robar lo que es mío otra vez.

—¿Lo que es tuyo? ¿Eso se refiere a mí?

—Se refiere a tus sentimientos hace a mí, que por mucho que quieras ocultarlos y negarte, sé que sientes cosas por mí. Puede que no sea todo lo que siento por ti, pero es algo. Lo siento. Y es algo mucho más verdadero que él.

—No entiendo tu obsesión con él—de repente, memorias de mi conversación con Byron han venido a mi cabeza y me acordé de lo que dijo—. Esto no es sobre mí, ¿ah que no Kyril? Esto es sobre Jade. Creo que mi nombre os confunde a los dos.

Los ojos de Kyril cambiaron a negro tan rápido que me asustó. Su expresión era indescifrable, pero sé que había logrado despertar algo muy oscuro en él.

—¿Te hablé de Jade? —era cierto; había habido una mujer entre los dos. Y yo no iba a ser la siguiente guerrilla.

—Sí, Kyril. Me habló de ella. Y me dijo lo que tú has hecho. Lo que estás intentando hacer nuevamente. Quedar con alguien que no te pertenece. Robar los sentimientos de los demás. No voy a dejar que me hagas daño, como hiciste con ella.

Sus ojos cambiaron, de nuevo, solo que de esta vez, fueron de negro a rojo. Su furia lo llevó a perder el control. Gruñía como un animal, y podía ver sus dientes incisivos afilados, letales. Sus ojos destellaban rabia y sangre, su rostro se había oscurecido. Sentí miedo. Él empezó a circular como un animal enjaulado y acabó por dar un puñetazo a la pared, justo al lado de mi rostro. No pude contener las lágrimas: de miedo, de dolor, de verlo así. Trozos de la pared cayeron cuando sacó el puño. Y colocó las dos manos al lado de mi cabeza, apoyando la suya en la mía. No podía moverme, estaba en estado de choque.

—¿Me tienes miedo? —preguntó. Yo no conseguía hablar. Solo sollozaba compulsivamente— Dime, ¿me tienes miedo? —chilló y logró sacarme un sonido de desespero.

—Sí —le dije entre lágrimas y con la voz entrecortada.

—Me alegro. Porque lo que tú acabas de asistir no es nada, comparado a lo que él es capaz de hacer. No voy a pedirte, ni a mandar, te ruego: por favor, apártate de ese lobo asqueroso. Todo lo que él toca, destruye.

Tan rápido como llegó, se fue. Caí en mis rodillas hasta quedar sentada en el suelo. Y lloré. Hasta lavar el alma de mis sentimientos.

## Capítulo 25

Cuando amaneció, yo seguía en el mismo sitio. No había cerrado los ojos. Sin embargo, casi cerrados era como estaban de tanto llorar. No. No iba a dejar que el miedo y la locura tomaran cuenta de mi vida otra vez. No. Me levanté del suelo.

En menos de una hora estaba aseada, arreglada y mega maquillada para disfrazar todo aquel carnaval que era mi rostro. Podía perfectamente, ahora, integrar el elenco de los paranormales.

Llamé a Martha. Le dije que se encontrara conmigo en la cafetería. Cuando llegué, ella ya estaba por allí.

—¿Qué ha pasado? —se asustó al ver mi rostro casi irreconocible.

—Una larga historia que tendrá que quedar para otro momento. Martha, quiero ir a hablar con tu tía, ahora. No puedo esperar más. Quiero respuestas. Quiero saber cómo puedo defenderme de aquella loca. Y quiero pedirte otro favor.

—Claro, lo que sea.

—Quiero ir a hablar con Scarlatt, a la mansión. Pero necesito que vayas conmigo, por si pasa algo.

—¡Dios mío! —podía ver su rostro siempre tan seguro, vacilar, pero en pocos segundos, se hizo la Martha fuerte que conozco y me dijo— ¡Vamos! No perdamos tiempo. Vamos a por esa rata.

Llegamos a casa de su tía. Por el camino Martha había llamado y le indicó que íbamos a visitarla, lo que al parecer no la sorprendió. Dijo que estaría encantada de recibirnos.

Conocía la tía de Martha, Abigail, por sus fiestas de cumpleaños y cosas de familia. Siempre era invitada y la familia de ella me trataba como si fuese la suya.

Cuando llegamos, Abigail nos llevó para la parte detrás de la casa, al aire libre. Tenía una mesa dispuesta en el jardín, donde nos sentamos a conversar. Me quiso servir una taza de té, pero rechacé.

—Tengo la sensación de que el té no te agrada. ¿Has tenido una mala experiencia? —ella hablaba muy tranquila. Miré a Martha, que me hizo una seña para que hablase.

—Me han intentado envenenar con una mezcla de hierbas y especias —solté y terminé con un suspiro largo. Como si hubiera soltado algo que me estaba asfixiando hace algún tiempo.

Abigail esbozó una sonrisa y pidiendo permiso, se levantó para adentrarse en la casa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a Martha, sin entender.

—Espera. Ella sabe lo que hace —aprobé con la cabeza y esperamos en silencio. A los pocos minutos volvió. Cuando se sentó, abrió la mano y enseñó un anillo.

—Jane, me gustaría ofrecerte algo. No es todos los días que alguien se cruza con la magia o con lo que está para allá de lo admitido en nuestro mundo real. Pero cuando eso pasa, muchas cosas pueden pasar. Unas buenas, otras muy malignas. Este anillo, te protegerá de lo que no puede ser visto a la simple vista.

Me cogió la mano y me lo colocó. Era un anillo de plata con un óvalo que contenía una piedra negra. Era simple, pero impresionante. Al lado tenía varias piedras, como diamantes. Se veía como antiguo.

—Abigail no puedo aceptarlo, parece un anillo muy precioso —miré a Martha que me sonreía.

—Sí, es precioso, pero más precioso será para quien lo lleve. Ese no es un anillo cualquiera. La piedra que ves, ahora, negra, es una piedra con poderes mágicos —muy bien, yo quería ir hasta el más hondo de la cuestión, entonces iba a tener que ser fuerte y saber que todo lo que yo estaba a punto de descubrir aun iba a temblar mi mundo de una y para siempre—. Siempre que te acercases a cualquier tipo de magia negra, del mal, de la oscuridad, la piedra cambiará de color y se transformará en un tono más rojizo.

Me acordé de los cambios de color de los ojos de Kyril, que también pasaba de azul a negro y a rojo. ¿Era eso? Cuando se transformaba en vampiro era la escenificación del mal.

—Eso significa que cuando te acerques a un té misterioso, la piedra puede protegerte. Solo tienes que estar atenta —dijo Martha.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Por qué llevo uno parecido —cuando me enseñó el dedo vi el anillo que siempre llevaba, junto con otros que siempre traía en los dedos. Nunca había parado para pensar ni observar con atención. Era diferente, pero tenía la misma piedra negra en el medio.

—¡Uau! Ahora somos la hermandad del anillo, podemos ir a Mordor destrozando Saurina —bromeé. Todas reímos por un rato. Miré el té. Miré mi anillo nuevo. Estaba negro. Lo tomé. Era bueno poder volver a hacer cosas sin temer morir en el instante siguiente.

Abigail pidió que le diese las manos. Y cerró los ojos por algunos momentos. Me quedé parada. Imaginé que estuviese entrando en su ambiente de meditación. Ella abrió los ojos y me miró.

—Las fuerzas que te rodean son muy poderosas. Tú tienes algo que es precioso para alguien. Pero veo oscuridad. Y peligro —paró de hablar y se quedó mirando el infinito, pero continuó— Veo traición. Y engaño. Sí, hay cosas ilusorias a tu alrededor. Y ni todo es lo que parece.

Un escalofrío recurrió toda mi espalda. Martha estaba asombrada, como yo. Abigail volvió a echar su sonrisa tan plácida. Miró a su sobrina.

—Y tú, mi querida Martha que has venido en busca de respuestas, no tengo ninguna para ti —mi amiga esbozó una mueca de conformismo—, pero lo que sí puedo decirte es que tu cruzada acaba de empezar. Las respuestas tendrás que buscarlas dentro de ti. Y para hacerlo, tendrás que renunciar a lo que has estado protegiendo. Antes mismo de que lo que puedas imaginar, vas a necesitar tu fuerza y fe —miró para mí —y solamente lo vais a lograr si dejáis vuestro coraje hablar más alto que vuestro miedo. Y vuestro corazón.

Paró de hablar y, de súbito, como si hubiese salido de un trance, empezó a hablar de otro tema completamente distinto y corriente. Martha y yo nos miramos incrédulas. ¿Aquello acabó de pasar, realmente?

Estuvimos un rato más con ella. Antes de salirnos, cogió un libro y lo dio a Martha.

—Espero que os sea útil, pero como os dije, algunas respuestas solo las vais a encontrar a la medida que las dejaréis salir.

Pensando bien, creo que me hubiera hecho bien haber ido a la universidad aprender código. Porque no lograba entender lo que decía.

Martha me dijo que, dado lo que había pasado, lo mejor sería quedar esa noche con ella. Pasamos a recoger algunas de mis cosas y nos fuimos a su casa.

Llamé a Joseph cuando llegamos a avisarlo de que el día siguiente no iba a ir a la oficina y que aún estaba haciendo contactos para encontrar posibles compradores para la mansión, lo que en realidad, era mentira.

—Jane —dijo Joseph al teléfono—, cuando estuvimos hablando el otro día, uno de los

papeles cayó en mi secretaria y no me di cuenta. Es solamente una ficha de visita más, igual que las otras, pero si quieres te lo mando.

Si era datos sobre mi madre, quería todo.

—Sí, mándame digitalizado o mándame una foto por mensaje. Y gracias.

—De nada. Y cuando tengas un tempito, ¿remarcamos nuestro café?

—Sí, Jo. No te preocupes. No está olvidado —no quería rechazarlo. Sabía que se sentía mal por lo que pasó, pero quería que mi vida tuviese un poco de normalidad. Y mis amigos me daban eso.

Al poco tiempo de colgar, recibí el mensaje con la foto. Abrí. Era otra ficha de visita de mi madre a la mansión. Según los datos que tenía, mi madre había hecho tres visitas a la casa de Kyril. Y esta que tenía ahora sería la última. Miré la fecha. Mi corazón empezó a latir descompasadamente.

—Martha —llamé.

—Dime, ¿qué pasa? —dijo ella al verme asustada.

—Jo acaba de enviarme la última ficha de visita de mi madre a la casa de Kyril. La fecha de la visita es del 23 de mayo de 2008.

—¿Y qué?

—El accidente —me costaba hablar. Martha tenía los ojos abiertos expectantes—, Martha, mis padres fallecieron el 24 de mayo de 2008.

Nos quedamos en silencio. Yo miraba la fotografía. Entonces, Martha me quitó el móvil de la mano y empezó a mirar la foto.

—No puede ser—dijo ella.

—Es una coincidencia muy macabra, lo sé.

—No, no me estás entendiendo. Mira la foto —me entregó el móvil. Volví a mirar—, la estoy mirando. ¿Qué?

—Jane, esa ficha está firmada por el cliente. Y esa firma dice Scarlatt Petrakis.

Miré la foto y amplíé la firma. Dejé caer el móvil encima de la mesa. Llevé las manos a la cabeza. Y miré a Martha.

—Lo sé —dijo ella—, lo sé.

Me levanté de rampante. La silla cayó para tras. Empecé a andar y cogí mi bolso. Martha me alcanzó y me sujetó el brazo.

—¿Dónde piensas ir, Jane? —preguntó asustada.

—¿Qué donde pienso ir, Martha? Atrás de aquella desgraciada —empecé a chillar —quiero hablar con ella, quiero que me diga donde conoce mi madre. Quiero que me diga que pasó. Quiero respuestas. Y no, no estoy dispuesta a esperar que ellas me lleguen en código.

—Jane, cálmate. Esa mujer es peligrosa y no puedes afrontarla así. Tenemos que pensar con calma.

Me libérté y volví a entrar para sentarme en el sofá.

—¿Calma? ¿Cómo quieres que tenga calma si acabo de descubrir que aquella mujer, aquella asesina, fue una de las últimas personas a ver mi madre con vida? ¿Cómo, Martha? —las lágrimas caían por mi rostro sin parar.

Martha se asomó y se puso en cuclillas delante de mí. Me abrazó. Y me dejé quedar allí con ella: desahogando todos los sentimientos encontrados que ahora habitaban en mí. La montaña rusa cada vez iba más para arriba y cuando despeñase yo iba a ir con ella hasta al fondo.

Después de la cena, Martha estaba dedicada por completo a la lectura del libro que su tía le dio. Al parecer aquello era un compendio de brujas y nigromantes. Allí podíamos obtener las

respuestas sobre algunos de los seres del submundo. O eso esperábamos, si Martha fuese capaz de descifrar aquella formulas y escritura rara.

Ella estaba tan metida en ello, que me quedé en el sofá tumbada, relajando mi cabeza que no paraba de pensar y de bombear dolor. Cogí el móvil. Tenía que ir atrás de mis respuestas.

*“Buenas noches, Kyril. ¿Puedes hablar?”*

No tardó en enviarme la respuesta.

*“¿Necesitas que te llame? ¿Estás bien?”*

No, ¡joder! Cómo iba a estar bien, después de que casi me rompe la pared en mí cara, me acusa de mil cosas y me amenaza. Después de todo lo que mi vida se tornó, no, no estaba bien.

*“No voy a contestar a tu pregunta, lo siento. Creo que es fácil adivinar. Ahora, eres tú que insultas mi inteligencia. No hace falta que me llames. Solo quiero hacerte unas preguntas sobre la casa. Asunto profesional.”*

*“O.K.”*

Bueno, al menos esperaba que se mantuviese en los monosílabos. Mejor así.

*“Me has dicho que la última vez que la casa estuvo para venta fue hace veinte años. ¿La has intentado vender alguna vez más después de eso?”*

La respuesta tardó, de esta vez. A los quince minutos aún no tenía contestación. Me estaba dejando nerviosa.

*“¿Qué quieres saber?”*

¡Hostias! Me estaba vacilando. Llevaba un huevo de tiempo para contestar y eso era lo que decía. Típico de Kyril, dando vueltas como círculos a los asuntos.

*“Pues, lo que te he preguntado, eso quiero saber. Puedes contestarme un poco más rápido. ¿Qué pasa? ¿Te atormentan los fantasmas?”*

*“No. Me atormentan los lobos feroces. Y las mujeres obstinadas.”*

Idiota. No iba a dejarlo hablarme así. Lo llamé. Atendió al tercer timbre.

—¿Cuál de las dos afirmaciones te ha molestado más para que tengas que llamarme? —dijo con la voz agria.

—¿Quieres mismo saber? Te digo, sin problema: la afirmación en la que dijiste que me querías, que no podías vivir sin mí y la afirmación en la que dejaste eso muy claro en la pared de mi casa.

No escuché nada, porque el silencio que se hizo del otro lado de la llamada me obligó a mirar la pantalla, pensando que la llamada se había cortado. Pero no.

—¿Qué pasa, una víbora te comió la lengua? —provoqué. No iba a vacilar conmigo.

—Tienes noción que no quieres provocar un vampiro. Mucho menos un vampiro que está sufriendo con tu rechazo. Y con tus malas decisiones.

—Al menos somos dos sufriendo con malas decisiones. Yo no te llamé para discutir contigo.

—Y ¿para qué has llamado, entonces? —volvió a responder seco.

—Para que contestes mi pregunta.

—No —¿no qué? Hizo una pausa larga antes de continuar—, ninguna víbora me comió la lengua. Mi cuerpo solo pertenece a una pequeña ardillita.

—Ardillita, tus ancestros, tus muertos y tus... —él empezó a reírse del otro lado—, ¿qué?, de ¿Qué te reís?

—De ti —entré en furia—, me encanta cuando te enciendes toda, me acuerda tu cuerpo cuando estoy dentro de ti.

—Kyril, para —no iba a permitir que llevase el asunto a su campo—, o voy a colgar. Si no quieres contestarme, no tengo nada más que hablar contigo. Ni personal, ni profesional.

—No, no he intentado vender la casa más vez ninguna. Después de ese intento, que ya te dije que no corrió bien, no más. Yo fui a vivirme a Grecia. Sabía que Scarlatt seguiría aquí atormentándome. Y que no iba a permitir que nadie comprase la casa, porque me quiere atrapado a ella.

—Entonces, ¿por qué has vuelto, ahora a querer venderla? No te pesa, pensar que otras personas pueden estar a la merced de esa psico.

—Jane, Scarlatt solo quiere esta casa, porque está presa a ella, pero su locura está presa a mí. Imagino que cuando alguien compre la casa ella no continuará sus intentos de prenderme, porque ya estaré libre de ella. Durante muchos años he vivido en paz, me daba igual la casa. No tenía intención de volver aquí. Me daba igual que estuviese aquí o no. Por mí, podría podrir en ella por la eternidad.

—Entonces, ¿por qué volviste? ¿Y por qué ahora? —no entendía porque, ahora, se había empeñado en venderla. No es que necesitase el dinero. Como bien había dicho, podría haber abandonado la propiedad y ya estaba.

—Alfred me contactó hace unos años y me dijo que su presencia era más intensa que el normal, que cosas raras estaban sucediendo y que ella tramaba algo. Volví para tratar de otros asuntos y cuando estuve en la casa, noté que intentó contactarme. Fue cuando me apercibí que su presencia parecía más nítida, más real. Pero no le di importancia. No hasta que Alfred me dijo hace un par de meses que Scarlatt empezó a salir de casa. Hasta el momento ella nunca pudo salir de esa propiedad. Supuestamente es un fantasma. Está atada al sitio donde murió. Pero algo hizo para intentar escapar. Y si lograra escapar, me perseguiría. Así que pensé que lo mejor era vender la propiedad, antes que las cosas fuesen a peor. Y mantenerla vigilada.

—Has dicho que hace unos años empezaron a pasar cosas extrañas. ¿Qué cosas?

—Jane, cosas. Movimientos en la casa, otras personas surgían, supuestamente fantasmas también, aparte de ella. Y la casa pasó a atraer todo el tipo de criaturas. Creo que Scarlatt ha hecho algo para ganar fuerza. Para lograr salir de su prisión.

—Estás diciendo que estuvo planeando esto durante este tiempo, para poder tener fuerza. ¿Fuerza para qué?

—Para materializarse. Hasta bien poco tiempo, ellos solo podían salir por la noche. Por el día no pueden aparecer. No me preguntes porqué. Pero, de alguna manera, ella logró no solo hacerlo, como vagar por ahí, como si fuera real. Tú misma has visto.

—Sí, ahora entiendo porque no querías que fuera a la mansión por la noche —recordaba todas las veces que casi me tiró puerta fuera y todas las veces que me dijo lo peligroso que era quedarme allí. Incluso en el día que quedé presa por la tormenta—. Kyril, una última cosa, ¿te acuerdas en qué año empezaron esas cosas raras de que hablas? O, ¿en qué año has vuelto aquí?

—Los vampiros tenemos buena memoria, a pesar de la larga vida. Tengo casi la certeza que fue por el 2008. Más o menos. Fue justo cuando empezó la crisis financiera y he venido a tratar de algunos negocios e inversiones.

Me corazón empezó a acelerar nuevamente. 2008. Y otra vez aquella fecha me asombraba. Había algo en aquella historia toda que no estaba bien. Ahora, era yo, que tal como Martha, tenía la sensación de que algo no cuadraba. ¿Pero el qué?

—Gracias por tu respuesta sincera. No tengo más nada que añadir.

—Por un momento, pensé que estaba siendo juzgado en tribunal. Sería una primera vez. Y hay siempre una primera vez para todo. Y aun me acuerdo de la nuestra. Y lo haré por la eternidad.

—Buenas noches, Kyril —iba a colgar, pero él me detuvo del otro lado.

—Espera, espera, por favor.

—¿Qué quieres? No tenemos nada más que hablar.

—Lo sé, pero yo sí tengo algo que decirte antes de que cuelgues: te quiero, mi ángel. Ahora, más que nunca, estoy seguro: nunca he amado nadie como te amo a ti.

Colgué el teléfono. No pude contener las lágrimas otra vez. ¿Qué me pasaba? Que ahora lloraba por todo y por nada. Todo me sensibilizaba. Estaba frágil, dolida y endeble, otra vez. Escucharlo decirme que me amaba, era demasiado para mí. Porque ahora, tenía la certeza que era recíproco. Por mucho que quisiera negar. El aprieto en el corazón que sentía cada vez que escuchaba su voz. A pesar del miedo que me hizo sentir, mi corazón lo perdonaba, una y otra vez. Tal como él dijo, también yo me acordaba de cada momento que estuvimos juntos, lo perfecto que fue y lo bueno que era. Los pocos y escasos momentos que vivimos fueron suficientes para dejar huella en mis sentimientos. De escarbar mis deseos más profundos, de arañar mis inseguridades. De querer quererlo. De querer amarlo, como otrora amé.

Solo que este amor también dolía. Y el dolor me enseñó un camino muy diabólico: el de caminar sola, entre la soledad, el de caminar con el corazón en las manos, intentando reunir los pedazos que la vida rompió. Intentando caminar manteniendo la esperanza de que la vida no era solo esto. No era solo tormento, suplicio, pena. Y hasta el momento, la única respuesta que obtuve es que sí, la vida no es simple. La vida te da, lo que te da. Y da igual si montas un castillo de arena o una cabaña de sueños con lo que te da. Pero ella da, lo que da.



## Capítulo 26

Martha y yo decidimos que no íbamos a quedar con las manos cerradas, esperando a que aquella zorra preparase su próximo ataque. Así que planeamos entrar en la mansión e intentar descubrir lo que pasaba.

Sabía que Kyril estaba ausente de la ciudad, porque me había enviado un mensaje luego por la mañana a decir que estaría fuera, pero que al día siguiente cuando volviese, íbamos a hablar los dos. Después de la conversación por teléfono que tuvimos quedó claro que no quería hablar con él. Al parecer, era la única que pensaba de esta forma, porque él me dijo que no iba a permitir que lo que había entre nosotros se disipase. Y para mí, el problema residía en entender que es lo que había entre nosotros. Solo podía ver una relación tempestuosa en la que dos especies diferentes y completamente opuestas intentaban tener algo basado en sentimientos que no estaban bien esclarecidos.

—¿Estás lista para ir? —preguntó Martha.

—Sí. Vamos.

Acabábamos de guardar algunas cosas en la mochila. Linternas, estacas de madera, cerillas, un mechero (por si acaso), velas, una botella de querosene y otra de alcohol, y el libro de Martha. Después de algún estudio, ella logró saber algunas cosas de los seres estos que, supuestamente, vagueaban por la casa. Tuve que dejar de lado todas mis creencias y la falta de ellas para aceptar todo lo que me dijo.

Martha había leído en el libro que Abigail le dio que los vampiros eran seres con varias formas y diferentes estilos de vida y concepciones. Eran de los seres más antiguos del universo, tan antiguos como el hombre. A lo largo de los milenios y siglos se habían convertido en mucha cosa. Adaptado su manera de vivir la vida entre los humanos y demás seres, mezclándose y ocultándose entre la sociedad real. Así que había mucho por donde aprender sobre ellos. Las cosas que se mantenían comunes de los estudios y los conocimientos de estos seres son que se alimentaban de la sangre, no necesariamente humana, unos más que otros. Que eran seres inmortales por naturaleza, pero que se podían matar usando algunos métodos: con una estaca en el corazón o cortando la cabeza. A posteriori había que prender fuego al cuerpo.

Por eso llevábamos diferentes utensilios que preparamos a lo largo del día. Nunca pensé que algún día iba a ser protagonista de un episodio de caza vampiros. Me seguía pareciendo todo surrealista. Todo esto era en el caso de que Scarlatt apareciese en la forma vampíresa que tenía y nos amenazase. Es decir, en el caso de que nuestra vida peligrase ante la suya. No tenía duda. Por todas las vías, ella ya estaba muerta.

Y eso nos dejaba con los fantasmas o seres del submundo. Los espectros y sus variantes. Había muchos tipos de seres que desafiaban la muerte y muchos que pendían entre los dos mundos. El mundo de los vivos y el de los muertos.

El tema era complejo y es de lo que menos habíamos podido documentarnos a tiempo. Grande parte de las cosas que escuchábamos dividía estos seres en categorías paranormales. Había los ángeles, seres que surgen a los humanos para ayudarlos. No suele ser frecuente sus visitas, pero suelen aparecer para nos transmitir mensajes. No mueven los objetos en una habitación para

asustarnos. Por eso, los podíamos distinguir de los demás. No solían surgir con intenciones malas.

Por el contrario, los demonios quieren hacer exactamente eso: asustarnos. Los demonios nos quieren mantener engañados en la creencia de que ellos son más poderosos y quieren asustarnos y someternos. Es una vieja táctica.

Estaba muy claro a que bando pertenecía Scarlatt. Después había otras formas de espectros, los que deambulan en el limbo, porque están sometidos a castigos o porque tienen misiones que cumplir. Digamos que serían las almas del conocido purgatorio. O así fue como yo lo entendí. No se sabe muy bien su verdadera naturaleza. Pero al parecer, eran seres atormentados. Las almas del purgatorio pueden visitar a las personas en la tierra, pero por lo general es para pedir oraciones o para agradecer a alguien por sus oraciones o para vengarse de sus muertes.

Todo esto fue lo que Martha y yo podemos interpretar de su libro complejo que no dejaba nada que envidiar a los más terroríficos libros de terror de una cualquier librería. Solo que este, hasta ver, hablaba de cosas reales y que existían. Y nosotras estábamos dispuestas a visitar ese mundo. Con la intención de encontrar una respuesta para apartar Scarlatt de mi vida.

Cuando llegamos a la mansión eran las diez de la noche. Me dejó curiosa el hecho de que la puerta de acceso a la casa estuviera abierta. Había colocado cuerdas y una escalera en el coche, por si acaso, pero no hice falta. Ahora solo teníamos que encontrar una manera de entrar en la casa, sin que nadie nos viera.

Me acordé de los jardines y de que había unas entradas por la parte de atrás. Quizás hubiese alguna ventana abierta o alguna puerta más fácil de abrir. Si alguien nos pillase estaríamos en un problema grave. Un crimen de invasión de propiedad ajena; un delito de usurpación y de allanamiento. En termos básicos, estaríamos jodidas las dos. Si alguien nos encontrase allí, los fantasmas serían el último de nuestros problemas. Al final de las cuentas, nosotras éramos humanas. Y cualquier cosa que pase, nos arriesgamos bastante. Nadie va a creer en la versión paranormal de los hechos.

Aparqué el coche apartado. Kyril no estaba. Así que, la mansión era demasiado apartada de cualquier rasgo de civilización y no creo que nadie fuese a ir a esa hora a una casa vacía.

—Vamos por detrás. Hay unas entradas en las traseras y podemos intentar por allí —dije.

—¿Y Alfred? ¿Qué pasa si nos ve?

—No hay luces en las ventanas. No parece estar aquí. Probablemente estará de día libre.

—Ya, pero ¿y sí no está?

—Ya encontraremos forma de despistarlo.

—¡Uau! Me parece un plan mega elaborado, Jane —dijo Martha resoplando con ironía. Se veía nerviosa. Me sentía mal por traerla para aquella quimera, que al final, era mía.

Avanzamos muy despacio con las cosas a espaldas, por la lateral de la casa, entre los jardines. Había alguna luz: la luna estaba llena, por eso era fácil ver los reflejos y los caminos. Eso nos ayudaba a guiar por entre la oscuridad. Aparte teníamos las linternas que usábamos para alumbrar la distancia.

Tras una media hora seguíamos recorriendo jardines.

—¡Mierda! Esto es un puto laberinto, Jane. Pensé que sabías el camino.

—Cuando visité la mansión, Kyril me trajo por aquí, estoy segura de que había una entrada cerca de aquella estatua de la mujer ángel.

—Jane, hemos pasado ya por tres estatuas de ángeles, ¿estás segura de que era la misma o lo has confundido?

—No estoy segura de nada. Pero tenemos que encontrar una salida, no podemos quedarnos aquí en este lio toda la noche. Vamos por aquí, hagamos un último intento.

—¿Y si no es por aquí? —dijo Martha, claramente asustada.

—Volvemos atrás y ya.

—¿Atrás? Creo que ni volver atrás vamos a poder. Para eso tendríamos que saber dónde es “atrás” —la miré y tragué en seco. Tenía razón, estábamos perdidas, en el medio de un jardín inmenso. Pero, no iba a darnos por vencidas. Le cogí la mano y la arrastré por el camino junto conmigo. Teníamos que seguir buscando la salida.

La nueva ruta nos llevó a otra encrucijada. Mi mente proyectaba las imágenes de cuando estuve allí con Kyril, pero era de día y no de noche. Era como si aquel sitio se hubiera transformado en otro. Nada parecía lo que era. Y con este pensamiento me acordé de las palabras de Abigail. Un escalofrío pasó por toda mi espina dorsal. Paramos.

—Lo siento Martha. Esto ha sido una mala idea. Pésima. Lamento haberte colocado en esto.

— ¿Tengo que recordarte de que fui yo la que quise venir? Para de lamentarte, eso no nos va a sacar de aquí.

De repente, escuchamos un sonido proveniente de los setos que marcaban los caminos. Martha agarró mi brazo. Era un crujido de lo que parecía una rama rompiéndose. Nos miramos. Quedamos tan estáticas en silencio, aguzando el oído que nuestras respiraciones se quedaron detenidas en la boca del estómago. Pasados unos largos segundos, no había ruido ninguno.

—Habrá sido una rama, como es normal. Si vamos a ponernos así con una rama, mejor ni entrar en la casa —dijo Martha. Meneé con la cabeza como aceptando lo que me decía, pero mis ojos seguían mirando a todo el lado.

Entonces, pude soltar todo el aire que había quedado retenido dentro.

—Vamos, esto es una tontería. Estamos perdiendo tiempo. Tenemos que encontrar una salida —me giré para el camino que teníamos de frente y le di la mano para atraerla al paso. Pero cuando di un paso adelante, un sonido bastante más alto y real de chasquido de hojas y crujidos de ramas, me detuvo. Mi cuerpo empezó a temblar. Podía escuchar perfectamente como se movían los elementos de la naturaleza oculta, como si alguien estuviera encontrando pasaje por entre ellos.

No tardó mucho hasta que escuché un gruñido de animal. O mejor: un gruñido de un perro o algo similar. Nos giramos las dos a la vez. Y allí estaba. Delante de nosotras, un animal que parecía un perro enorme, pero se asemejaba bien más a un lobo, gruñía con los dientes todos afilados enseñando su presencia. Lo que más asustaba no era su postura de ataque, sino que, los ojos rojos que tenía y que brillaban por entre la oscuridad con intensidad. Ya había visto ese hocino antes, esos ojos. En la carretera, el día que tuve que volver a la mansión. El animal avanzó más con las dos patas delanteras. Avanzaba hacia a nosotras.

—Corre —sentí la mano de Martha tirar de la mía y solo fui consciente de lo que estaba pasando cuando las dos empezamos a correr por aquellos caminos laberínticos sin mirar hacia atrás. Nuestras manos iban pegadas y corríamos a la misma velocidad, pero en constancia de rapidez.

Podía escuchar la bestia corriendo atrás de nosotros. Su respiración, su gruñido, su ansiedad. ¡Joder, Martha! Sería posible que mi amiga no supiese que lo peor que podías hacer cuando te encontrabas con un animal salvaje era correr.

Corríamos la vida y por nuestra vida. ¿Para dónde? Ni idea, el tema era correr y no parar. Encontramos otra encrucijada y cuando Martha iba a tirarnos por la derecha, vi una estatua que reconocí de inmediato. Y le di un tirón en la mano, para cambiar el rumbo para la izquierda. Eso hizo con que perdiese el equilibrio y cayó. Como íbamos agarradas de la mano, el impacto nos soltó y yo caí también. Oía perfectamente el animal acercarse a pocos metros.

Me levanté rápido.

—Martha, levántate, rápido. Nos tenemos que ir —le dije, extendiéndole la mano y agachándome para ayudarla a levantarse. Ella lo hizo y cuando se colocó de pie, soltó un gruñido también, de dolor. Colocó una mano en su rodilla. No podía ver que le había pasado, porque estaba oscuro— ¿Puedes moverte?

—Sí —no esperé más y empecé a correr con ella de manos dadas, escuchaba el bicho cada vez más cerca. Nos acercaba despacio. No podía ir corriendo, de otra forma ya nos hubiera pillado. Era un depredador y nos estaba acochando cada vez más para dejarnos sin escapatoria. En su juego de pilla, pilla.

Nosotras corríamos otra vez sin criterio. Por fin, avistábamos el muro de la casa. El final del laberinto estaba allí. Corremos para una puerta que vimos a la distancia. Pero obvio que, cuando llegamos para abrirla, no se abría. Intentamos con toda la fuerza, pero estaba cerrada. El sonido detrás nos hizo girar, ahora de espaldas para la puerta. A la salida de los setos, estaba la bestia esa. Ahora solo nos miraba con los ojos rojos y no gruñía. Mi garganta quedó seca. Estábamos atrapadas, sin posible escapatoria. Entonces, se fue. Se adentró otra vez en el jardín y desapareció en la oscuridad.

Esperamos unos segundos mirándonos y mirando la salida, en silencio. Nuestras miradas hablaban por sí solas. Mi corazón parecía querer salir del pecho. Hice una seña de silencio a Martha y la arrastré pie ante pie por el muro de la casa. Fuimos tanteando la zona, despacio. Encendí la linterna, que llevaba en la mano aun, presa por la cuerda. Escrudinando el edificio, vi una ventana térrea. Parecía cerrada, pero cuando apoyé la mano para confirmar, vi que estaba abierta. ¡Milagro! Una ventana abierta. Era nuestra salvación.

—Vamos, por aquí —abrí la ventana toda hace atrás, para dentro de la instancia y ayudé Martha a subir. Ahora podía ver que su rodilla chorreaba sangre. Se habría dado con ella contra el suelo y rascado toda la piel. Esperaba que fuera solo eso. Así que ella entró, miré alrededor, pero no había señal del animal. Entré también.

Dejé la ventana cerrada solamente para que nada entrase, pero estaba abierta, en el caso de ser necesario salir. Pensé en eso. Habíamos pensado en entrar, no en salir. Y además salir por el mismo sitio estaba, pues, ahora, muy contraindicado. No solo no podríamos pasar el laberinto nuevamente, como un animal salvaje extraño y sanguinario estuvo a punto de devorarnos. No era plan entregarse a la muerte así tan fácil. Si es que no era eso que estábamos haciendo desde un principio.

Miré la instancia donde estábamos. Era un dormitorio. Había una cama enorme de madera, antigua. Muy bien decorada. Di un pequeño vistazo intentando identificar lo que veía con la luz de mi faro. Había más ventanas, un pequeño sofá junto a alguna. La habitación hacía continuidad con otro cuarto, una especie de sala, donde un escritorio antiguo, un buró de madera típico de la época barroca. Sí, todas las instancias tenían este aspecto. Deberíamos estar en algún ala distinta de la mansión, ya que yo nunca vi estas habitaciones antes.

Cuando vimos que no había nada por allí, pedí a Martha, por gestos, que se sentase en una silla que había justo en el medio del cuarto. Ella lo hizo con dificultad. Escuché que ahogaba un gemido.

—Déjame ver esa rodilla — el rasguño que pensé que había era bien más un agujero abierto y podía ver la carne viva y la herida fea que se había hecho. Hice una mueca de desagrado— tenemos que desinfectar esto. No tiene buena pinta.

—Me duele bastante. Puedo andar, pero tiene pinta de que va a quedar cicatriz —pobre Martha miraba para sus vaqueros rotos y su rostro estaba atónico. Probablemente de la oscuridad y la única luz que teníamos, pero le veía el rostro sin color. Saqué la botella de alcohol de la

mochila y no pensé mucho. Rompí un trozo de mi camiseta en la zona del abdomen.

—¿Qué haces? —me dijo asustada, encogiéndose en el asiento.

—Martha, tengo que desinfectar la herida o puedes ganar un problema serio. Por favor —mi voz era calma, pero bien más era una petición. Me miró con el rostro en pánico. Un segundo después asintió con la cabeza. Yo abrí la botella de alcohol que traíamos y empapé el trozo de tela con el líquido. La miré y juro que en ese momento, me dolió más a mí en el alma lo que iba a hacer de lo que posiblemente fue el dolor que sintió en sus carnes, cuando posé el pedazo de paño sobre la herida.

Vi llevar el brazo a la boca y morderse para aguantar el dolor. Las lágrimas asomaron a mi rostro de verla en aquella agonía ¿Pero, qué hacía con mi vida? ¿Adónde habíamos llegado con toda esta insanidad?

Seguí limpiando la herida. Lo que conseguí. Al menos parecía más decente. Até la tela alrededor de la rodilla para dejarla tapada.

—¿Puedes caminar? —la ayudé a levantarse. Mancaba un poco, pero pudo caminar.

—Creo que puedo caminar —me dijo. Salimos de la habitación hace un pasillo. Empezaba el tema de los pasillos. Volvía a la misma historia. ¿Por dónde? ¿Y hace adonde? Al final, ¿qué es lo que buscábamos mismo?

—¿Qué hacemos, Martha? —pregunté muy bajito casi en un murmullo.

—Vamos a intentar bajar al sótano ese de que hablaste. Si ahí tienes las mazmorras, quizás podamos encontrar algo.

—¿Estás loca? No vuelvo ahí ni muerta. De hecho, prefiero no pensar en esa posibilidad.

—Jane, tenemos que empezar por algún lado.

—Ya, pero no tenemos que empezar tan bajo. Literalmente. Vamos explorando a ver si tenemos alguna pista.

—¿Y qué pretendes, entrar en todas las habitaciones de este mausoleo? —Martha me hablaba, mientras avanzábamos por los pasillos que tenían puertas de un lado y otro, apartadas entre sí, pero que serían las varias habitaciones de aquella enorme casa.

—El anillo. Tu tía dijo que cuando estuviésemos cerca de algo peligroso los anillos nos avisarían. Estate atenta al tuyo.

Y nos adentramos en la aventura para la cual fuimos hasta allí. Investigando la mansión del señor. Del señor Petrakis.

## Capítulo 27

Pasados unos diez minutos ya habíamos deambulado por varios pasillos y mirado a los anillos unas cien veces. Bajamos unas escaleras y ahora estábamos en un piso intermedio. La mansión tenía tres plantas y nosotras nos hallábamos en la segunda. En esta zona había luz en los pasillos, como la luz que yo vi en la última visita. Extraño, porque desde afuera no se apreciaba ninguna luminosidad. Y esto que había ventanas al exterior. Apagué la linterna. Era una penumbra más bien, pero nos dejaba guiar.

Vi una puerta enorme de madera tallada. En ella se podían ver todo el tipo de escenificaciones grotescas: como góticas; gárgolas y animales raros. No entendía. Nunca había visto esto antes, era como si estuviese en otra casa.

Abrí la puerta. Cuando nos adentramos, podíamos apreciar un salón. Había un par de velas encendidas en un escritorio. ¿Quién dejaría velas encendidas en una casa vacía? Podría incendiar toda la propiedad.

Nos acercamos al escritorio. Había papel de carta y algunas cosas escritas a mano. Cogí una de las cartas. Data de 1998, hace veinte años atrás.

*“Para Jade...”*

*Sé que nada de lo que diga te hará volver a mí. El goce de sentir tu rostro, tu piel, tu mirada no es más mi inspiración ni mi vivir. Tus gratos recuerdos son el más puro que me quedó de ti.*

*Cuando la oscuridad del bosque cayó ante mí y todos los senderos estaban cubiertos de vegetación, cuando vi que no había nada más que hacer para traer tu cuerpo a mis manos, ahí, fue ahí cuando padecí.*

*En mi triste eternidad, cuando tienes un corazón tallado a piedra, tu orgullo dice que no existe otro camino sino el de la soledad. Pero tú me has enseñado que eso no es verdad.*

*No creía porque no podía ver, aunque tú viniste a mí en la noche, cuando el amanecer parecía perdido para siempre, tú me mostraste tu amor, a la luz de las estrellas.*

*Aunque ahora, compartimos el triste sendero, solos, los dos. Porque tú ya no estás para acariciar el rostro de las estrellas. Y yo vivo en la eterna noche oscura de haberte perdido.*

*Siento que tengan que haber sido mis manos las que arrojaron tu alma al mar y llevaron así todo lo que me restaba de ti.*

*Todas mis esperanzas se deshicieron y grabado con lágrimas te di mi último adiós.*

*Ahora la noche parece no tener fin y la culpa, el remordimiento y la oscuridad parecen haber tomado cuenta de mi alma. Este débil corazón de piedra osó sentir y ahora vuelve a su verdadera esencia. Al profundo pozo sin luz.*

*Perdóname, mi querida, perdóname el momento en el que egoístamente te lancé al abismo de la muerte.*

*Siempre te recordaré...*

*Kyril Vladimir*

Mis manos no pararon de temblar hasta la última línea. Aquello era una carta de Kyril a Jade. La mujer que Byron y él disputaron hace veinte años. Hacía sentido. Seguramente, Byron sería un joven adolescente y Kyril con sus artimañas logró atraer la pobre chica. Lo que pasa es que ahora,

lo había leído y mis ojos no podían creer en ello, entre el agua que de ellos caía: Kyril decía que había muerto la mujer esa. Aquella era una carta de despedida en la que expresaba su desespero, su arrepentimiento.

Martha me puso una mano en los hombros, cuando vio las lágrimas cayeren por mi rostro. Le entregué la carta, sin mirarla. Estaba petrificada. Ella se detuvo un momento a leerla. La posó en el escritorio, de nuevo, en el mismo sitio donde estaba. Y no dijo nada. La que interrumpió el silencio fui yo.

—Creo que hemos tenido suerte. Venimos a buscar la verdad y la verdad es lo que encontramos —sacudí las lágrimas del rostro, decidida a seguir con nuestra indagación. Ahora, más que nunca, quería encontrar algo que pudiera detener Scarlatt, para que, de una vez y para siempre, pudiera sacar aquellos dos de mi vida.

Martha no dijo una sola palabra. Miramos toda la instancia buscando algo más, pero no había nada que llamara a la atención. No dejaba de ser extraño que de todas las zonas donde habíamos pasado, la única iluminada era aquel cuarto. Es como si estuviera indicándome el camino hace a la verdad.

Cuando íbamos a salir por la puerta, Martha me detuvo, sujetándome el brazo. Dimos un paso hace atrás. Ella miró el anillo. Y lo vi. Ahora ya no era negro. Era de un rojo intenso. Nos miramos. Entonces, la puerta abrió delante de nosotras.

No tuvimos tiempo ni a gritar, porque nos pilló de sorpresa. Cuando vi a Alfred, me relajé un poco, a pesar del susto. Al menos era alguien que conocía. Ahora solo restaba encontrar una explicación, como habíamos hablado antes. Él nos miraba con una expresión seria. Llevaba en la mano, un farolillo, que ardía por dentro en llama. No creo haber visto una imagen tan siniestra en toda mi vida.

Cuando iba a hablar, él colocó un dedo en seña en los labios pidiendo silencio y me ahogué las palabras que ni sabía que iba a decir. Entonces, nos meneó la mano para que lo acompañásemos y empezó a caminar por el pasillo. Martha y yo nos miramos y fuimos atrás de él, saliendo por la puerta. Estaba segura de que nos llevaría hasta fuera de la casa. Al menos era mejor de lo que habíamos conseguido hasta allí.

Mientras seguíamos a Alfred por el pasillo, Martha me tocó el hombro y la miré. Me enseñó, otra vez, el anillo que seguía estando de color rojo. Le hice un gesto de no estar entendiendo lo que pasaba. Y no. En la realidad, no entendía.

Alfred bajó las escaleras. Ahora estábamos en la primera planta. Volvimos a recorrer un nuevo pasillo y súbitamente paró a medio. Nos miró. Y fue cuando, por fin habló.

—Entrad en esta puerta. Quizás aquí encontraréis las respuestas que buscáis —levantó el farolillo más un poco y se acercó. Me dio un escalofrío inmediato—, pero apresaros, si los demás residentes de la mansión descubren que estáis aquí, vais a tener dificultad en salir. Así que daos prisa.

No pude evitar pensar en lo que decía y tuve que hacerle preguntas. Eran muchas las dudas.

—¿Dónde está Scarlatt, ahora? ¿Por qué nos estás ayudando?

—Scarlatt está en el salón comedor. Junto a los demás. No estoy ayudando. Estoy haciendo lo que el señor de la mansión querría. Es a él que sirvo.

—Quieres decir Kyril Petrakis —dijo Martha. Él asintió con la cabeza.

—¿Qué quiere Scarlatt? ¿Cómo podemos frenarla? —pregunté. Sé que eran muchas preguntas, pero yo había venido buscando respuestas y todo aquel escenario mórbido no me estaba ayudando.

—Vuestra presencia alimenta su alma. Os drenará hasta que pueda quedarse con la vuestra— erguí una ceja. ¿De verdad, acababa de decir aquello?— así que, aquí corréis peligro. Solo hay

una forma de detenerla: con el arma más poderosa de todas. Ahora daros prisa.

Giró la espalda y conforme se alejaba su figura desaparecía en la oscuridad del pasillo. Nos apresuramos a entrar en la habitación.

Estaba iluminada con inmensas velas. Era un cuarto. Cuidadosamente decorado, con detalles muy femeninos. Había un tocador y ropas de gala en algunas perchas de pie. Era obvio. Aquella era la habitación de Scarlatt. Sentí el dedo calentar y miré al anillo. El color rojo de la piedra era tan intenso que parecía calentarme el dedo.

—¿Lo sientes? Es como fuego —dijo Martha.

—Sí. Has escuchado Alfred, tenemos que darnos prisa, antes que alguien más nos vea. Antes de que Scarlatt descubra que estamos en su cuarto.

—¿Su cuarto? —Martha abrió los ojos muchísimo.

—Ven, veamos lo que conseguimos encontrar.

—¿Y qué es exactamente lo que estamos buscando? —preguntó.

—Cualquier cosa menos problemas. Vamos. Mira por ahí que yo voy a dar un vistazo en su tocador.

Las dos comenzamos una revisión casi policial de su cuarto. Casi podría parecer un espacio normal de una mujer coqueta, pero no. Era el nido de la zorra, la cuna del mal. Abrí cajones, pero solo veía joyas, varias; gran parte de ellas con piedras preciosas, que imaginé que fuesen verdaderas. No había mucho que llamase a la atención. Miré por su cómoda y vi una moldura en la pared. Casi me da un ataque cuando veo que era una pintura de Kyril y ella. Se veía muy antigua, de hace un siglo. Las típicas pinturas que se hacían de época. Ella estaba en una silla con un vestido impresionante. Como una princesa. Se veía muy bonita. Con su cabello fuego vivido en la representación. Kyril, muy pulcro, de pie atrás de su silla, posaba una mano en su hombro. Me entró una arcada del asco que me dio. Paré para ver mejor la imagen, porque algo me llamó a la atención. Scarlatt llevaba un collar con un adorno extraño. Iba a jurar que ya había visto aquel símbolo antes.

—¿Martha, puedes venir aquí? Mira este cuadro, por favor —ella se acercó y empezó a mirarlo.

—¡Uff! Qué asco esos dos. Espera. Eso que ella lleva en el cuello. Lo he visto antes. Espera —se apresuró a sacar de la mochila el libro. Empezó a hojear y al final de algunos segundos, paró en una página—, mira esto.

Me enseñó un símbolo que era exactamente lo mismo que lo que llevaba al pecho en la pintura.

—¿Qué es, Martha?

—Un talismán. Por lo que puedo entender de lo que dice es un Tetragrámaton. Por norma, suelen ser amuletos de protección.

—¿Y por qué necesita Scarlatt protección?

—No lo sé Jane, pero los talismanes suelen ser objetos muy poderosos. Si, como has dicho, Scarlatt hacía cultos oscuros con esa bruja, será cierto que habrá encontrado forma de protegerse. Si es que ese es su verdadero significado. Déjame sacar una foto con el móvil a la pintura. Quizás podamos conseguir alguna pista con mi tía.

Mientras Martha sacaba fotos al cuadro, di un nuevo vistazo por la habitación. En una de las mesitas de noche, había un par de libros antiguos. Abrí uno de ellos, pero aquello no era un libro. Es decir, por fuera se parecía, pero era una caja. Dentro había una pequeña daga. ¿Por qué escondía una daga allí? Recordé lo que Kyril me dijo sobre su muerte. Según él, antes de matarla, él usó su daga para inmovilizarla. Quizás Scarlatt no necesite una estaca, sino una daga. No pensé



mucho. Abrí la mochila y coloqué el libro dentro con el objeto punzante.

—Creo que ya tenemos datos suficientes. Mejor encontrar la salida rápido —dijo Martha y fuimos hace a la puerta para salir de aquel cubil. Antes de hacerlo, di una última mirada en sus aposentos: sí, me provocaba asco. No más.

Seguimos por el pasillo, pero nos quedamos confundidas cuando vimos que ese pasillo terminaba en una puerta enorme. No había otra salida, solo volviendo atrás. Miré a Martha y me hizo un gesto de confusión también. Se acercó a la puerta y colocó las manos en ella. La vi cerrar los ojos.

Se quedó así por unos instantes, en los que la ansiedad estaba a empezar a adueñarse de mí. Entonces la vi girarse para mí con los ojos muy abiertos.

—Corre —¡Joder! Cada vez que decía esto nada bueno venía en camino. Empecé a correr por el pasillo, pero cuando casi estábamos a medio, Martha me cogió la mano y nos adentró en una de las habitaciones. Estaba oscura. Nos quedamos allí respirando y oíamos voces cada vez más cerca. Podía distinguir bien una de ellas. Scarlatt.

—Me da igual... encontrarlas —no cabía duda. Sabía que estábamos allí. Estábamos jodidas —, Byron tendría que haberlas matado. Lobo estúpido. Vamos... ¿a qué esperáis? Encontrarlas, sus inútiles, u hoy mismo vuestra alma encontrará el infierno.

Mi corazón estaba desbocado otra vez. Temblaba por todo el lado. Ella dijo Byron. No podía ser. Era una coincidencia. No estaba hablando de la misma persona. No de mi Byron. ¿Mi Byron? ¡Vaya! Menudo pensamiento, dadas las circunstancias. Agarré la mano de Martha, que también temblaba.

—Jane... —una voz masculina en susurro sonó en habitación donde estábamos escondidas. Era casi imperceptible, pero podría oír. Agucé el oído— Jane...

—Martha, dime que has escuchado lo mismo que yo—le dije bajito.

—Sí, hay alguien en esta habitación. Y no sé explicarte, pero presiento que ese alguien no está en la misma dimensión que nosotros.

—¡Joder, Martha! Hay una loca persiguiéndonos allí fuera y me vienes con un achaque— hablaba muy bajito, porque podía escuchar los movimientos en el pasillo de un lado al otro.

—Tengo que recordarte que tu amiga Scarlatt también es un fantasma, ¿qué te sorprende? Hay alguien aquí y no sé decirte que es.

Cogí la linterna y la encendí. Total que nadie iba a vernos allí dentro y si había alguien allí era mejor que nosotras lo consiguiésemos ver.

Apunté la linterna por toda la instancia, pero no lograba ver nadie. Entonces lo vi. El hombre con la capa negra. El de la prisión. El del pasillo. El hombre sin rostro. Estaba en una puerta al fondo de la habitación. Con el susto dejé caer la linterna. El ruido que hizo nos obligó a permanecer petrificadas. Los murmullos del pasillo habían parado. ¡Dios! La había cagado. Ahora la linterna alumbraba el suelo en un aspecto sombrío y tenebroso. Di la mano a Martha en la tiniebla. Y apreté. Entonces escuché algo que hizo todo mi ser convulsionar.

—Jane, soy yo... ven... ven... te guío.

La voz era muy siniestra y se escuchaba desde la puerta donde estaba el hombre, pero lo que me dejó aterrorizada es que reconocía aquella voz. Era igual a de mi hermano. No sé qué me impulsó a hablar, pero lo hice.

—¿Eric? —las lágrimas nublaron mis ojos, del miedo, de la ansiedad, de la sorpresa, la incertidumbre. Y la esperanza.

—Jane... sígueme.

La sombra esa habló nuevamente y no sé explicar que hizo moverme, pero arrastré Martha en

la dirección de aquel hombre. Cogí la linterna del suelo y apunté para la figura esa. Su espalda estaba cubierta por la capa negra y la cabeza escondida detrás del gorro que salía del manto. No podía apreciar su figura. Era como una sombra. Lo seguimos. Abrió una puerta y entramos en lo que parecía ser una antecámara de la pared. Era fría y húmeda. Avanzamos por varios pasillos. Y por fin, él se detuvo en una puerta. Se apartó de espaldas.

—Salid por esta puerta, encontraréis el vestíbulo. La puerta principal está abierta. Tenéis que ser rápidas El peligro acecha —dijo. No tenía dudas, era la voz de Eric. De mi hermano. Casi estuve tentada a tocarlo, pero él abrió la puerta y se apartó más. La luz del vestíbulo surgió delante de nosotras. Pero yo estaba helada. Colada al suelo. Y gracias a Martha, que me empujó a salir de mi asombro, pasamos la puerta, pero antes de salir detrás de mi amiga, miré atrás a la sombra.

—¿Eric, eres tú?

Él levantó el gorro negro que le ocultaba el rostro y pude ver. El rostro blanco fantasmagórico, los ojos sin vida de un ser que estaba todo menos vivo. Pero era el rostro de mi hermano. Jamás olvidaría aquella cara. Su pelo pelirrojo anaranjado como el mío seguía igual y sus labios eran perfectamente iguales. Antes de que Martha me diese un tirón ya del lado de fuera, lo escuché decir:

—Jane... ¡vete! —extendió la mano y entendí que quería darme algo, así que extendí la mía y fue cuando vi la piedra del anillo con un color ámbar, amarillo intenso, como si fuera oro. No era roja, era amarilla. ¿Qué significaba aquello? Él cogió mi mano y un escalofrío me recorrió al sentir el frío helado de la suya. Me colocó algo dentro de la mano y la cerró. Y con ese último gesto, desapareció en las sombras.

De todas las cosas que algún día soñé que pudiera decir o escuchar a mi hermano si lo volviese a ver, ninguna de ellas había sido proferida esa noche. Y ninguna colocaba su imagen anclada a la de un ser tan siniestro.

En ese momento, mi cuerpo y mi alma ya no estaban en mí. Yo me dejaba arrastrar por Martha que, por suerte, era más corajosa que yo y nos encaminó a la salida. Cuando sentí el aire de la noche rozar mis mejillas, aun así no pude salir de mi estado de choque. Martha logró que corriéramos hasta el coche, me quitó las llaves del bolsillo y me hizo entrar. Se apresuró a quitarnos de allí. Me di cuenta de que nos apartábamos de la mansión cuando pasamos la puerta grande. Martha conducía a todo el gas. No parecía tener problemas con la oscuridad del camino.

Nos quedamos en silencio. Unos largos kilómetros después, ella habló.

—Jane... —me miró de soslayo—, sé lo que has visto. Porque yo también lo he visto. Te creo. Pero ahora tienes que reaccionar. No sabemos que era aquello.

—¿Aquello? —pregunté devastada— Aquello, Martha, es mi hermano. Mi hermano muerto hace 11 años. O eso pensaba.

—Tienes que tranquilizarte. No sabemos, Jane. Puede perfectamente haber sido un truco de Scarlatt, para confundirte, para alucinar te.

—¿Y por qué Scarlatt ayudaría a escaparnos, hum? —Martha se calló. Al rato, largo, me contestó.

—¿Qué te he dado? ¿Qué llevas en la mano?

Todo el tiempo, seguía con la mano cerrada. No me había dado ni cuenta de que aún permanecía con algo dentro que no sabía que era. Algo que mi hermano me había dado. La abrí lentamente. Con la otra mano, cogí un colgante fino que llevaba un adorno en la punta: una pequeña llave. Una especie de amuleto. Lo levanté para mirarlo mejor, porque las sombras de la carretera y las pocas luces del coche no dejaban mucho a la percepción. Encendí la luz superior

del coche.

—Es un amuleto —dijo Martha.

—¿Cómo sabes? —le pregunté.

—Lo he visto en el libro. Es una llave, ¿correcto?

—Sí, tiene una pequeña llave colgando. Pero es una llave extraña, porque tiene como una luna creciente en la punta.

—Es la luna negra: Lilith o Kali. Está asociada con el demonio femenino. Suelen tener un poder especial cuando es Luna Negra o Luna Oscura. En el momento en que la Luna desaparece totalmente en la fase más oscura de su ciclo menguante, se habla de que las diosas de los inframundos son las que gobiernan la vida y la muerte, caso de la anteriormente mencionada Lilith que es destructiva y busca la venganza o Perséfone, que se encarga de custodiar las llaves de las puertas a este inframundo y opera como guía de las almas de los muertos. En este caso no fue Perséfone, sino tu hermano que se encargó de darte ese amuleto. Eso significa que quiere transmitirte algo.

Por algún motivo que nunca sabría explicar, abrí el colgante y me lo coloqué. Lo que quiera que mi hermano quisiera decirme, yo iba a oírlo. Cerré los ojos. Y seguimos viaje.

## Capítulo 28

Los acontecimientos de la noche nos habían dejado rotas a las dos. Era casi mañana y sugerí a Martha que pasásemos en el hospital primero para ver su rodilla, pero ella dijo que prefería ir para casa y que tras haber descansado, entonces iríamos al hospital. Me puse de acuerdo con ella. Nos quedamos en su casa. Caímos redondas en la cama. Martha se durmió a los pocos minutos. La miraba. Estaba destrozada. Todo lo que había pasado me parecía demasiado para mi cerebro. Y había arrastrado mi amiga para confrontar su realidad y eso me dejaba con un sentimiento de culpa y pena.

Al contrario de Martha yo no podía dormir. Por mucho cansancio que tuviera, mis ojos no lograban cerrar. No podía dejar de pensar en lo que había visto. Tocaba la llave que ahora pendía en mi pecho. Era mi hermano. No podía explicar, pero sabía que había visto mi hermano. No era un fantasma, ni un ser cualquiera, era simplemente mi hermano. Lo sentía. Me levanté de la cama donde me había acostado con Martha y fui hasta el salón. Empecé a llorar, intentando ahogar los gemidos con la mano, para no despertarla.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero acabé por dormirme en el sofá.

Ya era tarde cuando despertamos. En la realidad, fue Martha quien lo hizo. Cada una tomó su tiempo para ducharse y arreglarse. Martha me prestó alguna ropa mía que, por cierto, había dejado allí de tantas otras veces que llevaba cosas para quedarme con ella, cuando salíamos de fiesta. Echaba de menos esa rutina, esa vida normal.

Comimos algo y salimos hace el hospital. Mientras esperaba que Martha hiciese los curativos, miré el móvil. Tenía algunas llamadas de Kyril y mensajes diciendo que ya había vuelto y que quería verme. Decidí que era mejor contestarle.

*“Hola. Espero que el viaje haya ido bien. Estoy con Martha en el hospital. Ha tenido un pequeño contratiempo y voy a pasar el día con ella. Así que no creo que podamos vernos hoy. Te llamaré otro día para hablar.”*

Me sentía un poco mal por usar el problema de Martha para disculparme con Kyril. La verdad es que no quería verlo y no sabía que decirle. Ya lo había rechazado tantas veces que no parecía entender, pero pensé que era mejor dejar esa conversación para otro día. Definitivamente, ahora, no era el momento.

No me contestó, pero recibí una llamada entrante. Era Byron. Tragué en seco. Byron, ¿el qué debería habernos matado o Byron, mi nuevo amigo? Estaba alucinando. Atendí.

—Hola, Byron.

—Hola, Jane. ¿Cómo estás?

—He tenido días mejores. ¿Y tú, qué tal?

—Bien, estupendo. He sacado el día libre para tratar de unas cosillas, por eso, pensé que podía invitarte a un café esta tarde.

—Me encantaría, pero no puedo. Mi amiga Martha y yo estamos en el hospital. Y no voy a poder salir.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado? Cuéntame, estoy preocupado —siempre tan amable. No, aquel no era un Byron que quisiera matarnos.

—Pues que nos fuimos de jerga la noche pasada y Martha tuvo un accidente con sus nuevos taconazos y su rodilla fue la víctima —mentir ya era parte de mi cotidiano.

—¡Ostras! No digas más. Voy para allá.

—No... es decir, no hace falta, Byron. De verdad. No es nada de grave. En poco tiempo ella estará lista para irnos a casa. Te agradezco, pero no hace falta que te quedes en cuidados.

—De eso nada. Voy para allá. Para eso están los amigos. Además, no me gusta que estés sola, ahí sin compañía. Nos vemos en un ratito breve —colgó sin que tuviera la oportunidad de decir nada.

Decidí ir hasta la cafetería y coger un café. No había dormido casi nada. Y la enfermera me dijo que aún iba a llevar un tiempo hasta que Martha saliese. Le iban a hacer una placa para certificarse de que no tenía ninguna lesión interna o nada roto. Y unas analíticas. Al menos, estaba segura.

Llevaba ya un rato sentada con mi café en la mano, bebiendo a sorbitos. Casi doy un salto de la silla cuando veo alguien coger la silla delante y sentarse. Era Byron. Que susto. Me cogió las manos sobre el café que sujetaba.

—¿Cómo está? ¿Has tenido noticias? He venido lo más rápido que pude.

—Te agradezco Byron, la verdad es que me alegro de ver una cara amiga. Pues nada, que le están haciendo unas pruebas para comprobar que no hay nada más y sí está todo bien, en nada le darán alta, creo.

—Mejor. Ya verás, Martha saldrá con su sonrisa guapísima y su buen humor —me reí. Sí, esa era mi amiga. Valiente y buen rollo.

Byron y yo nos quedamos allí charlando de todo un poco. Haciendo tiempo. Me gustaba estar allí con él y de su compañía. Seguía atraída por su presencia. Era casi inevitable, pero después de todo lo que había pasado, no estaba para coquetear con nadie.

Al rato, nos levantamos y fuimos andando por el pasillo para volver a la zona de espera. Y lo vi, al fondo, avanzando en nuestra dirección. Calmamente y con su típico rostro de pocos amigos: Kyril.

Nos atajamos los tres en el medio. Excusado sería decir que sobraban presentaciones y saludos.

—¿Qué haces aquí? Te he dicho que hablaríamos después —dije a Kyril con la voz ya cansada. Él miró a Byron con mala cara y después a mí, otra vez.

—Sé lo que has dicho, pero quería saber cómo estaba tu amiga. Por eso vino. Por eso y porque pensé que estuvieras sola. Pero veo que me equivoqué.

—Claro que te equivocaste. Tu siempre te equivocas. Y siempre llegas tarde —le provocó Byron. Kyril no perdió tiempo y se acercó a él para cogerlo por la jaqueta. Se agarraron los dos bufando uno al otro. Ya estábamos, otra vez.

—¿Queréis parar los dos, por favor? —dije, elevando la voz y mirando para todo el lado, intentando evitar la vergüenza de que estuviéramos a ser vistos—, esto es un hospital. Un poco de respeto, os lo pido.

Parece que mis preces fueron oídas. Se apartaron de malas formas. Menudas bestias.

—Creo que es mejor que vayámonos afuera coger un poco de aire —me dijo Byron, apoyando una mano en mi espalda para conducirme. Pena que duró poco, porque Kyril lo apartó con un manotazo. Resoplé.

—Ya —chillé y giré la espalda a los dos, que sentí seguirme hasta afuera.

Cuando llegamos a la entrada del hospital, nos quedamos los tres mirando para el infinito en un ambiente de mierda. Estaba calor y quité la cazadora que llevaba encima. Entonces, Byron

interrumpió el silencio.

—¿Dónde has encontrado ese collar? —me dijo con los ojos puestos en mi colgante. Sus ojos miraban la pequeña llave de una forma un poco asustadora.

—¿Cómo así, dónde lo he encontrado? En lado ninguno —contesté tranquilamente. Sentí la presencia de Kyril cerca de mí. Me estaba protegiendo. Sabía que se había acercado de mí para hacer su papelito de cavernícola.

Byron, se acercó más a mí y extendió la mano. Súbitamente, sentí un escalofrío. Su semblante había cambiado y ahora lo veía con los ojos perturbados. Y su voz era más grave y agresiva.

—¿Estás segura de que no lo has encontrado? ¿Quién te lo he dado? —su mano seguía viniendo de encuentro a mi escote, como su quisiera coger la llave. Kyril le volvió a dar un manotazo y me abrazó con un brazo.

—No la toques. O te reviento las tripas, animal asqueroso.

Byron se atizó con aquello y empezó a gruñir. ¡Joder! Parecía un animal. Vi su rostro enfurecido y aquel gruñido me acordaba algo. Algo que no quería tener delante de mí. Contra lo que dijera Kyril, le coloqué la mano en su hombro para calmarlo. Pero al hacerlo, vi el anillo que tenía en el dedo cambiar a rojo. Quitó la mano tan rápido que Byron me miró, ahora con el semblante más suavizado.

—Perdona Jane, no quería ser rudo, pero es que ese tu amigo, me deja nervioso.

—No pasa nada, vamos a calmarnos todos, ¿vale? —algo pasaba de extraño. No sabía si el anillo había quedado así por él o por quien. Para tranquilizar el ambiente seguí su cuestión—, mi hermano me regaló este collar. Me recordé que lo tenía y ahora nunca lo quito. Me recuerda él.

—¿Y cuándo te lo he dado? —Byron empezaba a hacer preguntas demasiado extrañas para mí.

—¿Cómo qué cuando me ha dado? Ya te lo he contado, Byron, mi familia falleció hace más de diez años. Por cierto, —me giré para Kyril—, me quedé sabiendo que mi madre también intentó vender tu casa. ¿A que es una coincidencia interesante?

Empecé a reír, irónicamente y ambos me miraban con un aire confuso. Menos mal que Martha salió en ese momento. Venía en una silla de ruedas, empujada por un enfermero. Corrí en su dirección a saludarla.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, viva para más una aventura —sonrió y miró alrededor. Vio Byron y Kyril que ahora estaban, cada uno a mi lado—. ¡Qué bueno! Si supiera que iba a recibir este comité de bienvenida, ya me hubiera tirado al suelo más pronto.

Todos empezamos a reír un poco de su comentario. Ahí estaba Martha en su mejor.

—Así que... ¿quién va a llevarme a casa? —Martha miraba a los tres.

—Puedes venir con nosotros, te llevamos —dijo Kyril, dejando claro que nosotros eran él y yo.

—Ni hablar —Byron se colocó detrás de la silla y empezó a empujarla —, hago cuestión de dejar Martha en casa. Vosotros seguro tenéis cosas para hablar. Ya me encargo yo de alegrar a nuestra amiga, ¿a qué sí?

Martha esbozó una sonrisa coqueta y aceptó la oferta de Byron. Me acerqué a su oído, sin que los dos machos alfas escuchasen.

—Estás segura de que quieres ir con Byron. Hay algo extraño con él que no logro entender.

—No te preocupes, yo también lo siento. Pero, tú déjamelos que yo me encargo. Vete con Kyril, para no llamar a la atención.

Nos despedimos y vi Byron colocar mi amiga a brazos en el lugar del copiloto de su coche, que habíamos traído hasta el hospital.

—¿Te llevo a casa? —la voz de Kyril me quitó de mis pensamientos.

—Sí, por favor. A la mía.

Cuando llegamos, no tuve tiempo de despedirme, porque él ya me había arrastrado para dentro de mi casa y ahora estábamos solos en mi salón.

—No me acuerdo de haberte invitado a entrar.

—No es que eso alguna vez me haya impedido hacerlo —dijo de mala hostia.

—¿Cuál es tu problema, Kyril?

—No sé, dime tú. ¿Cuál es el tuyo? —parecíamos dos gallos con el rostro pegado, discutiendo.

—Mi problema eres tú.

—Entonces, estamos igual. Mi problema también eres tú —me contestó y me quedé pasmada, mirándolo.

—Pues entonces es fácil, ¿qué tal si resolvemos nuestros problemas de una vez para siempre? —puse los brazos como jarras y lo enfrenté.

Él no se movió. Solo me miraba con aquellos ojos casi blancos, hipnotizantes. Pero, entonces, hizo lo que no estaba a la espera. Me cogió por las piernas, sujetándose como si fuera un saco de patatas y empezó a subir las escaleras.

—¿Qué haces, loco? Suéltame —le daba puñetazos en las piernas para que me largase, pero el hombre estaba hecho de piedra.

—Es simple, ¿no me has dicho para resolver nuestros problemas? Eso voy a hacer.

Me colocó encima de mi cama. Ni me había dado cuenta de que había entrado en mi cuarto. Cuando quité mi largo pelo enrollado en el rostro, de la movida, lo vi desnudarse la camisa que llevaba.

—¿Qué crees que estás haciendo? —estaba estupefacta. ¿Se estaba desnudando, sin más?

—Lo que ya debería haber hecho hace más tiempo. Reclamar lo que es mi problema.

—¿Tu problema?

—Exacto —terminó de sacar los pantalones y la ropa interior en un santiamén y ahora estaba completamente desnudo. Giré el rostro para no ver su excitación obvia—, no hace falta que te escondas. No es nada que ya no hayas visto, pero sé cómo se siente —se colocó encima de mí, sujetándose las manos por encima de la cabeza—. Cuando estás lejos tanto tiempo de alguien que ya ni te acuerdas bien de los detalles.

Empezó a besarme el cuello.

—Si piensas que nuestros problemas son sexo o se pueden arreglar con sexo, es que eres más depravado y demente de lo que pensaba. No quiero estar contigo.

Él me ignoró por completo y seguí dándome besos por todo el pescuezo, mis orejas. Mis sentidos empezaron a aturdirse. ¿Qué tenía su boca que parecía anestesiarme? Subió a mi rostro. Me besaba lentamente las mejillas. Y bajó hasta quedar con sus labios colados a los míos, acariciando suavemente. Cerré los ojos de tan bien que se sentía.

—Mi problema no se arregla con sexo. Mi problema se arregla contigo. Porque mi problema es estar demasiado lejos de ti, todo el tiempo. Lo único que quiero es estar contigo y amarte. Pienso en ti todo el tiempo. ¿Por qué tiene uno que ser separado de alguien a quien ama tanto? No puedo vivir sin ti, ese es mi problema. Y mi problema reside en el impedimento del tuyo.

—Kyril —abrí los ojos—, sé que puedes ser muy romántico con las palabras—me acordé de la carta que él hizo a Jade—, pero nada de eso me convence. Tú y yo vivimos universos distintos. Somos especie distinta. No funciona. No tengo nada para ofrecerte ni tú a mí —casi me arrepentí en el momento que le dije eso, porque vi el dolor en sus ojos. No dijo nada, solo quedó allí

mirándome.

—Entonces, sí que tenemos un problema —dijo tranquilamente—. Yo he dicho que te quería, pero esto es mucho más que eso. Te dije que te amaba, pero tampoco es eso. Todos estos años mi vida estuvo anclada al vacío, a la muerte, al dolor. Contigo me siento lleno, vivo y feliz. ¿Cómo puedes pedirme para renunciar a eso? ¿Por qué, mi amor? Lo que siento por ti, haz que sea capaz de abdicar de todo por ti. Lo que sea, lo que me pidas. Lo haré. Pero no me pidas que me aparte de ti. Por qué prefiero que me mates de la única forma que puedo morir.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿La única forma de morir?

—Sí. Entregarme aquella bruja, para que me mate. Por qué prefiero que me mate con un puñal, de que tener de ser suyo por toda la eternidad. O vivir sin ti por un segundo.

Mis ojos se nublaban. Mi corazón se rompía. Intenté soltar una mano y él me las libertó. Le coloqué una mano sobre su mejilla. Quería sentirlo. Su piel era suave, perfecta. Era verdaderamente bello. Una belleza imposible de no admirar. Miré el anillo que tenía en la mano que apoyaba su rostro. Estaba de color negro. No tenía colores raros, cuando estaba junto a él. Eso significaba que la magia esa no funcionaba con él. O que no era malo. No sabía. Lo único que sabía es que, a pesar de todo lo que había visto, leído, escuchado, sentido, no podía apartarlo de mi vida. Estaba profundamente enamorada de él.

—Tu mundo no es el mío —dije con las lágrimas cayendo sobre el colchón que tenía por debajo de nosotros, arrastradas por el precipicio de mi rostro. El mismo precipicio donde ahora me lanzaba. Por primera vez, vi sus ojos ganaren un color rojo, pero no en su iris, sino que en la línea de agua, como se hubieron inflamado —y fue justo en él, donde me sentí encrucijada en el tiempo. Y me pregunté por qué. Muchísimas veces. Supe que tenía que irme, que tenía que apartarme de ti. Lo supe. Tus ojos me lo dijeron —el rojizo de sus ojos se quedó más intenso, aunque él no esbozó un solo movimiento, solo me miraba, serio. Mientras yo sentía mi cuerpo romper por dentro y clavando dolor, como cristales en los pies. Di un suspiro—, solo que... es más fuerte que yo. Este sentimiento, es más fuerte que yo. Y me está drenando, porque necesita de ti para sobrevivir.

Por primera vez, desde siempre, sentí su respiración acelerada y un suave latir en mi pecho que podría jurar que no sabía si era mi corazón desbocado colado al suyo, sin vida o si era el suyo, dando vida al mío.

—Kyril, no puedo más. No puedo vivir con esto en el pecho que me estruja. Necesito decirlo.

—Dime qué es y te prometo que lo que tú digas, yo lo voy a respetar.

—Lo que siento por ti es mucho más de lo que sé explicar. Sé que es amor, porque lo siento, pero duele. Mucho. Sé que te quiero, porque te anhelo, pero tengo miedo. Sé que te amo... porque te amo.

Sus ojos cerraron y de uno de ellos salió una lágrima de sangre. Que yo atrapé con mis dedos. La luz que venía de la piedra del anillo, me hizo mirarlo. Una danza de colores, como si fuera una aurora boreal, se mezclaban en su oval figura. Y no pensé más, lo besé. Y él no se movió. Le sujeté el rostro con las manos y me aparté de él.

—Mírame —le pedí, pero más lagrimas rojas salieron de sus ojos. Lloraba. A su manera, pero lloraba. Y verlo así rompió el último trozo que quedaba de pie—ámame, por favor. Ámame.



## Capítulo 29

Sus brazos me envolvieron en un abrazo tan profundo, que me sentí protegida. Él me besó durante tanto tiempo que pensé que íbamos a quedar sin sentidos, colados uno al otro.

—No sientas miedo —me dijo, cuando quiso apartarse—, juro protegerte con mi eternidad, con mi cuerpo, mi alma y todas mis fuerzas. Nunca dejaré que nada nos separe, ni te haga daño. Confía en mí. Haré lo que haga falta, por favor, recuérdate eso, haré lo que haga falta.

Sus palabras me dejaron más aprehensiva que relajada. Sin embargo, yo solo quería sentir sus besos, sus brazos, sus manos. Sentirlo.

Y no tardó en hacerse realidad mis deseos. Mi cuerpo sensible rendía sumisión bajo el suyo. Sus manos frotaron mis brazos hasta cerrarse en mis piernas y levantar mis nalgas. Me encajó en él, pero yo seguía vestida. Cuando iba a coger la frente de mis pantalones, hice un movimiento para esquivarme de él.

—Prefiero sacar mi ropa, antes de que me la rompas toda —sonreí y él me ofreció su mirada seductora.

—Déjame desnudarte, quiero hacerlo por ti. Venerar cada centímetro de tu cuerpo. Prometo comportar mis impulsos animales. De momento.

Aquellas palabras traían mucho más que una simple promesa, traían la certeza de que iba a llevarme al cielo. Poco a poco, quitó mi ropa, demorándose en cada movimiento, apreciando cada sensación que me provocaba. Estaba disfrutando de la espera que me tenía atormentada.

Cuando estaba desnudo por completo, pasó su mano desde mi cuello, pasando por el medio de mis pechos y parando en mi vientre. El suave cosquilleo que provocaba me dejó como una gata acariciada. Ronroneando por más. Entonces me cogió la cintura y sin pedir permiso, me penetró duramente. Fue algo asombroso. El dolor de la sensación y la sorpresa del arrebató me produjeron olas de placer por todo el cuerpo. Mis dedos de los pies se doblaron.

Él me sujetó más cerca y posó la frente en la suya. El hizo un movimiento de caderas circular, rozando su polla en mi interior en un bucle de placer increíble. Ahogaba los gemidos que temaban en salir de mi boca, sin control.

—He pensado tantas veces en ti, en el medio de la oscuridad, podía ver tu rostro, cuando no estaba contigo —dijo con la respiración pausada y la sonrisa que me perdía—; tu rostro cuando te penetro e irradia de placer y belleza. El fuego de tu cabello que enciende todos mis sentidos.

Mi respiración, estaba cada vez más acelerada, comparada con la suya tan serena. Mientras seguía sus pensadas penetraciones, llevó el pulgar a mi clítoris y empezó a acariciar el hinchado punto de placer. Estremecí y jadeé sin cordura.

—Sí, ese sonido que haces, cuando te entregas a mí, sin restricciones, sin ataduras, sin miedos —sus palabras roncadas y sensuales, me estaban penetrando los oídos casi con la misma intensidad que su polla y no sé cuál de las dos estaba dándome más choques eléctricos. Sentía un torbellino de emociones aflorar en cada poro de mi cuerpo. Sujeté su espalda con mis dos manos y lo intenté atraer para mí, aunque era tan fuerte que no conseguía moverlo. Aun así, él sintió mis intenciones y no tardó en darme las instrucciones.

—Kyril, por favor —la sangre en mi cuerpo palpitaba y sentía mis venas explotar del calor

que mi cuerpo hervía por dentro—, no puedo soportar más.

—Aún no, mi amor. Antes quiero probar algo que me está dejando loco —sus ojos estaban cargados de deseo, pero el azul volvió a quedar oscuro. Y entendí lo que quería decir.

—¿Me vas a morder? —no sentía miedo, pero necesitaba entenderlo— ¿por qué?

—¡Ah, dulce Jane! Mi amor... Porque te deseo, te amo y quiero que seas mía de cuerpo y alma. Quiero probar lo más puro de ti y llevar en mi cuerpo tu sabor. Para que nunca olvide de que no habrá más ninguna mujer que pueda poseerme, más ningún cuerpo, ninguna alma.

—¿Va a doler? —quería estar consciente de lo que quería—, ¿vas a poder controlarte? ¿Me matarás como lo hiciste con Jade? —no sé de dónde me salió tal frase. Pero de lo más crudo de mí. Él paró de bombearme y se quedó quieto.

—Yo no maté a Jade. Nunca mataría a alguien especial. Y tú eres mucho más especial que ella. En muchas otras formas. Así que no, nunca arrebataría tu vida. Yo quiero escucharte suspirar, gemir, gritar de deseo por mí, romper el silencio con mi nombre. Quiero hacer que tu corazón pare de latir, como el mío, pero no para matarte, sino que para cuando volver a hacerlo, tu estalles en mis brazos. Así los dos moriremos de la única forma que quiero matarte. De amor. De placer.

Volvió a penetrarme hondo y me besó el cuello. Pasó la lengua por mi vena del pescuezo y sentí un suave cosquilleo.

—No sentirás dolor, porque puedo curarte y anestesiar te con mis fluidos. Como hice con tus pies —dijo con su aliento caliente en mi cuello. Volvió a mirarme y podía ver sus ojos rojos. Sabía que sus dientes de vampiro estaban allí, porque los veía cuando hablaba. Respiré hondo.

—Puedes, porque te amo. Y te dejo hacerlo, porque te deseo y quiero que lo hagamos juntos. Quiero que entre nosotros siempre haya este consentimiento, este respeto y esta complicidad.

Sujetó mi cadera con firmeza y volvió a entrar profundo dentro de mí. Cogió mi cuello y una mano y me colocó la cabeza ligeramente de lado, para tener mejor acceso. Le puse una mano en el pelo cuando se hundió en él. Sentí un pequeño picor muy sutil y una súbita corriente de sangre desplazarse por mi cuello. Por dentro. Como un cosquilleo de presión. Cuando sus embestidas fueron más aceleradas en mi interior, una vertiginosa sensación bajó todo mi pecho y se instaló en el centro de mi ser, para hacerme gritar de placer a un punto fuera de lo normal. No sé si porque se alimentaba de mí, mientras me penetraba y la tormenta de mi circulación estaba alterada, pero aquello fue la sensación más orgásmica que he tenido en toda mi vida. Siempre me hacía correr con un placer increíble, pero aquello había sido trascendental. Sentí a los pocos segundos, levantar su rostro y gritar también. No un grito de placer, sino que algo gutural, animal y potente. Y supe que le di placer también, mucho, porque sentía ese calor entrar dentro de mí. Intensamente.

Dejó su rostro en mi cuello en la zona donde antes estuve bebiendo y que ahora, besaba con suaves toques. Su mano me acariciaba el rostro y el cabello y yo estaba enroscada en su cuerpo. Si el tiempo se hubiera detenido en aquel momento, solo tenía una cosa a decir: era feliz. Me sentía la persona más feliz y amada del mundo.

No sé cuánto tiempo pasó, porque varias veces fueron las que abrí los ojos, para volver a cerrarlos.

Cuando, pude por fin, abrirlos por completo, sentí su cuerpo al lado del mío. Él seguía allí, conmigo. Me sorprendió, por la positiva y le ofrecí una sonrisa. Sus ojos me miraban, apoyado en su antebrazo.

—Eres un ángel cuando duermes —me depositó un beso tierno en la frente.

—Y tú un diablillo cuando huyes de mi cama a medio de la noche —le di un beso en el pecho —, me alegro de que te hayas quedado.

—Sabes que tengo muchas responsabilidades, mi amor. Me encantaría estar contigo todo el

tiempo, pero he de cuidar de los negocios. Muchas personas dependen de mí —cuando hablaba así, era solamente un empresario como otro cualquiera. Y me gustaba cuando era solo eso. Una persona normal y corriente. Siendo que eso ya sería difícil. Kyril Petrakis era todo menos una persona normal y corriente. Era exquisito, distinto y distinguido, mismo que fuera solo un aparente común mortal—, además, debo tener aquella... bueno ya sabes, bajo control.

—¿No hay nada que podamos hacer para que nos deje en paz? Tiene que haber algo.

—Estoy intentando. Te prometo que lo estoy. Pero no es fácil, ella tiene demasiadas cosas contra mí.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué cosas?

—Cosas —se levantó, dejándome sola y empezó a vestirse. Ya tardaba el plan de fuga del señor de la mansión.

—Has pedido que confiase en ti. Ahora te pido lo mismo. ¿Puedes confiar en mí?

Suspiró y volvió a sentarse en la cama. Me cogió las manos.

—Soy un ser muy poderoso, tengo algunos siglos. Mis ancestrales eran una familia muy poderosa entre los vampiros. Nuestra genética es más fuerte que otros vampiros. Y más resistente. Por eso, puedo pasar sin alimentarme de sangre humana o cualquiera durante mucho tiempo. Además, vivo en sociedad hace mucho y prácticamente no me acuerdo de ese lado oscuro que tengo. Lo puedo controlar. Bueno —bajó los ojos avergonzado y entendí—, ni siempre.

—No pasa nada. Eso es algo mío y tuyo, ¿de acuerdo? —le dio un beso tan querido que me derretí toda.

—Te quiero. No te olvides de eso —meneé la cabeza negativamente—. Matar un vampiro de mi calibre no es tarea fácil. Ya quisiera yo. Varias veces quise terminar con el sufrimiento.

Me dejó de piedra, cuando dijo aquello. ¿Se había intentado matar? Terminar con su propia vida. No podía creer.

—Nada justifica eso, Kyril. Nada. Y te lo digo, porque sé lo que es vivir en sufrimiento.

—Eso es porque no has vivido 300 años en él —sus ojos se perdieron en la nada.

—¿Sí? Pues si lo hubieses logrado, ahora no estarías aquí conmigo. ¿Y eso dónde nos dejaría a los dos? —él me miró con el ceño fruncido—. Nunca te rindas de la vida, por muy eterna que ella sea, nunca sabes lo que está a la espera de ti, hasta el final de ella. Y a veces, hay cosas por las que vale la pena sufrir, solo para esperar lo que la vida nos reserva. Y solo sabrás, si valió o no, en el momento que emites tu último sollozo. Pero no lo que te arrebatas a ti mismo.

—Eres la persona más increíble que conocí en tres siglos. Y eso que conocí personas.

—Soy una persona normal, como todas las demás. Solo dices eso, porque estás bobo por mí —bromeé y él me abrazó y me hizo cosquillas. Nos reímos, pero al rato le pregunté—¿Qué puede matarte, entonces?

—¿Harta de mí, ya? —le puse una cara de reprensión—. Vale. Solo hay un objeto capaz de matarme. Y con ese objeto cualquiera que traspase mi corazón puede lograr terminar con mi inmortalidad. Por suerte o por desgracia, solo una persona lo intentó.

—Déjame adivinar de esta vez: Scarlatt —él se rio y eso confirmaba lo que decía, pero su sonrisa desapareció de su rostro cuando proseguí—, y déjame imaginar: ¿con una daga?

—¿Cómo lo sabes? —porque tu exmujer duerme con ella todos los días escondida para cuando necesite que pases a ser un fantasma también. Ahora todo empezaba a ganar lógica. Scarlatt, quería conseguir volver a la vida, pero tenía su último truco guardado. Si no lograba su plan, nada me quitaba de la cabeza que iba a usar aquella daga para llevar Kyril al otro lado de la cortina. Al submundo donde vaguea.

—Te perdono, porque con esa edad, es normal la falta de memoria —él hizo una mueca de

disgusto y por su rostro, un ataque de cosquillas iba a ser la paga—, pero caso no te acuerdes, fuiste tú que me contó cuando Scarlatt intentó matarte. Imaginé que fuera con la daga con la que la mataste.

—Sí. Eso es. Al tornarla mi mujer, se convirtió en mi familia, por eso, para asegurarme de que quedaría bien muerta, le clavé la daga. Le quité la cabeza y pedí que llevaran su cuerpo para enterrar bajo tierra. Pensé en quemarla, pero no fui capaz, a pesar de todo. Así que tiene su propia tumba en mi propiedad. Donde vive para atormentarme.

—Eso significa que la única cosa que puede matarte está clavada en el cuerpo de una loca, que resulta estar semi viva, enterrado en tu propia casa. Y cualquiera que encuentre su tumba puede cogerla.

—No sé dónde quieres llegar con eso, pero no. Scarlatt tiene una tumba allí sí, en los jardines, pero su cuerpo no está enterrado allí. Eso fue solo protocolar. No quería que la gente del pueblo desconfiase de nosotros. O lo que éramos.

—Si su cuerpo no está allí, ¿dónde está?

—Bueno, en este momento, en mi casa intentando matar a la mujer que amo —puse los ojos en blanco y entonces él explicó—. No, si quieres saber dónde está su cuerpo es imposible. Porque solo yo lo sé. Y eso es algo que llevaré hasta mi tumba.

—Puede que el cuerpo sí... —dije, perdida en mis pensamientos.

—¿Qué has dicho? —había escuchado perfectamente, tenía oído absoluto, pero no entendía mis palabras. Ni yo. No quería decir nada. No quería decir que ahora mismo, yo era la persona que tenía la única arma que podía matarlo. Y sin querer, en vez de encontrar algo que pudiese matar la serpiente de Scarlatt, había logrado encontrar la daga que mataría a Kyril, si quisiera. ¡Genial! No sé dónde eso me dejaba, pero lo que sí sabía es que sí alguien supiera que tenía ese objeto en mi propiedad, mi cabeza estaría a premio, otra vez.

## Capítulo 30

Los días que se siguieron fueran, sin duda, los mejores de los últimos tiempos. Dadas las circunstancias, las cosas estaban bastante pacíficas. Kyril me dijo que Scarlatt poco aparecía, y las pocas veces que lo hacía, le decía que estaba a preparar cosas de la casa; lo que él me indicó que intentaba ignorar, porque era su forma de seguir persiguiendo su ímpetu de torturarlo y encontrar formas de hacerlo más eficaz. Él también me dijo que era la primera vez que pasaba tanto tiempo fuera de Grecia, donde solía tener su residencia habitual y su sede de negocios. Pero que estaba allí por mí, aunque eso hubiese implicado ver a Scarlatt o convivir con su fantasma y su materialización más a menudo. Él también refirió que ella cada día conseguía estar más tiempo en la forma humana. No sabía cómo lo hacía, pero parecía ganar fuerza.

El caso es que, de momento, estaba tranquila y mucho me causaba admiración. Kyril pasaba casi todas las noches conmigo. Habíamos hecho el amor mil veces y de mil formas, dormido abrazados los dos y casi tenido un atisbo de una relación normal. Durante aquellas semanas largas, tuve la oportunidad de olvidar, casi por completo, de que Kyril era un Vampiro; de que había un fantasma a querer matarme; de que había, según él, bestias que no eran buenas, pero que, aunque no había entendido bien a que se refería, no he vuelto a ver tal animal; también estaba el hecho de que mi mejor amiga era una psique con tendencia a bruja y que todos los días estudiada más el asunto de forma a abrazar su misión y propósito. Y ayudarme a encontrar una solución más permanente para lo que, a pesar de estar durmiente, no estaba terminado.

Lo que sí, no podía dejar de pensar, ni olvidar por un segundo, fue el momento en el que vi mi hermano. Todos los días he tenido las ganas de volver a la mansión, para verlo nuevamente, hacerle preguntas, saber se existía de verdad o fue solamente mi mente jugando partidas de terror psicológico. Sentí su mano. Llevaba el collar que me había dado. Él era real, pero no sé lo que era. Martha estaba intentando ayudarme a descodificar todo aquello.

Casi un mes después de aquella noche había pasado. Pero yo sabía que la paz y la tranquilidad eran sol de poca duración y que la noche volvería y con ella, la oscuridad y los seres que no me dejaban dormir descansada, sí no estaba en los brazos de lo que era ahora, la persona que más quería sobre todas las demás.

Kyril no era nada de lo que conocí. Era un hombre dulce, cariñoso, sensual, respetuoso y comprensivo. Nos estábamos haciendo buenos amigos, aparte de lo que había entre nosotros, que era explosivo y consumidor. Siempre estábamos enganchados uno en el otro por las formas más guturales y primitivas. Eso sí: los vampiros no se cansaban; eran insaciables y podían pasar horas dedicadas al placer; al suyo y al mío. Estaba matando la sed de todos estos años de celibato.

—Martha, voy a pasar en la oficina. ¿Tú vas a estar, hoy? Tengo reunión a las once con mis nuevos clientes —estábamos en finales de noviembre y en otras circunstancias estaría preparándome para el último mes en la agencia. Sin embargo, con todo lo que estaba pasando, he decidido posponer esa decisión para un par de meses más. Mi vida estaba patas arriba y no era el momento adecuado para dar pasos de cero. Joseph estaba tan contento, que me pasó nuevos clientes, ya que el negocio con la casa de Kyril estaba suspenso, hasta encontrar nuevos compradores y deshacerme de Scarlatt. Misión que parecía ser más difícil de lo que se previa.

—No. Pero me gustaría que pasaras por mi casa, cuando salgas. Si te apetece, salimos a comer algo por ahí. Hay algo que quiero que veas —hablaba, con certeza, de sus estudios en todo el tema paranormal que estábamos ahora involucradas.

—Claro. Genial.

—Por cierto, esta noche voy a cenar con Byron. Espero que no te moleste —me quedé sorprendida con su comentario.

Durante todo este tiempo que he estado con Kyril, poco cambiamos palabras. Un mensaje aquí y allí con unos saludos distendidos muy desenfadados y poco más. Me daba pena no incentivar más nuestra relación, pero Kyril me pidió mucho y pensé que, de momento, hasta que las cosas estuviesen más calmas, haría lo posible para evitar roces. Lo cierto, es que él parecía estar conforme con eso, porque naturalmente, nos fuimos apartando, sin grandes tensiones de ambas partes. Ahora, me sorprendía que estaba saliendo con Martha. Estaba alegre por ella, claro, pero aunque no eran celos, me causaba un poco de un incómodo raro.

—¿Estáis saliendo de hace mucho? —pregunté curiosa.

—Jane, si no estás comfortable con esto, no pasa nada —dijo Martha intentando aligerar el tema —, sé que Byron y tú habéis tenido vuestras cosas...

—¿Te ha contado eso? —esperaba que él hubiese tenido la decencia de no compartir por ahí nuestras reuniones, aunque fuera con mi mejor amiga —, Byron y yo no tenemos nada, Martha, descuida. Somos amigos. De hecho, ya poco nos vemos. Por eso me sorprendí. Porque no sabía que estabais juntos.

—No estábamos juntos, Jane. Si así fuera ya te hubiera contado. No, para nada. El caso es que nos encontramos otro día, cuando te dije que fuimos a salir con el grupo y me preguntó por ti, estuvimos hablando y nada, combinamos hacer cualquier cosa juntos, ahora que ya estaba bien de la rodilla. Así que otro día, fuimos a comer juntos y hoy me invitó a cenar. Como te he dicho, nada.

—Espero que te vaya bien —dije con sinceridad, aunque parte de mí, extrañamente no lo hacía por completo—, Byron está buenísimo y es muy simpático. Aparte se ve buen chico. De los que valen la pena. Así que tienes mis bendiciones para seguir adelante.

Nos empezamos a reír. Era bueno, volver a la rutina de hablar de cosas simples de la vida, como citas y opiniones sobre chicos. Cosas de chicas, de amigas y de gente humana normal.

Más tarde, después de haber pasado por el escritorio, hablé con Kyril por teléfono que me dijo que tendría que quedar esa noche en casa, porque Scarlatt le había aparecido y al parecer tenía algo importante que molestarlo. Ya tardaba.

Martha y yo comemos en un pequeño bistró donde siempre solíamos ir a comer, cerca de su casa. Subimos a su casa, para ver los nuevos halagos brujeriles de mi amiga.

—He encontrado algo que quizás será útil y mi tía también me llamó, hoy, con nuevas informaciones sobre las cuestiones que le coloqué. Vamos por partes. —Me colocó un libro encima, mientras nos acomodábamos en el sofá de su salón.

Miré la página que estaba abierta y encontré unos dibujos muy extraños, muy antiguos de piedras en colores y muchas escrituras en alguna lengua ancestral que no lograba interpretar.

—¿Qué debo buscar aquí? No entiendo nada de lo que está aquí.

—Aquí —apuntó para un dibujo de una piedra en tono dorado—, esas piedras que ves ahí son las mismas que tenemos nosotras, en nuestros anillos. Estos anillos tienen una piedra sagrada de diana, que contiene elementos termos cromáticos, como el cristal líquido, que les permite cambiar el color en la presencia de determinadas condiciones de frío o calor. Sin embargo, tienen una magia asociada a ellos, que los hace muy poderosos. Pueden saber qué tipo de sentimientos, seres

y emociones, están en nuestro ambiente. Si está en negro es porque no existe nada de sobrenatural. Pero cuando está sobre la presencia de seres malignos, demonios y demás creaturas oscuras, cambia a rojo.

—Cuando vi mi hermano la piedra cambio a amarillo —dije, siguiendo su discurso.

—Exacto. Por eso estuve viendo que significaba, porque mi tía no nos habló de ese color. Aquí en el libro, lo tiene. No me preguntes como, pero cuando veo esas letras, puedo entender que dicen. Algo raro —hizo una mueca de horror. Para Martha aún era difícil admitir que tenía poderes o era algo asociado a familia de brujas —, ahí lo dice claro. Cuando la piedra está en ese tono dorado, estamos en la presencia de seres distintos. Algunos les llaman de hadas, otros de ángeles; hay hadas, los duendes, gnomos, unicornios, sirenas, sílfides, salamandras y ondinas. Bueno y algunas almas que se convierten en protectores, como te decía, una especie de ángeles sin serlo.

—¡No me jodas! —mi rostro era un cuadro. Estaba atónita con todo lo que hablaba. ¿Duendes, gnomos? ¿En serio? Esto es más de lo que soy capaz de entender. ¡Dios mío!

—No pienses que no te entiendo. Aunque ya me voy familiarizando con los conceptos, para mí todo esto es absolutamente insano. Y pensar que Navidad pasada compré gnomos para la entrada de la casa —se quedó mirando el aire, absorta en sus pensamientos.

—Y qué más has podido saber con tu tía? —mejor ir hasta al más hondo de todo. Cuanto más rápido, más indoloro.

—La tía Abby me dijo que los fantasmas, como Scarlatt son poderosos. Posiblemente ella hizo algún hechizo con la bruja esa su amiga, para lograr volver al mundo terreno. Su alma está en el limbo. Sí, porque creo que de otra forma estaría en el infierno —ambas meneamos la cabeza en concordancia—. Solo que, según Abby, ella logró hacer algo que la permite materializarse. Y ahora viene la parte siniestra. Mi tía me dijo que algo así, solo se puede lograr con algún sacrificio a cambio. La magia negra que ella utilizó no es algo que se pueda pedir sin más. Todo lo que pides tienes que dar. En la naturaleza, sea ella cual sea, todo tiene que estar en equilibrio.

—Y eso significa que el bien se paga con el bien y el mal se paga con... el mal —hablamos las dos a la vez y sentí un escalofrío.

—Por eso, Jane, lo que quiera que Scarlatt esté haciendo para conseguir tiempo como cuerpo real, no es bueno. Algo estará sacrificando para poder recibir esa magia que le permite materializarse.

—¿Y qué puede ser eso? —qué tipo de cosas estaría aquella loca jugando.

—No lo sé. Abby me dijo que podría ser mucha cosa. Depende de lo que prometió. Pero si lograr continuar, y esta es la parte peor, puede lograr quedarse de vez con vida. Y dejar de ser un fantasma. Y así no habrá forma de enviar su alma hasta el quinto pino de los infiernos.

—Yo sé que Scarlatt tiene algo contra Kyril, de que en caso de que él no se quede con ella, tengo seguro que lo intentará matar. Pero ¿por qué se habría de dar a todo ese trabajo de perseguirlo por más de un siglo como un espectro para terminar así?

—No lo sé —dijo Martha pensativa. Nos quedamos allí en silencio, pensando en teorías, pero no pasaban de eso—. A no ser que...

—¿A no ser que qué, Martha? —Si tenía una teoría que dijera luego. Todo el tiempo era poco, ahora que sabíamos que ella iba ganando fuerza día tras día. A saber con el qué.

—A no ser que Kyrill esté vinculado con algo —hice una mueca de quien no está entendiendo nada y ella continuó—, he leído en algunas partes del libro que los hechizos se pueden vincular a personas. Como si las acciones que esa persona haga sean la repercusión directa de lo que pasa al que le lanzó el hechizo. Porque están vinculados.

—¡Joder, Martha! Tenía mejor cabeza para álgebra, en el cole. ¿Qué mierda significa eso? — estaba impaciente.

—No lo sé bien, es solo una teoría. Tengo que leer mejor. Pero es una buena idea. Investigaré y te diré algo. Después ya entenderás. Si es lo que estoy pensando, quizás haya una forma de resolver el problema.

—Quebrando ese vínculo. El vínculo que conecta Scarlatt con Kyril, ¿correcto?

—Sí. Si bien que, tú has dicho que él ha estado todos estos años fuera y ella siguió siendo un fantasma. Eso significa que su presencia puede ser lo que la está fortaleciendo.

—Pero has dicho que era necesario un sacrificio. Y eso, aunque sé que Kyril y yo consideramos uno, no lo es propiamente.

—No, tienes razón. Pero hay algo que vincula Kyril, al estar aquí, a ella y algo que hace con que ella pueda alimentarse de esa magia. Y tenemos que descubrir que es. Si sabemos eso, podemos intentar quebrar el hechizo o la magia. Necesito tiempo, no tengo poderes suficientes ni sé cómo usarlos bien. No sería capaz de deshacer algo así.

—Pensaremos en algo —cuando terminé de hablar el timbre sonó. Martha fue a la puerta para ver quién era. Un mensajero traía una carta para entregar directamente.

—Es una invitación —dijo, entrando otra vez y sentándose en el sofá—, parece un convite muy formal. Está lacrado y todo.

—¡Qué elegante! ¿De quién es? Algún cliente que resolvió dar una fiesta en su nueva casa que les vendiste —solté, pero no sería eso, a juzgar por la expresión de Martha y sus ojos abiertos como platos mientras leía. Cuando levantó la mirada, abrió la boca y la volvió a cerrar. Entonces habló, por fin.

—Es de Scarlatt —le quité la invitación de las manos. No podía creer en lo que mis ojos veían—, me está invitando formalmente para la fiesta que va a dar en su mansión el próximo fin de semana. Dice que es un baile de gala. Y que hay que llevar ropa formal.

—Me cago en todos sus muertos, literalmente —estaba loca. Cómo se atrevía a dar una fiesta para invitar personas vivas a su mansión del horror. ¿Qué quería con aquello? Él teléfono de Martha sonó. Era Byron. Hablaron y cuando colgó ella me dijo que él también había sido invitado.



## Capítulo 31

A la noche cuando ya estaba en casa, envié un mensaje a Kyril.

*“Hola. ¿Qué tal el día? ¿Novedades? Un beso. Te echo de menos. Me has acostumbrado mal.”*

En la realidad, no había enviado el mensaje solo para dar las buenas noches y saber si estaba todo bien. Quería saber lo que estaba pasando en la mansión. Que había hablado con Scarlatt y que payasada era aquella de fiesta. Que por cierto, yo también estaba invitada. Cuando llegué a casa, el sobre estaba por debajo de mi puerta. Como en el siglo XIX. Muy a la Scarlatt. No sabía que en este siglo ya teníamos buzones y correos electrónicos. Mi móvil sonó.

*“Mi amor, tengo tantas ganas de estar ahí contigo. Siento tu falta. No te he dejado peor acostumbrada de lo que yo pueda estar. Ya no sé vivir sin ti en mis brazos. Diría que me has hechizado, pero espero que no. Para eso ya está la loca de Scarlatt que me tiene atrapado aquí con su insana idea de dar una fiesta. Te quiero.”*

Entonces era cierto.

*“Sí, cariño, yo también recibí la invitación. Lo que no entiendo es porque has consentido esa locura. Nos es que ella esté viva, propiamente”*

*“Pues cada día parece más y más. Pienso que ha estado guardando energía para salir en momentos puntuales que le conviene. Especialmente, cuando estoy por aquí para torturarme. No he podido negarle. Me dijo que si yo quería que ella me dejase, lo mejor es que ella se viese involucrada con la sociedad y el pueblo. Según ella, logrará muy prontamente quedarse definitivamente por aquí. Está loca.”*

Así que se confirmaba que algo estaba haciendo para lograr su objetivo. Pero cómo y por qué. Quizás ir a esa fiesta no fuese tan malo. Con tanta gente, estaría entretenida y tal vez Martha y yo pudiésemos husmear alguna cosa más.

Así que había que sacar los trajes de gala y ponernos acordes a la ocasión. Esa fiesta sería el principio del fin. De su fin.

Mandé un mensaje a Martha antes de dormir. Ya había llegado a casa y parecía que la cena había sido muy entretenida. Le dije que podríamos ir juntas a comprar algo de ropa para la ocasión. Al final iba a estar allí muchos contactos importantes y aquella podría ser una forma idónea de vender la casa. Quizás Scarlatt no pensó en eso. Enseñar que la casa estaba abierta a cualquiera que allí estuviese, daría más credibilidad. A no ser que estuviese pensando en hacer una matanza global. Meneé la cabeza y saqué mi pensamiento siniestro de la mente. Ni ella era tan tonta. De burra no tenía nada. Aquello era una estrategia, pero no sabía de qué.

En la mañana siguiente, hablé con Joseph que me dijo que deberíamos ir juntos, para representar la agencia. Le dije que sí. No me apetecía entrar sola. Ya que Kyril iba a estar al lado de Scarlatt, por mucho que eso me causase molestia. Me dijo que hasta la fiesta, con los preparativos que ella dejó a su cargo por completo, no iba a poder verme. Sentí un aprieto en el corazón. Martha, por su vez, me dijo en el día anterior por la noche que Byron le invitó a ir con ella. Así que iría con Joseph. Necesitaba de un hombro amigo para no caer seca en el suelo de aquella maldita casa.

La semana pasó volando, entre preparativos y trabajo. Martha y yo habíamos logrado comprar todo para la fiesta. Quedaban pocas horas para el evento y estaba terminando de arreglarme, cuando mi teléfono sonó.

—Te amo. Solo quiero que sepas eso, cuando entres por la puerta de mi casa. —Era Kyril.

—No sé por qué, o mejor, sé, pero me suena a excusa buena para me decires que no me va a gustar lo que voy a ver.

—Mi amor, la loca de Scarlatt me dijo que esta noche tendríamos que ser los anfitriones y que si no quería que la gente sospechase de nada, lo mejor era hacerlo así.

—Así que vas a presentarla como tu mujer. Delante de todos. —mi corazón empezó a acelerar tanto que aunque tenía el móvil en alta voz, mis manos temblaban y conseguir encajar los pendientes estaba siendo una tarea difícil.

—Yo no diré nada, pero imagino que Scarlatt no perderá la oportunidad de intentar mantenerme atado a sus insanidades con ese comentario por entre los presentes. No me queda otra. No sé qué pueda hacer. Ni cuáles son sus intenciones. De esta vez, se ha pasado bastante. Y prefiero tener ojo en ella todo el tiempo. Voy a tener la casa repleta de personas, con una vampira insana, que ahora tiene cuerpo de piel y hueso y que no sé qué intenta lograr.

—Yo sé que ella puede parecer de carne y hueso, pero no es. Es un demonio con falda y una mala actitud. Así que espero que no te entusiasmes con eso de que sea de verdad —empezó a reír del otro lado—, ¿cuál es la gracia, Kyril?

—Te quedas con la voz tan sensual cuando estás enfadada y celosa.

—No estoy celosa —¿era tonto? Tenía veinte y nueve años y me estaba diciendo que estaba celosa. ¿Yo? De aquella zorra venenosa, asesina—. Pensé que ya me conocías un poco mejor. Lo que estoy es enojada con el hecho de que esa asesina perversa esté a tu lado, eso sí. No me gusta. No tiene nada que ver con celos.

—Muy bien. Entonces, como te dije, por favor, lo que quiera que pase, es solo un protocolo, que no voy a repetir jamás —tragué en seco.

Nos despedimos y terminé de arreglarme. Me miré al espejo. Estaba decente. Me había esmerado para lucir esta noche. No, no eran celos. Pero aquella zorra iba a saber que yo no iba a entrar en aquella casa cabizbajo. Sino que todo lo contrario. Toqué en la llave que adornaba mi escote. La llave que mi hermano me dio. Con tanta gente allí, seguro no iba a poder verlo, pero lo intentaría.

Llevaba un vestido rojo largo, cubierto de lentejuelas. Era un vestido de estilo princesa impresionante. Podría llamar a la atención en cualquier alfombra roja. Porque hoy ella y yo íbamos a enseñar el rojo mejor que teníamos, el cabello, el vestido y la sangre. Porque eso era algo que iba a conservar conmigo junto con el brillo de mi elegante atuendo.

Escuché el timbre. Sería Joseph. Era el momento de irnos.

Cuando llegamos a la mansión, no parecía el mismo local. Había varios coches entrando y bastante movimiento. Aparcamos el coche a la entrada de la casa, donde pudimos encontrar lugar. La fiesta prometía. Y sin comentarios, porque, al menos en este siglo, era la primera vez que aquella casa iba a recibir invitados humanos dispuestos a entrar por libre voluntad.

Pasamos la puerta grande que estaba totalmente abierta y varios camareros y personal del servicio vestidos con rigor absoluto nos saludaban y entregaban copas de champán. Todo estaba muy glamoroso; debo confesar que los gustos de Scarlett eran bastante refinados, pero entiendo que para alguien que nació en una época donde las fiestas eran el evento más importante de un pueblo, no podía ser para menos. Claro es que, todos estos años pasados y la gente seguía disfrutando de estas cosas, porque eché un vistazo general por el salón y estaba lleno. Unos

conocidos otros menos, pero todos muy bien vestidos y parecían alegres de socializar unos con los otros. Si esto fuera una circunstancia normal yo estaría maravillada con la posibilidad de establecer nuevos contactos. Ahora mismo, solo quería pasar lo más desapercibida posible. Lo que justo cuando me salió ese pensamiento, también parece que una luz brillante incidió sobre mi cabeza y de Joseph.

—Hola. Que guapa está Jane. Tan... roja —Byron no parecía muy importado con el hecho de tener el brazo entregue a las manos de mi querida amiga Martha, porque aparte de su comentario, sus ojos me hacían un rayo x de arriba abajo. Él también estaba muy guapo. ¡Madre mía! Era muy guapo. Volví a sentir un calor repentino en el cuerpo. Siempre me pasaba cuando lo vía, pero ahora era más intenso aún.

Había un piano enorme en el salón, que no estaba allí antes y en él tocaba un hombre. Una especie de *jazz* muy agradable que llenaba el ambiente con una atmósfera de sofisticación. Pero, por unos instantes la música paró y todos miraban para las escaleras. Cuando hice lo mismo, distraída hablando con Martha, vi lo que tanto llamaba a la atención de los presentes.

De brazo dado con la piraña venía Kyril, bajando las escaleras. Sentí un aprieto en el corazón y una sensación muy desagradable. Él estaba muy bonito, con un traje típico de fiesta. No podía ser más deslumbrante. De la misma forma, su acompañante venía dejando luces por donde yo solo veía sombras. También ella vestía de rojo, un color más intenso, más oscuro, como si fuera sangre. Tragué en seco. ¡Qué adecuado!, pensé yo. El vestido se ceñía a su cuerpo hasta los pies. Dejaba a descubierto toda la parte del cuello, en un acabado muy bonito con un escote en forma de corazón con hombros caídos. Sin duda que estilizaba su perfecta figura. No pude dejar de sentir el cuanto la odiaba, en ese momento.

La música empezó nuevamente, pero ahora se habían juntado violines a la composición y tocaban la típica música de baile, barroca. Kyril estaba muy serio y antes de bajar todas las escaleras nuestros ojos se encontraron. Pude notar su pequeña sonrisa, aunque a mí no se me movió ningún musculo del rostro. No estaba yo mucho para regalar alegría con todo aquel espectáculo.

Cuando bajaron, una persona se acercó a dar un micrófono a Scarlatt, que empezó a dar las bienvenidas e invitar todas las personas para comer y beber a gusto el banquete que se había preparado y el baile que daría lugar por la noche. Tan buena anfitriona que las personas murmulaban y se quedaron impresionadas con tanta generosidad y detalle. Digamos que ella sabía cómo ir directa a la yugular de una persona. Lo demás era fácil comparado a eso.

Joseph se disculpó y empezó a hablar con algunas personas conocidas. Para él, esta noche sí que sería provechosa y no quería rescatarlo todo el tiempo solo para que me hiciese compañía.

Martha seguía ocupada con Byron, que no quitaba los ojos de mí, pero que al menos intentaba disfrazar ante mi amiga. Yo iba, posiblemente por la segunda copa de champán completa, deambulando por el salón. Iba a recoger la tercera de una bandeja que se me pasó por la frente, cuando una mano lo hizo más rápido y me la entregó.

Cuando miré para ver quién era, casi dejo caer la copa en los lindos tapetes persas. James y su dignísima esposa, que al parecer estaba nuevamente muy embarazada. Y digo muy, porque parecía que iba a parir en cualquier momento.

—¿Qué tal Jane? Cuanto tiempo —dijo él con una sonrisa muy descarada y podría decir que hasta perversa. Los saludé a los dos con un gesto formal de la cabeza.

—James... y esposa de James —ella hizo una mueca de disgusto con mi comentario. No iba a llamar la furcia por su nombre siquiera—, que sorpresa tan... sorpresa.

Los dos hicieron un pequeño gesto de fruncir las cejas. No estaba yo mucho para palabras

elocuentes, no.

—¿Qué tal te va todo? ¿Has venido acompañada? —James buscaba a mi alrededor por si veía algún novio o acompañante. No que le importase mucho. O quizás le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Su visión golosa a mi escote dejaba bien claro de que su mujer en aquel estado era todo menos la visión de lujuria que él parece haber avivado al verme. Sentí un regusto de náusea. Me daba asco.

—No. Como bien sabes, yo prefiero venir acompañada del trabajo. He venido con algunos colegas de trabajo. Soy la consultora inmobiliaria de la casa. ¿Y vosotros que os trae por aquí?

—La empresa de Micaela, mi esposa es la responsable del cáterin de esta noche, por eso fuimos invitados.

Micaela, así se llamaba la mujer que simplemente destrozó mi relación. Ya no sabía si apretarle el cuello o si darle las gracias, pero apuntaba para la segunda opción. No obstante, debería tener cuidado con lo que bebía entonces, no fuera a estar también sujeta a hallar veneno de humano.

—Muy bien, está todo exquisito. Enhorabuena por el cáterin —yo sí era una dama e iba a comportarme como tal. No una arpía que se metía bajo las sabanas de hombres comprometidos. Cuando terminé este pensamiento, una mano me sujetó la parte baja de la espalda y cuando me giré para ver quién era, encontré Kyril a mi lado sonriendo. Me saludó con un beso en la mejilla y me dijo al oído: —Estás absolutamente perfecta, *Agapita mía*.

Me sentí un poco incomodada con la mirada asesina que James lanzó a Kyril. Ahora, que lo tenía allí, pensé si era tan justo pensar de Micaela lo que acababa de pensar. En toda su expresión, yo era la mujer que dormía con el marido de la anfitriona de esa noche. Y no podía haberme sentido tan merdosa en todo mi esplendor, de pensarlo.

—¿Me presenta sus conocidos, señorita Meyer? —reiterando el hecho de que Kyril no era mi novio ni cosa parecida y que ahora volvíamos a ser solamente meros objetos profesionales, llenos de formalidades. Estupendo.

—¡Uf! Pues... este es James y su encantadora esposa Micaela —dije señalando cada uno. Se saludaron.

—Bienvenidos a la mansión Petrakis. Encantado de conocerlos. ¿Y dónde os conocéis vosotros? —Kyril sonreía y todos nos quedamos con expresiones raras de incomodidad.

—Hace tanto tiempo ya que... —dije torpemente, pero fui interrumpida por Micaela. Al final, tenía voz la cosa esa. Aflautada, pero era una voz.

—Yo, señor Petrakis, soy la responsable del cáterin de esta noche. Su mujer me contrató —¿y cómo no?—, este es mi marido James y la señorita Meyer fue una novieta de instituto de mi esposo.

Le iba a dar en la cara, alguien que me sujetase. James tenía los ojos bien abiertos y no abría la boca. Mejor. Para decir mierda, mejor se callaba. Su mujer ya estaba ocupada con eso.

—Si consideras ocho años una cosa pasajera de instituto, bueno, espero que lleváis casados muchos años, entonces. Con permiso —no sé ni a que cuento ha venido aquello, pero acabé de dejar tres personas mirándome con el rostro descolocado.

Cogí la cuarta taza de champán. Vi Martha sola al fondo, cerca del otro salón y me apresuré a hablarle.

—Te lo juro que hoy mato a alguien —dije, cuando llegué.

—Te he visto hablar con aquellos dos. ¿Clientes?

—No, Martha. Mi exnovio James y su putefica mujer Micaela —dije su nombre bien arrastrado, junto con el asco que me daba.

Había pasado mucho tiempo, pero una traición era una traición. Y ese quedó marcada a hierro y fuego. Volver a verlos allí después de todos aquellos años, restregando su éxito, fue demasiado.

—¡Joder! Esto se está poniendo cada vez mejor. Byron también desapareció. Y tú, cambia de rostro, porque Kyril viene en nuestra dirección. Disfrazas.

Y coloqué mi sonrisa más falsa hasta al momento.

—Jane, podemos hablar un segundo —me pidió Kyril, saludando de paso a Martha.

—Yo voy a ver si encuentro Byron. Hasta ahora. Si necesitas algo me dices, querida —Martha me dio un beso en el rostro.

—¿Por qué ha venido Byron a mi casa? Yo no lo invité.

—Pero tu mujer sí.

—Para de llamarla así, sabes perfectamente que Scarlatt no es mi mujer.

—Eso depende, que yo sepa los votos de matrimonio son para la vida. Y hasta que la muerte os separe. ¿Eso os deja en qué lugar? —puse un dedo en la barbilla pensativa y vi el rostro de Kyril adquirir una expresión sombría— Porque por un lado está que Scarlatt, a mi parecer, está muy viva y de buenos colores. Pero, claro, por el otro está que ella es un vampiro, entonces, eso no la deja en muy buen lugar entre los vivos. Y por fin, tengo dificultades en imaginar que aquella alma alguna vez fue un ser con vida.

La ironía que acababa de destilar en cada una de las palabras fue la suficiente para Kyril entender que no estaba de humor.

—Parece que la presencia de tu exnovio de larga fecha te dejó trastornada. ¿Qué pasa? ¿Algún resquicio de sentimientos encontrados o son simplemente cajones que no terminaste de cerrar en tu cabeza?

—No —lo que Kyril no sabía es que esa noche era mejor no provocarme, ya llevaba unas tantas copas de alcohol y una mala hostia general—, ¿sabes lo que es?, tienes razón. Tengo sentimientos encontrados, sí. Tengo mis sentimientos encontrados con dos mujeres que me resultan bastante difíciles de tragar —y por hablar en tragar, acabé de girar todo el contenido de mi vaso para dentro de mi garganta. Kyril irguió una ceja—, una porque la última vez que la vi, no estaba tan embarazada como ahora, eso está claro, pero estaba practicando. Más concretamente debajo de mi novio con el que tenía una relación hace ocho años y que no tuvo cualquier problema en mantener dos novias a la vez. Una de las cuales sabía que la otra existía. Y no era yo. Por otro lado, tenemos a otra doncella que por mucho que me gustaría sentirme cómoda en su presencia, me cuesta. Sí, me cuesta. Porque cada vez que la miro me acuerdo de frío suelo de sus mazmorras y del cuerpo caliente de su marido. O lo que lo quieras llamar. Y ahora si no te molesta, voy al baño a refrescarme, porque me siento un poco mareada con tanta visión deslumbrante. Por cierto, la fiesta está perfecta. Después de esto, nadie va a imaginar que esté asombrada. Solo yo.

Después de mi largo discurso que él escuchó sin pestañear, intenté salir de su presencia. No me apetecía discutir, había bebido demasiado y quería calmarme un poco. Pero él me sujetó el brazo. Y se asomó a mi oído.

—No es justo que sepas todo de mí y yo no sepa nada de ti. Podrías haberme dicho eso.

—¿Para qué? Eso es parte del pasado. Y a mí el pasado me gusta dejarlo justo donde está. En el pasado. Ya tenemos que baste con el que viene a atormentar nuestro presente.

Él iba a decirme algo más, pero fuimos interrumpidos por una voz familiar. Hablando de pasado y de tormenta, viva, a todo color y pertinente como siempre, Scarlatt nos miraba con una sonrisa falsa. La de siempre.

—Señorita Jane, aún no había tenido la oportunidad de saludarla y agradecerle su tan estimada presencia en nuestra fiesta. Pero imagino que mi esposo estaba haciendo justo eso —joder a más

los esposos y lo que les salga de donde les apetezca. Hipócrita. Ya le diría porque nunca perdía una venta.

—Scarlatt, dejemos los formalismos. Me acuerdo de que fuiste tú la primera en pedirlo. Tengo muy buena memoria. Y por eso, gracias por haberme invitado —Kyril seguía a mi lado como si fuera un guardaespaldas—, esta fiesta ha sido una idea genial. Nos va a venir muy bien para poder vender la casa. ¡Ah!, por cierto. Gracias por haber cambiado de ideas cuanto a la venta. La última vez que hablamos sobre eso estabas muy firme en cancelar la venta. Yo diría hasta que era una decisión que ya estaba muerta y enterrada. Así que nada, os dejo a los dos. Tenéis mucha gente que saludar esta noche. —Fui avanzando para pasar por ella y dejarla allí colgada. Pero la furcia me cogió de un brazo y me habló casi al oído.

—Yo creo que tú tienes algo que me pertenece, de hecho —miró a Kyril que tenía el rostro en furia de verla detenerme y estaba a pocos centímetros. Sabía que se estaba conteniendo para no hacer un escándalo. Y le agradecí internamente—, más que una cosa que me pertenece.

—No sé de qué hablas. Como siempre. Tú tienes una visión propia de las cosas. Debe ser algo que se gana de vivir entre fantasmas. Una visión distorsionada.

Me agarró el brazo con más fuerza y de repente, sus ojos se dirigieron a mi escote. Más concretamente a mi colgante llave. Kyril se asomó más y la sujetó por un brazo.

—Déjala, ahora mismo o no me hago responsable por lo que pueda pasar aquí —la amenazó él. Pero ella solo tenía ojos para mi collar.

—¿De dónde has sacado ese collar? —iba a colocar su mano para agarrarlo, pero le di un manotazo y me escapé de ella. Kyril la detuvo.

—No me toques. No te atrevas a tocarme, porque te juro que te mando para donde no deberías haber salido, para el mismísimo infierno.

Giré sobre mis taconazos y fue corriendo al baño, más cercano. Estaba libre, lo que me venía bien. Me cerré dentro. Controlé la respiración agitada que amenazaba romper mi corazón en pedazos.

## Capítulo 32

### MARTHA

Llevaba un rato buscando Byron. ¿Dónde se había metido? Pobre Jane, la había dejado sola con Kyril, pero después del encuentro con su exnovio imaginé que quisiera estar con él. Tenía que intentar ayudarla, pero no sabía bien como.

Me había detenido hablando con unos clientes también y había pasado casi una hora desde que Byron se había ido de mi lado. Aprovecharía, ya que no lo encontraba, para ver si encontraba algo que fuera pertinente en la casa. Empecé a husmear por todos los sitios, pero había gente andando de un lado al otro. Encontré unas escaleras y un chico guardaba la zona.

—¿Perdona, podría subir? —pregunté al chico de servicio, que debería hacer parte del equipo contratado y que evitaría a la gente andarse por donde no debería, como yo.

—Perdonad, señorita, pero no se puede subir a este lado de la casa —dije con vehemencia.

—No puede ser, la señora Scarlatt me dijo que fuese al primero andar para buscarle un chal, a una de las habitaciones de arriba que me indicó. Ella misma me pidió que lo hiciera —mentí.

—Tengo órdenes para no dejar pasar a nadie.

—Todo bien, entiendo, pero no sé si la señora quedará muy contenta cuando le diga que no me dejó usted pasar. Es que me dijo que me diera prisa, porque quiere salir a los jardines y hace un poco de fresco. No va a acabar enferma, esperemos.

El truco funcionó, porque el chico se quedó con la duda espejada en los ojos y pasado un par de segundos, hizo un gesto para que subiese, como si no hubiera visto nada. ¡Genial! Podría decir que había usado mis poderes de bruja, pero no, eran solo mis poderes de persuasión de buena vendedora.

Los pasillos de la primera planta eran poco iluminados. Ni atisbo de las memorias que tenía de aquella noche fatídica. Fui abriendo algunas puertas a ver si encontraba algo que me llamase a la atención, pero mayoría eran habitaciones de dormir o pequeñas salas. ¿Cuántas instancias tenía aquel panteón? Era infinito.

Pasados unos tantos pasillos me detuve a medio de uno. Voces venían del interior de un cuarto. Parecían estar en discusión. Me acerqué para escuchar mejor y vi que la puerta estaba entreabierta. Asomé el rostro con todo el cuidado para no ser vista ni escuchada y pude mirar para dentro.

Kyril hablaba con un señor mayor vestido de mayordomo. Era el hombre que vimos la noche que entramos en la mansión. El que nos ayudó. ¿Cómo era su nombre? Alfred, sí. Pero estaba segura de que Alfred no era una persona normal como otra cualquiera. De hecho, aquella noche podría jurar que él pertenecía al mundo de la otra dimensión. A de los fantasmas, por lo tanto.

Pero no sabía al cierto que era. Mis estudios aún no me permitían identificar bien todos los seres. Vi que ambos hablaban de algo serio. Y estaban solos.

—No, Alfred, no voy a permitir que aquella mujer coloque un dedo en Jane.

—Mí señor, temo que eso está cada vez más próximo. Estoy seguro de que trama algo que no estamos viendo. He hablado con algunos de sus súbditos, pero están todos sujetos a su hechizo y la temen. No sé dónde tenía la daga guardada, pero ahora que ya no está, sus planos cambiaran. Creo que esta fiesta es el principio de algo muy peligroso.

—Tienes la certeza de que la daga desapareció. ¿Y quién podría haber quitado eso? Si todos los que vaguean en esta casa son sus odiosos fantasmas esclavizados. Nunca harán nada contra ella.

—La otra noche, cuando su amada y la amiga entraron en la casa, creo que alguien las ayudó a salir, porque por mucho que hubiese intentado despistar la señora, sería difícil que supiesen encontrar la salida, desde donde estábamos.

—Alguien, ¿quién? Podría ser Byron... ¿lo crees?

—No. Creo que es alguien que conoce bien la casa. No sabría decir, algunas almas antiguas las conozco bien y nunca serían capaces de afrontar la señora Scarlatt. Así que tenemos que ponderar que haya sido Jane o su amiga Martha a robar la daga.

Sentí un escalofrío cuando dijo mi nombre y no recuerdo de ver ninguna daga. ¿Será que Jane la encontró? ¿Y porque no me había dicho nada?

—Alfred, ¿sabes lo que eso significa? Quien quiera que tenga esa daga tiene mi vida en las manos. Ese objeto puede matarme. Si por un lado estoy contento de que no la tenga Scarlatt, por otro lado, no sé quién pueda representar peligro para mí. Tendré que intentar sacar información de Jane.

—Cuidado, señor. La señora Scarlatt cada día tiene más fuerza. Y no queremos que su amada acabe como la señorita Jade. Si ese lobizón la coge como esa chica, mañana mismo podría estar muerta.

Ahogué un gemido en mi mano. ¡Dios mío! Estaba diciendo que la chica esa que Jane me contó que Byron y Kyril compartieron en el pasado, había sido muerta por un hombre lobo. Había leído sobre esos seres. Eran despiadados y crueles. Y perversos. Enemigos de muerte de los vampiros.

—Ha vuelto a rondar por ahí. Estoy seguro de que Scarlatt tiene mano en eso. Nada me quita de la cabeza que haya hecho un pacto con ese demonio. Ambos han muerto a Jade. Y nunca estaré descansado, mientras no pueda vengar su muerte. Si pillar ese lobo asqueroso, lo mato. Solo no lo ha hecho aún, porque sabe mucha cosa. Y su muerte levantaría sospechas. Pero si sigue rondando, lo mato.

—Lo que ha hecho con la señorita Jade fue muy cruel, señor. Lo siento.

—No fue tu culpa, Alfred. La culpa fue mía, tenía que haberla protegido mejor. No volveré a cometer ese error con Jane. Es demasiado importante para mí.

—Lo sé, señor, lo sé.

Empecé con calma a apartarme de la puerta, volviendo por el pasillo donde había venido. Había sacado fotos con el móvil para no perderme y así sabría volver. Mejor iba, antes de que me pillasen. Tenía que encontrar Jane y contarle todo. ¡Qué fuerte!

Seguía por los pasillos que ya estaban más cerca de la escalera por donde subí, pero al llegar a un cruce me choqué con una persona y casi me sale el corazón de la boca, cuando sentí un cuerpo fuerte contra mí. No me valió para el susto.

No pude evitar un grito que la persona esa, apresuradamente me consiguió tapar con la mano. Luché en su brazo para libertarme, pero me susurró al oído, antes de soltarme.

—Soy yo Martha, Byron. No chilles —y cuando me soltó sentí un alivio tremendo en el pecho.

—¡Joder, Byron! Casi me matas de susto, ¿qué haces aquí?

—Eso pregunto yo, yo estaba buscándote.

—Y yo a ti, llevo horas buscándote. Subí aquí pensando que pudieras haber venido hace arriba, ya que no te encontraba abajo —inventé para disculparme, pero iba de encuentro a la lógica, así que no desconfió.

—Pero ahora ya me encontraste —sus ojos se colocaron de otra expresión. Podía ver lujuria



en ellos. ¡Aquel hombre me dejaba loca!

—Sí —contesté coqueta—, ¿y qué vamos a hacer con respeto a eso?

Podría haber llevado el premio de ser la más estúpida tonteando, si Byron no estuviese en la misma sintonía que yo, pero como lo estaba, me contestó con un beso avasallador, que correspondí al instante.

Me empujó para una de las habitaciones que había cerca y la abrió, con una de las manos que sacó de mi cuerpo, donde empezaba una investigación de tacto por todas mis curvas.

Empezamos a reír. Entramos en el cuarto, que estaba oscuro y nos chocamos con lo que debería ser una cama.

—No veo nada. Y quiero verte —le dije.

—Espera —se apartó de mí y encendió una luz tenue que salía de una lámpara posada en la mesita de noche. No sé ni como había conseguido descubrir que allí estaba una lámpara. La habitación estaba en la más profunda oscuridad—, ya está. Ahora puedo verte yo a ti.

Y no tardó mucho hasta que nos desnudásemos allí y empezásemos lo que iba a ser un arrebato sexual muy intenso. Byron estaba tremendo. Todos sus músculos se contraían. El hombre era pura fibra y tonicidad. Estaba duro y se veía muy fuerte. Era probablemente el hombre más guapo y atractivo que había visto en toda mi vida. Y estaba, ahora encima de mí, devorando mis pechos. No tenía dudas que destilaba sexo en todas las puntas de sus dedos y su lengua. No esperaba otra cosa para otra punta que ahora, cuando terminó de desnudarse, sabía que iba a ser mi desgracia, en el bueno y en el malo sentido.

Si saliera viva de esta noche, creo que esta iba a ser la noche que casi moría... de placer.

## Capítulo 33

Cuando salí del baño no vi nadie por allí cercano que conociera. Así que aproveché para escaquearme por los pasillos y llegar a las escaleras más apartadas de la otra punta de la casa. Subí a la primera planta. Tenía que aprovechar que no estaba nadie para intentar encontrar alguna pista. El piso de arriba estaba muy poco iluminado, solamente con algunas luces de presencia, pero podía ver el camino.

Abrí alguna que otra puerta, pero no lograba ver nada que me llamase a la atención. Entonces escuché unos murmullos que venían del pasillo continuo a lo que yo estaba. Lo que pasa es que había una curva que los impedía mirarse. Por eso quien quiera que estuviese en la esquina de mi pasillo no podía cerciorarse de mi presencia. Fue aproximándome, con pasitos lentos e intentando hacer lo menor ruido posible a la punta, para oír mejor. Paré cuando pude distinguir las voces. Miré a mi dedo y el anillo estaba de color rojo. Respiré hondo y agitado. El corazón casi me salía del pecho. Si se diesen cuenta de que estaba allí, estaría en problemas. Pero podía distinguir bien quien eran los dos intervinientes de la conversación: Scarlatt y Byron. Hasta el momento, lo que sabía era que se conocían de la vez que fuimos a comer juntos y se presentaron. Pero iba a cambiar de opinión dentro de poco, cuando empezase a escuchar lo que decían uno al otro.

—La quiero muerta, hoy. ¿Te ha quedado claro, Byron? Teníamos un acuerdo y me has fallado.

—Yo no fallé nada —hablaba escupiendo rabia de la boca y agresivo—, Kyril no me deja el rastro y no quiero acabar en una pelea con él. O entonces, todo se va a la mierda.

—A esta altura ya debía tener Jane en tus brazos. Para eso te hicimos el hechizo hace años. Funcionó con Jade, funcionará con esa que tiene el nombre parecido. Son todas iguales, vienen a por lo que es mío.

—De esta vez, no es igual. Kyril tiene esa chica en una redoma, no le quita los ojos. Y por algún motivo, Jane se está resistiendo a mi encantamiento. Puedo sentir su mirada y deseo por mí, pero algo la impide acercarse más. Necesito de tiempo.

—Mí tiempo se está agotando, lobo inútil. Y lo tuyo también, dentro de pocas horas la luna estará llena al máximo. Y eso significa que vamos a perder más una oportunidad de que cuando te transformes puedas cupular con ella.

¡Joder! ¿De qué mierda estaban hablando? Byron estaba pactado con Scarlatt. No podía ser verdad. ¿Hechizo? ¿Transformación? No entendía.

—El conjuro a que estás sujeto no tiene perdida. Todas las mujeres se sentirán atraídas por ti, todas las que Kyril ponga la mano encima. Y cuanto más ellas se acercan más la atracción que sienten por ti es mayor. Y cuando logres tomarlas con la forma de lobizón, dejaron de sentir cualquier sentimiento por Kyril y esa energía permitirá que ganes más fuerza. Ese es el trato.

—El trato no implicaba matar a nadie, eso es cosa tuya. La otra chica murió en mis brazos por tu culpa. Y Kyril me quiere matar por eso.

—Era una débil. Pero al menos logramos que no se quedase con Kyril. Y me da igual que Jane muera o no. Tiene que morir. Tengo la certeza que fue ella que me robó algo muy importante.

—¿De qué hablas?

—Que esa mujer tiene algo que me pertenece y hoy voy a quitarle algo que es importante para

ella. Y hasta que me devuelva lo que tiene, no voy a permitirle vivir en paz.

—Me falta poco para conseguir materializarme por completo. Un par de almas más a su alrededor y me basta. Y cuando lo haga, si Kyril insistir en no estar conmigo, vamos a cambiar de papeles, yo seguiré viva eternamente y él seguirá siendo inmortal, pero como fantasma. Estoy segura de que cuando lo mate, sabrá que lo mejor hubiera sido quedarse conmigo. Y si no lo hace en vida, lo hará en la muerte. Lo haré pagar por todo. Y acabaré con esa mujerzuela que lo tiene atado. Ella y su amiga brujilla. Sabes lo que tienes que hacer. Date prisa. Yo voy a terminar la fiesta. Y solo queda, quien tiene que quedar. A las doce menos cuarto, te quiero en los jardines con tu trabajo ejecutado. Jane sabrá que no debería luchar contra una persona como yo. Soy mucho más fuerte que ella.

—He escuchado algo...

Sí, probablemente mi respiración acelerada. Tenía que salir de allí, antes de que me viesan. O estaría muerta. Y de esta vez por cualquier de los dos. No solo me perseguía un fantasma vampiro, como ahora tenía un licántropo o qué coño era, detrás de mí. No podía creer, Byron era una bestia también y nos había estado engañando a todos. Por eso sentía aquella atracción por él. Es todo parte de un hechizo que ella hizo a Kyril para que nadie se acerque a él.

Empecé a arrastrar mi cuerpo por la pared. Pero cuando estaba a medio del pasillo, escuché sus indicaciones.

—Byron, corre atrás de quien sea que esté por ahí husmeando y no dejes nadie para contar historia. Ahora, ve y date prisa.

Empecé a correr. Me daba igual, ya sabían que estaba allí alguien y no iba a perder tiempo. Escuché el gruñido de perro o de lobo o de animal que emitía Byron y su fuerte respiración del hocino. Se había transformado, podía escuchar como un animal igual al que nos persiguió por el jardín corría por el pasillo detrás de mí.

Corrí tanto por aquellos pasillos que no sé cómo no llegué a lado alguno. De nuevo, se tornaban laberínticos y yo solo corría hacia adelante, sin rumbo. Podía sentir el perro acercarse y sus gruñidos cada vez más cerca. Por instinto coloqué una mano en mi colgante y pensé en mi hermano.

“Eric, por favor, sálvame”, pensé con todas mis fuerzas. Y seguí corriendo.

—Eric, por favor —mi voz ahora era audible, aunque sonaba bajito. Pero pedía sin parar en mis preces que lo que fuera la locura esa de que mi hermano estuviera allí, fuese verdad.

Cuando la bestia estaba a punto de pillarme una luz inundó mis ojos y fui obligada a parar. Pero no fui la única. La bestia también lo hizo. La luz era cegadora, pero una mano sujetó la mía, que intentaba tapar mis ojos. Y desde el interior de la luz algo me tiró para cerca. Escuché Byron gañir asustado y pude girarme para ver como aquel lobo gigante se apartaba en marcha atrás con la cola entre las piernas e intentando enseñar los dientes. Lo que quiera que fuese aquello, había logrado retraerlo. Y, por fin, Byron huyó de vuelta por el pasillo que acabábamos de recorrer.

La luz desapareció para dar lugar a la figura que conocía bien. El hombre de la capa negra. Eric.

—Eric —dije con los ojos en lágrimas. De la emoción, de la tensión, de todo. Él giró el rostro entre la tela negra y pude ver su pelo naranja asomar por ella. Y su rostro blanco y escuálido mirarme con seriedad.

—Vamos, no es seguro. Tenemos que escondernos.

Y empecé a caminar con mi mano aun atada a la suya. La sentía fría, sin vida, pero era la mano de mi hermano y lo que quiera que fuera su presencia, acababa de salvarme y ahora mismo, eso era todo lo que necesitaba. De fe y de vida.

\*\*\*

Entramos en una habitación. Estaba totalmente oscuro. En dos segundos la chimenea que había en su interior empezó a arder y el cuarto fue ganando colores cálidos que dejaban entrever la figura de mi hermano, otra vez. Él estaba allí, delante del fuego sin mirarme.

Había un sofá en una de las paredes y me senté. Era eso o caerme allí de la tensión, el miedo, la ansiedad que tenía en esos momentos.

—No tenemos mucho tiempo. Esta noche tu vida corre peligro. Nunca deberías haber vuelto a esta casa.

—Eric... —la voz no me salía—¿tú estás preso aquí? En esta casa digo...

No sé cuántas veces en mi cabeza, en las últimas semanas, había preparado el discurso de lo que le diría. Pero no lograba recordarme de nada. Quería saber por qué estaba allí, porque su alma no estaba en descanso, si era una de las almas de que Martha me habló, atormentadas. Miré mi anillo, estaba dorado otra vez.

—No propiamente. Estoy aquí para cumplir una misión.

—Y esa misión tiene que ver conmigo o es otra cosa. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? Digo... a encontrar la paz —dije, por fin. Él se giró y me miró. Quería tanto abrazarlo y tocarlo, pero no me atreví a hacerlo. Parecía mi hermano, pero a la vez no. El rostro era igual, solo más apagado. Pero su semblante que siempre era divertido ahora era triste y distante. Aquello que tenía delante ya no era mi hermano. Al menos no el mismo. Y sentí el dolor arder en mi corazón más de que el que el fuego que ardía en los troncos de la chimenea.

—Mi adorada Jane —una lágrima resbaló sobre mi rostro—, estaré en paz cuando tú estés y cuando mi misión termine. Pero, ahora lo importante es que estés a salvo. Y que busques la verdad. Solo ella podrá ayudarte a encontrar la solución.

—¿La verdad? —me hablaba otra vez en código, pero no entendía—, Eric, me tienes que ayudar un poco más. No logró entender que es lo que tengo que hacer o por dónde empezar. ¿Para qué sirve la llave que me diste?

Coloqué la mano en el pecho y sujeté la llave que me dio. Quería respuestas, porque tenía miles de preguntas, pero a la vez tenía tantas cosas que quería decirle y no conseguía que me saliera ninguna.

—Jane, no puedo hablar. Las paredes tienen oídos en esta casa. No es seguro. Las respuestas las tienes que encontrar tú, pero tengo fe en ti que lo harás. Siempre he tenido fe en ti.

—Eric, te echo de menos —las lágrimas ahora amenazaban dejar mi rostro como un océano—, y mamá y papá, ¿los puedes ver?

Él simplemente me negó con la cabeza, sin emitir sonido.

Asentí. Mejor. Quizás hubiesen logrado alcanzar la paz y prefería eso y no poder verlos a pensar que seguían a vivir atormentados en cualquiera que fueran las dimensiones que existen en los demás mundos.

Escuché el ruido de fuegos artificiales. Estaban lanzando fuegos. Eso significaba, según el programa que la fiesta había terminado. Miré el reloj de mi móvil que seguía en mí otra mano. Y que solamente ahora me di cuenta de que lo apretaba con toda mi fuerza como si fuera el ancla que me mantenía conectada a la tierra.

Quitó el silencio. No quería que nadie me encontrase. Eran las once y media. Scarlatt había dicho que se iba a encontrar con Byron a las once y cuarenta y cinco en los jardines para algo que parecía ser grave.

—El tiempo se está acabando. Es hora.

Me levanté y me acerqué a él.

—¿Qué tengo que hacer?

—Te guiaré hasta la salida de los jardines. Pero a partir de ahí ya no podré hacer nada —lo vi acercarse a la chimenea y coger una especie de antorcha que tenía al lado. La encendía con el fuego que consumía. Y me la dio—, toma, vas a necesitar de eso para que te guíe por la oscuridad. Y porque el fuego te alejará de las criaturas de la noche. El tiempo se agota. Vamos. Tus amigos peligran.

—¿Mis amigos? ¿Qué quieres decir con eso? —pero él se limitó a abrir otra puerta y salir por ella, esperando que lo siguiera— ¿Eric? ¿Qué está pasando?

Corrí a por él y lo seguí. No hablamos más. Ni en ese momento, ni en esa noche. Porque lo último que hizo antes de irse y dejarme a la entrada de los jardines, fue tocarme de leve en mi mejilla. Y eso me hizo cerrar los ojos. Cuando los volví a abrir, él ya no estaba. Ahora solo estaba yo y el destino que no sabía que me esperaba. Por primera vez, desde que mi familia salió de mi vida, tuve miedo. Mucho miedo.

## Capítulo 34



No sabía para donde me estaba dirigiendo. Solo sé que andaba por los jardines, de nuevo. Pero esta parte no era la misma que la de la otra noche. Esta parecía que daba al bosque directamente, porque había caminitos que podía ver con la luz de la antorcha, pero a mi lado derecho estaba un bosque y temo que se me adentrase más, iba a terminar por perderme. Andar con aquel vestido y los tacones por los caminos esos no era muy inspirador. No sé qué buscaba, pero eso no tardó en resolverse. Cruzando otro camino más, llegué a una especie de espacio amplio y me detuve cuando vi mi móvil parpadear luz. Era una llamada entrante. Atendí.

—¿Dónde estás? —Kyril sonaba nervioso y alterado—, la fiesta ha terminado y no te veo por lado ninguno.

—En los jardines. No sabría decirte dónde. Solo sé que hay un bosque y nada más.

—¿Qué haces ahí? Jane, tienes que salir de ahí inmediatamente. Voy a por ti, pero por favor, no te muevas. Puedo encontrarte por tu olor, por tu sangre. Pero no soy el único que puede hacerlo.

Entendí lo que quería decir.

—Ya lo sé, Kyril. Esta noche ya estuve huyendo de alguien que quería mi sangre: Byron —dije.

—¡JODER! —chilló—, te suplico no salgas de ahí y por favor, mantente calma. Cuanto menos lata tu corazón, menos predador tendrás en tu alcance. Estaré contigo en nada...

No pude continuar la llamada, porque mi móvil se estrelló en el suelo: distraída con la llamada no había logrado mirar hace adelante. Y cuando levanté la cabeza del suelo, mientras Kyril me hablaba, pude ver bien delante de mí, Byron con mi amiga Martha a su lado. Ella tenía las manos atadas adelante con una cuerda y una mordaza en la boca.

—JANE... JANE —pude escuchar los gritos que aun salían del móvil. Kyril dejó de llamarme cuando se dio cuenta de que no contestaba. Tan poco podría, porque mi mano tapaba mi boca, ahogando un grito. Si aquello era la forma de hacerme pasar desapercibida, pues, no resultó: mi corazón latía a mil. Mis sollozos gritaban por salir de mi boca y mis ojos se nublaron con lágrimas.

—Una pena que tenga que terminar así, Jane. Todo, porque tú no has podido hacer lo que tenía que ser hecho.

Marta me miraba con los ojos abiertos de horror.

—Suéltala, si lo que quieres es conmigo, suéltala —le pido.

Él abrazó Martha y le empezó a oler el cuello.

—¿Sabes cuál es el problema, Jane? Tu amiga me gusta mucho. La verdad lo hemos pasado muy bien los dos, ¿a qué sí, cariño? —podía ver las lágrimas en la cara de mi amiga y entendí que algo había pasado entre ellos. Algo que ahora ella se arrepentía. Estaba sufriendo.

—Si tanto te gusta, suéltala. Tú sabes que os he escuchado, Byron. Sé que es a mí que quieres.

No a ella. Sé que lo que sentía por ti es todo parte de un hechizo que me atrae a ti. ¿Qué te ha prometido Scarlatt?

Sus ojos cambiaron de expresión y ahora podía ver el peligro y el dolor.

—Algo muy importante. Algo que solo ella puede darme.

—¿Estás seguro? —me miró con los ojos estrechos y apretó Martha para quedar más junto a él. Le dio un beso en la mejilla. Sentía el miedo que le estaba provocando y lo odiaba por eso—, ¿cómo sabes que no te está usando? Ella no tiene corazón. Ni honra. Eres solamente un títere más para ella.

—Calla. Sé que no me está mintiendo, porque lo que yo necesito no está en este mundo, sino que en el suyo.

Escuché ruido y tan rápido que ni pude ver por donde llegó, Kyril se presentó frente a mí. Y cuando digo frente, digo delante de mí. Ahora estaba protegiéndome a sus espaldas y afrontando Byron.

—Voy a matarte, Byron. Tenía que haberte matado hace años, pero ahora no pienso hacer marcha atrás. Prepárate para morir.

—No creo. Vamos Kyril, me conoces mejor. En cinco minutos me transformaré y te romperé todos tus miembros. Te llevará un rato hasta que los juntes todos. Cómo la última vez. Pero antes, romperé los de tu amiga, Jane. Si tu querido me toca, tu amiga está muerta.

—Kyril, por favor —le toqué el brazo. Todo él estaba en tensión—, es Martha, por favor, no hagas nada que pueda hacerle daño, por favor.

Estaba desesperada. Si por un lado quería que Kyril frenase a Byron, por otro lado, quería tener la certeza de que lo lograría antes de que Byron pudiera hacer algo con mi amiga y dado su cercanía, en un solo segundo podría matarla, antes mismo de que Kyril llegase cerca. Así que preferí apelar por la sensatez. Restaba saber si Kyril también la tenía.

—Tranquilo. Voy a protegerla de ti, para que no acabe como Jade —dijo Byron.

Vi como Kyril perdía la calma y sacaba los dientes, amenazándolo. Pero la cosa, no terminó allí. Justo en ese momento, surgió Scarlatt, acompañada de dos almas fantasmagóricas que sujetaban dos antorchas como las mías. Pero el problema no era las criaturas cripticas que la iluminaban. Era la persona que tenían sujeta, que también tenía las manos atadas: Joseph.

Y si por un lado estas criaturas tenían a Joseph secuestrado, por el otro tenía la imagen de Scarlatt sujetando otra persona, que también estaba maniatada. Y esta sí, me sorprendió aún más: Micaela.

Esto no me estaba pasando. ¡Dios Mío! No era verdad. Era una pesadilla. Mis mejores amigos estaban secuestrados por dos locos psicópatas sobrenaturales. ¿Y qué hacía allí la mujer de mi exnovio? Algo que iba a saber muy prontamente.

—¡JOSEPH! —grité y pude escuchar los gemidos de Martha que estaría desesperada también. Él no tenía la boca amordazada como ella—, lo siento.

—Tranquila —me contestó—. Estoy bien.

Cómo podía estar bien, se estaría asustado de ver todo aquello de golpe. Si a mí me costó asimilar todo en meses, qué estaría pasando en la cabeza de mi amigo. Y Micaela estaba aterrorizada y en lágrimas.

Empecé a llorar copiosamente. Kyril me abrazó.

—Haz algo —le pedí.

—No, mi querida. No va a hacer nada, porque no puede. Kyril ya me conoce. Si él intentar algo contra mí, tú mueres. He vinculado la vida de todas las personas que él amase a lo largo de su vida, con la mía. Si me mata, cualquier una de ellas morirá también.

—¿Es verdad eso? —lo miré. El no dijo nada y solo se limitó a mirarme con dolor en los ojos. Era verdad. Por eso, siempre seguía sus órdenes.

—Bueno, dejémonos de dramas. Byron, termina lo que has empezado. Mátala.

—¡NOOOOO! —grité. Iba a correr en dirección a mi amiga, para ayudarla. Un impulso que probablemente me llevaría a la muerte, pero que Kyril evitó, sujetándome la cintura y prendiéndome a su cuerpo.

—Byron, suelta la chica. Puede que no consiga matar a Scarlatt, pero a ti no tendré ningún problema —amenazó Kyril.

—¿Sí? Vamos a ver —empezó a gruñir y aullar de forma horrenda. Y lo que pasó a la continuación era digno de cualquier serie de licántropos, que hasta la fecha pensaba que solo existían en la ficción. Se tiró al suelo en cuatro patas y vi como su cuerpo se transformaba en un ser absolutamente brutal. No era un lobo como su figura normal, cuando no estaba en la piel de un humano. Era medio hombre, medio animal. Tenía una altura que doblaba la suya, pelo por todo el cuerpo, dientes de una fiera y los ojos dorados que daban miedo. Las manos se transformaron en garras y era verdaderamente asombroso.

Kyril me había colocado detrás de él nuevamente para protegerme, pero podía ver por su lateral aquel espectáculo horrendo. Y lo peor fue lo que pasó cuando acabó su transformación. Rugiendo para Kyril se atacaban con sonidos de bestias, amenazadores. Pero cuando Kyril dio un paso adelante, gruñendo, pasó lo inconcebible. La bestia esa cogió Martha por la cintura y se perdió por el bosque, huyendo con ella.

Mis rodillas cayeron en el suelo con las manos en la cabeza, mientras gritaba.

Kyril empezó a andar cerca del bosque levantando la nariz y lo que parecía ser estar oliendo su rastro. Estaba desesperado. Una risa demoniaca me hizo mirar para el lugar donde provenía el sonido, para ver la desgraciada de Scarlatt aplaudiendo.

—Confieso —dijo entre risas—, que Byron me salió mejor de lo que esperaba. Bueno, me da igual que la lleve a su cubil, mientras la mate. La puede hasta descuartizar para comerla todo el año.

Hija de puta, me estaba matando con sus comentarios malvados.

—Bueno, ahora nosotras, Jane —me levanté y la miré con rabia. Ahora la odiaba a muerte. Era toda su culpa. Yo propia la mataría con mis dos manos. Emitió un suspiro y cogió el rostro de Joseph que se mantuvo callado todo el tiempo. Admiraba su coraje, tenía que estar siendo un horror para él todo esto. Ella olió su cuello. Lo soltó y después cogió el pelo de Micaela y la hizo retorcerse con su agarre—, tú decides: uno u otro. O los dos.

—No hagas nada, Jane —me pidió Joseph con calma.

—Eso, no hagas nada Jane —repitió la zorra—, y tú querido amigo, morirá. Mejor, no. Lo transformaré y la próxima vez que lo veas, será un vampiro despiadado, hambriento de sangre y de chupar vuestros cuellos. Pero, la decisión es tuya. Devuélveme lo que has robado y podemos estar en paz. ¡Ah! Y la llave esa que tienes, la quiero, pero tengo que encontrar primero la forma de que no esté envuelta en esa magia que tiene. De momento, quedamos con lo que me has quitado. Pero tendrás que escoger. Solo voy a entregarte uno de ellos para este intercambio. El otro se quedará en mi posesión, hasta que encuentres una forma de darme ese colgante.

—Demonio miserable, no sé de qué hablas —dije, intentando comprar tiempo y ver lo que era que ella tenía en mente. Si no supiese que yo tenía la daga no podría exigirme nada. Y no entendía nada de qué magia hablada del colgante.

Ella volvió a reírse. Habló para Kyril, que estaba, de nuevo a mi lado y me daba la mano. Sabía que él no iba a hacer nada. Él solo estaba a protegerme. No podía hacer nada contra ella o



yo moriría.

—Tu querida tonta, tiene algo que me pertenece. ¿Sabes el qué? Yo te lo digo. Algo contra ti —Kyril me miró—por lo tanto, eso significa que ella prefiere tener algo con lo que pueda causarte un daño muy grande en vez de salvar su amigo y jefe y la mujer de su exnovio, que además, está embarazada y temo que no le queda mucho para ver la carita de su bebé. Pena que, quizás, no vaya a lograr hacerlo. Lo siento, Joseph, me caías bien.

—Tú no. Así que no pasa nada —dijo él.

—Y tú—dijo ella, girándose para Micaela—, reza para que ella tome la decisión correcta. Porque si fuera yo que pillase mi novio follando con otra mujer, tú estarías muerta hace mucho.

Micaela gemía y lloraba mirándome en súplica. Desgraciada, había planeado todo aquello al detalle. No podía ser para menos. Dejaba en mis manos decidir la vida de una persona que era uno de mis mejores amigos o la mujer que odié durante tantos años, pero que no quería hacer daño y menos cuando esperaba a un bebé. Al hijo de James. No podía dejar un ser indefenso sufrir así. No era justo. Pero, en las manos de Scarlatt, ella no conocía esa palabra. Solo su egoísmo.

—Suéltalo los dos, o puedes esperar la eternidad a que te devuelva lo que sea —arriesgué decirle—, y si los matas, nunca verás ninguno de esos objetos. Jamás.

—Eso da igual, me entregarás los objetos o uno de ellos no pasará esta noche. La muerte de uno de ellos estará en tus manos y el otro se quedará conmigo hasta que entres en juicio —se giró para Joseph—. Tu amiga no quiere salvarte. Me parece impresionante. Está dispuesta a matarte, solo para tener la posibilidad de matar a lo que dice ser su amado.

—¿Eres tú que guardas la daga? —Kyril me preguntó.

—Sí—dije entre sollozos—, pero si la doy, ella puede matarte y lo hará. La he escuchado, es su plano desde siempre. Matarte.

—Tonterías. ¿Realmente crees que quiero matarte, mi amor? Si así fuera, ya lo hubiera hecho. No le hagas caso, Kyril. Sabes que te quiero más que mi propia vida. De hecho, la di por ti.

Joseph la miró. Me daba pena verlo allí, intentando mantener la compostura y escuchando aquellas sandeces de una muerta viva.

—No es verdad lo que dice, Kyril, por favor. No es verdad —no sabía lo que hacer. No iba a dejar que matara a Joseph y dos personas inocentes. Ya había perdido a Martha. ¡Dios! Los sollozos salían de mi boca en convulsión. Estaba perdida, no conseguía pensar.

Kyril me cogió el rostro y me miró con intensidad. Sus ojos tenían dolor. Un dolor que nunca había visto antes, pero eran rojos y ardían con sufrimiento.

—Escúchame... te quiero, más que mi alma, más que mi eternidad. Todos estos años solo he podido ser feliz estando a tu lado —¿por qué me decía todo aquello en ese momento tan crucial?, no entendía—, haré cualquier cosa para verte bien. Abdicaré de lo que sea para verte feliz, para que estés bien y salva. —No me gustaba el curso de su discurso—. Por favor, Jane, una última vez, voy a pedirte que confíes en mí.

—Yo confío, te digo la verdad.

—Lo sé, pero necesito que confíes más aún, lo que quiera que pase de aquí en adelante, solo quiero que sepas que eras la mujer de mi vida y que nunca he querido a nadie como a ti. Ni a esa mujer —apuntó para Scarlatt.

Ella hizo una mueca de disgusto.

—Tic, tac, tortolitos. Me encanta vuestra escena tan romántica, pero tú tiempo Jane se está terminando. ¿Cómo va a ser? Me entregas la daga o ¿verás tú amigo morir y transformarse en una bestia como esa que tienes a tu lado? O mejor, verás tu odiosa ladrona de novios, perder su vida y la de esa criatura asquerosa que espera.

—Suéltala —grité desesperada—. La única bestia aquí eres tú, demonio asqueroso —casi avanzo contra ella, pero Kyril me sujetó y me abrazó.

Le levantó la barbilla con el dedo y me dio un beso. Un beso que, confieso me dio algo más de energía, que me supe a protección, a amor y a vida. Pero su boca se separó de la mía, para decirme algo más, que susurró a mi oído, solo para que yo escuchase.

—Te quiero, mi alma. Nunca te olvidaré. No hagas nada. Solo vive. Y sé feliz. Te prometo que haré lo que pueda por tus amigos. Te amo.

Y de pronto me soltó. Y avanzó para Scarlatt, dejándome abandonada de sus brazos y de su amor. Me sentí sola. Otra vez.

—Acabemos con esto de una vez para siempre, Scarlatt. Suelta los dos. Me tienes a mí. ¿No era eso que querías? Aquí me tienes. Para siempre.

Ella abrió los ojos con una sonrisa que no olvidaré jamás, la misma que robó en ese mismo instante de mí. No, Kyril no iba a hacer eso. No iba a entregarse a ella. No. No. No.

—Mi amor, he esperado una eternidad por este momento. Confieso que no esperaba esta vuelta de tuerca, pero estoy dispuesta a abrir una excepción. Al final, como tú sabes, mi querido, soy una mujer muy generosa —cuando dijo eso soltó Micaela que corrió como pude a mi lado. Se quedó detrás de mí, temblando. Me daba asco sus pervertidas insinuaciones.

—Kyril, por favor —le supliqué con la poca voz que pude soltar.

Él se colocó a su lado y le dio un beso en la mejilla. Ella emitió un grito como si fuera una adolescente. Una adolescente vieja de casi un siglo. Podrida. Hizo una señal a sus ayudantes y en pocos segundos Joseph estaba caminando arrastrado con aquellos seres para algún sitio lejos de mí. No, no era justo. Lo había llevado. ¡Maldita sea! Kyril se quedó estupefacto.

—Joseph—grité mientras veía como llevaban a mi amigo, entre lágrimas.

—Lo sé y te entiendo. No te preocupes, estoy aquí para ti —dijo Jo, qué era bien más de lo que merecía oír, después de casi le haber dicho que lo iba a entregar a la muerte, cosa que nunca me pasó por la cabeza. Iba a entregarle la daga, solo quería ver si podía encontrar alguna solución más o negociación.

—Te entrego la daga, pero suéltalo —le dije.

—Scarlatt, esto no es el acuerdo. Te dije que soltaras los dos a cambio de mí.

Su risa siniestra, me provocó un escalofrío. No podía dejar de mirar el rostro frío de Kyril que no me miraba más. Se estaba cerrando para no sufrir.

—Mi amor, Jane, la daga ahora ya no me hace falta. Aunque debo confesar que dejar en tus manos la posibilidad de matar el amor de mi vida, es algo que me preocupa. Eso significa que hemos invertido los papeles. Así que voy a certificarme de no lo perder de vista, para que no caigas en la tentación de matarlo. Y cuanto a tu querido jefe, es simple. Kyril por la daga y Joseph por el collar. Cuando encuentre manera de deshacerlo de esa magia que tiene, me lo entregarás y te daré Joseph a cambio. Aunque, confieso que lo tienes difícil, ya que Byron acaba de llegar la bruja de tu amiga. Espero que tengas alguna bruja más de recambio que pueda ayudarte. Ya que la mía, la mató tu querido amor.

—Eres un demonio y un día yo misma voy a encargarme de enviarte a un abismo tan oscuro que nunca más podrás salir. Un abismo peor que el infierno. Donde te quedes sola por toda la eternidad. ¡SOLA! Y créeme, no es nada comparado a lo que has vivido hasta ahora, porque he estado allá. Y cuando perdieras todo lo que quieres, serás solamente un alma vacía. Vacía. Y no descansaré mientras no encuentre forma de acabar contigo, Scarlatt. Te lo prometo. Ni si te ocurra tocar en un hilo de cabello de Joseph o te haré pagar en esta o en cualquier vida con el infierno que tú aún no has podido conocer.

—Ya veremos Jane. Suerte. Mientras eso —cogió el brazo de Kyril y se giró para irse. Me dolió que él no me hubiese mirado más. Quería ver sus ojos, quería que él supiera que yo sabía por qué lo estaba haciendo, pero que no iba a rendirme—, voy a vivir la vida que me robaste. ¡Ah! Y por cierto, la casa no está a la venta. Tus servicios ya no serán necesarios. La mansión del señor Petrakis, ahora también es la mansión de la señora.

Y empezó a andar. Y no pude hacer nada a no ser gritar.

—Kyril, te amo. No voy a desistir nunca. NUNCA.

FIN.

**GRACIAS POR LEERME! ESPERO QUE HAYAS DISFRUTADO  
Y SI ES ASÍ, POR FAVOR, NO TE OLVIDES DE DEJARME TU  
OPINIÓN. ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ.**

*ESTE LIBRO PERTENENCE A UNA SERIE DE LIBROS DE LA SAGA DEL “EL SEÑOR DE  
LA MANSIÓN”.*

*LA SEGUNDA ENTREGA LLEGARÁ PROBABLEMENTE ANTES DEL VERANO DE 2021,  
POR ESO SI TE HA GUSTADO Y QUIERES SABER LO QUE PASARÁ CON NUESTROS  
PROTAGONISTAS Y TODOS SUS AMIGOS Y ENEMIGOS, NO DEJES DE SEGUIRME.*

*ESTARÉ POSTANDO NOVEDADES SIEMPRE QUE PUEDA. SIGUÉME EN FACEBOOK  
COMO:*

*[www.facebook.com/elenamartinescritora/](http://www.facebook.com/elenamartinescritora/)*

*POR CIERTO, EL PRÓXIMO TITULÓ SE LLAMARÁ:*

*“LA SEÑORA DE LA MANSIÓN”*

*GRACIAS POR LEERME. OS QUIERO.*

## Libros de este autor

### [Regálame un beso](#)

La Navidad llega antes de tiempo a Chiara, una joven periodista que tendrá que ir al extranjero y conseguir un exclusivo con uno de los magnates más difíciles de entrevistar de todos los tiempos.

Chiara acaba de terminar su carrera como periodista en Milán, Italia y viaja a Boston en los EE.UU., para incorporarse en uno de los mayores periódicos de la ciudad como redactora, pero cuando acaba de llegar un extraño llamado Joshua la deja intrigada. Lejos está de saber que él será el protagonista de uno de sus trabajos como redactora. Sola, en plena época de Navidad y con solamente 6 meses para estar en el país, vamos, ver en primera mano como Chiara conseguirá sobrevivir en esta ciudad y quien será su gran plus valía en esta misión.

No pierdas esta historia romántica de Navidad, llena de clichés graciosos, humor y grandes sentimientos, para que puedas disfrutar de esta temporada con un poquito de ánimo.